

Siete
motivos
PARA
no
Quererte

MARÍA
BORDER

María Border

Siete motivos para no quererte

Plaza & Janés

CAPÍTULO 1

—¿Conocías la situación de tu padre? — preguntó desconcertado. Llevaba más de media hora escuchando el relato de Gabriela sobre lo ocurrido en la oficina del abogado.

—No —respondió—, no tenía idea. No sospeché nada. Él seguía viviendo en su departamento, manejaba su coche, me llevaba a cenar a los mismos restaurantes selectos de siempre. No noté nada diferente. O el problema es reciente, o supo ocultarlo muy bien.

—Es casi imposible que no te dieras cuenta — insistió su novio—. Los negocios no se desmoronan de un día para el otro. Tu viejo tenía una posición acomodada. Algo debió indicarte que estaba prácticamente en bancarrota. No puede ser que te enteres cuando estás heredando más deudas que activos.

Pero así era. Estaba recibiendo una pesada carga. Su vida tranquila, de la noche a la mañana, se convertía en un sinfín de reclamos, miradas reprobatorias, deudas, responsabilidades. Miró a Renzo buscando fuerzas y solo encontró dudas. Agradeció que su madre se separara de Sebastián Arredondo cuando todavía era un hombre de un pasar más que acomodado. Beatriz no hubiera soportado hacerse cargo de la nueva situación. En el divorcio consiguió la casa donde moraba, el auto que la movilizaba y el negocio de ropa femenina con el que se sustentaba. Todo prolijamente detallado y suficiente como para dejarla contenta. Como hija, ella no había recibido nada en aquel momento, y ahora ya no quedaba qué repartir excepto cargas. Subieron al auto de Renzo, detectó la tensión imperante, cerró los ojos y regresó en el tiempo.

Sebastián Arredondo y familia paseando por San Ignacio, por Disneyland, cruzando el Sena, disfrutando del carnaval de Venecia. Una infancia plagada de imágenes bellas, una adolescencia

signada por la abrupta separación que no dejó más que incógnitas.

«¿Por qué se habían separado?» Ninguno de los dos quiso jamás comentarle los motivos. La dejaron con su abuela para irse de viaje solos y al regresar ya no eran un matrimonio. Ninguna explicación, ningún motivo expuesto. Solo la contundencia de la ruptura, el cambio de vida, y mamá y papá en casas diferentes. Una semana con él, otra con ella. Quince días de vacaciones en Pinamar con mamá y quince con papá en algún lugar del mundo. Así, hasta que fue mayor de edad. Y aunque ahora tenía veinticinco años, el padre se llevó a la tumba sus razones, y la madre... si no había hablado antes, mucho menos lo haría ahora.

—Podés renunciar a tus derechos —explicó Renzo rompiendo el silencio.

—No entiendo.

—Seamos claros, Gabriela. Tu padre te dejó un muerto difícil de levantar. Vos no tenés idea del rubro, no conocés el mercado. Te vas a terminar endeudando más de lo que se endeudó él.

—Vos sí entendés de negocios —intentó—. Podrías ayudarme. Necesito que me enseñes, que me expliques. Puedo aprender...

—No, Gabriela. Para salir de este lío necesitás capital. ¿Tenés capital de resguardo? —preguntó, pero no esperó la respuesta—. No, no tenés.

—Cuento con mi departamento...

—Un dos ambientes diminuto en Almagro no te alcanza ni para pagar los sueldos del personal. Y yo no invertiré dinero en un negocio que a las claras está fundido. Olvidate de todo, rechazá la herencia, o mejor dicho, rechazá la deuda y seguí dedicándote a lo tuyo. Con eso te entretenés y pagás tus gastos.

Volver el tiempo atrás. Eso quería. Regresar tan solo unos años. Abrir más los ojos para descubrir aquel momento donde todo se inició e intentar que sus padres no se separaran sin una explicación. Detectar dónde Sebastián Arredondo equivocó el rumbo y la empresa comenzó a desmoronarse, para así buscar los pilares con los cuales sostenerla ahora. Volver a aquella noche en Punta del Este en

la que Renzo la besó, la enredó con sus brazos y creyó que la envolvía en una capa de protección y contención indestructible, duradera.

¿Por qué todos tenían la facultad de engañarla con tanta facilidad? ¿Cómo fue posible que jamás imaginara un solo conflicto entre sus padres y de la noche a la mañana ya no fueran una pareja? Había entrado a la oficina del abogado pensando en entregarle a Renzo las riendas de la empresa de su padre, y salió entendiéndolo que solo había deudas por levantar, que no tenía idea de cómo las afrontaría, y su novio le aclaraba desde el vamos que no valía la pena el esfuerzo. Se sintió incapaz, agobiada, sola.

Abrió los ojos, giró la cabeza y lo observó en detalle. Era hermoso, el hombre más hermoso que había visto en su vida. Sexy, con esa chispa risueña y aniñada en los ojos; el cuerpo trabajado. Un buen amante. Aunque su experiencia se limitara tan solo a él, en su cama se sentía plena.

«Debe estar agotado —lo excusó—, seguramente preocupado por mi situación.»

—Llévame a casa de mamá, por favor — solicitó—. Necesito entender algo de todo esto.

Renzo aceptó. Él también quería estar solo y pensar. Había imaginado un futuro diferente. Casarse con Gabriela, unir sus fortunas y vivir sin privaciones. Ella era una mujer hermosa para llevar del brazo. Culta. Reclamaba poco, investigaba menos y vivía enfrascada en sus fotografías, dejando que los días pasaran sin sobresaltos. La esposa ideal para un hombre como él, a quien le atraía la adrenalina de cambiar de cama a diario, conducir un buen auto y codearse con el grupo selecto de Buenos Aires. La quiebra de Arredondo Bienes Raíces era un hecho. La voz se correría rápido. Como economista, sabía lo difícil que sería que la situación variase drásticamente. Lo dicho; la empresa era un muerto imposible de levantar. Gabriela estaba loca aceptando la herencia y, de cualquier manera, los oídos ya le zumbaban imaginando los rumores de pasillo diciendo que si él no había sido capaz de salvar la empresa de su prometida, mucho menos

lo lograría con la de un extraño. Su carrera acabada justo cuando estaba en ascenso. Ni hablar. Ella tenía que renunciar o sería el fin del futuro de ambos.

Beatriz bebió otro sorbo de su té. Sospechaba que Sebastián estaba transitando por algún inconveniente económico, pero jamás imaginó que estuviera en la ruina. Lo que su hija pretendía era una completa estupidez, no entendía de negocios, no tenía idea de lo que era un pagaré, un cheque. Gabriela solo conocía de lentes y cámaras fotográficas, de luces y sombras.

—Seguí el consejo de Renzo —dijo—. No sabés nada de bienes raíces. Te lo pasás fotografiando la naturaleza con tu camarita bajo el brazo —tenía que ser muy clara—, no podés hacerle frente a la situación. Perderás tu departamento pagando deudas. Terminarás entregándole la inmobiliaria a los empleados y acreedores y será más difícil continuar con tu vida.

Sacate de encima todo ahora y evitate un disgusto y una mancha en tu legajo comercial.

—Cuando era chica —recordó ignorando a su madre—, los viernes, al salir del colegio, me llevabas hasta la inmobiliaria. Vos te quedabas hablando con Maite mientras Mario me convidaba caramelos de naranja. Cuando papá se desocupaba me dejaban apagar las luces, cerrábamos las puertas blindadas y nos íbamos al cine y a cenar. ¿Te acordás?

—Esos recuerdos solo te inyectan presión. Primera lección, en los negocios debés guiarte por el raciocinio, nunca por el corazón —indicó Beatriz sabiendo lo duro que fue para ella comprender esa regla.

—¿Por qué se separaron? —preguntó nuevamente, como desde hacía diez años.

—Lo ocurrido entre Sebastián y yo correspondió a nuestra pareja. Como padres, nuestra relación con vos no varió jamás. Ya lo hablamos miles de veces —comentó molesta como siempre que se tocaba ese tema, pero agregó—:

Sos una mujer, Gabriela. Sabés que el amor no es eterno. Se ama y se deja de amar sin que se precisen razones. Cuando eso ocurre, lo mejor es separarse. No vuelvas a escarbar heridas viejas que ya cerraron. Ahora es necesario que resuelvas el lío en el que pretendés meterte.

—No se deja de amar de un día para el otro — aseguró.

—Se deja de amar de un segundo para el otro —dijo levantándose del sillón, depositando la taza en la bandeja sobre la mesa y mirando fijamente a su hija a los ojos—. No es necesario que se te cruce otra persona, no es imprescindible que el otro cambie. Es una la que siente distinto. Lo que ayer te encendía, hoy no te mueve un pelo y mañana se convierte en detestable. Es así de simple. Cualquier cuentito que creyeras hasta hoy sobre el ideal y el amor, es tiempo de que lo borres de tu mente.

—Sos despiadada. Que con papá te haya ocurrido eso no quiere decir que le tenga que ocurrir a todos. Amo a Renzo y él me ama. No

creo que mañana mis sentimientos varíen tanto como lo hicieron los tuyos. ¿Cuándo te hiciste tan dura, mamá?

Estaba cansada de sufrir viendo lo ciega que era su hija. Cansada de escuchar los rumores sobre la doble vida de su futuro yerno. Cansada de ver que la historia se repetía. No sería fácil convencer a Gabriela de desprenderse de lo que Sebastián le dejó, o mejor dicho no le dejó. Pero había llegado la hora de endurecerla, de prepararla para la lucha, la competencia, y para el desamor. Prepararla, para enfrentarse con la realidad:

—Te deshiciste en llanto cuando murió tu padre. Sé que no entraste a escuchar al abogado con la avaricia en el bolsillo, pero estoy segura de que jamás imaginaste la cruda realidad con la que te encontraste. Esto es la vida —informó—, un golpe tras otro. Hay que armarse para hacerle frente. Adiestrar el corazón para que deje a la razón guiar nuestros movimientos. No te enganches con la sensiblería, no permitas que los errores que cometió él te obliguen a vos. Rechazá esa

herencia.

—Conozco a cada persona de la inmobiliaria. Todos son buena gente, siempre estuvieron junto a papá. Con ellos llegó hasta donde llegó. Yo no me olvido, mamá.

—Negocios, Gabriela —insistió.

—Personas, mamá —refutó cerrando los ojos. Dejando caer la cabeza en el respaldo del sillón.

El mañana era un camino solitario, árido, reticente. Se visualizó tras el amparo de la lente de su cámara. Se encontró sola. Observó su propia mirada y accionó el botón imaginario que le permitiría registrar en su memoria la sensación precisa que la embargaba. Incertidumbre, soledad.

CAPÍTULO 2

Se quitó los lentes de sol solo cuando ingresó al ascensor del edificio. Accionó el pulsador del piso dieciocho donde se encontraban sus oficinas. No miró a nadie, no saludó a nadie. En ese receptáculo todos se encontraban para movilizarse de un piso a otro, no para hacer sociales. Calzó ambas manos en los bolsillos de su pantalón de traje caro. El aroma de un perfume femenino invadió sus fosas nasales. Bajó la vista oteando entre las cejas con sus ojos castaños y aceitunados. Descubrió a la responsable de su distracción mirándolo. La analizó en décimas de segundo. Con disimulo, la mujer acercó su cuerpo al de Adrián. Recibió el mensaje, agachó un poco la cabeza, sopló con suavidad para que el cabello que rozaba la nuca de ella la acariciara, en tanto liberó una mano para seguir el contorno de

aquellas caderas. La extraña se estremeció y recostó parte de su anatomía sobre la de él. Sonrió de lado haciéndole saber que era bien recibida. En cada piso entraban y salían personas completamente ajenas al juego de ellos. Al llegar al décimo, Adrián sostuvo entre dos dedos la tarjeta con los datos de la mujer, en tanto la observó salir del receptáculo acalorada.

«Tal vez en otra oportunidad», se dijo incólume, arrojando el dato al cesto junto al ascensor.

Regina levantó la vista al sentir la suave alarma que indicaba que alguien arribaba al piso. Detectó a su jefe y se levantó de su asiento de secretaria como rayo. Lo vio pasar junto al escritorio de la recepcionista dejando caer un simple y ronco “Buen día” sin detenerse a escuchar la respuesta, como todas las mañanas. Otro día más rendida a sus pies, siendo la mejor secretaria que pudiera existir y deseando vibrar como lo haría cualquier mujer en sus brazos.

—Buen día, ingeniero.

—Buen día —respondió situándose junto a ella

y apoyando una mano en el escritorio, para observar con comodidad el monitor de la computadora de la secretaria y enterarse de las citas programadas para el día—. El doctor Pérez Gil es el abogado de Arredondo —comentó sin mirarla.

—Sí, ingeniero. Llamó ayer solicitándome con premura una cita con usted. Me pareció correcto acomodarlo hoy en ese horario, teniendo en cuenta que usted estaba aguardando su contacto.

Pérez Gil estaba apurado, eso le agradó. Era lo que esperaba.

—Bien —confirmó dando un leve y rápido golpecito con el nudillo del dedo mayor sobre el tablero del escritorio—. Aviseme cuando llegue, hágalo pasar a la sala de reuniones y ordene que nos sirvan café.

—Perfectamente, ingeniero —respondió con corrección.

Entró a su oficina arrojando la chaqueta al sillón que solía utilizar para distenderse. Se acercó al gran ventanal con vista al río.

«Sigue el juego.»

La voz de Regina lo interrumpió:

—Ingeniero. El contador en línea uno.

Tomó la llamada sentándose sobre el tablero de su escritorio.

—¿No llegaste a la empresa todavía? —la pregunta sonó a reclamo—. Necesito que me envíes toda la documentación sobre Arredondo —ordenó, escuchó la aceptación de su empleado y amigo, y le aclaró—: El monto total debe estar disponible, pero no vamos a depositarlo en su totalidad. Lo iremos entregando por tandas.

Su interlocutor volvió a inquietarlo repitiéndole la misma advertencia de siempre. Molesto, respondió concluyente:

—No modifiques ninguna orden. Fui claro, no preciso explicarte los motivos. El monto es el que te remarqué, de ahí no me muevo. Los pagos se harán en mis tiempos. Quiero el informe completo en media hora en mi correo.

Colgó irritado. A él no se le discutían las órdenes. Repasó su cuidada barba, con el dedo

pulgar. Había llegado la hora. No se movería un centímetro de lo planeado. El tiempo finalmente lo compensaba.

A media tarde, Regina le avisó que el abogado lo esperaba en la sala de reuniones. Tomó la carpeta prolijamente preparada por su contador, recogió la chaqueta y salió de su oficina para continuar con el plan diagramado con anterioridad. Un plan montado hacía años.

Escrutó a Pérez Gil, con su mirada diestra en detectar emociones. El leguleyo estaba inquieto, preocupado, pero por sobre todas esas conclusiones, reconoció el temor recorriéndole la sangre. Ese sentimiento lo olfateaba con facilidad. Cerró la doble puerta de acceso, juntando ambas manos hacia su espalda, sin quitarle ojo. Frunció el ceño, dio dos pasos hasta el hombre que se levantaba de la silla y le extendía la mano.

—Buenas tardes, ingeniero.

Adrián Morgado era un hombre directo, frontal. Sobre todo en los negocios:

—Doctor —respondió, para luego ir al grano

sin preámbulos—, tengo entendido que ha dado con la propuesta que le entregáramos a Arredondo hace un tiempo.

—Así es. Desconozco si está enterado de las recientes malas noticias —consultó.

—Lo escucho —dijo con calma. Si las noticias para Pérez Gil empeoraban, mejoraban para él. Con un gesto adusto le indicó que tomara asiento.

El abogado se revolvió en la silla, el ingeniero Morgado lo intimidaba. No le daba más de treinta y poco, tendría la edad de su hijo, pero lo intimidaba con su altura, su pose segura y la mirada penetrante e inquisitiva. El futuro de Arredondo Bienes Raíces estaba en manos de él. El mejor consejo que podía darle a la señorita Gabriela era que no aceptara esa herencia. Pero antes de entregarle el informe detallado debía escuchar esta opción.

—Sebastián Arredondo ha fallecido producto de un accidente cerebrovascular —notificó. Buscó una reacción, pero no halló cambios, como si le hubiera dicho que todo estaba igual. Prosiguió—:

Hace un tiempo ordenó sus posesiones para hacer un rápido traspaso a su heredera.

«¿Heredera? ¿Posesiones?», registró la mente de Adrián, y continuó escuchando.

—Teniendo en cuenta que usted estaba al tanto de la situación financiera de la inmobiliaria, mi nobleza me obliga a comunicarle que la misma ha empeorado. Tal vez usted... decida retirar su propuesta.

Adrián se recostó contra el respaldo del asiento, apoyó un codo en el mismo, en tanto dejaba el otro brazo estirado sobre la mesa de reuniones:

—Tendrá que darme acceso a la exacta información que me indique cuánto ha empeorado. En la propuesta inicial, Morgado Construcciones entregaba una suma de dinero con la que Arredondo haría frente a parte de sus deudas, y a cambio nos concedía trato preferencial para comercializar nuestras obras —explicó para ganar tiempo, en tanto su mente disfrutaba. Tal vez el tipo ya se hubiera fundido solo. Tal vez no necesitaría desprenderse de parte de su dinero

para humillarlo. Ya no existía, era carne de gusanos, eso debería hacerlo sentir en paz. Pero no era así. No había disfrutado de la situación. El viejo se murió sin otorgarle el sabor dulce de la venganza. Pero había una heredera. Sangre Arredondo circulando por la calle.

—Traje un completo informe del estado del activo y pasivo. El mismo que le entregué a la hija del señor Arredondo cuando la notifiqué de su herencia —le pareció detectar un leve movimiento en la mandíbula del ingeniero, pero no podía asegurarlo.

—¿Solo existe un heredero? —preguntó finalmente.

—Sí. La hija es la heredera universal. Pero viendo cómo están las cosas, es probable que ella no acepte.

Tenía que aceptar. La hija tenía que hacerlo para que él finalmente disfrutara su recompensa.

—Comprenderá que debo revisar el estado patrimonial nuevamente —advirtió—. Concrete una cita con mi secretaria para el día viernes de la

próxima semana..., por la tarde —remarcó. Disfrutaría de hacerla esperar a ella también—. Sería recomendable que trajera con usted a quien se hará cargo de la inmobiliaria.

—Intentaré venir acompañado por un miembro del personal con mayor responsabilidad y de la señorita Gabriela Arredondo.

«Gabriela Arredondo», memorizó.

—A la heredera tráigala solo si es que va a aceptar la herencia y hacerse cargo de los negocios del padre. Caso contrario, sobraré en nuestra reunión.

—Ingeniero —tanteó—, si considera viable la posibilidad de que nos reunamos antes de esa fecha, se lo agradeceríamos. Los sueldos están sin pagar y...

—Imposible. Lo siento —dijo, sin confirmar con su postura lo que expresaban sus labios. Era simplemente correcto, pero insensible a cualquier reclamo que tuviera que ver con Arredondo.

Regresó a su oficina seguido por Regina, luego de despedir al abogado.

—Quiero un informe detallado sobre Gabriela Arredondo —ordenó—. Estado civil, profesión, situación patrimonial antes de recibir la herencia, preferencias, debilidades.

La secretaria tomó nota de cada palabra dictada por su jefe. Lo escuchó agregar:

—Tengo que tenerlo cuanto antes sobre mi escritorio. ¿Pérez Gil acordó una cita para el viernes?

—Sí, ingeniero —confirmó y comunicó—: Tiene cita con usted a las cuatro de la tarde.

—Perfecto. Cancele mis reuniones del miércoles e infórmele a Marcelo que ese día lo tiene ocupado conmigo en mi despacho. Lo necesito para analizar la situación de Arredondo Bienes Raíces.

Renzo pasó a buscarla temprano por la sede de la fundación. Ya en la mañana le había dicho que esa noche no podrían cenar juntos. No convivían, por lo tanto si no cenaban juntos tampoco

dormirían juntos, y en esos días Gabriela necesitaba afecto. Intentó hacerlo cambiar de parecer, pero el motivo que lo tendría ocupado esa noche era una cena con clientes de renombre y eso daba por tierra con cualquier necesidad personal. La profesión debía cuidarse. Estaba en la mitad de la escalera, frenar sería bajar un peldaño o dos. No era lo conveniente. Mucho menos ahora que las cosas comenzaban a complicarse, y el deseado casamiento se vería postergado un tiempo más.

—El abogado se reunió con un empresario de la construcción que al parecer le había hecho una propuesta a papá —comentó intentando que Renzo dejara de revisar los mails llegados a su celular y le prestara atención—. Es un ingeniero que quería prestarle plata a la inmobiliaria, o asociarse y utilizarla para vender sus obras —continuó sin saber si la escuchaba—. La semana próxima nos reuniremos con él. Está evaluando seguramente, si todavía le conviene.

—Desestimé de entrada esa salida —dijo elevando la vista un segundo—. Dudo mucho que a

alguien le convenga hacerse cargo de tamaña deuda. Va a elegir firmar contrato con cualquier otra comercializadora que no tenga los problemas de la tuya.

—¿Qué es lo que te tiene tan enojado? — preguntó cansada del destrato con el que la agobiaba últimamente.

Renzo dejó su móvil sobre la mesa del bar, frunció más el ceño antes de hablar:

—Decidiste no seguir mi consejo y aceptaste quedarte con el tremendo quilombo que te dejó tu viejo. Te estás metiendo en camisa de once varas, no tenés idea de cómo salir y en toda tu nueva aventura nos arrastrás a los dos.

—Yo no te estoy arrastrando a nada —aclaró elevando el tono—. Acepto la carga porque conozco a todas las personas que dependen de la inmobiliaria para vivir. Las conozco desde que nací, me tuvieron en sus faldas. Si no acepto, la empresa se funde y ellos quedan en la calle.

—¿Preferís ser vos quien se quede en la calle?

—¡Bueno! —exclamó—, veo que estoy sola en

esto. No te pedí dinero, sí tu asesoramiento.

—Y te lo entregué —aseguró frunciendo los labios, acercándose a ella y bajando el tono para no ser escuchados por el resto de los comensales—. No tenés que aceptar. No hay solución para Arredondo Bienes Raíces. Va directo a la quiebra.

Renzo no la comprendía, no entendía sus razones. Estaba distante, más de lo acostumbrado. Llevaba tiempo tan compenetrado en progresar, que olvidaba tenerla en cuenta.

—No viviré con la culpa de no haberlo intentado siquiera.

—Gabriela, vos sos fotógrafa. A pesar de ser muy buena en lo tuyo, en lugar de dedicarte a hacer fotos publicitarias donde ganarías muy bien, entregás la mayoría de tu tiempo y trabajo a las organizaciones protectoras de animales y medio ambiente. No podés juntar un mango, porque te limitás a cobrar lo suficiente como para alimentarte y vestirte. Si tu viejo no te hubiera regalado el departamento, seguirías viviendo con tu madre. Ni siquiera tu femineidad te tienta a

ganar un poco más para poder vestirme con ropa de diseño. Y dicho sea de paso, el sábado próximo tenemos un evento, te compré un vestido y zapatos, te los dejo ese día en tu casa.

—No necesité más dinero del que gano — aclaró sintiéndose insultada—. En cambio el planeta y los animales sí necesitan de nuestra atención. ¿No te das cuenta de cómo estamos arruinando las reservas naturales?

—No me vuelvas a repetir el cuentito que lo conozco —advirtió—. Tenés que cambiar tus prioridades. El mundo se mueve por la guita. Se precisa plata hasta para cuidar de tus bichos y de tus árboles. Sin dinero no se es nada. Gabriela —recalcó—, date cuenta ahora que aceptaste esta carga, que la única manera de que los empleados sigan comiendo es que la inmobiliaria dé guita. Y para que dé guita, primero tienen que ponerse a laburar en forma para pagar las deudas. Vendé todo por lo que te den, liquidales a ellos sus indemnizaciones y seguí yéndote al norte y al sur a esperar horas por una toma de un espécimen en

extinción.

—Estás usando un tono irónico. Hasta hace muy poco te parecía fantástica mi profesión y mi forma de ser.

—Hasta hace muy poco no ponías en duda mi criterio —retrucó irritado.

—Renzo —dijo más calma estirando la mano para acariciarle la mejilla y peinarle un remolino inexistente en su cabello prolijamente recortado—, sé que no me conviene. Sé que tu recomendación es la acertada. Sé que me querés y te preocupa mi bienestar. Pero esa gente tiene una vida, responsabilidades, una historia compartida junto a mi padre. No puedo abandonarlos sin intentarlo al menos.

—Princesita —respondió con el tono afectuoso que antiguamente usaba—, yo solo busco tu felicidad. Te gusta sacarles fotos a las aves, no hay problema. Te gusta vestirme como recién salida de la secundaria, no hay problema. Te quiero —aseguró—, sos la mujer que elegí. Pero esto no es joda. No es un pasatiempo. Es un negocio en

decadencia. El país está en crisis. Si alguien tiene un mango guardado no lo va a meter en ladrillos, lo va a cambiar a dólares y los va a esconder debajo del colchón. La Bolsa es un caos, hoy te despertás con una curva ascendente y en la noche no tenés idea de dónde está el piso. Vivo metido en un estrés constante. Cualquier estudio de mercado que pueda hacer es al pedo. Hoy, acá, hay que ser adivino, no economista.

—Yo te entiendo, pero...

—Pero nada. Te estoy explicando que negocios que jamás tuvieron problemas se caen en picada y vos pretendés hacerte la Juana de Arco.

Renzo arrojó con fuerza la cucharita de su café sobre la mesa.

—No quiero agobiarte. Es mi problema, mi decisión. Te mantendré fuera del tema.

—No entendés un carajo. Me preocupo por vos.

—Dejá de hacerlo —aconsejó segura—. Por el momento nada te vincula a mí más allá de nuestra relación. Es mi negocio, son mis deudas, es mi patrimonio el que está en juego. No involucro el

tuyo.

—¿Qué creés que pensará la gente? Tu empresa se hunde y tu novio es un economista.

—¿Te intereso yo o tu reputación? —preguntó con culpa.

—Nosotros —afirmó—. Me intereso en nosotros. Ahora dependemos de mi carrera para sostener nuestra vida en común. Si te hundís, nos arrastrás.

Gabriela se llevó ambas manos a la cabeza. Tiró de su cabello alisándolo:

—Voy a correr ese riesgo. Decidí si lo corrés conmigo.

—Te equivocás de pleno —vaticinó—. No voy a acompañarte en esta locura. Pero sigo acá para sostenerte cuando termines de caer. Te amo y es lo que debo hacer.

Le costó conciliar el sueño esa noche. La conversación con Renzo había sido tensa. En algún momento, su mente romántica había fantaseado

con un brazo fuerte, varonil y protector, que se interponía cual escudo entre ella y el abismo. Un escudo amoroso y viril que le señalaba la ruta, caminaba junto a ella para marcarle las piedras, enseñándole a picarlas hasta convertirlas en arenilla. Comprendió que había sido un sueño, cuando el agobio la empapó en sudor al levantar la vista y descubrir que no era Renzo quien la guiaba.

Salió de la cama enojada. En el cuarto de baño abrió el grifo de agua fría, reunió abundante cantidad de agua entre las manos y hundió la cara, refrescó su nuca. Elevó los ojos a la imagen del espejo y descubrió, otra vez, su soledad.

El recuerdo de ese hombre sin rostro, de ese brazo seguro, la inquietó. Su subconsciente dudaba de Renzo y no era justo. Ella lo amaba, confiaba en él.

«Tiene demasiadas preocupaciones, demasiado estrés», pensó.

Había dos opciones, sabía que existían. Renzo podía aceptar o negarse. Ambas eran lícitas. Esperaba lo primero, obtuvo lo segundo. Se sintió

mezquina. Su novio deseaba una mujer glamorosa que disfrutara de las reuniones *yuppies* y esnobs, sin embargo la aceptaba a ella en Converse y jeans.

—Lo amo y me ama —se dijo frunciendo el ceño, convenciéndose a sí misma—. Hay que dejar de fantasear con ideales.

Se amaba al otro tal y como el otro era. Con sus virtudes y sus defectos. Con sus aciertos y sus errores. Así la aceptaba él a pesar de este error que estaba seguro que cometía.

«Prefiero luchar con un error... que con la culpa.»

CAPÍTULO 3

—*E*l ingeniero Morgado —explicó Pérez Gil— le había propuesto hacerse cargo de parte de la deuda. A cambio, Arredondo Bienes Raíces le entregaba prioridad a la comercialización de algunas obras de la empresa constructora.

—¿Es un filántropo? —preguntó Gabriela.

—No lo creo. ¿Por qué pregunta eso?

—No entiendo qué gana el ingeniero. La inmobiliaria está mal, tiene deudas y él las paga a cambio de que pongamos a la venta sus obras. O es un filántropo o no sabe de negocios —conjeturó.

—El punto está en las comisiones. Las inmobiliarias le cobran al comprador entre un tres y un cuatro por ciento del monto de la venta. Morgado se quedaría con la mitad de esas comisiones hasta solventar el préstamo más los

intereses, y no pagaría el punto y medio correspondiente al vendedor por la transacción.

—No es un filántropo, es un usurero —reconoció apenada.

—No califiquemos. Su padre lo consideró viable. Él entendía mucho más que nosotros, tenía años de experiencia encima. El punto ahora es que los empleados necesitan cobrar; no hay efectivo, los bancos no le otorgan más crédito y el tiempo apremia.

—¿Considera que deberíamos aceptar la oferta de Morgado?

—Hoy ya no sabemos si la oferta sigue en pie.

—¿Disculpe? —interrogó Gabriela.

—Me reuní con él el martes en sus oficinas. Lo puse al tanto de los recientes acontecimientos. Quiere evaluar la nueva situación. Como ya le dije, me citó para el viernes de la semana próxima y pidió que llevara conmigo a la persona que quedaría al frente de la inmobiliaria.

—Bien —exclamó en un suspiro—. Iremos juntos. Al conceder una cita, admite que mantiene

su interés en nosotros. Seguramente cambiará algunos detalles, pero sigue siendo nuestra salida.

—Gabriela, todas las referencias comerciales que pedí sobre él y su empresa declaran que es solvente, que cumple los compromisos. Claramente es una salida más que interesante. Eso sí —aclaró—, me gustaría que consulte con el personal de la inmobiliaria si los porcentajes solicitados siguen siendo óptimos. La salida debe vislumbrarse como posible. Los manotazos de abogado no resuelven nada, solo postergan lo inevitable.

Se podía aceptar hasta el justo tope negociado por su padre. Ni un punto menos. Maite y Mario habían sido categóricos en eso. Les comunicó su oferta; cada peso que ingresara sería para hacerle frente a los compromisos, el resto era de ellos. Gabriela no quería ni necesitaba un solo centavo obtenido de allí. Sus ingresos como fotógrafa le permitían costear el departamento, las necesidades

básicas y la cuota mensual del plan de ahorro para su futuro autito. No era mujer de gustos caros, salvo por sus inseparables cámaras Cannon y sus adoradas zapatillas. El resto era negociable. Los empleados se ocuparían de la inmobiliaria, ella de sus fotografías.

Faltaba toda una semana para escuchar al dichoso ingeniero. Su paciencia era infinita si se trataba de atrapar con la lente una foto, pero desaparecía en un instante cuando de la preocupación por el bienestar del otro se trataba. Giró la cabeza con ímpetu, observó dónde se encontraba. Con solo cinco minutos de colectivo podría estar frente al “benefactor” Morgado. Tal vez ya tuviera lista una propuesta, tal vez necesitaba más datos para confirmar su postura. Llevaba en el bolso, toda la información suministrada por Mario y Maite. La dueña era ella, la decisión estaba en sus manos. Los empleados necesitaban cobrar su sueldo, una semana era mucho tiempo. Si Morgado decidiera abrirse, tendría que pensar en otras alternativas, por lo

tanto era mejor enterarse cuanto antes.

Generalmente se entrenaba con Salgado temprano en la mañana, antes de desayunar y dar inicio a su día de trabajo. Pero esa semana su entrenador personal perfeccionaba a los competidores del próximo triatlón y le había cambiado el horario para el mediodía. No era lo mismo. Ese corte en medio de la jornada laboral lo alteraba, pero por nada en el mundo renunciaba al ejercicio. Eso lo mantenía activo, con la mente fresca, el ánimo arriba, la creatividad a full. De manera que en lugar de ejercitarse y después desayunar, consumió energías pensando reponerlas luego, con un rápido almuerzo en su despacho.

Enfundado en su traje oscuro de marca, y con el cabello aún mojado tras la ducha en el gimnasio, salió del ascensor para asombrarse con el panorama. Una jovencita con jeans gastados, campera corta de cuero, zapatillas y un bolso que había conocido mejores épocas, discutía con la

repcionista.

Regina lo vio llegar, seguramente entendió la situación, y rauda se dirigió hasta el lugar, para dar por concluido el seguro malentendido. Esa mujercita debía haberse equivocado de piso.

Pero la desubicada insistía y discutía con ambas, afirmada en sus pies separados y gesticulando como poseída:

—Entiendo que el ingeniero no está ahora —decía desenfadada—, solo les estoy preguntando cuándo regresa.

No era alguien que había equivocado el piso, lo buscaba a él. Eso ya era evidente y sus empleadas claramente entendían que no existían razones para informarla. La observó en detalle, por si era una conquista que no recordaba. Pero estaba seguro de que la cosa no iba por ese rumbo. Tampoco era una exempleada. Alguien que hubiera trabajado para él jamás se presentaría con esas fachas. Se sacó los lentes de sol, abrió un tanto la chaqueta para apoyar las manos en la cadera a la altura del cinturón. Se afirmó también con las piernas

separadas, para hacerse escuchar de mal modo:

—Ya regresé —le comunicó, seguro de que lo buscaba a él—. Espero que tenga un buen motivo para justificar el escándalo que está montando en mi empresa, o me verá obligado a guiarla hasta el ascensor.

La “loca” giró hasta situarse a tiro de su mirada. Tendría cerca de treinta centímetros menos que él. Se inclinó para poder medirse con ella. El rostro era aniñado. Ojos grandes que escondían dulzura, y en ese momento pasaban de la furia al miedo. Cabello castaño, ondulado y aprisionado en una colita de caballo. Ni una gota de maquillaje, aroma a colonia fresca.

—¿Ingeniero Morgado?

—Me está buscando —dijo manteniendo la postura—. Las personas que me buscan, tramitan con mi secretaria una cita. Deduzco que usted se saltó ese paso, de lo contrario no estaría dando este espectáculo.

—Soy Gabriela Arredondo —dijo, enderezando los hombros. Intentando recomponer una imagen

que a esa altura era imposible cambiar.

«La heredera», reconoció, y su humor empeoró.

—Ok, Arredondo. Tiene una cita conmigo, pero equivocó la semana —explicó endureciendo aún más el rictus.

—Sé que la programó para el viernes próximo. Pero no puedo esperar tanto tiempo.

—Señorita —interpuso Regina tomándola con suavidad por el codo, e intentando guiarla hasta el ascensor, mientras le ofrecía excusas y le solicitaba que cumpliera con lo acordado.

Pero Gabriela iba resuelta, no quería esperar. Frente a ella estaba la única posibilidad conocida de empezar a solucionar las cosas. No arrancaría dándose por vencida.

—Primero —dijo soltándose y desafiando a la secretaria—, no necesito lazarillos. Sé por dónde vine, imagino que también podría retirarme por allí. El tema es que necesito hablar con el ingeniero con urgencia y hasta ahora no pude hacerlo.

—Comienza a fastidiarme, señorita —advirtió

introduciendo las manos en los bolsillos del pantalón. Miró a su secretaria y le preguntó—: ¿A qué hora es mi próxima reunión?

—En veinte minutos —respondió rauda.

—Cuenta con diez —indicó a Gabriela con gesto adusto—. Pase a mi oficina.

Caminó delante de ella recorriendo el camino y obviando cualquier gesto galante. Abrió la puerta de su despacho sin girar para cerciorarse si lo seguía. Lo seguía, de eso estaba seguro. Tampoco la miró cuando le indicó con una mano la silla para que se sentara. Rodeó el escritorio y se dejó caer con fastidio en su sillón de empresario. Apoyó un codo en el apoyabrazos para poder sostenerse la barbilla. La observó con más detenimiento. Comprendió que Arredondo se movía en un campo que desconocía, su inseguridad podía palpase; estuvo a punto de sonreír al notar que esa mujer no sabía por dónde comenzar. Acabaría con ella rápido. Dejó caer la mano en su pierna, sabiendo que el gesto llamaría su atención.

Gabriela siguió cada movimiento del ingeniero,

repassando mentalmente las frases con las que le solicitaría tuviera a bien confirmarle que la propuesta para salvar la empresa continuaba en pie, sin detenerse a pensar que no había sido amistoso y mucho menos galante. Lo vio tomar asiento, antes que ella, recostando toda su humanidad en el sillón, pasándose el dedo por la barbilla y demarcando unos labios firmes y varoniles. Hipnotizada, completamente en trance, su mirada siguió el recorrido de aquella mano masculina y al darse cuenta dónde se detuvo, abrió los ojos por la falta de decoro, bajando la vista hasta sus zapatillas. Toda ella discordaba con el lugar. Respiró profundo prestando más atención al entorno. El ambiente era frío y masculino, desprovisto de todo, salvo de lo que seguramente sería imprescindible. Las paredes enrostraban fotos de construcciones magníficas, hacia la izquierda una maqueta mostraba un complejo edilicio. Y frente a ella, aquel hombre descortés y provocativo.

—Cuando otorgo diez minutos —señaló—,

espero sepan aprovecharlos. No pierdo mi tiempo, señorita Arredondo, y usted persiste en malgastarlo. ¿Va a utilizarlo o continuará escrutando mi oficina y mi persona?

A punto estuvo de contestarle con un insulto. Al menos para eso abrió la boca y la mantuvo así unos segundos. Tantos como fueron necesarios para que su mente reaccionara ante tanta soberbia.

—Usted le hizo una propuesta a mi padre. La situación en la inmobiliaria es apremiante y yo necesito saber si la mantiene o la retira — comunicó yendo directo al grano.

—Para eso tiene una cita conmigo la semana entrante. No hoy —dijo levantándose de su asiento, dispuesto a dar por concluida la charla.

—Mis diez minutos no terminaron, ingeniero. Sé que la cita no era hoy. Pero le estoy diciendo que no puedo esperar hasta la semana próxima — replicó decidida. Ese hombre no sabía lo que era una Arredondo cuando algo se le ponía entre ceja y ceja—. Usted seguramente ya sabe si está interesado en hacer negocios conmigo o no.

—Mi conclusión tiene fecha de entrega —explicó girando y sirviéndose un café, sin ofrecerle otro—, y le repito que no es hoy. Si está apurada, yo tengo trabajo pendiente. Como ve, mi mente esta semana no está conectada con usted.

—¡Qué raro!

—¿Perdón? —indagó extrañado por su expresión.

—Digo..., es raro que un ingeniero solo pueda ocuparse de un tema a la vez. Creía que eran tantas las cosas que debían tener en cuenta en cada proyecto, que los imaginaba más activos, con mejores reflejos para los imprevistos.

Elevó imperceptiblemente hacia la izquierda la comisura del labio. Casi un gesto risueño, casi una expresión divertida. Dio tres pasos hacia ella, hizo girar sin ningún esfuerzo la silla donde estaba sentada, se agachó lo suficiente como para quedar a centímetros de su oído:

—Mi actividad y reflejos escapan a tus posibilidades. Si viniste a provocarme, ponés en riesgo tu herencia. No negocio con nenitas ligeritas

de cascos. Negocio con empresarios serios, que traen propuestas serias.

Adrián atrapó en el aire la mano que se disponía a abofetearlo. Se enderezó y desde su altura volvió a advertirle:

—Le quedan dos minutos y lo único que logró es aburrirme. Utilice mejor lo que le resta, o cancelaré la reunión del viernes próximo.

Gabriela estaba decidida a levantarse y partir en dos la puerta de esa oficina, del golpazo que daría cuando saliera por ella. Pero Morgado era la opción y la estaba desperdiciando. Revió su postura:

—Entiendo que he cometido un error. Le aseguro que hubiera esperado hasta la cita, si la situación lo permitiera. Pero no es así —remarcó resignada—. La inmobiliaria le adeuda al personal los sueldos y no puedo extender tanto el pago de los mismos. Vine con la esperanza de que usted me aclarara si todavía está dispuesto a ayudarnos, porque si no es así, tengo que salir en busca de otras alternativas. Y lo cierto —confesó—, es que

no sé si existen otras alternativas.

—No soy un benefactor. Soy ingeniero, construyo y vendo mis obras. Me manejo con lo que conozco, no embarco a nadie en quimeras — enrostró, para luego acotar—, mucho menos a personas que dependerían de ellas para solventar sus vidas. Usted tiene un problema, yo puedo que tenga una forma de solucionarlo. Pero no hago favores, señorita. Hago negocios.

—¿Qué negocio me propone?

—No dije que lo hacía.

Ella varió su pregunta:

—¿Considera posible hacer negocios con mi empresa?

—Tal vez.

—Usted es un hombre frío —dijo apretando los dientes, parándose para intentar estar a su altura. Sacó del bolso un celular que funcionaba por obra divina, buscó fotos y comenzó a pasarlas frente a sus narices—: Esta gente trabajó junto a mi padre por décadas. Cada uno de ellos se mantuvo firme entregando su trabajo por respeto, por

consideración, por compañerismo. No cobran desde hace tres meses. Necesitan el dinero.

—Vaya a un banco.

—Usted sabe mejor que yo que ningún banco me dará más crédito —indicó ofuscada.

—¿Observó a las personas que intentaron hacerle entender que su cita era la semana próxima? Ellas fueron contratadas por mí. Lo hice porque sabía que a fin de mes los sueldos estarían depositados en sus cuentas. Evidentemente, su padre no compartía mi filosofía.

—Mi padre —dijo parándose en puntas de pie y enfrentándolo— respetaba a su gente y jamás los defraudó. Pero la economía actual...

—Señorita Arredondo —la interrumpió mostrándose más inalcanzable aún—, si va a hablar de la situación económica del país o de su empresa, equivocó al interlocutor. Para esos menesteres contraté a un contador. Su tiempo terminó.

De un manotón, Gabriela recogió el bolso, se quitó la campera porque el calor que le recorría el

cuerpo estaba a punto de calcinarla. Con paso firme y decidido se encaminó hacia la puerta sin despedirse. Al salir por ella, dio el portazo que reprimiera unos minutos antes.

Se rio con ganas cuando estuvo seguro de que ella ya no lo escuchaba. La heredera era inexperta, una negada total para los negocios. Una idealista, tal y como le habían informado. Finalmente, la venganza hasta podía ser entretenida.

La furia con la que salió del edificio le impidió vestirse la campera, sin importarle el frío de julio. Caminó rumbo a su casa por instinto, su concentración estaba dirigida a lo vivido en el terreno del ingeniero Morgado. Repasó segundo a segundo lo ocurrido hacía unos instantes. Diez minutos en los que puso en serio riesgo el futuro de la empresa de su padre, la tranquilidad de sus empleados y su noviazgo. Renzo tenía razón, era una completa locura. Ella no entendía nada de negocios, se manejaba con el corazón, lo contrario

a lo que su madre le aconsejaba. Debió comprender mejor la situación, antes de presentarse frente a él y mantenerse calma, fría y un poco más humilde. Desconocía el motivo por el cual ese hombre la irritó tanto. Solía ser tranquila, desprovista de vanidades y arrogancias. Morgado era arrogante. Se paraba con las piernas algo separadas, en una postura firme y autoritaria. Su voz era rasposa, ronca..., varonil, primitiva. Alto, cercano al metro noventa, imagen cuidada, ropa carísima, olía a madera, a esencias. Cabello castaño, corto y algo ensortijado. Frente ancha, con algunas marcas pequeñas que le entregaban un aire recio haciendo suponer que había intervenido en alguna contienda callejera. Miraba siempre algo oculto tras sus cejas, como agazapado; bajando un tanto la cabeza, seguramente por ser tan alto, pero la imagen que daba era la de un león acechando a su presa. Y la presa había sido ella durante diez minutos. Dedos largos, manos finas. Volvió a recordar su indiscreción al observarlo, cuando dejó caer una en la entrepierna. En ese

momento Gabriela estaba perdida en la boca que transmitía fastidio, quiso evitar quedarse allí y fue cuando recorrió visualmente todo el físico del ingeniero hasta detenerse en el lugar menos indicado. Él la avasalló, la redujo y la enfureció. Frente a él, y en tan solo diez minutos, perdió toda su personalidad. La atrajo, la irritó, la sedujo seguramente sin habérselo propuesto. Estaba convencida de que estaba kilómetros del tipo de mujer que le atraería a un hombre como él. Pero a ella la confundió, la excitó.

Se sintió profundamente avergonzada. Reconoció su debilidad y la furia inicial se convirtió en depresión. En pena de sí misma.

—Cambiamos toda la estrategia que planeamos el miércoles —comunicó a su contador—. Volvemos a la inicial, pero con alguna variante. No vamos a comprar parte de Arredondo Bienes Raíces, vamos a otorgarles el préstamo.

—Es ridículo. Sabemos que no pueden pagarlo.

Perdieron peso en el mercado, apenas si tienen alguna que otra propiedad a la venta...

—Vamos a dejar que comercialicen la de Vicente López, pero sin firmarles la exclusividad.

—No aceptarían algo así —aseguró quien sabía más de finanzas.

Adrián Morgado se inclinó un tanto sobre el escritorio, miró fijo a los ojos de su contador:

—Aceptarán lo que yo quiera que acepten. Están en la horca, la heredera no tiene idea de nada, y el pie que decide cuándo se les corre el banquito lo manejo yo.

—Sigo sin comprender por qué te interesa poner plata en esa empresa. Morgado Construcciones no necesita de una comercializadora, mucho menos de una que va a la quiebra. Insisto en que el plan puede cumplirse sin meternos dentro de ella.

—Lo único que tenés que comprender es cómo concretar mis indicaciones —ordenó tajante.

CAPÍTULO 4

*T*embló cuando Renzo le entregó placer. En su cama y debajo de él, no había discusiones ni enfrentamientos. Se comprendían a la perfección. Su novio rodó sobre ella y extendió su anatomía por las sábanas. Gabriela se recostó sobre un codo para acariciar los pectorales masculinos. Él abrió los ojos y el terror la recorrió por completo. Fue solo un segundo, una ráfaga, un momento irreal donde en lugar de encontrarse con los ojos negros y risueños que conocía, creyó ver otros. Unos, de color marrón aceitunado, profundos, penetrantes.

—¿Qué ocurre? —preguntó inquieto.

Imposible responderle. ¿Qué decirle? “Acabo de gozar con vos, pero en tus ojos vi a otro hombre.” No, eso no podía salir de su boca, no debería haber estado en su mente tampoco. ¿Con quién había estallado esa noche? ¿Quién estuvo en

su imaginación?

—Vamos a bañarnos y prepararnos para el evento —indicó Renzo—. Te traje la ropa. Vas a quedar preciosa —aseguró rozándole la barbilla con la palma de la mano.

Ni la fiereza de las Cataratas del Iguazú podría quitarle de la piel la vergüenza que le invadía el alma. Por primera vez en su vida, había hecho el amor con Renzo imaginándose a otro hombre.

¿Cómo besaría aquella boca que mantenía el rictus duro? Esos labios masculinos que anticipaban una barbilla firme y segura. Tenía que olvidarse de Morgado. Al menos en esos términos. Si el viernes volvía a verlo, era porque existía una posibilidad para la empresa y vendría de la mano de él, de sus dedos largos y finos, de sus brazos firmes. Salió de la bañera, se escondió en el toallón, desempañó un tanto el espejo y se miró allí.

¿Agobio? Tal vez.

¿Incertidumbre? También.

¿Ansiedad? Sin duda.

¿Excitación? Le costó admitirlo, pero sí. Una excitación extrema. El deseo de esconderse dentro del pecho de ese hombre y que se fundiera en ella. Que la abarcara. Que calmara de una vez todo lo nuevo que su cuerpo experimentaba desde esa reunión.

Renzo ingresó al baño, le cacheteó con suavidad el trasero a modo de caricia:

—No demores mucho. Tu lujuria nos retrasó y no quiero ser impuntual.

Adrián salió de su auto abotonándose el saco, en tanto el *valet parking* le abrió la puerta a Jésica, que lucía un elegante vestido dorado que demarcaba cada una de sus curvas. Posó sobre los hombros de la mujer el abrigo, luego de entregar las llaves de su auto al empleado, y se dirigieron al salón del primer piso en el Museo de Arte Decorativo.

—Bienvenidos a Croque Madame —los recibió el *maître*—. Los esperan en la planta superior.

Ascendió por las escaleras detrás de su acompañante. Agradeció que el *maître* se quedara con el abrigo de Jéssica, para poder degustar con la vista las conocidas piernas y el trasero con forma de corazón. Jéssica lo distraía. Tenía el don de relajarlo, por eso la invitó a acompañarlo esa noche. Desconocía la razón por la que aceptó asistir. El evento era para reunir adherentes a un proyecto que consideró inviable. Unas treinta personas aproximadamente, suficientemente reducido, solo para un grupo selecto de constructores e inversores. Posó su palma debajo de la cintura de ella, guiándola entre la gente. Estrechó un par de manos conocidas, entregó algún beso en la mejilla de la acompañante de alguien. Giró la cabeza para otear el contexto general. Lo estaban mirando unos ojos aterrados que portaban un vestido rojo pasión. Se detuvo en ellos. Conocía a su dueña, aunque esa noche su aspecto distara mucho del que ingresó a su oficina la tarde anterior. Una leve sonrisa se dibujó en sus ojos más que en su boca, cuando ella miró con rapidez

a su acompañante para luego volver a mirarlo a él. El hombre ni siquiera sabía que la tenía a su lado, dialogaba muy afablemente con el dueño del proyecto en cuestión. Dejó conversando a Jéssica con una arquitecta y comenzó a caminar hacia el disfraz colorado con tacos, con el que Arredondo pretendía ocultar sus jeans gastados y zapatillas.

Gabriela murió de miedo y excitación al verlo. No le había contado a Renzo sobre su mala idea del día anterior. Vio a Morgado acercarse con una mano en el bolsillo. La miraba por detrás de aquellas cejas que no eran abundantes pero servían para hacerlo más aterrador, más sensual, más peligroso. Con el dedo pulgar se recorría el labio inferior y ladeaba algo la cabeza para mirarla con una intención que no pudo descifrar. Debía irse. Salir de ese restaurante corriendo por las escaleras hasta la calle Libertador, rogar que pasara un taxi... Sin saber cómo, sus piernas se fueron acercando hacia la barra de tragos.

—Un Martini seco, por favor —solicitó.

Sintió el aroma a maderas y esencias. Vio la

mano de él posarse en la barra. Escuchó su voz ronca:

—Primera opción —dijo muy cerca de su cuello —, jeans y aspecto de desvalida. Segunda opción, *Susie* y su vestido rojo. ¿Cuándo aparecerá el piano para que nos cantes “Makin’ Whoopee”?

Gabriela elevó la vista hasta el espejo que los reflejaba detrás de la barra. Lo vio mirándola. Imaginó que se reía, pero estaba serio. Incólume.

—Nadie sabe de la visita que le hice ayer —le advirtió.

—¿Ocultás las cosas, *Susie*? —preguntó y sus ojos parecieron reflejar cierta diversión.

—No. No suelo hacerlo. Es solo que...

—¿A quién no podemos decirle que ya tenemos el gusto de conocernos?

—A mi novio —y se retractó—, a nadie. No quiero que lo sepa nadie.

—¿Por qué?

—Porque no es conveniente que alguien, y mucho menos él, se enteren. No lo entenderían y...

—Es una caja de sorpresas, señorita Arredondo

—comentó, logrando que su aliento meciera el cabello de Gabriela y le rozara el cuello—. Tengo dos opciones. La primera, poner celoso a su novio demostrándole que usted le oculta cosas.

Gabriela lo miró con furia. Adrián achicó apenas los ojos, divertido.

—La segunda, ignorarla. Pero creo que me divertiría más con la primera —dijo elevando la autoestima de ella, para pisotearla al segundo siguiente—; a la segunda opción está acostumbrada y prefiero sorprenderla. Veo que su novio no está enterado de que usted lo acompaña.

Recogió su Martini y se alejó de él. Se refugió junto a Renzo. Clavó la vista en la aceituna de su trago, la hizo girar.

Adrián pidió al barman un whisky en las rocas sin mirarlo a la cara. El motivo de su interés se reflejaba en el espejo que tenía delante. Continuó observándola. Ella tomó la aceituna embebida en alcohol, abrió sus carnosos labios, la introdujo en la boca, la paseó dentro de ella. Adrián no perdió detalle y su pantalón acusó cambios. Sabía que la

heredera no poseía el espíritu de *Susie*, pero acababa de lograr lo que aquel personaje de la famosa película logró en cada hombre que presenció esa escena. Jéssica le acarició la espalda:

—¿Cansado?

—En absoluto. Un poco aburrido. Me pedí un whisky, ¿quierés uno?

Su amiga no aceptó, comentándole que debían ubicarse en las mesas. Se sentó frente a Gabriela, que lo privó de la mirada escondiéndose detrás de su melena. Le prestó atención al novio. Aspecto de gallito, demasiado hablador, vestimenta de marca, poco confiable. Seguramente las mujeres lo encontrarían atractivo. A él le resultó un fiasco envuelto en papelito brillante.

—¿Podemos cambiar de lugar? —rogó Gabriela a Renzo.

—¿Por qué?

—Acá estamos muy cerca de la salida de la calefacción, prefiero sentarme donde no tenga tanto calor.

—Menos mal que te dije que no trajeras el chal. Vos siempre tenés calor. Pero no podemos movernos —dijo en un susurro para que nadie más los oyera, y explicó—, a mi derecha está el que queremos se convierta en principal accionista del emprendimiento. Lo presenté yo y no quiero perderme detalle.

—¿Para qué me trajiste, Renzo? No conozco a nadie y...

—No podía venir solo —susurró—. Ponele un poco de onda. Es por nuestro futuro.

Se enderezó en la silla y elevó la vista de manera inconsciente. Se encontró con la mirada seria de Morgado. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Eso no era normal. Tenía que salir de allí y estaba obligada a quedarse. Tomó la servilleta de su falda para depositarla en la mesa, se excusó con Renzo, corrió la silla y se dirigió al baño.

Ni bien la puerta se cerró tras ella, abrió con premura el grifo de agua fría para refrescarse la nuca. Desde que su padre murió, transitaba una pesadilla interminable. Quería regresar al sur.

Avistar las ballenas, fotografiar los bosques. Reunirse con su gente. Volvió a mirarse en el espejo y capturó ese instante. Un vestido glamoroso, un cuerpo que podía lucirlo. Unos ojos desolados, un futuro cada vez más incierto.

Reunió coraje y giró la perilla de la puerta esperando que el evento concluyera pronto, que Fátima tuviera señal para poder hablar con ella ni bien regresara a su casa. Había hecho el amor en la tarde con Renzo, eso indicaba que no pasarían la noche juntos. Cerró los ojos, aspiró hondo y salió al pasillo. El torso del hombre que olía a maderas le impidió continuar. Se impuso ante ella y la acercó a la pared. Acorralada, sin salida ante el tamaño de él. La respiración se le agitó, el corazón le comenzó a latir a mil por segundo. Hiperventilada, cardíaca, excitada, no pudo mirarlo ni emitir una sola palabra.

Una mano de él se posó en su cadera. Sintió que ardía en aquel lugar bajo su impronta. La otra le rodeó el cuello con suavidad y los dedos le rozaron el lóbulo de la oreja. Gimió y él se

introdujo en su boca lento, muy lentamente. Saliendo solo para delimitarle con la lengua los labios y luego regresar para derretirla. Cuando por fin dejó de besarla, se detuvo en absorber el aroma de su cuello. La barba la rozó, su aliento la quemó.

—Tengo una propuesta —dijo saboreando aún su clavícula.

—No es de este tipo la ayuda que le solicité —respondió sin estar segura de cómo lo había logrado.

—Esa es la segunda propuesta. Siempre busco dos opciones.

—Si su primera propuesta tiene que ver con el inconveniente económico de mi empresa, lo escucho ansiosa. De la segunda paso.

—La segunda ya la aceptaste —aseguró apartándose.

Lo vio alejarse por el pasillo rumbo al salón. Retorció sus piernas intentando calmarse y llevó una mano hasta su corazón que latía sin freno, desbocado. Intentó respirar hondo para calmarse,

regresó al *toilette*, revisó su maquillaje sin detenerse a observarse. La expresión que seguramente tenía, no quería conservarla en su memoria. Era imprescindible olvidar ese choque con él.

Pretendiendo pasar desapercibida, volvió a sentarse junto a Renzo. Probablemente él no se hubiera dado cuenta de que había desaparecido unos minutos. Minutos que habían sido fundamentales y que terminarían marcándola. Miró a Morgado, primero con timidez, luego con furia. Él la ignoraba.

¿Qué pretendía ese hombre?

Tal vez terminarían juntos en un negocio, pero jamás en otros ámbitos. Ella no comerciaba con su cuerpo o con su vida. Lo ocurrido a la salida del baño no podía volver a suceder y a él tenía que quedarle muy en claro. La segunda opción no era viable.

¿La habría visto tan desvalida que consideró que podía aprovecharse de ella? La había tildado de “ligerita de cascos” en su oficina y acto seguido

intentó seducirla. ¿Pensaría que podía cobrarse así un favor? ¿Le estaba proponiendo pagar las deudas a cambio de sexo?

De ninguna manera. Tenía que dejarle muy en claro en qué términos negociaban. Lo miró con más furia aún. Adrián giró lentamente la cabeza casi gacha, clavó bajo sus cejas la mirada en ella. El duelo estaba planteado. No importó quién tiró el guante primero. Los dos lo recogieron.

Finalmente él sonrió sin mostrar los dientes. Esa vez Gabriela pudo detectar claramente la sonrisa y respondió con la misma artillería.

No tenía idea de quién era él. Desconocía cuál fue el motivo que llevó a su padre a pedirle ayuda. Pero ahora tenía en claro que si era su única opción, debía medir cada una de sus palabras, cada uno de sus movimientos. Si era la solución para la empresa, leería cada letra de lo que pretendiera que firmara. Y si no lo era... Si él no le entregaba el dinero, estaría tan ocupada en buscar otra salida que ni se acordaría de Adrián Morgado y su insolente arrogancia.

Se sintió conforme con esa conclusión y, sin darse cuenta, ladeó un tanto la cabeza, arqueó los labios en un gesto desafiante.

Eso le fascinó a él y su pantalón volvió a reclamarle alivio. Tercera vez en la misma noche que se excitaba con la misma mujer, y tan solo la había besado en una. Jéssica reclamó su atención y eso le permitió dejar de mirar a la heredera, sin que sonara a que abandonaba la contienda. Respondió a cada comentario de su amiga, sin saber bien de qué le hablaba. Su mente elaboraba hipótesis:

«Gabriela Arredondo, hippie, autoestima baja, incapaz de solucionar un problema, altruista, ecológica, tonta a la hora de elegir contrincantes, inexperta..., con una boca sensual, fresca, dulce, tentadora», el último pensamiento tiró más de su pantalón. Se hacía menester calmar las ganas que le dieron de arrojarla sobre la mesa, apoderarse otra vez de su boca, terminar de descubrir qué había debajo del disfraz rojo, insertarse en ella y hacer que recordara de por vida que allí estuvo

Adrián Morgado.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Jésica.

—Hoy dormís en mi cama —comunicó y la mujer dibujó una sonrisa inmensa de aceptación.

Renzo estaba eufórico. La cena daba frutos. Conseguían los inversores que precisaban, su cliente estaba feliz, Gabriela no abría la boca y lo dejaba trabajar sin molestarlo. Por consideración hacia ella, pasó el brazo izquierdo por detrás de su novia para empezar a hacerle pequeñas caricias en el hombro. Ella dio un respingo, y la tranquilizó dejando de mimarla. Antes de acudir a la cena habían tenido una sesión de sexo desenfrenado que debería haberla calmado. Pero esa mujer siempre estaba caliente, siempre dispuesta a más. Retiró su brazo y continuó la conversación con el resto de los comensales.

Gabriela se ocultó nuevamente tras su melena. El mimo de Renzo llegó en el justo momento en que recordaba el incidente a la salida del baño. El calor la sofocaba, pero no quiso ir a refrescarse por miedo a que se repitiera la escena anterior. Un

pie se posó con cuidado en su empuñadura. Comenzó a subir por su pierna. Levantó la vista y lo miró a Morgado. Tenía los codos sobre la mesa, las manos juntas sosteniendo su barbilla, la miraba por debajo de las cejas. La seducía, la encendía, la quemaba. Retiró con brusquedad su pierna y escondió el pie bajo el asiento. Él volvió a sonreír. Solo ella detectó ese gesto.

—¿A qué se dedica, señor? —preguntó dirigiéndose a él, con toda la intención de ponerlo en su sitio.

—Soy ingeniero —respondió muy tranquilo.

—¿Es quien llevará a cabo el proyecto?

—Depende de qué proyecto estemos hablando —contestó con segundas intenciones que muy claramente entendió Gabriela.

—Me refiero al proyecto que nos tiene aquí reunidos.

—Hay un proyecto por el cual estoy aquí, en el que ya estoy participando.

—Le deseo suerte.

—No la necesito —le aseguró, y al ver que

Jésica giraba para prestar atención a su respuesta, agregó—, pero gracias igual. Usted, señorita, ¿a qué se dedica? ¿Es inversionista también?

—No. Soy fotógrafa.

—Ese es su hobby —acotó Renzo entrometiéndose.

—Ella lo denominó ocupación —remarcó molesto por la intrusión.

—Bueno, en realidad... ella anda en la onda ecologista, y como estudió fotografía... ayuda en las campañas de las organizaciones que tienen esos fines.

—¿Cobra por eso? —interrogó sin dejar de mirarla.

—Sí —respondió Gabriela.

La voz de Renzo se superpuso a la suya.

—Monedas, pero igual no lo necesita, lo hace de caritativa que es. De todas formas, cuando nos casemos deberá dejar ese berretín.

Gabriela giró con rapidez la cabeza para mirar a su novio. Jamás habían hablado de eso. Jamás se había planteado que debería dejar su trabajo

cuando se casaran. Adoraba la fotografía y el fin en el que la utilizaba.

—Veo que es un tema con el que su novia no está muy de acuerdo —enestó Adrián.

Alguien reclamó la atención de Renzo y este abandonó la conversación.

—Otra pérdida —remarcó para que Gabriela sumara.

—No he perdido nada aún —aseguró alejando un poco el platillo de postre.

—Se equivoca. Acaba de perder un novio.

Eufórico, el dueño del proyecto solicitó al personal del restaurante que acondicionaran el salón con rapidez luego del brindis y les permitieran bajar las luces para que sonara una música suave con la cual bailar.

Renzo la tomó de la mano, la acercó a él y la hizo girar. Era muy buen bailarín. Ella sabía seguirlo. Un par de palmadas de sus amigos en el hombro, le marcaron aceptación a medida que las parejas se unían a ellos.

Gabriela vio al ingeniero bailando con la

acompañante. Supo cuánto lo deseaba aquella mujer. Cerró los ojos e imaginó que intercambiaba lugar con ella.

—Tranquila —advirtió Renzo—, no empieces. Estoy trabajando. No te confundas.

Evidentemente su deseo la había traspasado hasta entenderlo alguien como Renzo.

—Regresemos a sentarnos —rogó. Necesitaba tomar algo fuerte, desprenderse del contacto con su novio, alejarse de la imagen de Morgado bailando con otra. Renzo reanudó la charla con los comensales. Gabriela intentó distraerse observando la decoración del lugar. Cualquier cosa que no la llevara a mirarlo a él.

—Traeme una copa —pidió su novio y no le sonó a orden. Él estaba trabajando.

La joven fue hacia la barra.

—Dos Margaritas, por favor.

Donde termina la espalda, el calor de una mano firme la sobresaltó.

—Bailemos.

La mano la llevó hasta quedar en medio de diez

parejas. La pegó a él. Su respiración volvió a agitarse, su corazón perdió el ritmo.

—En los negocios, es fundamental conocer al socio —informó.

—¿Finalmente decidió ayudarme?

—No dije eso. Primero tengo que conocerla.

—Dudo mucho que besándome, bailando o acosándome esté intentando conocerme en términos comerciales.

—Cada quien usa los métodos que considera más apropiados. En el pasillo del baño descubrí que no sabe defenderse. En la mesa, que no domina sus impulsos.

—¿Y ahora? ¿Qué trata de descubrir ahora?

—Más debilidades.

Gabriela intentó separarse. Él no se lo permitió. Bajó la mirada para advertirle:

—Usted quiere que yo me embarque en su negocio. Necesito evaluar todos los términos antes de tomar una determinación.

—¿Cuál es el siguiente paso? ¿Meterse en mi cama?

—Ya me introdujiste en ella.

—¡Fabulás! —mintió indignada de que él pudiera leerla.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste el amor?

—¿Qué te importa?

—La última vez que hiciste el amor, pensaste en mí. Y si no hiciste el amor desde que nos conocimos, no me cabe duda de que te recreaste con mi recuerdo. En este momento estás deseando que me meta en tu cama.

Lo empujó con fuerza sin importarle que la vieran. No hubiera logrado moverlo un centímetro si él no hubiera decidido dejarla. Regresó por los tragos y se sentó junto a su novio, dispuesta a no volver a moverse de allí. Estableciendo que el viernes y cualquier otro día en el que tuviera que encontrarse con Morgado, llevaría compañía. No debía estar sola con ese hombre. Aunque lo deseara.

Adrián y su amiga se retiraron del restaurante, Gabriela no supo precisar cuándo. En algún

momento no pudo resistir la tentación y lo buscó entre la gente. Ya no estaba. Se había ido sin despedirse.

Renzo la llevó hasta su casa. Si bien Gabriela estaba distante, pudo percibir el clima imperante. Escucharlo fue cerciorarse de que no estaba equivocada.

—Tenés que aprender a manejarte mejor en este tipo de reuniones —indicó.

—No veo a qué te referís, traté de no inmiscuirme en conversaciones sobre temas que no conozco, aguanté el aburrimiento y que ni te fijaras en mí...

—Podrías haber hablado con el resto de las mujeres... de ropa, o alguna novela.

—Podría —respondió más por evitar continuar con el tema que por convencimiento.

—¿Quién era el tipo que estaba sentado frente a vos en la mesa?

¡Dios! ¿Cómo era posible que simplemente con que se lo nombraran, su cuerpo temblara de esa manera, sus mejillas ardieran, su femineidad

clamara a gritos que la calmaran?

—Dijo ser ingeniero —respondió.

—Me miró raro. Si no fuera porque estábamos en una cena de negocios —acotó—, le hubiera partido la cara.

—No me di cuenta.

—No tenías que haber bailado con él.

—Ponete de acuerdo —dijo molesta—, por un lado me reclamás que trate de ser más comunicativa, y por el otro me reprochás que lo sea. ¿Tendría que haber rechazado su invitación?

Se percató de que no había sido invitada a bailar. Simplemente le notificó que lo harían.

—No tenías que haberte movido de mi lado. Sobre todo en ese momento.

—Me pediste que te buscara un trago.

—¡Y te fuiste a bailar! —aclaró dejando salir el aire contenido.

—Ok. Me queda claro. Para la próxima, primero te pregunto.

—Gabriela... —advirtió.

—Gabriela se pudre de que la ignoren —

interrumpió—, de que se olviden que es una mujer con necesidades. Alguien a quien le gusta que la mimen...

—Hicimos el amor en la tarde como poseídos. ¿De qué hablás?

De él. Hablaba de él, pero Renzo no entendía. Apenas hacía veinticuatro horas que ella empezaba a entender.

Jésica dormía exhausta con la mejilla apoyada en su pecho. Él solo podía mirar el tenue rayo de sol que se dibujaba en el techo del cuarto. Tenía a Arredondo en un puño. La sentía agonizar. Solo faltaba apretar con fuerza y desintegrarla. Sus dedos lo desobedecieron, rozándose, entre sí. No querían aprisionar, querían sentir.

CAPÍTULO 5

*E*l domingo llamó a Fátima y la puso al tanto de todo.

—Debe haber otra salida. Gabriela —comentó—, no me gusta ese hombre. Me da miedo.

—No tengo otra salida. No sé buscarla y la gente que tengo alrededor tampoco sabe cómo.

—Renzo es economista, él tiene que conocer gente, prestamistas..., no sé.

—Él no quería que aceptara la herencia. Cualquier ayuda, para él es plata perdida. Se negó a buscar otra salida. Creo que ni siquiera entendió que él ofrece esta.

—Pero si lo conoció ayer en la cena.

—No le dije que era él —confesó.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa con ese hombre?

¿Qué le pasaba con él? ¿Qué armas poseía Morgado para que ella se sintiera barro en sus

manos? ¿Qué poderes dominaba para seducirla de aquella manera? Fátima tenía razón; era peligroso, y ella frágil ante él. Sucumbía a su embrujo con solo recordarlo, mucho más teniéndolo frente a sí.

—Gabriela —repitió—, ¿qué te pasa con él?

—No lo sé. Es como estar frente a alguien superior que domina cada una de mis emociones. Me mira de una manera que soy incapaz de poner en duda su autoridad. Debería enfurecerme, odiarlo, rechazar cualquier cosa que me proponga y olvidarme de él.

—Sería lo más acertado que podrías hacer.

—Y no lo consigo —confesó—. Me puede, Fátima. No logro quitarme la sensación de su mano en mi cintura, de su pecho contra el mío. Me arde la garganta desde que me tomó del cuello para besarme. Lo vi bailando con la otra mujer y quería sacudirme a Renzo, empujarla a ella, y prenderme de él.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que no entiendo nada de lo que me pasa —se sinceró—. Antes de conocerlo, solo pensaba

en Renzo. Sabés de sobra que jamás acepté la invitación de nadie, porque estaba con él.

—Estás con Renzo —recalcó.

—¿Estoy? ¿Estás segura de eso? Porque yo me desconozco, no estoy segura de nada.

—Creo que sufriste un cimbronazo tremendo con la muerte de tu padre. Que a eso se le sumó la responsabilidad que te cargaste sobre los hombros. Que en este momento tu novio está forjando su carrera y toma una postura egoísta, donde vos pasaste a ser una piedra peligrosa si decide ayudarte.

—¿Entonces?

—Entonces —continuó explicando—, aparece un tipo con mucha guita, distinto a tu novio, que te mira con otros ojos y vos vas tras ese escape que te promete alivianarte el peso de la espalda.

—¿Será eso?

—Eso —confirmó, para luego agregar—, y el morbo que te provoca su poder. Las ganas de sentir ese poder adentro tuyo.

—¡Fátima! —exclamó, pero tuvo que reconocer

que las palabras de su amiga la habían llevado a imaginar esa situación, obligándola a cruzar con fuerza las piernas.

—Creo que estás necesitando unos días de limpieza mental en el sur. ¿Podés venir?

—No. Ahora justo no puedo. Esta semana tengo que ver si consigo encontrar la solución a las deudas de la inmobiliaria. Si Morgado acepta ayudarme...

—Te va a ayudar.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque las mismas ganas que vos tenés de sentir su poder, las tiene él de demostrarte que lo posee.

Salgado frunció el ceño, tomó la barra de las pesas frenando el impulso que Adrián le estaba dando al ejercicio.

—¿Qué hacés? —se quejó.

—Evitar que te lesiones —explicó el entrenador—. ¿Tenés algún problema?

—En absoluto —respondió.

—Sí. Tenés un problema. A lo mejor no lo detectaste todavía, pero tenés un problema. Cuando se entrena el cuerpo, la mente debe estar conectada con cada aviso que da el mismo. De lo contrario, te lesionás.

—Estoy conectado. Siempre estoy concentrado.

—Adrián —aclaró—, puede que no te des cuenta. Te entreno hace años, sé cómo sos. Hoy no estás en el gimnasio, estás en cualquier otra parte. Algún proyecto que querés armar, una licitación que pretendés ganar... No sé. Lo que sí sé es que el entrenamiento de hoy terminó.

—Si no tenés ganas de trabajar decilo de frente. No me pongas como excusa. Necesito mantener mi cuerpo en forma. Es lo que me despoja de la estática.

—Te aconsejaría que te revolcaras con una mina, pero imagino que en ese ejercicio estás más entrenado que en los míos. Si seguimos te vas a lesionar. Vos entendés de tu materia y yo de la mía. Me contrataste y te pusiste en mis manos porque

sabés que sé de lo que hablo. No me discutas lo que domino. Este es mi terreno.

Dejó que Salgado depositara la barra de pesas en el soporte. Se mantuvo acostado sobre el banco de ejercicios, intentó relajarse para pensar y encontrar aquel motivo del que hablaba su entrenador.

—Arriba, flojito. Tenés que elongar antes de bañarte.

Entró a su oficina hecho una furia, dándole directrices a Regina de cada una de las cosas que necesitaba. Hizo girar el sillón de su escritorio de un manotazo. Marcelo, su contador, cerró la puerta del despacho y lo observó.

—¿Un fin de semana de mierda? —preguntó.

Adrián lo ignoró:

—Quiero que esta semana concretemos todo el tema Arredondo. Necesito ponerme las pilas en la licitación del puente.

—Dejá todo en mis manos. El viernes tomo tu

lugar, explico la idea, firmo por vos y listo el pollo.

—No —exclamó—. El viernes vos explicás, pero la firma la pongo yo.

—¿Para qué querés estar el viernes? Yo puedo hacerme cargo y te sacás un tema de encima.

—Quiero ver cómo va cayendo en mis manos Arredondo.

—No es tu lucha, Adrián —aconsejó—, debió ser la de tu padre. Olvidate ya de eso. Mirá si no cuánto los afectó a él y a Arredondo este tema.

Clavó los puños sobre el escritorio, miró fijo a su amigo:

—Cualquier lucha de mi padre, hoy es mi lucha. Cualquier hijo de puta que lo puso donde está, va a caer bajo mi pie. Incluida la mosquita muerta de la inmobiliaria.

—¡Ah! —exclamó—, hubiéramos empezado por ahí.

—¿Perdón?

—Una mosquita muerta —repitió las palabras de él para que quedaran firmes en la conversación

— Hay una mina en el medio.

—Que seas mi amigo no te autoriza a tildarme de calentón —reprochó—, mucho menos en este tema.

Marcelo emitió una amplia carcajada que aumentó la irritación de su jefe.

—Acordamos que dentro de la oficina mantendríamos los cargos. Acá sos mi empleado, ubicate.

—Sí. Pero me parece que hoy necesitás más al amigo que al contador. Escuchame Adrián. Querías vengarte de Arredondo, el tipo se fundió, le dio un patatús y está bajo tierra. Fin. Ganaste.

—No terminó de hundirse. El muy hijo de puta se murió antes de que le dé mi estocada final.

—El tema era con el viejo, ¿qué tiene que ver la hija?

—Lleva su sangre y se puso a cuestras la empresa.

—Pobre chica. Ella no sabe nada, no es justo que la hagas pagar por los errores del padre.

—Ella solita vino a meter la cabeza en la boca

del lobo —explicó incrustando el dedo índice sobre el escritorio—. Intenté que se abriera, asustarla. Pero en la agenda sigue firme la reunión del viernes. ¿Quiere pelea? Pelearemos.

—Ella no tiene idea que está peleando.

—El viernes terminará de enterarse.

El mal humor con el que empezó el día se mantuvo hasta la noche. Antes de regresar a su casa para cenar, decidió visitar a su padre. Entró el auto al edificio, utilizó la cochera destinada para él. Se quitó el saco antes de ingresar al ascensor, se alisó el cabello. La empleada lo recibió con una sonrisa y aseguró que le llevaría un café al cuarto de su padre. Asió la perilla de la puerta e inspiró hondo antes de hacerla girar. El cuarto estaba en penumbras. La enfermera leía abstraída un libro junto a la lámpara de la mesita de las medicaciones. Sin saludarla, aumentó la intensidad de la luz lentamente. Su padre abrió los ojos y supo que se sentía feliz de tenerlo allí. Como siempre, como cada noche.

—Hola viejo —dijo acariciándole la mano—.

¿Cómo te fue hoy?

El enfermo parpadeó suavemente, indicándole que todo estaba bien. Como siempre. Jamás le enviaba un mensaje diferente. Siempre trataba de tranquilizarlo aun sin poder hablar, aun sin poder mover casi nada de su cuerpo.

—Estoy en medio de una licitación por un hotel en el sur. Una obra de envergadura. Le tengo muchas ganas —comentó sonriendo francamente—. Ya me conocés, cuando se me pone algo entre ceja y ceja, no paro hasta conseguirlo.

Su padre volvió a parpadear.

—Dejé la notebook en el auto. Mañana la traigo y te muestro bocetos del proyecto. ¿Necesitás algo?

Le respondió manteniendo los ojos cerrados un momento y el código indicó negación.

—Perfecto.

Miró a la enfermera que había cerrado el libro y se mantenía atenta pero sin intervenir.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna, ingeniero. Todo en orden.

Su padre respiró hondo llamando su atención y Adrián agudizó todos los sentidos para tratar de comprender.

—Lo intento, viejo. Dame una pista que lo intento.

Pero no era posible.

Revisó que estuviera cómodo. Que la enfermera no se hubiera olvidado de estar atenta a cualquier detalle que pudiera molestarlo. Que la temperatura del cuarto fuera la indicada, que las sábanas se encontraran bien tendidas, Inició las preguntas de rigor:

—¿Comiste bien?

Su padre parpadeó asintiendo.

—¿Tenés sed?

Negó.

—¿Viste alguna película hoy?

Negó y la enfermera aclaró:

—Prefirió que le leyera. Después se quedó dormido y la verdad es que yo seguí adelante con la lectura porque la historia me atrapó.

Su padre parpadeó varias veces seguidas, dando

a entender que le gratificaba la respuesta.

—Veo que ya te llevaste a Nancy para tus filas. La ciencia ficción es aburridísima, viejo. —Se dirigió a la enfermera y aconsejó—: Mañana tortúrelo con un buen policial.

El hombre tendido en la cama cerró los ojos con fuerza. Adrián estaba seguro que de haber podido hasta le hubiera sacado la lengua. Se rio a carcajada suelta:

—Tranquilo, tranquilo. Ella sabe que los odiás. Pero ya va siendo hora de que te prendas a la buena literatura en lugar de seguir con la fantasía —aconsejó para hacerlo reír.

Hacerlo reír. Como si él pudiera.

Su padre evidenció cansancio. Lo notó y se despidió antes de que cayera rendido por los sedantes. Revisó en la cocina con la asistente que no hiciera falta dinero, repasó el menú del día siguiente, el horario en que el médico iría para el control, la lista de la medicación. La enfermera los interrumpió:

—Empieza a perder noción de la realidad.

La estocada se clavó como puñal en el centro del pecho de Adrián.

—Hay que mantenerle la mente activa —indicó como si fuera médico—. Hacerlo pensar, resolver acertijos, crucigramas...

—Lo estamos frustrando —aclaró la mujer, para terminar de empujar hondo el cuchillo y darle mil vueltas encarnizadas.

—No voy a renunciar —le advirtió.

Salió a caminar con apenas una camperita liviana como abrigo. Faltaban solo dos días para reunirse con Morgado y la sangre le bullía a cada segundo con más fuerza. El lunes había estado con Renzo y el encuentro la había desencajado. Sin proponérselo, comparó cada sensación provocada por su novio con las experimentadas el sábado en el restaurante. Caminando por la calle Córdoba, sin premeditarlo, se encontró frente a la inmobiliaria. Observó el cartel luminoso “Arredondo Bienes Raíces”. Ahora inclinaba menos la cabeza para poder leerlo. Cuando era

chica le parecía que ese cartel colgaba del cielo. Su colita de caballo se meció con el viento fuerte que de pronto le azotó la espalda. No sintió frío.

«¿Cómo hago papá? ¿Cómo hago para que tu esfuerzo de años no se caiga a pedazos?» Un auto frenó a pocos metros de ella. Escuchó la puerta del mismo abrirse. No se sobresaltó hasta que un dedo se introdujo entre su cabello y la gomita que lo sujetaba. Su melena la envolvió al encontrarse libre y a merced del viento. Giró, para ver quién había osado tocarla, con la furia a flor de piel, el puño cerrado y una extraña sensación en el estómago.

—El cabello de una mujer, debe ser tan libre como su sexualidad.

—¡Morgado!

—¿Tan atada está tu sexualidad?

Quería correr, pero las piernas no le obedecían. Quería abofetearlo y la mirada de él se lo impedía.

—Usted no se detiene ante nada. No tiene códigos, no respeta a las mujeres...

La tomó del brazo, la introdujo en su auto, se

sentó junto a ella.

—Fuiste vos quien vino a mi oficina a buscarme. Es tu falta de códigos para con tu novio lo que me permitió besarte. Si buscás respeto, empezá a entregarlo.

—¿Quién te creés que sos?

—Decímelo vos. ¿No sabés quién soy, qué te provoco? ¿No sabés todavía lo que te pasa conmigo?

La furia le impidió contestarle. Giró para llegar a la manija y abrir la puerta del auto. Adrián se inclinó hacia ella. Puso una mano sobre la que intentaba encontrar la salida.

—Te voy a dar las respuestas —comunicó muy cerca de su boca—, acabo de descubrir que también sos cobarde.

—Soltame —siseó.

Repasó visualmente desde la boca de Gabriela hasta la agitación del pecho bajo la campera.

—Soy el hombre que no podés quitar de tu cabeza, ni de tu entrepierna.

Ella forcejeó ofendida.

—Soy más que la única salvación para tu problema. Soy tu peor problema.

—Sos un creído. Solo quise ser amable, correcta y te aprovechás...

—Te excitás solo con recordarme.

—¡Grosero! Grosero y detestable.

El dedo pulgar de Adrián, recorrió suavemente la mejilla de Gabriela, quemándola.

—¡No te atrevas a besarme! —le advirtió.

—Voy a ir más allá.

—Forzándome. Como en el pasillo del baño, como cuando me obligaste a bailar.

—El día que te tenga en mi cama, será porque rogaste estar en ella.

—Te vas a morir antes de que eso pase.

La boca de él se abrió casi imperceptiblemente. Su aliento le quemó los labios. Cada poro rogaba que la acariciara, que la hiciera suya, que la meciera en sus brazos entregándole una tregua. Pero él se alejó despacio sin dejar de mirarla por debajo de las cejas, y desbloqueó las puertas para regalarle la libertad.

Se bajó del auto con lentitud, estudiando cada destello de aquellos ojos. Cerró la puerta sin furia. Subió a la vereda, regresó sobre sus pasos hacia su casa. En cada centímetro recorrido apuraba más la marcha. Como si la persiguieran, como si el alivio solo pudiera encontrarse dentro de los pocos metros de su departamento. Como si el aire le faltara y el alma se negara a mantenerse dentro de su cuerpo. Ese hombre sería su perdición. Debía encontrar un escape, de lo contrario, en poco tiempo más estaría rogando para que la hiciera suya.

CAPÍTULO 6

*E*l jueves regresó abatida a su departamento. Toda una semana viendo balances de cuentas en rojo, escuchando prioridades que segundo a segundo se sumaban. Los pobres Maite y Mario, cabizbajos, regresaban de mostrar alguna propiedad a un posible interesado, sin lograr siquiera una seña. Aprendió a leer los diarios con otra perspectiva, a priorizar las columnas de economía. Una mala noticia tras otra. Jefes de cuentas de bancos, que seguramente en otras épocas invitaban a su padre a sus despachos y le ofrecían café, ahora acusaban falta de tiempo para recibirla.

Arrojó la cartera con furia sobre el sillón, se dejó caer a su lado, tiró de los cordones de las zapatillas. No tenía apetito, no pensaba cenar. Renzo le advirtió que no se verían. Su madre le

había dejado mensajes mientras estaba reunida, tenía que devolverle el llamado. Sin ganas, buscó el celular y marcó el número de Beatriz. Luego del saludo, comenzó a responder el habitual interrogatorio seguido de los acostumbrados retos por saltarse los horarios de las comidas, por no dormir lo suficiente, por continuar con la locura del rescate de la inmobiliaria...

—Sí acepto los consejos, mamá. Pero soy una persona adulta y tomo mis decisiones luego de escucharlos y evaluarlos.

—Tanto tu novio como yo te hemos advertido que te estás metiendo en un terreno minado.

—Mamá —dijo agotada—, mañana en la tarde debo asistir a una reunión donde me enteraré si puedo salvar la empresa o no. Hasta que termine no sabré si voy a poder seguir con mi intento.

—El domingo almorzamos con la abuela —comunicó su madre—. Ni se te ocurra faltar. Ya sabés que ella prepara viandas para abastecernos las heladeras por un año. Como me cargues a mí sola con tanto paquete, no te hablo por un siglo.

Sonrió. Su abuela le daba extrema importancia a que la gente se alimentara. “Panza llena, corazón contento”, ese era su lema.

—¿Te paso a buscar y vamos juntas? —preguntó aceptando.

Colgó con su madre y al instante quien la llamó fue Renzo:

—¿Alguna novedad?

Su mente ya estaba preparada para ese tipo de saludos, pero igual deseaba aquellos antiguos “hola linda” que Renzo solía regalarle.

—Hola, lindo —respondió añorando y marcándole la falta.

—Ah..., sí, hola linda —se corrigió—. ¿Alguna novedad?

—No. Finalmente mañana voy a tener más en claro las cosas. Tengo la reunión con la constructora que planeaba ayudar a papá.

—¿Qué constructora?

Cayó en la cuenta que no le había dicho nada de Morgado, cuando le comentó sobre aquella posibilidad:

—Morgado Construcciones.

—Me suena —comentó tratando de hacer memoria—. ¿A qué hora? ¿Vas sola?

—La cita es a las cuatro de la tarde y me acompañan Mario y el abogado.

—Bien. En la noche me contás cómo te fue. Pero te aviso que no es fácil que alguien quiera sellar algún compromiso con tu inmobiliaria, hoy por hoy.

—Te prometo que si mañana no tengo la solución al problema, le pido a Pérez Gil que comience los papeles para pasar la cartera de clientes a los empleados y entregar lo que se pueda efectivizar a los acreedores.

—Existe otra salida —advirtió, buscando la manera de no perderlo todo—, podrías presentar la empresa en convocatoria de acreedores.

—Cenamos mañana y me explicás mejor.

Casi no pudo pegar ojo en toda la noche. La ansiedad, la responsabilidad, la incertidumbre, el miedo, la excitación, se lo impidieron.

Llegó al piso de oficinas de Morgado

Construcciones, junto a Pérez Gil y Mario. Intentando ofrecer una imagen correcta, se vistió con una pollera tubo, blusa y tapado de paño. Se acercaron a la recepcionista para anunciarse y esta les indicó que tomaran asiento en la antesala de la oficina de Adrián Morgado. Regina les ofreció café, excusando a su jefe demorado en una reunión fuera del edificio.

Gabriela sintió calor. Estaba en el mundo de él, en su terreno, bajo sus garras. Se quitó el abrigo y lo depositó sobre la falda. El sonido del ascensor abriendo las puertas le disparó el corazón a mil, imaginando que sería él quien llegaba. Tras los cristales que los separaban de la recepción, vio salir del receptáculo a un grupo de hombres, el primero era Renzo. Sorprendida, no miró a nadie más. Su novio la señaló mientras se anunciaba y le permitieron el acceso. Gabriela se paró y dio dos pasos, Renzo la tomó de la cintura y la saludó con un corto y casi imperceptible beso en los labios.

—Buenas tardes —tronó la voz del amo presenciando la escena—. Pasemos a la sala de

reuniones. Regina, traiga café.

Las piernas no la sostenían. No entendía qué hacía Renzo allí. Si ya era difícil tener cerca a Morgado, mucho peor se ponía si su novio también era de la partida. Escuchó que hablaban de la casualidad de haber coincidido la semana anterior en el evento. Quien se presentó como el contador de la empresa fue ubicándolos alrededor de la mesa de juntas. Morgado en la cabecera, Gabriela a su derecha, luego Renzo y el abogado. El contador se situó entre su jefe y Mario, para dar inicio a la reunión exponiendo la oferta:

—Todos los aquí presentes —indicó—, tenemos clara la angustiante situación económica por la que transita la inmobiliaria.

Los tres hombres que la acompañaban escuchaban con atención. La secretaria ingresó con una bandeja de café y *petit fours*. Les fue sirviendo según la demanda. El contador seguía hablando y entregando sendas carpetas a cada integrante. Gabriela abrió la suya, Morgado no. Él estaba sentado, en su trono, con los codos sobre el

tablero, las manos entrelazadas frente a la barbilla, el ceño fruncido y por debajo del gesto, sus ojos clavados en ella. Su máximo interés era salvar la inmobiliaria, pero sus oídos se negaban a escuchar la información, sus ojos no entendían lo que leían, su cuerpo ardía bajo aquella mirada que no solo se intuía. Bajo un mismo techo, otros intentaban hacer posible un futuro para ella, en tanto Gabriela se reprochaba una y mil veces lo que su cuerpo le reclamaba. Supo que sus mejillas estaban coloradas por el incontenible calor que la abrasaba. Se abanicó con una de las hojas del contrato. Renzo la observó, puso una mano a manera de advertencia sobre la rodilla de ella, indicándole que no era lo apropiado. Gabriela comprendió el reto y acató. Miró a Morgado, el hombre también la censuró con una mirada que se oscureció más cuando la dirigió al economista.

—La oferta inicial ha variado —pudo oír que decía el contador y prestó atención—. No nos asociaremos ni entregaremos un préstamo a Arredondo Bienes Raíces.

—¿Para qué nos citaron entonces? —reclamó Mario.

—No nos resulta conveniente asociarnos con una empresa con un antecedente tan nefasto —contestó el contador—, tenemos otra alternativa.

—Te escuchamos, Marcelo —oyeron que decía Renzo con cierta familiaridad.

—Morgado Construcciones no invertirá en Arredondo Bienes Raíces. El señor Morgado entregará un préstamo personal a la señorita Arredondo.

Gabriela se quedó sin aire, giró para mirarlo. Adrián, inmutable, continuaba en silencio y con el mismo gesto serio.

—¿Cuál sería la garantía solicitada? —preguntó Renzo.

—Los bienes que a la actualidad posee la beneficiaria.

—Un departamento de dos ambientes y la inmobiliaria —enumeró Pérez Gil.

—¿El departamento y demás propiedades de Sebastián Arredondo? —indagó Marcelo, sabedor

de que ya no le pertenecían.

—Pasaron a manos de... —no quiso aclarar qué calaña de prestamistas se había quedado con ellos —, de antiguos compromisos contraídos por el padre de la señorita.

—¿De qué monto hablamos? —indagó el novio.

—El necesario para levantar las deudas con el fisco, los bancos, el personal y con la constructora también.

—Los bienes de Gabriela no cubren esa cifra — aclaró Renzo, queriendo dejar sentada la realidad y que no pensarán que su presencia incrementaría la garantía.

—La señorita firmará hipotecas a favor del señor Morgado, por todos sus bienes. El interés es el de mercado. Sabemos —acotó mirando a Renzo —, que la garantía es insuficiente. Por esa razón, la señorita nos permitirá mantener un representante nuestro en sus oficinas, priorizará la comercialización de la obra en Vicente López y prestará servicio en nuestra empresa con un contrato de exclusividad por tres años.

—¿De qué voy a vivir? —quiso saber agobiada.

—¿Qué trabajo puede ejercer una fotógrafa dentro de una constructora? —preguntó con sorna Renzo.

—El que le indiquemos —acotó Adrián mirándolo fijo y abriendo la boca por primera vez, para luego responderle a ella—: Del sueldo que percibirá por su trabajo, le descontaremos mensualmente un porcentaje con el que irá reduciendo la deuda. Deberá mantenerse con el resto.

—Es un sueldo importante, señorita —trató de tranquilizarla el contador.

—Pero su dedicación debe ser exclusiva —aclaró el ingeniero, asestándole su mirada penetrante—, estará disponible para la empresa *full time*.

Renzo sintió la advertencia. Gabriela, con el yugo en su cuello, vio su futuro uncido a las órdenes de él.

—La señorita —intentó el abogado—, deberá evaluar la oferta.

—No puede aceptar los términos sin saber a qué se somete —agregó Mario—. Deben ser más específicos.

Los tres hombres que la acompañaban se levantaron de sus sillas, Marcelo también. Se reunieron de pie junto al otro extremo de la mesa. Discutieron, gesticularon. Gabriela los miraba absorta, ahogada, con el ánimo por los suelos. No quería dejar su trabajo con las organizaciones de medio ambiente. No quería trabajar para él. No quería estar a su disposición.

—¿Están correctos sus datos? —preguntó quien tenía en sus manos su futuro, señalando cierto renglón del contrato pero sin girarlo para dejarlo a su alcance.

Gabriela se levantó de su silla despacio. Se acercó a él, se recogió el cabello con una mano para agacharse y leer aquello que le mostraba. Su nombre completo, su documento de identidad, su fecha de nacimiento, su domicilio personal...

La mano de Adrián se posó en la cara interna de la pantorrilla de ella. Subió lentamente por la

pierna. Quemaba, advertía, provocaba, prometía...

Dejó de leer, dio dos pasos al costado, lo miró furiosa. Morgado prometió el fin del mundo con su mirada, con los labios apretados, con una vena abultada a punto de estallar dibujada en su frente.

—No voy a aceptar —susurró.

—Vas a hacerlo —aseguró.

—No tenés ningún derecho. No podés obligarme.

—Fuera de los bancos, soy el principal acreedor.

Una convocatoria es inviable sin mi voto positivo —dijo para terminar de clavar más hondo el puñal.

—¿Por qué me odiás? —preguntó.

—No odio. Construyo, negocio...

—Debe odiarte la mayoría de la gente con la que tratás.

—Vos no me odiás. Vos querés que siga. Querés más.

Adrián se paró, agachó la cabeza. Se acercó a ella.

—Mi novio... —le recordó.

—Tu novio firma tu venta si con eso le libero el camino a su progreso.

—Te odio.

—Creés eso porque te frustró. Lo que odiás es no poder concretar tus deseos conmigo —aseguró con su voz ronca, con su aroma enloquecedor, con su mirada penetrante.

—Te equivocás.

—Nunca me equivoco —aseguró muy cerca de ella—. En cada lugar donde él te toque, después voy a estar yo y lo suyo no será ni siquiera un recuerdo. No registraste que te rozó la pierna, pero todavía te quema donde te toqué yo.

Todo su cuerpo se estremeció, todos sus poros se abrieron, su vello se erizó:

—No voy a entregarte mi empresa y no voy a ser tuya —siseó furiosa.

—Tu empresa ya es mía —pasó por detrás de Gabriela, su aliento le hizo bailar el cabello cuando le remarcó—; ahora voy por vos.

Renzo dejó de discutir, buscó a Gabriela, vio a

Morgado peligrosamente cerca de su novia. Caminó decidido, le apoyó la mano en la cadera:

—¿Alguna duda? —preguntó.

—Ninguna —respondió Adrián viendo el lugar desde donde pretendía marcarle posesión—, la señorita tiene todos los puntos muy en claro.

—Gabriela —dijo remarcando a quién le formulaba la pregunta—, ¿tenés alguna duda?

—No —respondió encendida en furia.

—¿Querés que nos tomemos un tiempo para pensarlo?

Ella siguió con la mirada a Morgado. Él volvió a sentarse en su sitio, girando el sillón de directorio hacia ella, apoyando un codo sobre la mesa, repasándose el labio inferior con el dedo pulgar. Estirando sus largas piernas.

—No es necesario. El señor Morgado ofrece paliar la situación de la inmobiliaria. Nos dará la exclusividad de una de sus obras...

—Error —señaló Adrián—, usted le dará prioridad a mi obra. Yo no le entrego la exclusividad de su comercialización.

Se ajustó el cabello detrás de la oreja. Maldijo en cien mil idiomas, quiso abofetearlo, apretó los dientes hasta el límite. En la mirada del usurero pudo ver un brillo de triunfo cuando, al descuido, dejó caer la otra mano cerca de la entrepierna. Lo evitó, esa vez no cayó en su juego. Siguió mirándolo a los ojos:

—Dije que haré todo lo que esté a mi alcance para pagar las deudas de mi padre. Todo lo que esté a mi alcance —repitió para que él comprendiera.

—Seguís equivocándote —puntualizó Renzo.

—Ya no voy a volver a cometer errores infantiles. Empiezo a comprender dónde estoy parada —dijo con la bronca brotándole con cada palabra—. No te preocupes. Las cartas están echadas, ahora conozco cuál es mi mano.

Morgado finalmente le dejó ver una leve sonrisa elevando un tanto el labio superior hacia un costado. Un hoyuelo se dibujó en esa mejilla y, desde su interior, Gabriela supo que no ganaría.

—Tengo una reunión en pocos minutos —

comunicó Renzo a todos—. Mi prometida acepta el acuerdo si el doctor Pérez Gil estima que los términos legales se encuentran considerados.

Besó a Gabriela fugazmente, estrechó manos masculinas y se retiró de la reunión.

Ya no solo el tapado le sobraba. Alguien debió haber elevado la temperatura del lugar adrede. Buscó en su cartera una gomita, se ató en una colita el cabello, buscando aire, buscando... enfriarse.

Leyeron el contrato punto por punto. El abogado consultó con su cliente y, ante su aceptación, indicó que se firmara. Marcelo invitó a Pérez Gil a su oficina para acordar con él las primeras transferencias. Mario solicitó a Regina que le presentara a la persona que desde el lunes mismo se instalaría en Arredondo Bienes Raíces por parte de Morgado Construcciones.

Gabriela se paró de inmediato. No deseaba quedar a solas con él. Prefería aguardar a todos en la antesala. Estaba a solo dos pasos de la salida cuando Adrián la tomó por el codo y apoyó una

mano sobre la puerta impidiendo que alguien la abriera:

—No hay cartas que puedan salvarte. Caíste en mis redes. Soy yo quien dice cuándo te suelto.

—¿Así conseguís las mujeres que te acompañan?

—Mis métodos no te importan. Lo que debería preocuparte —dijo soltándole nuevamente el cabello—, es no volver a aparecer ante mí con el pelo atado.

—Tu problema es que te gusto —dijo Gabriela con un coraje a toda prueba—, te vuelvo loco y como no podés tenerme por las buenas, me buscás por las malas. Hacés gala del poder que te otorga tu dinero. Si pensás que así vas a conseguirme, estás muy equivocado —la furia le corría por toda la sangre—. No soy una mujer “ligerita de cascos”, no entrego mi cuerpo a cambio de dinero.

Adrián posó la palma de su mano en la mejilla de ella. La hizo resbalar lentamente por el cuello. Su dedo pulgar le rozó la depresión antes de la clavícula, siguió descendiendo. Al llegar a la

separación entre los pechos de Gabriela, esta abrió la boca en busca de aire. Adrián se apoderó de ella sin retirar su mano, sintiendo la dulzura de aquellos labios carnosos y la agitación en la turgencia de sus pechos.

El corazón le latía sin freno. No pudo ni pensar en alejarlo. Anulada por completo. Entregada.

—Desde que te vi al entrar, quise volver a probar tu boca —dijo acercando sus caderas a las de ella—. Me gusta ir catando de a poco, y a tu boca ya la probé dos veces. Lo que sigue —anunció introduciéndose en su blusa para sentir su piel— es el resto. Tu cuerpo invita y yo no rechazo las invitaciones.

—Por favor —rogó.

—Sí, vas a pedirme muchas veces por favor. Y voy a complacerte. Voy a darte más —aseguró recorriéndole los labios con la lengua, haciendo el camino hasta el lóbulo de su oreja—, y vos vas a dármelo todo.

Como si hubiera sido suficiente, se fue alejando de ella de a poco, lo último que retiró fue la mano

con la que sostenía la puerta. Gabriela giró sobre sus talones, accionó la perilla y salió hacia el ascensor dispuesta a irse. La recepcionista la detuvo:

—La esperan en la oficina del doctor Marcelo García.

No tuvo tiempo de recomponerse. La llenaron de papeles donde debió firmar bajo la mirada conforme del abogado y de Mario. Mientras le alcanzaba los folios, García comentó que había conocido a Renzo en la facultad. Cursaron alguna que otra materia juntos. Mario intentó agradarla, aclarando que le habían presentado al caballero que desde el lunes se instalaría en la inmobiliaria. Le pareció oír que se llamaba Sergio y que lo calificaban como competente.

—Todo está cumplimentado —dijo Pérez Gil—. Las transferencias fueron realizadas. Entre martes y miércoles las verán acreditadas y podrán dar inicio a los pagos.

—De eso me encargo yo —la tranquilizó Mario.

—Visto que ya no queda nada más que hacer, lo

mejor será retirarnos —sugirió el abogado.

—Lo despido aquí —advirtió García viendo ingresar en su despacho al jefe—. La señorita Arredondo debe recibir instrucciones de cómo presentarse el lunes y cuáles serán sus funciones.

No se quedaría un solo segundo más en aquel edificio. No mientras pudiera evitarlo:

—El martes o miércoles —dijo segura de sí—, cuando los pagos se efectivicen, me presentaré y recibiré las indicaciones. Hoy todavía no he visto hecha realidad la parte que a ustedes les corresponde.

—Se acercó al ingeniero y con los ojos rojos de furia le advirtió—: Recién ahí podrán darme órdenes.

CAPÍTULO 7

Renzo la mantenía sujeta contra la mesada de la cocina.

—¿Cuándo te enteraste de que él era tu prestamista?

—Hoy —mintió intentando que no lo notara.

—Él ya sabía que eras vos.

—No. No lo creo. Supo quién era hoy, en su empresa —intentó desviar el tema—. Pero García dijo que te conoce.

—Nos cruzamos en la facultad —comentó subiéndole la falda hasta las caderas—. Era buen estudiante. No sé qué hace trabajando por un suelducho.

—No sabés cuánto cobra. A lo mejor está asociado —sugirió sintiendo las manos de él en los muslos y su aliento en el cuello.

Renzo sonrió considerando que eso era una

tontería.

—¿Asociado? Lo dudo mucho.

—Lucía ropa cara —sostuvo, más interesada en hablar de cualquier cosa antes que mantener sexo con él en ese momento—, manos cuidadas. Un simple empleado no podría darse esos lujos.

Él le mordió el hombro, Gabriela se quejó e intentó apartarlo sin lograrlo.

—¿Desde cuándo te fijás en esas cosas? ¿No prestás atención a tu ropa pero te tomás el tiempo de observar la de un hombre?

—Simplemente evaluó a mis oponentes. Y me estás haciendo daño —se quejó por la forma en que la aprisionaba.

Renzo se bajó el cierre del pantalón, le rompió el tanga. La embistió.

—Estás cambiando. ¿Desde cuándo usás medias con ligas?

—Me las trajo mamá de su negocio. Quería ir presentable —se excusó.

—¿Presentable para quién?

Para él. Para Morgado. Para la fiera que la

corroía desde hacía una semana. Para el hombre en cuyos brazos quisiera estar y reconocía que no le convenía ni desearlo siquiera. Renzo empujaba con fuerza, la clavaba contra la mesada fría de la cocina. Una, dos, tres veces y seguía. Cerró fuerte los ojos. Se visualizó. ¿Dónde estaba? ¿Hacia dónde viajaba su mente? Estaba evadiéndose, imaginándose en otro lugar, en otros brazos, en otra situación. La reluciente mesa de la sala de reuniones de Morgado Construcciones vino a su mente. Pudo sentir la calidez de la caoba, la suavidad de su pulido. El aliento en su cuello varió al instante y se convirtió en fuego. El cabello le bailó libre. Se prendió a unos hombros con fuerza, rodeó unas caderas con las piernas y presionó.

—¡Sí! Mi gata salvaje —exclamó Renzo. Y al oírlo el sueño acabó junto con él.

Llena de otro hombre. Abarcada por otras manos. Quiso llorar. Apartarse. Morirse en ese mismo momento. ¿Quién era ella? ¿Qué estaba haciendo?

Adrián pasó por delante de Marcelo robándole el balón. Una, dos zancadas y encestró. Su amigo se quejó y pidió falta. Adrián le contestó con el dedo medio en alto. El juego continuó. Una, dos veces, tres; el balón recorrió con rapidez el trayecto entre el piso y su mano pasando por entre las piernas. Marcelo fue incapaz de robárselo. Elevó la mirada, alzó la mano y otra encestrada más.

—¿Viniste a jugar para pasar el rato o para matarme? —preguntó para entender las nuevas reglas.

—Dejá de quejarte, nenita —contestó Adrián.

—Hoy estás en otro juego. Calmate un poco.

En las duchas, su amigo insistió con lo mismo. Comenzaba a alterarlo. No le ocurría nada. Su mente estaba en el nuevo proyecto del puente que quería ganar, en las pérdidas que día a día sufría su padre... y en ese vestido rojo, en esos labios carnosos, en esas piernas con ligas que prometían...

—¡Mierda, Marcelo! Callate de una vez. Me tenés podrido hoy.

El amigo no se amilanó por el tono de voz:

—Es muy linda. Parece ingenua, frágil, pero es una bomba de tiempo. Estás cargándola de gasolina, no le prendas la mecha.

—No sé de qué hablás.

—Sí sabés. Estás ante mí. No me vendas gato por liebre. Hablamos de Gabriela Arredondo.

—Solo me interesa aplastarla.

—Ya me di cuenta. Querés aplastarla contar las sábanas —agregó pasándose el peine frente al espejo y sin mirar a Adrián—. Y lo vas a lograr. Siempre lo lograrás. Pero te aclaro una cosa. Es la hija del tipo que destruyó a tu padre. Cuando la aplastes no te olvides de eso.

Cubierto con tan solo una toalla a la cintura, Adrián se acercó a su amigo y lo enfrentó desafiante:

—¿La querés para vos?

Marcelo no podía creer lo que acababa de escuchar. Aun así, le respondió:

—Puede que sí. Me gusta su boquita carnosa, la inocencia que parece haber en sus ojos. Su piel

suave...

—¿La tocaste?

—Me basta con imaginarla. ¿La tocaste vos?

Adrián no respondió. Marcelo supo que había acertado.

—Decime, ¿es tan suave como parece? ¿Sus pechos son tan firmes como me imagino? ¿Viste cómo subían y bajaban cuando le expliqué la propuesta?

—No —mintió.

—Yo sí. Me fijé en todo. Es bajita, pero proporcionada. Tiene culo redondito. Me gusta hasta su pelo.

—La semana que viene cuando se presente a trabajar, le digo que su puesto es sentada en tus rodillas —dijo, y se le revolviéron las tripas.

—Jurámelo —solicitó— y agregale que si se quiere correr un poquito más cerca, yo no me opongo.

Esas últimas palabras terminaron de sacarlo.

—El día que se presente a trabajar, estará bajo mi cargo. La venganza es mía.

—Ok —aceptó—. Será fuera del ámbito de la oficina entonces.

—¿Qué cosa?

—Mi relación con ella —explicó.

—Tiene novio —usó como advertencia.

—Pero a ese lo conozco. Es un pelotudo. Tiene dos gramos de cerebro y uno y medio lo usa para cogerse minas en los boliches de trampa.

Lo sabía. Era envoltorio de papel brillante con basura adentro.

Jésica le envió un WhatsApp. No quería verla. Ese día necesitaba descargar tensiones. El básquet no había sido suficiente y el entrenamiento a la mañana tampoco. La amiga no merecía recibir su mal humor. Todavía quería pasar a ver a su padre. Buscaría a Moro, el perro del encargado del edificio, que si no fuera por él y sus corridas nocturnas por Palermo, no ejercitaba ese cuerpo morrudo y lleno de pelos. Se sacaría así de encima todas las tensiones que no lo dejaban pensar con claridad.

Al animal ya no le quedaba resto de energía. Adrián seguía corriendo con sus pantalones de deporte y una ligera campera de algodón, a pesar de los cinco grados de temperatura.

—No seas flojo, Moro. Aprovechá que hoy el paseo va a ser bien largo.

El perro ladró y siguieron corriendo.

Las imágenes brotaron una tras otra. Su padre envuelto en la trama de Arredondo, desesperado intentando recuperar lo irrecuperable, mordiéndose la impotencia sintiendo cómo se iba sin mirar atrás, hasta que finalmente cayó en el precipicio y se perdió en él. Maldita suerte. Maldito destino. Él no merecía esa traición. Su padre había dado todo y Arredondo se lo arrebató. Como el ladrón que era, lo dejó solo y Adrián no pudo ayudarlo, ni siquiera consolarlo. La pérdida era demasiado importante, demasiado necesaria y Adrián no alcanzaba. Pateó una piedra con tanta fuerza que Moro se asustó y cambió el flanco pasando por detrás de él y situándose a su izquierda.

—Perdón —se disculpó.

A él no le ocurriría. No repetiría la historia. Había aprendido la lección, se le había quedado grabada a fuego. Ninguna mujer era más importante que él mismo. Ningún amor lo destruiría. Nadie valía tanto. Su padre había cometido un error que le estaba costando la vida. Arredondo le arrebató la mujer sin contemplaciones y la muy avariciosa se dejó llevar. Ahora el malnacido se había muerto antes de que él le quitara lo que más amaba, su posición, sus propiedades. Solo había dejado una hija. Adrián sonrió:

—Observá bien, maldito. La vas a ver sufrir más de lo que vi sufrir a mi padre. Te lo voy a sacar todo. Tu empresa ya es mía y pronto lo será ella también.

Estaba empapado en sudor, pero más tranquilo. Regresó el perro a su dueño. Preparó su baño, se introdujo en la bañera. Cerró los ojos, recordó las palabras de ella: “No voy a entregarte mi empresa y no voy a ser tuya”.

Podía sentirla en la palma de su mano, en sus labios, en su lengua. Podía oler su aroma fresco, el cabello ondulado resbalando por sus dedos.

«No te pretendo mía. Te pretendo de nadie. Pretendo despojarte de todo», pensó, y se prometió que le arrebataría hasta el corazón.

—Vayan sentándose a la mesa —indicó la abuela desde la cocina.

—¿Preparó puchero? —preguntó Beatriz entre susurros a Gabriela.

La hija sonrió. Dora podía cocinar cualquier manjar. Todos sucumbían ante sus dotes en la cocina, pero el puchero era el más apetitoso, su aroma invadía hasta los muebles. Era un milagro que el barrio entero no estuviera golpeando a la puerta para solicitar un plato de aquello.

—Hay que comerlo caliente —remarcó apoyando la gran fuente en el centro—. Si lo dejan enfriar, espesa y...

—¡Mamá, te pido por favor que no des detalles!

—rogó Beatriz, a quien ese tipo de comidas no le agradaban demasiado.

—Vos porque no pasaste hambre. Si me hubieran dado un trocito de pan para mojar en este caldo cuando era chiquita, ya te diría yo lo que me duraba. Hasta frío y hecho piedra me lo hubiera devorado.

—Mamá, dudo mucho que pasaras hambre de chica.

—¿Estuviste ahí para asegurarlo? —preguntó y se anticipó a responder—. No. No estuviste. Si yo digo que pasé hambre, pasé hambre.

—Bueno abuela, pero ahora, y gracias a Dios, no pasás hambre.

—No querrás decir que estoy gorda, ¿verdad?

—No abuela, no estás gorda. Pero estas comidas te suben el colesterol y la presión. No te convienen y...

—De algo hay que morir. Y si me dan a elegir, preferiría morir de un infarto en los brazos de un galán de cine. A falta de eso —comentó apenada—, que al menos sea degustando un rico puchero.

—Sos incorregible —la retó la hija—.
Incorregible.

—Incorregible. Vos lo dijiste. No sé para qué te gastás en intentar que cambie.

—No es eso, abuela —intercedió Gabriela—, ella se preocupa por tu salud. También a mí me preocupa. Sabés perfectamente que hay cosas que no te hacen bien.

—¿Sabés qué me haría bien? Un gran revolcón con tu abuelo en el zaguán de mi padre. Ahí, donde podían pescarnos en cualquier momento. Contra la pared y a la luz del farol de la calle.

—¡MAMÁ!

—¡Ah, bueno! Ahora resulta que la casta esta piensa que la encontramos en un repollo.

—Mejor comete el repollo del puchero y dejá de hablar de esas cosas —reclamó la hija.

Dora comenzó a servir abundantes porciones de comida. Casi no quedaba lugar en los platos para que ingresaran los cubiertos. “Un buen revolcón”, pensó. Eso es lo que le había hecho falta a su hija para que el marido no la dejara. Un revolcón como

Dios manda era lo que mantenía al hombre cerca de la mujer. ¡Ay, si pudiera volver el tiempo atrás! La de revolcones de más que le hubiera dado a Pepe. Miró a su nieta en medio del suspiro. Veinticinco años, una mujer. Y estaba enredada con el Renzo ese, que pensaba con la cabeza que le colgaba entre las piernas, y sin embargo Gabrielita no rebosaba felicidad. Esperaba que no fuera como la madre o terminaría igual.

—Y... ¿qué tal anda Renzo? —indagó.

—Bien. Trabajando.

«Respuesta fría, ni un brillo en los ojos al hablar de él.»

—¿Se ven a menudo?

—Sí, pero está con mucho trabajo.

Igual. El mismo tono, la misma expresión.

—Que eso no le impida sacudirte bien sacudida...

—¡Mamá!

—¡Abuela! Se quejaron al mismo tiempo.

Dora dejó los cubiertos sobre el plato, bufando:

—Vamos a ver, vamos a ver. Somos tres

mujeres grandes. Todas sabemos para qué tenemos lo que tenemos entre las piernas, y espero que ninguna de ustedes mire de costado lo que tienen ellos.

—No soporto escucharla —dijo Beatriz dirigiéndose a su hija—. Es una vieja calentona. Enterate, mamá, que la vida de una mujer no pasa por lo que tiene o no tiene el hombre. No vivimos pendientes de ellos, no vamos por la vida rogando que nos hagan el amor.

—¿Quién habló de amor? Yo hablo de sexo. Del bueno, del que te deja temblando. Del que hace que se te caigan las bombachas.

—¡Mamá!

—Abuela, comamos en paz, por favor. Al menos una vez. Dejá de hablar de lo que sabés que le molesta.

—Mirá, Gabriela —dijo, ya era hora de sacarla de la tontería—, tu madre dejó pasar sus años mozos por ser demasiado delicada y no arrodillarse para darle a su hombre una buena mam...

—¡BASTA! —suplicó a los gritos Beatriz.

—De acuerdo, de acuerdo —consintió—, voy a ser más suavcita. Pero lo que tengo que decir, lo voy a decir así te levantes y te vayas. Tu hija tiene veinticinco años. Está en su plenitud. La tengo un domingo sentada a mi mesa, con la tez pálida, sin una gota de maquillaje, sin brillo en los ojos. Tiene novio y no se lo noto. Tendría que estar bostezando, negándose a venir a comer con dos vejstorios, por quedarse en la cama de su hombre retozando.

Gabriela abrió grandes los ojos. Beatriz decidió callar. Su madre haría por su hija lo que ella no había sabido hacer.

—El amor es a lo que todas aspiramos. A ese hombre en cuyos brazos nos sentimos en paz. Pero a la hora de elegir a quien amar, que sea al que te haga sentir así después de que te dejó sin aliento. La vida no es solo sexo, pero como no te hagan vibrar y retorcerte como poseída, no estarás del todo viva.

—Abuela, no pretendas que te hable de mi

intimidad con mi novio.

—No hace falta, querida —aseguró acariciándole la mejilla a su nieta—, lo leo perfectamente. Cuando un hombre te colma, te sale hasta por los poros la alegría, se te nota en los ojos. La sangre bulle y no podés quedarte quieta. Mirá cómo me habrá llenado tu abuelo que hace años que murió y yo todavía lo recuerdo.

Gabriela la miró apenada. Recordaba a sus abuelos mirándose, haciéndose arrumacos incluso delante de ella. Una vez los había pescado besándose en la cocina y les hizo burla. Pepe se había reído a carcajada limpia y Dora le tomó la cara con ambas manos, acaparó su boca y le entregó el beso más largo que ella había presenciado jamás. Para cuando lo soltó, dijo: “El día que te mueras por besar unos labios, una y mil veces, ese día tendrás tu Pepe”.

¿Dónde estaba su Pepe ahora? Hasta hacía unos pocos días creía que era Renzo. Hasta hacía pocas horas era con él con quien gozaba. Conocer la boca de Morgado había sido el peor error de su

vida. Sentir aquella mano sobre su pecho, sobre su espalda, en su cuello, le había movido todas las creencias. «Otra vez —rogó—, solo una vez más para guardarla con lujo de detalles en mi memoria.»

—Sí, hija —dijo la abuela—, ahí. En ese lugar, en ese recuerdo que tenés ahora y que me dejan ver tus ojos. Ahí hay un Pepe.

CAPÍTULO 8

Adrián fue desvistiendo a la mujer, con calma. Por cada prenda que le quitaba, la premiaba con un beso. Jéssica llevaba prisa, moría por sentirlo dentro de ella, pero a él le gustaba disfrutar de cada segundo. Relajarse, sentir para luego gozar por completo. Con su amiga podía ser sincero. La amistad que compartían les permitía mostrarse con naturalidad. Era lo que pretendía esa noche y por ese motivo aceptó la invitación para ir a su departamento. El viernes había gastado calorías exudando bronca por Palermo. El sábado, sin entender mucho por qué, había acudido a un boliche de moda. No supo qué buscaba allí, pero terminó en un hotel de lujo con una mujer de pechos grandes y sabor a mentira. Jéssica gimió ante sus caricias, regresándolo a la realidad. Bebió de su boca, recurrió a sus pechos, necesitó

sentirse contenido cien veces y cien veces la embistió. La mujer tembló, se retorció, lo atrapó rodeándolo con las piernas y casi se perdió en ella al sentirla llegar a la cima. La oyó gritar su nombre, pero la detonación que aquello solía provocarle no existió.

—Dámelo, Adrián —rogó—, dame tu placer. Soy tuya.

Oírla fue el error, porque recordó a Gabriela: “No voy a ser tuya”.

Embistió con fuerza. Jéscica volvió a estallar. Adrián sintió otra boca y explotó de placer.

Odió que eso sucediera. Siguió odiándolo el lunes, incluso el martes. Cuando Marcelo ingresó a su oficina el miércoles diciéndole que el banco había acreditado en la cuenta de Arredondo las transferencias, respiró hondo. Al fin se sintió tranquilo. Ya no había excusas. La quería ese mismo día delante de él, con los ojos bramando furia, con los puños apretados. A su alcance, en su mira. Pidió quedarse solo. Solicitó a Regina el legajo Arredondo. Buscó un celular, lo guardó en

la memoria de su iPhone y llamó.

A pesar de que Gabriela no reconoció el número, atendió al segundo timbre:

—Hola.

—Cumpla con lo que firmó —indicó a modo de saludo.

—¿Quién es?

—Tu jefe. Ya cobraste, tenés diez minutos para presentarte en mi oficina.

—Estoy ingresando en el ascensor. No creí que se tomara estas molestias, pensé que le pediría a su secretaria que me llamara.

No lo tuteaba. Tampoco lo engañaba. Lo estaba toreando.

—Recordá lo que te dije. Te espero en mi oficina. A partir de ahora sos mi empleada. Estás bajo mis órdenes.

Gabriela tembló al escucharlo.

—No voy a generarle ni una queja.

Algo en el interior de su pantalón le aseguró que no mentía. La esperó más ansioso de lo que imaginaba que estaría. Oyó el sonido del ascensor

llegando, a la recepcionista; incluso pudo oír a Marcelo y Regina dándole la bienvenida. La estaban demorando y él le había otorgado solo diez minutos. Restaban tres cuando su secretaria golpeó la puerta entreabierta, para comunicarle que la señorita Arredondo estaba esperándolo. Adrián le indicó que la hiciera pasar.

Lucía hermosa. Zapatos de poco taco, pantalón negro, blusa beige, el cabello atado con un moño.

—Gracias Regina, yo me encargo —dijo y observó lo que sus palabras desestabilizaban a Gabriela. «Yo me encargo —pensó—, te voy a mostrar de cuánto puedo encargarme. Vas a rogarme que pare y no voy a parar —elucubró mientras caminaba alrededor de ella, observándola, acechándola —, no hasta que me considere muy satisfecho.»

Tomó uno de los extremos de la cinta con la que se recluía el cabello y tiró de ella.

—Empezamos mal —sentenció—, dije que el pelo debe estar suelto.

—No es cómodo para trabajar. Lo prefiero

atado. ¿Hay alguna norma que indique cómo debe presentarse a cumplir las tareas el personal femenino en su empresa?

La escuchó preguntárselo y al mismo tiempo buscar equilibrio sosteniéndose fuerte del estuche de la cámara que colgaba de su hombro. Supo que la alteraba, olfateó lo que le provocaba. Otro trofeo para su colección. Casi deja traslucir su triunfo, pero se contuvo guardando las manos en los bolsillos del pantalón junto con la cinta del cabello de ella, antes de enumerarle las pautas:

—Para vos pensé muchas normas —advirtió cerca de su oído. Su aliento le acarició la nuca y Gabriela no pudo evitar estremecerse—. La primera es que tu cabello debe estar suelto. Igual de suelto que tu...

—Igual que mi sexualidad —lo interrumpió para no volver a escucharlo de su boca. Giró enfrentándolo—. Pero mi sexualidad no la paga tu sueldo, ni tu préstamo, ni tus ganas. Me pertenece a mí. Yo decido dónde y con quién.

Adrián ladeó la cabeza, un hoyuelo se dibujó en

su mejilla izquierda, quitó una mano del bolsillo del pantalón, llevó su dedo índice al hueco central de la clavícula de Gabriela, para que sintiera el contacto, la presencia, para que reconociera su autoridad—: No, *Susie*, dónde, cuándo y de qué manera lo decido yo. Y hoy decido que te quedes con las ganas. Viniste a trabajar para mí y vas a trabajar.

Se acercó a su escritorio dejándola parada inestable en el centro de la oficina. Se sentó en su sillón de mando:

—Pantalón está bien, siempre y cuando no sean jeans —comentó escrutándola—. Prefiero las polleras, salvo las ridículamente largas. La blusa me gusta. El pelo debe estar siempre suelto, si te incomoda es tu problema.

La vio elevar los ojos al techo y sumó otra norma:

—Los modales son primordiales y las jerarquías se respetan. Tené en claro quién manda, cumplí con lo que te indique, y los tres años que tenemos por delante se te pasarán rápido.

«Tres años —pensó Gabriela—, tres años de tortura.»

La adivinó, supo lo que pensaba y también por qué.

—Vamos —ordenó levantándose de su sillón—, empezamos ahora mismo.

Gabriela caminó detrás de él y guardó distancia mientras Morgado comunicó a su secretaria que llevaba a la fotógrafa a enseñarle el trabajo de campo. Dentro del ascensor mantuvo la cabeza gacha, la mirada clavada en la madera del piso. Bajaron hasta el garaje del primer subsuelo. Lo vio accionar el mando a distancia de un Cama rojo e introducirse en él, sin contemplar el detalle de abrir la puerta de ella como hubiera correspondido a un caballero. La luz del lugar era tenue, destellos azules se encendieron dentro del vehículo, una pantalla interior transmitió lo que quedaba fuera, pero no mostró su orgullo herido y pisoteado, no mostró su corazón agitado por los latidos desbocados. Sin poder resistirse, giró para mirarlo. Desplazaba el auto con maestría. Su brazo

izquierdo reposaba en el apoyo de la puerta, el dedo pulgar jugueteó primero con una leve barba y con el labio inferior después, la mano derecha marcaba la ruta sobre el volante pareciendo relajada y segura a la vez. El portón se abrió, la luz del exterior la cegó. Morgado se calzó los lentes oscuros, sacando el auto hacia el mundo. Decidió retirar la mirada y clavarla en el parabrisas para no volver a quitarla de allí, pero el cuerpo ya le ardía con solo saberse a tan corta distancia de él, de su aroma, de la imagen autoritaria y a la vez sensual que ese hombre irradiaba. No podía creerlo. Era una mujer ardiente, pero solo con el hombre que amaba, no se excitaba por la simple razón de considerar atractivo a alguien. Había hecho campañas publicitarias con modelos reconocidos, y por los que las mujeres babeaban, sin sentirse como se sentía en ese momento. Como se sentía cada vez que estaba junto a Adrián Morgado y como cada vez que, con solo recordarlo, terminaba dudando hasta de sus convicciones. Tenía que encontrar una

causa, un justificativo razonable que le permitiera recobrar la confianza en sí misma. El calor que la recorría no era normal, seguramente él habría accionado la calefacción.

—Por favor quite el calienta asientos. No suelo sentir frío.

—No lo encendí —afirmó mirándola y haciéndole saber que él era el culpable de su temperatura.

Se prohibió volver a abrir la boca en lo que le quedara de vida. El rubor se extendió más allá de sus mejillas. De cero a cien en décimas de segundo, igual que la velocidad del auto que los transportaba por la autopista.

Se estacionó frente a una obra, bajó del coche, ella entendió que debía hacer lo mismo y caminar detrás de él. Lo vio tenderle la mano a quien le presentó como el capataz. Lo escuchaba como inmersa en un sueño. El aroma a madera y esencias de ese hombre la había embrujado dentro del auto y no podía salir de ese trance.

—Empezá tu trabajo —dijo.

—¿Qué debo hacer?

—Quiero fotos de la vista que ofrecemos, de la amplitud de los ambientes, del parque.

—Pero si están en obra. No hay ambientes. Yo solo puedo ver losas, columnas y huecos.

—Parecías más inteligente —azotó—. El capataz te va a indicar qué es cada cosa. Recurrí a tu imaginación y hice las tomas con las cuales tu gente va a vender esta obra.

Evitó que las lágrimas orillaran. De no haberlo hecho, no hubiese podido contenerlas jamás. El capataz le entregó un casco indicándole que se lo pusiera, eran normas municipales que había que acatar por seguridad. Los trabajadores la desnudaron con la mirada, silbaron y exclamaron más de una frase soez a su paso. Respiró hondo, se encerró en su mente, observó todo su entorno, alzó la cámara, gatilló. Gatilló. El sol de media mañana trazó destellos y los retuvo, las copas de los árboles dibujaron alfombras verdes y ocre y las capturó, el cielo creó el telón infinito e inalcanzable que remarcaría amplitud. Continuó

subiendo, continuó inmersa en su interior. Al llegar a la azotea, la calle le gritó que la tuviera en cuenta. Morgado estaba allí, recostado en su auto deportivo tan rojo como la sangre, oculto detrás de sus lentes oscuros, y aun así Gabriela pudo notar que la miraba, incluso a pesar de la distancia pudo sentir que sus ojos la abrasaban. Gatilló. Una vez, dos, tres veces.

—¿Es suficiente señorita?

—Sí —aseguró—. Es suficiente por hoy.

De regreso, lo sintió distinto. Molesto. Ni por un segundo imaginó qué le sucedía a él en ese momento.

Una lucha interna lo acorralaba y odiaba sentirse acorralado. Cada mirada, cada silbido, cada comentario de los obreros, le elevaron más la temperatura interna. Era lo que buscaba al llevarla allí. Que la molestaran, que la rebajaran al lugar de un simple objeto sexual. Sin embargo estaba irritado. Gabriela suspiró y su pantalón le reclamó espacio. Maldijo a Arredondo, a quien fuera la mujer de su padre y estuvo a punto de maldecirse

también. No podía ser peligrosa. Esa mujer no era peligrosa. Era él quien debía infundirle miedo. Él quien la aplastaría. Pisó el acelerador, el Camaro salió disparado hacia adelante y Gabriela quedó incrustada en la butaca.

—¿Le gusta la velocidad?

—Me gusta el vértigo —respondió. Giró para mirarla. Los labios de ella estaban levemente separados y tan rosados como siempre. Los recordó dulces. Estuvo a punto de rozarlos con sus dedos, pero se contuvo y apretó más el volante para retenerlos y evitar que lo desobedecieran.

—Yo prefiero ir más despacio. Me gustan las cosas suaves.

¿Lo habría dicho con ingenuidad? Supuso que así sería, pero el recuerdo de ella en aquel vestido rojo lo instó a asegurarse. Bajó su mano para apoyarla en la rodilla de Gabriela, subiendo hacia lo prohibido. La brusquedad con que lo detuvo lo obligó a sentenciar:

—No es cierto. Te gusta fuerte, intenso, salvaje. El problema es que todavía no lo viviste.

—No se adjudique ser el dueño de la verdad. No me conoce, no tiene idea de quién soy ni de qué me gusta. Y no lo va a saber jamás.

Adrián sonrió de lado.

—Sos una ilusa que se creyó el cuentito de que si buscamos la armonía la encontramos. Por eso fotografiás la naturaleza. Creés que estás enamorada porque un imberbe te tomó de la mano y te dijo que era un hombre.

—No tenés ningún derecho a hablar así de mi novio.

La había sacado de su pose aparentemente tranquila con la que pretendió seducirlo. Estacionó con brusquedad al salir de la autopista. Giró en su asiento para enfrentarla, vio lo alterada que estaba.

—Un hombre te hubiera explicado dónde está la armonía para que no necesitaras buscarla en los animales y las plantas. Un hombre hubiera puesto la cara él en lugar de hacértela poner a vos.

Lo tenía a centímetros, quiso aspirar su aliento, pero ya ni eso podía. Había dejado de respirar,

solo su corazón latía sin límite, sus ojos viajaron solos a asentarse en los labios de él que se movían sin parar, que le dejaban ver por momentos el interior de su boca, la humedad de su lengua, lo filoso de sus dientes. Solo ahí reaccionó:

—Alejate. Estoy acá para pagar una deuda que no era mía y luego regresar a mi mundo, a mi armonía.

—Tu mundo ya no existe. La armonía no la encontraste jamás, mal podés regresar a ella. A partir de hoy —sentenció—, tu mundo será acatar mis órdenes o perderlo todo. Vas a despertarte con la espada de Damocles en tu nuca y te vas a acostar deseando sentirla adentro tuyo.

—Me estás amenazando.

—Enumero lo que ya sabés —la corrigió—. Que te quede claro. Tu empresa es mía porque no podrás salvarla. No vas a volver a desear a tu novio porque me deseás a mí. No vas a tener paz jamás, porque lo que anhelas es un imposible. Voy a tenerte en mi cama —le aseguró rozándole los labios—, vas a enterarte lo que es un hombre. Vas

a rogar que vuelva y mientras todo eso te ahogue, yo voy a estar encontrando mi punto exacto de armonía.

—¿Qué te hice? —gritó.

—Enfrentarme. Ponerte a cuestras la culpa de otros. Suponer que con tu altruismo y carita de nena podías conmoverme.

—Solo pretendo hacer lo que se espera de mí.

Adrián la tomó por la nuca. Se adueñó de su boca. Se introdujo en ella desintegrándola, dejándola petrificada en el asiento y descubriendo como su lengua se entregaba a él, como sus labios lo recibían, como su piel lo deseaba.

—Eso espero de vos.

No pudo precisar en qué momento llegaron al estacionamiento. No registró cuándo subieron por el ascensor. No se enteró cuándo Regina la guio por el pasillo hasta su sector de trabajo.

—Gabriela, ¿me oís?

—Sí. Perdón, Regina.

—Digo que este es tu lugar de trabajo —dijo enseñándole un cuartucho repleto de enormes

impresoras, estanterías y polvo.

—Sé que no es bonito —se disculpó como si fuera su responsabilidad que la hubieran sepultado allí—, pero le pedí a mantenimiento que te pusiera el escritorio junto a la ventana. Da al hueco del edificio y al menos divisás el pulmón de manzana. La ventana que está enfrente —indicó señalándola—, es una de las que hay en la oficina del ingeniero Morgado.

Gabriela elevó la mirada hacia ese ventanal. Su pesadilla la vigilaría hasta en aquel espantoso reducto. Lamentó la buena intención de Regina y le agradeció con una tímida sonrisa.

—El horario de trabajo es de nueve a cinco. A mediodía nos tomamos una hora para almorzar. —Recorrió con pena el cuarto e intentó mejorar su aspecto aclarando—: Acá es donde tenemos la heladera y la cafetera, todo el mundo entra a buscar sus viandas y te interrumpirán seguido dándote charla. En realidad —comentó corrigiéndose— te van a interrumpir todo el tiempo, porque es el sector de ploteo y donde se

imprime casi todo.

«Recluida a la sala de impresiones y cocina-comedor de la constructora. Continúa humillándome.»

Prendió la computadora. Era de calidad, contaba con todos los programas que solía utilizar y manejaba a la perfección. Introdujo en ella la memoria de la cámara. Abrió los archivos, comenzó seleccionando tomas para mejorarlas. Inmersa en su trabajo se olvidó del resto, hasta que la pantalla se lo mostró a él y dejó de respirar. Había captado en las fotos todo lo que Morgado le provocaba. Capturó décimas de segundos donde el poder, la autoridad, la presencia de ese hombre, podían leerse con claridad absoluta, pero también el deseo hacia quien lo inmortalizaba. No pudo evitar mirar hacia su ventana. Allí estaba él. Sin la chaqueta, con el primer botón de la camisa desabrochado, la corbata un tanto floja, los brazos cruzados, observándola con los ojos agazapados debajo de las cejas, en una pose firme e inquisidora.

Le sostuvo la mirada. Entre ellos había no menos de seis metros y dieciocho pisos de abismo.

Adrián se llevó el dedo pulgar hasta los labios y los circundó. Gabriela recogió del escritorio una gomita con la que podía atarse el pelo y la utilizó mostrándole que, dentro del lugar donde la había sepultado, todavía respiraba, todavía decidía sobre ella. Dejó de mirarlo, volvió a su trabajo. Imprimió las fotos que consideró servirían, buscó a Regina, le preguntó a quién debería entregarlas para ser evaluadas.

—El ingeniero es quien chequea personalmente todo eso antes de que se diseñen los folletos publicitarios.

Él. Obviamente. Siempre tendría que caer en él.

—Dame un segundo que le pregunto al ingeniero si puede recibirte.

—No... Se las muestro mañana.

—No lo hagas esperar, Gabriela. El ingeniero es muy impaciente. Cuando te ordene un trabajo y lo tengas listo, avísale de inmediato.

Reunió coraje. Aguardó a que le permitiera la

entrada. Estaba sentado en la esquina de su escritorio, un pie delante del otro, los brazos cruzados, la mirada expectante. Envuelta por aquel aroma a maderas y esencias, prefirió guardar distancia.

—Creo que tengo lo que me encargó.

Morgado extendió la mano para que se acercara y le entregara los bocetos. Lo hizo con cautela. Él no la rozó, ni siquiera la miró. Pasó una por una las fotos impresas. Las observó con detalle. Imposible saber si le agradaban o no. Imposible reconocer si estaba satisfecho.

Dejó los bocetos sobre su escritorio, la tomó de la mano llevándola con él hasta el despacho de ella. Recién allí la soltó.

—Mostrame todas las imágenes —reclamó.

—Esas son las mejores. Utilicé el Illustrator para resaltar luces. ¿Quiere ver las originales?

—No te pedí que defiendas tu trabajo —advirtió acercándose—. Te pedí que me muestres todas las fotos. No pierdo tiempo repitiendo las cosas. Mis empleados no me discuten. Acatan.

Temblando de impotencia y rabia, abrió los archivos. Había olvidado borrar las fotos que le tomara a él. Apagó el monitor de inmediato.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No. Me encomendó un trabajo. La que tiene experiencia en imagen soy yo. Si le digo que esas son las mejores tomas, usted debe creerme.

—Si esto es lo mejor, vas a tener que regresar mañana a la obra y hacer nuevas. No entendiste lo que quiero.

—No hay problema. Mañana voy y hago más.

—Esta vez irás sola —comunicó—. Lo de hoy fue un obsequio, de parte de mi caballerosidad, por ser tu primer día.

—No hay problema —repitió. Cualquier cosa con tal de que no insistiera en ver el resto de las fotos.

Morgado se acercó a la puerta. Antes de desaparecer de su vista, ordenó:

—Enviame por mail las que me hiciste a mí. Suelo ser muy fotogénico, seguro querré conservarlas.

«Mierda.»

—No le hice fotos. Registré las vistas. No me da cuenta si usted aparecía en alguna...

—Las quiero en mi correo interno para cuando me siente en el escritorio.

¿Qué hacer? ¿Sacarlas de foco? ¿Utilizar algún programa para modificarlas, para que no fuera evidente que lo había querido registrar a él? Había sido inconscientemente. Él no le creería.

«¿Quiere sus fotos? Ahí tiene sus malditas fotos —pensó, abriendo un correo y adjuntando el archivo completo—. Y que le aprovechen.»

La heredera tenía que aprender a respetarlo, entender que a él no se le escapaban los detalles. Los bocetos estaban perfectos. Pero eran su primera entrega. Ella podía dar mucho más. Abrió el correo, buscó sus retratos. Estrelló el puño sobre el escritorio.

«Tengo que tener más cuidado. Me está hurgando. Sabe hacerlo.»

Decidió alejarse un poco. Darse tiempo para regresar a su plan y sostenerlo. No estaba previsto

cambiar el rumbo, no estaba previsto que hubiera una heredera. No pudo prever que sería ella. Las cosas se complicaban.

«¿Por qué?»

Se trataba de una mujer, una más entre tantas. No creía en ellas. Solo Jésica era confiable, llevaba años de conocerla, años de una amistad cristalina. El resto solo servía para saciar otras necesidades. La heredera era una Arredondo, eso ya le entregaba la certeza de que no era de fiar. Una Arredondo que además arrojaba manotazos de ahogado; no se hundiría con ella, no pensaba rescatarla. La impulsaría más hondo aún. Le enseñaría el infierno.

Ella lo deseaba, eso era claro. Haría que rogara por él. Pondría frente a sus narices, todo aquello por lo que clamaba y luego se lo retiraría.

«¿Por qué?»

—¡Porque es su hija! —gruñó entre dientes.

Tomó su chaqueta, saludó a Regina, ingresó en el ascensor, en su auto. Manejó hacia el departamento de su padre.

«Porque juré que me vengaría. Porque nadie que lleve la sangre de ese malnacido debe seguir respirando con tranquilidad el mismo aire que mi padre.»

La rabia condujo el Camaro. Lo estacionó en una maniobra. Ingresó al cuarto casi en penumbras donde dormitaba Roberto Morgado.

«Porque se me antoja volver a besarla. Volver a sentir su piel, su aroma. Porque su maldito canto de sirena me incita a ir por más.»

—Déjenos solos —solicitó de mal humor a la enfermera.

«Pero romperé su embrujo. Voy a saciarme de ella. Voy a impregnarme con su sabor. Cuando tenga suficiente, voy a tomar su corazón en mis manos, vendré a ofrecértelo y recién ahí estaré en paz», juró frente al lecho del enfermo.

Gabriela no volvió a cruzarse con él ese día. El jueves regresó a la obra. Se sentó en la áspera escalera de hormigón. Los obreros ya la conocían

y no la molestaron tanto. Al principio la miraron inquietos, luego retomaron sus labores. Observó todo el entorno. Como cada vez que se concentraba, su lente se convirtió en el vehículo que lograba reflejar lo que no se percibía a simple vista. Salió de su cuerpo, voló por las superficies, aspiró los aromas. Su índice gatilló nuevamente. Se dejó guiar por el instinto. Tras la cámara se sentía libre, y sin darse cuenta soltó su cabello. El viento de agosto jugó con él. Regresó a Morgado Construcciones, saludó rápidamente a la recepcionista. Regina no estaba en su puesto. Corrió por el pasillo hasta su lugar de trabajo, prendió la computadora. Observó lo realizado.

«Él tenía razón. Había más.»

Sin poder contenerse, seleccionó las que le parecieron adecuadas. Ingresó en la página web de la empresa para ver el estilo con el que solían publicitar las obras. Lo consideró bueno, pero ella podía mejorarlo. Dedicó el resto del día a eso. No se enteró de todas las personas que se prepararon café, buscaron comida en la heladera, o

imprimieron trabajos a dos pasos de ella. No atravesó el cristal de su ventana para verlo a él. No recordó para quién trabajaba. Cuando estuvo satisfecha, elaboró un correo con los archivos que contenían no solo sus fotos, sino también una completa folletería diseñada por ella, y lo envió a su verdugo.

Respiró hondo sin temor a que volviera a reclamarle más. No había más, eso era inmejorable. El celular sonó, era Renzo.

—No, no es que esté cansada —se excusó ante el deseo de él de pasar la noche juntos—, es solo que el trabajo acá me absorbe y no pude ocuparme de la inmobiliaria como debería.

—En la inmobiliaria tenés empleados. Vos de eso no entendés nada. Dejá que se encarguen ellos, como lo hiciste siempre.

—Antes estaba papá para ocuparse. Ahora es mi responsabilidad. No puedo estar en los dos sitios al mismo tiempo. Quiero darle una mirada tranquila esta noche cuando salga de la constructora, para ver si precisan algo.

—Nunca me dijiste que no —reclamó—. Desde que todo esto comenzó, hacés lo que se te canta el culo sin importarte mis consejos, bailás con un desconocido en mis narices, rechazás acostarte conmigo, te negás a verme.

—No rechazo acostarme con vos.

—No juegues con tu suerte, Gabriela —la amenazó.

—¿Qué me querés decir con eso?

—Lo que oíste. Vos sos mi mujer. Yo te caliento, yo te toco, yo te hago vibrar. No te dejes seducir por la plata de ese tipo.

Quiso arrojar el celular por la ventana. Ni siquiera se le cruzó por la mente que aquello fueran celos:

—Años a mi lado y porque te digo que hoy no puedo verte, ¿me acusás de infiel?

—Es menos tonto de lo que pensé —aseguró Morgado con los brazos cruzados, y recostado en el marco de la puerta.

Gabriela tapó el micrófono del celular, por temor a que Renzo lo oyera. No sabía si no era

tarde ya. La rabia por las palabras de su novio le habían impedido darse cuenta que Morgado estaba allí. Su alarma debió haberle advertido el instante en que el aroma a maderas se había introducido por su nariz, recorriéndola interiormente. Ya era tarde para todo.

—Tengo trabajo. Debo cortar.

Adrián dio un paso ingresando para cerrar la puerta y ella se sintió acorralada.

—Te dije que habías perdido un novio —le recordó acercándose. Se inclinó sujetándose de los apoyabrazos de la silla de Gabriela para hacer girar el asiento y quedar a centímetros de su boca —: Tiene razón, le sos infiel. Desde que me conocés, quien se introduce en vos es él y a quien ves es a mí. Ya nada es igual. Espero que lo comprendas y dejes de luchar. La calma solo puedo dártela yo.

—Quiero disolver el contrato que firmé.

—Imposible. No lograste hacerte cargo de las deudas antes, menos podrías pagarme ahora, al sumar la penalización correspondiente por

incumplir tu parte.

—Te dejo todo. La inmobiliaria, mi departamento. ¡Todo! —ofreció al borde del llanto.

Adrián chasqueó la lengua.

—Pero da la casualidad que lo que querés darme para compensarme, no es lo que me interesa.

—¿Qué más querés?

—Todo.

—Te digo que te doy todo.

Adrián la tomó por las axilas, la levantó del asiento, la pegó a él sosteniéndola seguro por la cintura y la nuca. Se sintió apresada, la fuerza con la que la sujetaba hizo que exhalara el poco aire que retenía en sus pulmones.

Los tiempos de Adrián se acortaron, su boca la reclamó. Desoyó todo lo que su razón le indicaba y la besó con pasión, con hambre, con furia. Ardía cerca de ella. Nada en él estaba dispuesto a privarlo de buscar más. Averiguaría todo lo que esa mujer podía dar, se quedaría con eso y más.

Solo debía estar atento, para que no lo atrapara en su red. Todavía recorría el interior de la boca de Gabriela, cuando necesitó tocar sus senos. La dejó respirar un momento, solo para recorrerle el cuello con la lengua, bajar hacia la clavícula, hurgar en su escote. Gabriela gimió. Él sintió que explotaba y no pudo contener su propio gemido. La dejó inestable junto al escritorio. Entregó un paso de distancia:

—Todo —repitió, para luego retomar la compostura y con una frialdad ártica comentarle—: Hiciste un buen trabajo hoy. Me gustaron los folletos —volvió a pegarse a ella, la tomó por la nuca—. Ayer te dije cómo quería tu trabajo y veo que lo entendiste. Te soltaste el pelo. Esta noche, cuando te acuestes vas a soñar qué hubiera pasado si ahora...

—No sigas —continuó, rogando con los ojos llenos de lágrimas.

—Llorá, Arredondo. Llorá despidiéndote de tu lucha. Tengo mucho para vos. Y a mí —sentenció finalmente—, no querés rechazarme.

Gabriela se dejó caer en la silla. Era un manojito de nervios, de temblores, de excitación, para cuando Adrián se fue.

¿Por qué no podía alejarlo? ¿Por qué no podía imponerse ante él? Fátima siempre la acusaba de ser débil ante los afectos y relegarse en pos de complacer al otro. Así lo había hecho con su padre, con Renzo y ahora con... ¡No! Morgado no era uno de sus afectos, era su oponente, su contrincante, su verdugo.

«Gimió —entendió—. Lo hice gemir.»

Aun en la inmobiliaria y escuchando las voces de todos, sentía latir su corazón como si Morgado siguiera pegado a su cuerpo. El empleado de la constructora intentó ponerla al tanto de novedades que no pudo retener. No estaba allí. ¿Para qué había ido? Era imposible concentrarse en nada. Imposible comprender una sola palabra. Algo sí entendía muy bien, ella no le era indiferente al ingeniero.

Ya en su departamento, dejó sobre la mesa todo el papeleo que le había entregado Sergio en la inmobiliaria. Calentó una de las tantas viandas que le armara su abuela. Encendió una vela aromática, abrió una botella de vino. Bebió un sorbo.

¿Cómo había conocido Morgado a su padre? ¿Por qué entabló negocios con él? ¿Qué lo tenía tan enojado? ¿Qué le molestaba tanto de ella?

«Enfrentarme. Ponerte a cuestras la culpa de otros.»

—La culpa de otros —repitió en voz alta.

¿Qué culpa? ¿La culpa de quién? ¿De su padre? ¿Qué le habría hecho su padre? Llamó a Maite, necesitaba respuestas para esas preguntas.

—¿Cómo se conocieron papá y Morgado?

Le pareció que dudaba. Finalmente le respondió con evasivas:

—Sebastián comercializaba obras de Morgado padre.

—¿Se llevaban bien? Quiero decir... tenían buen trato, el negocio era beneficioso para ambos.

—El negocio fue uno más de tantos. Nos dieron

las obras en el pozo, las fuimos vendiendo. Cada uno obtuvo su parte.

—¿Se llevaban bien, congeniaban?

Maite temió lo peor. Necesitó sacarla de esa conversación:

—Creo que sí, no me acuerdo mucho. Ellos no tuvieron trato con nosotros.

—¿Cómo que no? ¿Papá no se reunía con ellos en la inmobiliaria?

—Gabriela... eso pasó hace muchos años. Desde que el hijo se hizo cargo de la constructora, no volvimos a trabajar con ellos.

—¿Por qué? ¿Se pelearon? ¿Hubo algún conflicto?

—Fui empleada de tu padre y me limité a hacer mi trabajo. La inmobiliaria siempre cumplió los contratos. Solo puedo hablarte de lo estrictamente comercial. Si Sebastián tuvo algún inconveniente personal con ellos, yo lo desconozco.

Pero algo persistía hasta entonces. Algo había ocurrido que no culminó con la simple venta de esas obras. Hubo más.

—¿Qué otra cosa vinculó a mi padre con los Morgado?

¿Por qué habló en plural?

—Gabriela, te repito, es parte del pasado.

Había un pasado, acababa de confirmárselo sin darse cuenta, y en ese pasado existía un plural. Había más. Había el motivo por el que Morgado la odiaba.

—Maite, por si no te diste cuenta todavía, un Morgado pagó lo que se te debía por tus servicios, está haciendo frente a las deudas del lugar donde trabajás, hipotecando toda mi vida. Si hay más, si existe algo que me permita entender dónde estoy parada, podría defenderme mejor.

El silencio duró segundos. Los suficientes para confirmarle las dudas.

—No sé más —respondió Maite.

No fue de mucha ayuda. Solo logró encerrarla en un mar de incógnitas, pero al menos una cosa estaba clara. Morgado le haría pagar las culpas de su padre y ella, sin saberlo, lo había enfrentado.

“No vas a volver a desear a tu novio porque me

deseás a mí.”

Y era verdad. Esa sí era una cruda verdad. Lo deseaba y él había gemido por ella.

“Voy a hacerte entender lo que es un hombre.”

Se vio recorriendo el tenedor con la lengua y se ruborizó de inmediato. «¡Dios!”

“En cada lugar donde él te toque, después voy a estar yo.”

No pudo ingerir un bocado más. Dejó en orden la cocina. Preparó su baño. Esa noche agregó sales al agua de la bañera. Necesitaba distenderse, enfriar aquellas zonas por las que él había estado. Se introdujo en el agua sumergiendo todo su cuerpo, reteniendo el aire.

“Vas a despertarte con la espada de Damocles en tu nuca y te vas a acostar deseando sentirla dentro tuyo.”

Sacó la cabeza de debajo del agua, en un impulso desesperado por eliminar también esos pensamientos.

“Ahora voy por vos.”

CAPÍTULO 9

No volvió a verlo. A Renzo tampoco, él no la llamó y ella agradeció la distancia. No podía con todo. No podía ni con su propio cuerpo. Pero era viernes, el fin de semana había llegado y no sabía cómo excusarse.

Regina interrumpió sus pensamientos:

—Gabriela, el ingeniero me pidió que te avisara que la semana próxima te necesita con él en el sur.

¿Cómo podía un corazón sano pararse en seco y mantener la vida?

—Yo... Nadie me advirtió que tendría que alejarme de Buenos Aires.

—El personal de la empresa vive viajando. Tenemos obras en todo el país. Deben haberte informado eso. Seguro que figura en tu contrato. ¿No lo leíste antes de firmar?

No había leído nada del contrato, salvo aquellos

renglones que indicaban su nombre, su documento... El recuerdo de la mano de él sobre su pierna, la obligó a respirar hondo.

—¿Cuándo? —solo pudo decir.

—El martes. El avión sale a las nueve de la mañana. Yo ya hice las reservas del vuelo y de la hostería.

«Con él en un hotel.»

—Tenés que llevar todo tu equipo y te recomiendo que no olvides ropa abrigada y de montaña. El ingeniero suele recorrer los terrenos personalmente y... ¿Me estás escuchando?

—Sí —respondió sobresaltada cuando Regina elevó el tono—. Estaba pensando todo lo que debo dejar en orden antes de irme. No puedo organizar tantas cosas en un fin de semana.

—Andá acostumbrándote —recomendó apoyando una mano en el hombro de Gabriela—, el trabajo acá es así.

No era posible, no podía ser cierto. ¿Cómo resistiría a su lado? ¿Cómo haría para no sucumbir ante él? En la oficina, con la posibilidad de que

los viera el resto de los empleados, en el restaurante con su novio a pocos metros, en la calle, en ningún lado había podido alejarse. ¿Cómo lo lograría a solas con él y a kilómetros de distancia?

Frenó el impulso de girar y buscarlo tras la ventana; primero debía enfrentar a Renzo.

Terminó sus obligaciones del día en la empresa. No tuvo fuerzas para pasar por la inmobiliaria. Llamó para advertirles que lo haría a última hora del lunes. Al llegar a su departamento, tomó la valija pequeña y comenzó a seleccionar la ropa que guardaría en ella. Escuchó el sonido de la llave de Renzo en la cerradura. Antes hubiera saltado de alegría hasta colgarse de su cuello, besarlo, enredar los dedos en su pelo...

—¿Te vas de viaje?

Gabriela no había saltado de alegría, ni se había colgado en su cuello. No lo había besado ni enredado los dedos en su cabello.

—Sí. Por trabajo.

—Estamos a viernes por la noche. ¿Pretendés

que me crea que te vas a trabajar durante el fin de semana? ¡Qué abnegada!

—Nos vamos el martes —aclaró.

El martes y era viernes. ¿Qué hacía armando la valija con tanta premura? Estaba loca, completamente desequilibrada, ansiosa.

—¿Quiénes se van? —preguntó Renzo quitándole de las manos el suéter que pretendía guardar.

—Vamos a revisar unos terrenos donde la constructora piensa...

—No te pregunté para qué. Pregunté quiénes.

—El ingeniero y yo.

La furia terminó de apropiarse de los ojos de su novio.

—Bailás con él en mis narices. Te retorcés como una adolescente mirándolo. Y ahora me escupís en la cara que lo acompañás en un viaje.

—No nos vimos estos días, porque no puedo soportar la agresión con la que te dirigís a mí —explicó sin culpas—. Morgado es mi jefe, me contrató para que cumpla mi trabajo y es lo que

hago.

—¿Qué servicios incluye tu contrato? — preguntó con ironía.

—¡Sos un hijo de puta!

Renzo la tomó con fuerza, aprisionándole los brazos contra el cuerpo en un pretendido abrazo. Él también la retenía pero utilizando otro poder, el poder de su masa muscular.

—¿Qué te hace? —continuó—, ¿qué te hace que te gusta tanto?

—Todo lo que vos no hiciste —le reprochó sabiendo que no podría desprenderse de otra manera de su opresión.

—¿¿Qué?! —gritó reclamando con su orgullo de macho herido. Con los celos surgiéndole desde las vanidosas entrañas. Con el reconocimiento de que el piso se abría bajo sus pies.

—No me dejó sola en un mundo desconocido y a merced de las fieras. Me entrega una oportunidad. Me enseña a pelear. Exige el máximo de mi potencial.

—¿Cuál es el máximo de tu potencial, Gabriela?

¿Cuántos orgasmos necesitás en una noche para sentirte satisfecha?

—Soltame —pidió con voz lastimosa al entender que Renzo exigía y reprochaba, pero se negaba a reconocer las falencias que le estaba enumerando.

—No. No hasta que me expliques. No hasta que confieses que ese hombre nos está separando.

—No es Morgado quien nos separa. Vos nos separás. Tu egoísmo. Tu prepotencia —finalmente podía verlo.

—Yo no cambié. Sigo siendo el mismo.

—Pero recién ahora te veo —susurró, porque más que a él, se lo había dicho a ella.

Renzo la soltó, se llevó la mano a la cabeza y repasó su cabello con fuerza—: Estás caliente con él.

—Estoy caliente con la vida —aseguró—. Con todo lo que me arrebató mi tranquilidad, lo que me gustaba y me hacía feliz.

—Yo te hago feliz.

—Antes. Cuando tenía los ojos tan cerrados que

ni mi cámara podía captar la realidad. Cuando suponía que el trabajo te absorbía porque luchabas por nuestro futuro. Cuando creía que si apoyaba mi cabeza en tu pecho, nada malo podía pasarme.

—¿Eso te hizo creer? ¿Y nuestros planes? ¿Te olvidaste de ellos? ¿Viste la plata de Morgado y borraste de un plumazo nuestra vida?

—Ni siquiera vi la plata de Morgado. Solo vi papeles firmados de un lado y del otro. Todo es nuevo para mí —reconoció—. ¿Lo entendés Renzo? Yo no comprendo nada de todo esto. Vivía en mi mundo, en una vida que me gustaba. Mis preocupaciones pasaban por sumarme a la campaña donde consideraba que más me necesitaban, regresar a casa y esperar un llamado tuyo, una visita, un poco de tu tiempo.

—¿Qué me reclamás?

—Tu desamor. Tu egoísmo. El que me dejaras sola y a mi suerte cuando más te necesité.

—Te acompañé a sus oficinas el día del contrato.

—Me hiciste saber que yo era incapaz de

hacerle frente a un problema. Me rebajaste al lugar de muñequita de adorno. Me humillaste en la cena aquella delante de tus influencias. Me negaste la ayuda que te pedí y no era tu plata precisamente, sino tus conocimientos, tus ganas de luchar conmigo por algo que me pertenece.

—No hay por qué luchar, Gabriela. Entendelo.

—Ya lo entendí. No tengo que seguir luchando.

—Ahora no podés romper el contrato.

Resarcirlo es imposible para...

—No hablo de eso.

—¿De qué hablás?

—De nosotros —afirmó—. Ya no voy a pelear por nosotros. No fuimos una pareja. Fui una posesión que te convenía y no te traía problemas. Estúpidamente pensé que si te daba todo de mí, algún día podrías mirarme como yo te miraba.

—No hablás en serio.

—Renzo, desde el primer día que te vi quedé prendida de vos, de tus ojos risueños, de tu voz seductora, del calor de tu cuerpo.

Él se acercó a ella con intención de besarla.

Gabriela se alejó con rapidez.

—Nada de lo que dijeras o hicieras, incluso nada de todo lo que no hacías, desdibujaba la imagen de aquella primera vez. Fui encerrándome y creyendo que eso era suficiente para ser feliz —cayó sentada en la cama sin fuerzas mirando hacia el piso—, me negué a ver la realidad. Me negué a preguntarme mil y un por qué. Terminé resignándome, sin saberlo, a vivir en una fantasía.

—Hasta que llegó él, con su plata.

—Hasta que murió mi padre, me enfrenté a un problema demasiado serio, y quien debía estar a mi lado acompañándome y ayudándome a encontrar la solución, se abrió de gambas y me dejó a mi suerte.

—¿Te abriste de gambas con él?

El cachetazo resonó en toda la habitación. Renzo había cometido el grave error de agacharse y ponerse frente a ella para escupirle la pregunta en la cara. Fueron demasiado lejos. No había retorno.

—Lo siento —se disculpó viendo como él se

tomaba la mejilla y contenía las ganas de devolverle el golpe—. Te extralimitaste. Quiero que te vayas de mi casa. Quiero que te vayas de mi vida.

—Vas a volver a mí, Gabriela —anunció arrojando el juego de llaves sobre el edredón—. Ese tipo te está cambiando, te está haciendo creer que es mejor que yo, y lo único que tiene es plata. Cuando se canse de vos, te va a tirar a un costado.

—Seguís insultándome.

—No vas a encontrarme cuando estés sola y metida en un problema gigante.

—No estuviste en el primer problema que tuve. No espero encontrarte en el próximo.

«No sos mi Pepe», pensó angustiada mientras lo oía salir de su departamento.

“Se deja de amar de un segundo al otro.”

Su vida continuaba cambiando a pasos vertiginosos. Nada era igual. Quería salir de su casa, correr, saltar a un lago de agua helada para sentirse limpia. Fue en ese momento, en que la depresión la acosaba, cuando llamó Fátima.

Descargó en pocos segundos millones de palabras atropelladas, con las que le contó todo lo ocurrido desde que no se veían, desde la última vez que hablaron. Todo, incluso el portazo de Renzo.

—Amiga, sé que no te sonará bien —dijo Fátima—, pero me alegra que ese tipo ya no esté con vos. No me gustó nunca, no me cerró jamás.

—Como sea, a la que no le gusta ahora es a mí, pero no puedo evitar sentir una gran opresión en el pecho —confesó en medio de sollozos—. Siento que camino en una cuerda floja. Que estoy a punto de caerme a cada paso que doy. La adrenalina no me baja.

—Gabriela. Estás haciendo el luto por lo que fue y no volverá. Por tu padre, por tu vieja rutina, por tu antiguo trabajo, por tu ex. Llorá todo junto hoy, querida —aconsejó—. Lamento tanto estar tan lejos y no poder acompañarte mejor.

—Gracias a Dios que hoy tenés señal —dijo con congoja y recordó que no le había hablado del viaje—. El martes andaré por tus pagos.

—¿Y eso? ¿El villano te dio vacaciones tan

pronto?

—La ocurrencia del villano es lo que terminó de desatar mi pelea con Renzo.

—Dijiste que pelearon porque te diste cuenta que era un egoísta.

Se lo explicaría personalmente:

—El martes tengo que viajar al sur con Morgado... Solos —acotó—. Eso es lo que hizo enfurecer a Renzo. —Hubo un prolongado silencio —: ¿Fátima?

—Estoy acá —respondió—. Es que me puse contenta, salté como una idiota y no vi el escalón. Me fui a la mierda, el celular se cayó arriba de un sillón y tuve que buscarlo.

—¿Te lastimaste?

—Solo en la envidia. Pero ya se me va a pasar. ¿Así que te trae para acá? ¡Voy a conocer al señor te-como-cruda-y-sin-sal!

—No es gracioso. Estoy aterrada.

—Gabriela, no te asustes. No puede tenerla tan grande como para que te aterres.

—Te estoy hablando muy en serio. Ese tipo me

la tiene jurada. Algo hubo en el pasado entre mi viejo y el de él y me la va a hacer pagar a mí.

—Somos amigas. Si él va a tomar revancha, yo me sacrifico por vos.

—Sos loca—sonrió—, hoy tenés un día imposible. Ni lo conocés.

—Mi muy querida Gabriela. Solo de escuchar el temblor en tu voz cada vez que me hablás de él, se me hace agua la boca. Y conste que estoy tratando de ser delicada para no herir tu susceptibilidad.

Le temblaba la voz. Era cierto. También ella lo reconocía. Toda ella temblaba cerca de él. Estaba temblando en ese momento con solo nombrarlo.

«Va a aplastarme —supo— y no sé evitarlo.»

CAPÍTULO 10

*D*esde la ventana observó como Morgado y Marcelo trabajaban desde hacía horas. Seguramente cumplimentaban los últimos detalles antes del viaje. Gabriela solo había preparado la valija y despedido a su abuela y a su madre por teléfono. No quería verlas, no quería que notaran en sus ojos nada diferente. Se negaba a hablar con ellas personalmente, de la ruptura con Renzo y del viaje con su jefe. Pero era imperioso ir a la inmobiliaria en cuanto terminara su día laboral.

—Permiso, Gabriela —solicitó el contador golpeando con suavidad la puerta—, necesito todo sobre el marketing de Vicente López antes de que te vayas. Tengo que enviarlo a presupuestar.

—Se lo preparo ahora —respondió.

Marcelo consultó su reloj al verla con la cartera ya colgada al hombro.

—Te estabas yendo. No te preocupes, te alcanzo en auto a tu casa y reparo estos minutos que te robo.

—No hay problema, voy a la inmobiliaria y el colectivo me deja muy cerca.

—Insisto —comentó sonriendo amigablemente.

Preparó la documentación, volvió a apagar su computadora. Recogió sus cosas y la carpeta para el contador. Regina ya no estaba en su puesto, se cruzó con Marcelo saliendo junto a Morgado de la oficina de este.

—¿Todo listo Gaby? —preguntó Marcelo tomando la carpeta que ella le entregaba—. Dame un segundo, recojo mis cosas y te llevo.

Se puso roja como el tomate ante la mirada escrutadora del jefe. Clavó la vista en el piso. Pudo haber contado las vetas de la madera de cada listón mientras sentía que él se acercaba hasta pararse detrás de ella.

Adrián llegó a introducir un dedo en la gomita con la que se sujetaba el cabello, pero no se la quitó. A cambio, acercó su boca a la nuca de

Gabriela:

—¿Ya hiciste amigos?

—Se me hacía tarde y ofreció llevarme —se excusó.

—El doctor García es mi amigo —aclaró haciendo que su aliento la roce—. No te metas con él. Si tratás de engatusarlo, te lo voy a hacer pagar.

Giró. Se paró en la punta de los pies, lo tomó de las solapas de la fina chaqueta para sujetarlo y sujetarse:

—No tengo ni idea de qué te hace odiarme. No te conocía hasta ese maldito día en que vine a pedirte ayuda. Acepté todos tus términos pensando que de esa manera podía solucionar una crisis que no generé. Si tenés algún problema conmigo, decímelo de una vez. No te escudes cobardemente en tu lugar, tu altura o tu condición de machito cabrío.

Demasiada provocación. Demasiados humos para alguien que comenzaba a rondarle ya no solo la entrepierna. Frenarla era primordial. Aprovechó su postura, la tomó por los codos elevándola

treinta centímetros del suelo. La introdujo en la oficina. Gabriela mantenía la furia en los ojos, no se amilanó, no se atemorizó. Con un pie cerró la puerta, giró y la apoyó contra la misma. Le separó las piernas para quedar entre ellas. Pegó su cuerpo al de la fotógrafa, estaba a punto de besarla cuando lo interrumpió:

—¿Eso es? —preguntó para luego afirmar—. Sí, es eso. Te gusto, te morís por tenerme, pero algo que te hicieron otros... te frena.

—Voy a hacer que cierres tu bocota —amenazó rabioso al confirmar que tenía garras.

—Sí. Estoy segura de que no puedo competir con tu fuerza bruta. Pero ahora los dos sabemos que te gusto y eso te debilita. Porque ahora que estoy al tanto, el poder lo tengo yo.

¿Cuándo? ¿En qué momento la dejó introducirse tanto en su mente, en su cuerpo? Se defendía de sus provocaciones, había que desarmarla, derretirla, confundirla. Tenía que darle el susto de su vida. Tenía que lograr que no volviera a enfrentarlo. Por delante estaban los cuatro días que pasarían solos

en el sur. Ya la tenía contra la puerta. La heredera no se equivocaba, la fuerza física la tenía él, y también el poder que en su ingenuidad creyó ganar diciéndole tamaña pavada. Le quedaría claro. Le demostraría la fuerza para atraerla y la dulzura para derretirla. Estaba en condiciones de hacerlo, las garras de la heredera no podrían con él. Con suavidad, acercó su boca al ceño fruncido de ella, entregó uno, dos, tres besos. Bajó con ellos a los ojos y repitió el gesto. Besó la punta de su nariz. Gabriela gimió. Adrián absorbió el gemido pero no se introdujo en su boca. Quedó allí, compartiendo su aliento, entregándole el propio. Sintió cómo ella se aflojaba, dejó de aprisionarla por los codos. Las manos abiertas de él, le recorrieron los brazos hasta las manos, hasta la punta de los dedos. Volvió a ascender con ellas. Suave, muy suavemente hacia los hombros. Abandonó su boca, le acarició con la nariz la mejilla, llegó a su oreja, lamió el lóbulo.

Gabriela solo comprendía lo que su cuerpo le rogaba. Más de él. Más de ese contacto. Más de

ese hombre detestable que con su aroma y su cuerpo le había desestabilizado toda la vida y le bloqueaba el entendimiento.

Adrián encontró la vena del cuello de ella latiendo con furia y la recorrió con su lengua. Con una mano realizó caminos en su nuca, en tanto la otra le sujetaba la mejilla. Todo lo dulce que era con aquellos sectores de su cuerpo, se contrastaba con la rudeza que le hacía sentir con las caderas.

Dos hombres, dos personalidades. Ambas encendían la hoguera en la que Gabriela se quemaba.

No se alejó cuando le advirtió:

—Estoy vacunado contra tu poder. Poderes de este tipo los consigo con solo levantar un dedo. Todas las mujeres me gustan. Vos también, y eso me lo hará más llevadero. Porque veo que voy a disfrutar mucho en el camino.

—Lo mismo digo —contestó—. Tenés razón. Soy joven, quiero sentir. Tu cuerpo me gusta y acabo de entender que tenemos piel aunque nos odiamos. También voy a disfrutar el camino. Y

cuando lleguemos al final sabremos quién de los dos tiene poder sobre el otro.

El llamado de Marcelo tocando a la puerta dio por concluido el enfrentamiento. Se mantuvieron la mirada dura mientras Adrián la fue liberando. Abrió la puerta sin alejarse demasiado de ella. Su amigo debía enterarse que ese terreno estaba prohibido. Le permitiría llevarla, le permitiría ser amigable con ella. Pero le estaba vedado avanzar un paso más, eso no podía discutirlo nadie.

El contador disimuló la situación. Los encontró tan inmersos en aquella batalla personal, que no le fue difícil alejarse dos pasos de la puerta y mirar hacia el ascensor.

—Gabriela estoy listo. ¿Vamos?

—Sí —contestó.

Morgado la dejó salir. Fue ella quien retiró primero la mirada. Él siguió observándola. Vio que Marcelo había sido más cuidadoso caminando alejado de ella e incluso apoyándose en la pared opuesta del receptáculo. «Distancia —le advirtió con la mirada—. Es mi lucha, no la tuya.» Su

amigo comprendió perfectamente, pero eso no le impidió guiñarle un ojo mientras las puertas se cerraron.

Pegó un puñetazo al tablero de su escritorio. Estaba excitado, terriblemente excitado. Furioso. Irritado a más no poder. La heredera pasaba de mosquita muerta a *femme fatale* en segundos. Lo desorientaba y lo obligaba a cambiar constantemente de estrategia. Más de una vez había visto sus ojos llenos de lágrimas ante una de sus acometidas. Más de una vez estuvo a punto de mandar todo a la mierda y dejarla en paz. Más de una vez había recordado su piel y deseó que Arredondo no hubiera existido, que aquella tersura no fuese prohibida. Llegó a creer que esos ojos tal vez decían la verdad, que Gabriela estaba indefensa, que era un animalito perdido en la selva. Pero ahora todo cambiaba. Ahora ella lo había enfrentado y él jamás abandonaba una contienda. Las ganaba. Como fuera. A como diera lugar. Ese conejito escondía una fiera con garras afiladas. Cuatro días por delante. Cuatro días para

convertirla en un ratón miedoso e indefenso al que atraparía. Vería luego si lo retenía preso o lo aplastaba. Porque acababa de anular cualquier posibilidad de amnistía. Miró por debajo del cinturón y volvió a golpear sobre el escritorio: «Pero antes de aniquilarte, voy a sacarme estas putas ganas de cogerte».

Desde que subieron al ascensor, las únicas frases que cruzaron Marcelo y Gabriela tenían que ver con el mejor recorrido para llegar a la inmobiliaria, el frío que estaba haciendo y lo que haría en Esquel. Él trataba de alejar cualquier comentario que los obligara a mencionar a Adrián, Gabriela apenas si podía sostener su cuerpo en el asiento. Al llegar, el contador bajó del auto, abrió la puerta de ella, le deseó buen viaje y le pidió que saludara de su parte a Sergio.

Dentro del local, Maite le comentó que algunas parejas se mostraron interesadas en dos de las propiedades, que Mario se había retirado ya, y

antes de despedirse le comunicó que Sergio la esperaba en la oficina que fuera de su padre. Ni siquiera se planteó quién había autorizado al empleado de Morgado Construcciones a apoderarse de ese sillón. Simplemente dio un par de golpecitos en la puerta, pidió permiso, estrechó su mano y se sentó frente a él como autómatas. Supo que le transmitía novedades, problemas, más piedras, pero fue imposible que su mente las retuviera.

—Te estás yendo al sur mañana, ¿verdad?

Eso lo escuchó claramente y asintió.

—Estamos necesitando algo que nos permita tentar a los clientes para llevarlos a Vicente López.

—Preparé folletería mostrando las vistas con tomas desde la torre que ya está empezada. Mañana serán presupuestadas, supongo que en cuanto las tengan te las podré traer.

—Magnífico. Eso es importante. Tenemos que contar con algo que los movilice hasta allá. Casi todas nuestras propiedades se reducen al barrio.

La inmobiliaria perdió muchas plazas. Si vamos a proponerles una propiedad en las afueras, sería conveniente tener algo más que un *render*.

Sergio la notó distraída, tal vez estuviera cansada.

—Te invito a cenar. Faltan puntos por conversar, y me sentiré menos culpable por demorarte tanto.

Aceptó, cerraron la inmobiliaria, fueron a un restaurante cercano, solicitaron un plato sencillo. Un poco más despejada y con algo en el estómago, fue más fácil prestarle atención. Eran cerca de las nueve de la noche cuando el celular de Sergio sonó:

—Buenas noches ingeniero.

Gabriela estuvo a punto de atragantarse con el postre.

—Estoy cenando con la señorita Arredondo para ponerla al tanto de algunas novedades — notificó, escuchó atento a su interlocutor, frunció el ceño—. Estamos terminando el postre... De acuerdo... Puede quedarse tranquilo. Que tenga

buen viaje —deseó antes de cortar.

—¿A qué hora terminan tus servicios con Morgado Construcciones? —preguntó ella.

—No entiendo.

—Digo, porque ya son más de las nueve de la noche. La inmobiliaria cierra a las siete. ¿Le tenés que pasar el parte todos los días?

—Comprendo que el puesto que me tocó ocupar no sea de tu agrado. Aun así, creí que teníamos empatía. Me encuentro en la inmobiliaria para darles una mano y para que el dinero invertido por Morgado Construcciones rinda y no se diluya.

—Lo sé. Siento haber sido ruda. No es mi estilo. Es solo que...

—No te disculpes. Conozco al ingeniero, trabajar con él es mantenerse alerta todo el tiempo. Es exigente —calificó—, pero justo. Suele rodearse de gente bien capacitada y nos pide siempre el máximo.

—Modestia aparte —bromeó para suavizar su comentario anterior.

Sergio sonrió, distendiéndose.

—No me malentiendas, no soy vanidoso. El ingeniero se toma personalmente el trabajo de seleccionar a su gente. Él fue quien recuperó la empresa luego del desastre.

—¿Cuál desastre?

—La constructora estuvo a punto de fundirse cuando su padre se enfermó. ¿No lo sabías?

—No tenía idea de que tuviera padres —para ella había salido del mismo infierno. Nadie podía haber engendrado a alguien así.

—No tiene madre. Ella murió cuando el ingeniero nació. Lo crió el padre.

—¿No volvió a casarse Morgado padre?

—Sí, pero muchos años después. Para cuando yo llegué a la empresa ya era viudo nuevamente. Llegué para cuando el ingeniero la estaba levantando de las ruinas y su padre ya estaba postrado.

—¿El padre sigue vivo?

—Sí, pero muy enfermo. ¿No te contaron nada en la empresa?

—No. La verdad es que me recluyeron en el

cuarto de impresiones y me limito a encerrarme ahí, o a pasear por los lugares a donde me manda tu jefe para sacar fotos.

Sergio se rio a carcajadas.

—¿Te metieron en el cuarto de impresión? ¡No debés tener paz! ¿Cómo hacés para concentrarte?

—Sé abstraerme. Lo aprendí en mi antiguo trabajo. Hay que tener mucha paciencia mientras se espera la llegada de un espécimen, y cuando lo tenés hay que meterse dentro de uno y dentro de él, saber buscar su esencia y hacer el click.

Se escuchó diciéndolo. Dejó de prestarle atención a Sergio. Había hecho el click indicado esa tarde, al captar a Adrián Morgado. Lo había desestabilizado, perforado su coraza, metiéndose en él. Restaba revelar la imagen y para eso la indicada era Fátima.

Si había salido furioso de la oficina, hablar con su empleado no mejoró su humor. Los servicios de Sergio no incluían llevarla a cenar. Planeaba

visitar a su padre, llegar a su casa, darse una ducha, preparar su maleta, cenar liviano y descansar. Pero no era bueno acumular “ansias” que estaban teñidas de deseo, bronca, frustración. Envío un WhatsApp a Cinthia, se vistió, la llevó a cenar, llegaron al departamento de él. La mujer era bonita, inteligente, sensual. En su pantalón, le reclamaban vía libre desde la tarde. No precisó alargar la espera, ella sabía ir directo al grano y eso era lo que Adrián necesitaba esa noche. Los besos comenzaron en el ascensor, igual que las caricias sugerentes. El recorrido al cuarto era bien conocido por ambos. Cinthia le arremolinaba el cabello, Adrián la despojaba de la ropa. Necesitaba liberarse, olvidarse, despejarse, y aun así le entregó tiempo a su acompañante. Tiempo para aprontarla más, tiempo para que degustara el momento, tiempo para explotar juntos en un orgasmo que le permitiera... olvidar. Al menos esa noche.

Se despertó como todas las mañanas a la misma hora. El cuerpo de Cinthia yacía muy cerca de él,

un brazo de la mujer reposaba sobre su pecho. Le tomó la mano con suavidad, besó los nudillos para sacarla suavemente de su sueño. Ella ronroneó intentando repetir la noche.

—Tengo que prepararme para mi vuelo —se excusó.

—Lo sé —dijo intentando conformarse—. Lo paso siempre tan bien con vos, que no me arrepiento por haberlo intentado.

Adrián le sonrió, rodeó la cama y antes de entrar al baño depositó un suave beso en la espalda desnuda de la mujer.

—¿Nos bañamos juntos? —propuso ella.

—Sería más frustrante, ¿no creés? Duchate tranquila mientras ultimo algunos detalles. Desayunamos y te pido un remise.

—No. Mejor duchate vos mientras yo te preparo el desayuno.

Jamás pensó en Cinthia como otra cosa que no fuera sexo casual. Lo pasaba bien con ella, no había reclamos. Esa mañana la notó distinta. Esperaba que no tuviera nada que ver con

sentimentalismos, o sus encuentros se verían suspendidos.

Llegó al aeropuerto justo a tiempo. Él solía ser puntual, pero se enredó con tonterías y Cinthia insistió en acompañarlo. El remise la dejaría luego en su casa. La llevaba de la mano para que apurara el paso, los tacones altos le impedían caminar todo lo rápido que él requería. Se acercaron al mostrador de la aerolínea. Su acompañante no dejaba de acariciarle la espalda por debajo de la campera. La imagen era la de una pareja. Con intención de mostrarse complacido, caballeroso y agradecido por el trato, Adrián le entregó un largo beso de despedirla. La vio encaminarse hacia la salida contenta, giró para dirigirse a la puerta de embarque y se encontró con la mirada de Gabriela. No esperaba darle ese espectáculo. No deseaba que lo viera en nada parecido a la intimidad. Ella demostró ser sagaz; cuanto menos supiera de él, mejor. La observó en tanto caminaba hacia ella; la imagen contrastaba con la entregada en la constructora el día anterior cuando decidió

enfrentarlo. La heredera en jean, zapatillas y a cara lavada, parecía ingenua, tierna. Provocaba profundos deseos de protegerla, de mimarla. Frunció el ceño reprochándose tal debilidad. Cuatro días por delante donde debía estar muy alerta para no dejarse engañar.

—Aprecio la puntualidad —emitió a manera de saludo.

—Y yo los modales. Buen día ingeniero. ¿Podemos embarcar?

Lo había tomado desprevenido. No volvería a ocurrir. Pasó delante de ella, vio que portaba el maletín de su notebook y el de la pesada cámara y aun así no se ofreció a repartir la carga. No le dirigió la palabra mientras esperaban, tampoco una vez ubicados en sus asientos de avión. Ojeó el diario tratando de ignorar el fresco perfume de ella. Estaba demasiado próxima y ya sabía que su entrepierna no atendía razones cuando ocurría eso. Trató de concentrarse en la sección de política. Por el rabillo del ojo observó cómo hurgaba en su cartera, tomaba el iPod, se calzaba los auriculares,

cerraba los ojos y parecía no reaccionar a que él estaba allí. Se sintió incómodo. Tal vez el nuevo rumbo de su estrategia no fuera el acertado. Lo lamentó. Había sido más agradable sentirla siendo suave que irritándola. Se pasó la mano por el pelo, más por borrar esos pensamientos que por peinarse. Sintió intriga por saber qué escuchaba:

—¿Qué música te gusta?

Gabriela abrió los ojos, estaba abstraída relacionando con Morgado el tema de Beth Crowley que escuchaba:

—¿Disculpe?

—Pregunto—repitió—, ¿qué tipo de música te gusta?

—Casi toda, soy muy amplia en ese aspecto —aseguró intentando que no notara el desconcierto que le provocó el que Morgado se interesara en sus preferencias por algo que seguro consideraría trivial—. Siempre que me conmueva estará bien.

Adrián le quitó el iPod, introdujo uno de los auriculares en su oído, presionó para escuchar la dulce voz de la cantante, su mente tradujo:

*Estoy buscando desesperada
una fractura en tu armazón.
Cada día se me hace más difícil saber
dónde se detiene el demonio
y dónde comienzas tú.
Pero te prometo que esto no termina así.
Estoy asustada mientras caemos
en la madriguera de los conejos.
Mis manos se aprietan
aferrándose a tu alma perdida.
Podemos luchar contra ellos.
Juntos podemos luchar contra ellos.
Dime que no te has ido demasiado lejos.*

Gabriela estacó sus ojos verdosos en los de él.
Adrián le regresó el iPod.

—Para elegir temas también sos masoquista.

—Usted carece de gusto musical —respondió intentando ignorar su doble sentido.

Adrián la tomó por la barbilla, Gabriela no se amilanó, estaba dispuesta a no ceder.

—Yo lucho solo —le advirtió para que

desistiera de cualquier estupidez que la hiciera pensar que era él quien precisaba ayuda—. No busco ni acepto lazarillos.

—Hubiera tomado usted las fotos y se ahorra mi pasaje y estaba. ¿Para qué me lleva?

—Necesitas ventilarte un poco —atacó todavía con la mano en su barbilla, aunque el pulgar tenía vida propia e insistía en acariciarla.

—Gracias. Jamás rechazo un regalo. No es de buen gusto.

—Este va a costarte caro.

—A mal puerto fue por leña —dijo riéndose, resuelta a dejarle claras las cosas—, dinero es lo que me falta y por eso acepté este trabajo insalubre —le aferró la mano quitándosela con delicadeza pero decidida—. Y si está pensando en otro tipo de retribución, quiero que sepa que cuando llegué a su oficina pidiendo ayuda era una mujer angustiada que no encontraba salidas. Hoy, esa mujer se ha quitado el velo que no le dejaba ver que los favores no existen, que todo tiene un precio. Y el que usted pretende que le pague, no es

el que firmé.

Adrián volvió a acomodarse en el asiento. Ella seguía mirándolo ofuscada. Eso le causó gracia. Sonrió mirando al frente dejándole ver aquel hoyuelo que siempre se dibujaba en su cara:

—No hay una sola fractura, Gabriela. No pierdas tiempo buscándolas. Lo que hay es lo que ves. Pero hacés bien en estar asustada.

—Demasiado ego para esta hora de la mañana, ingeniero. No nos adjudique esta como nuestra canción. Nosotros solo tenemos en común un trato comercial.

—Lo dicho, *Susie*. Tengo que conseguirte el piano. Ya estoy imaginándome tu cuerpito gateando sobre él. —Volvió a lanzarle su mirada intimidatoria— No solo vas a gatearme, vas a ronronearme al oído.

Gabriela se puso los auriculares ignorándolo. Accionó el *play*.

Adrián dejó el diario a un costado, resbaló un tanto sobre el asiento, estiró las piernas y dejó caer una de sus manos cerca de la entrepierna.

«Voy a conmoverte mucho más que la música, *Susie*.»

«Necesito a Fátima ¡YA!», pensó ella tratando de mantener la respiración acompasada y la mirada lejos de él. Ahora conocía su juego, eso al menos achicaba la desventaja y le permitía estar alerta. Con él siempre había que estar alerta. Era un felino acechando constantemente. Tenía en claro que se cobraría en ella los errores de otros. Estaba dispuesta a afrontarlos solo en el terreno económico. Ya con Renzo había sido débil. Ya con su ex se había dejado arrastrar confiada en que mediaban sentimientos, para descubrir luego cuán mezquinos podían ser. Adrián Morgado la atraía mucho, pero caer en un juego de seducción con él solo la llevaría a sufrir mucho más que con Renzo. Él podía aplastarla y en su enfrentamiento se llevaría adosados a Maite, Mario y la inmobiliaria misma. Respiró hondo. Se infundió ánimo sabiendo que en pocas horas más hablaría con su amiga y juntas intentarían desentrañar esa madeja. Había que desmenuzarlo todo. Plantearse una

estrategia, seguirla al pie de la letra y en tres años recuperaría su vida. Sonrió relajándose. Pronto todo estaría más claro.

«Cuatro días, Gabriela —se dijo—, solo cuatro días de cara de piedra, respuestas como las de recién. Y terminará cansándose.»

CAPÍTULO 11

Una combi de la hostería los esperaba en el aeropuerto internacional de Esquel. El conductor pretendía ser amable y fue indicándole a Morgado la ruta que harían.

—Son solo veinte kilómetros, enseguida llegamos. En cuanto salgamos de la ruta 40 y tomemos la 259 van a ver que el tránsito es menor y se puede ir más rápido.

El ingeniero lo ignoró. Gabriela se sintió en la obligación de ser amable:

—¿Usted nació aquí?

—Sí —dijo con orgullo, girando para sonreírle mientras le respondía—. Si necesita información de cómo llegar a algún sitio, no dude en llamarme —agregó entregándole una tarjeta.

Adrián se acercó mucho al oído de la fotógrafa:

—¿Otra vez haciendo amigos con rapidez?

El conductor malinterpretó el gesto y de comedido agregó:

—Disculpe señor, no sabía que la señora era su esposa.

No lo sacó del error. Gabriela tomó aire para hacerlo ella. Adrián le apoyó una mano en la rodilla, presionó, subió por el jean hacia el muslo. Lo detuvo justo a tiempo entregándole una mirada calcinante.

—Tuvimos una noche agitada. Conduzca en silencio por favor —agregó él, dando a entender miles de cosas que no eran ciertas y dejándole claro que si las aclaraba ella, las represalias serían peores.

El conserje indicó que los acompañaran a sus cuartos. Para Morgado se había reservado una suite doble cuyo jacuzzi mostraba vista al cerro. Gabriela no podía quejarse de su cuarto. Era de menor categoría, pero amplio y muy acogedor. Acomodaba sus pertenencias cuando recibió un WhatsApp de él:

, respondió indignada.

ô

ô

T

P

contestó.

Caminó hacia el cuarto de él sin pensar, guiada solo por su furia. Golpeó la puerta, puso los brazos en jarra.

Adrián le abrió, sostuvo un brazo con el otro llevándose el dedo pulgar al labio inferior para recorrerlo, en tanto armaba un gesto de intriga:

—¿Dónde está tu Mac? No podés trabajar conmigo si no la traés.

Quiso morir al darse cuenta de que el rubor se había apropiado no solo de sus mejillas. Giró sobre sus talones, regresó a su cuarto, tomó los elementos de trabajo y se dispuso mentalmente para aguantarlo.

—Hoy tenemos que reorganizar todo. Hay que armar el recorrido de mañana. A las nueve nos traen la 4x4 —explicó—, con ella haremos el camino hasta el lago Futalaufquen.

—¿Por qué iremos hacia el lado contrario de La Hoya? —preguntó Gabriela.

—No vine a esquiar. Vine a ver el terreno —explicó sentado en la silla frente a un precioso escritorio.

—¿La obra se hará en el Parque Los Alerces?

—Una vista magnífica —asintió.

—Pero... ¿por qué? ¿Cómo lo consiguió? Es una reserva, hay ejemplares con más de tres mil años, fauna en extinción —estaba furiosa. Se levantó de la silla, apoyó los puños sobre el escritorio para acercarse a espetarle todo en su cara—. Voy a denunciarlos.

—Tranquila, chiquita. Tienen todos los permisos. No gastes tu tiempo en boludeces.

—Cada día te odio más. Cada cosa tuya que descubro es un motivo más para odiarte.

Adrián también se puso de pie. Rodeó el escritorio, apoyó su trasero en él. Acercándose a ella, cruzó los brazos, la miró por debajo de las cejas:

—Al igual que a vos, a mí también me gustan

los modales. Acepto que me tutees. —Se pegó a su cuello y sobre él advirtió—: Pero no me interesa en lo más mínimo tu opinión sobre mí.

Se alejó para regresar a su asiento. Tecleó en su notebook. Gabriela hizo lo mismo. Diagramaron el camino que harían al día siguiente. En más de una ocasión la descubrió mirando hacia la cama por el rabillo del ojo.

«Puedo verte pasando tu mano por ese cabecero de cuero —pensó imaginándola—. Vas a sentir la diferencia con la pared de piedra. Te voy a poner de mil maneras y te van a gustar todas.» Su pensamiento comenzó a tironearle del pantalón y se acomodó en la silla.

Solicitaron almuerzo en el cuarto para no interrumpir la labor. A la hora de la merienda, Gabriela recibió el llamado de Fátima. Se excusó con su jefe y habló con su amiga, caminando distraída por la suite. Él la siguió con la mirada y escuchó atento el diálogo.

—Creo que lo mejor será que cenemos juntas —dijo a Fátima—, tengo mucho trabajo ahora... Me

parece bien. En el resto-bar a las nueve y media —asintió, escuchó la respuesta y sonriendo acotó—: Creo que voy a estar demasiado cansada para eso... Ok, ok. Cenamos y si no me duermo con los postres, te acompaño a la disco.

Una vez que Gabriela cortó y regresó a su asiento, Adrián la increpó:

—No olvides que mañana arrancamos temprano. Tenés que desayunar bien porque de inmediato salimos y no sé a la hora que regresaremos.

—No se preocupe.

Cenó con un contacto de la gobernación, aburrido hasta la médula, creyendo que hubiera sido mejor atormentarla a ella. La había visto salir de la hostería con un jean ajustado y calzándose, sobre un simple suéter liviano, una campera que dudaba muchísimo que la protegiera no solo de la temperatura sino también del viento. Flaqueó como un idiota ofreciéndose a llevarla y la mosquita

muerta se había negado a aceptar.

“Me gusta caminar”, había dicho.

Sintió el cansancio de su noche con Cinthia, el vuelo, el trabajo y una molesta incomodidad en su entrepierna. Dos mujeres se acercaron a ellos.

—Morgado —dijo el político—, te presento a Noelia y su amiguita Karina. Te vamos a llevar a la mejor discoteca de Esquel.

Caballeroso, respondió a las presentaciones para excusarse luego, pero el hombre no admitió negativas a su ofrecimiento y terminó acompañándolos.

—Estoy en la reserva buscando buenas tomas de los huemules —explicó Fátima mordisqueando su ensalada—, por eso tengo muy mala señal en el celular. Pero para el fin de semana arranco con la campaña de D&G.

—Vos siempre intercalando una de cal y otra de arena.

—Tengo que hacerlo si no quiero morirme de

hambre como otras —dijo señalándola y sonriendo—. Además, con los bombonazos que vienen para esas publicidades, me recreo algo más que la vista.

—¿Quién viene a esta? —preguntó dejando el tenedor sobre el plato.

—Un viejo amigo tuyo. Bautista Sachi.

—¡No te puedo creer! —exclamó eufórica Gabriela—. ¿Bautista está con D&G?

—Sabía que te pondrías contenta —aseguró—. Tu jefe se va a morder los codos.

—Tenemos que hablar de él, Fátima.

—¡Más te vale! No vine solo para ver tu cara bonita. Quiero todos los detalles de tu jefe malote.

—Arranquemos de a poco —solicitó—. Hasta ahora sabemos que algo que pasó, entre su padre y el mío, lo hace odiarme.

—Todavía no sabemos qué, ¿verdad?

—Ni idea. En la inmobiliaria me dijeron que tuvieron una relación comercial normal, pero no me cierra. Antes de que papá muriera —continuó—, Morgado le ofreció una especie de sociedad.

—Pero con vos no se asoció.

—No, conmigo varió la propuesta diciendo que la situación financiera de mi empresa había cambiado para peor. Lo que me ofreció, según mi gente, está bien y es justo.

—¿Pagaste las deudas?

—Me va depositando de a puchos según las exigencias de los acreedores.

—Un turro —calificó Fátima.

—Ni lo dudes. Además agregó la cláusula indicando que debo trabajar para él tres años.

—Te paga un sueldo por eso. No entiendo para qué te da laburo. ¿Para qué te quiere en su empresa?

—Tampoco yo entiendo mucho, pero si no aceptaba, él no firmaba —aclaró Gabriela—. El sueldo es mayor del que cobraba en la fundación; si bien me quitará un porcentaje por lo de la deuda, sigue siendo importante. Lo cierto es que en ese momento era agarrar el paquete o hundirme.

—Hiciste bien en agarrar el paquete —comentó con doble sentido.

Se miraron un momento escrutándose la una a la otra.

—Le gustás —sugirió Fátima.

—Sí, le gusto. Eso ya lo tengo claro. Pero si le gusto, ¿por qué me trata tan mal?

—Porque le da bronca que le gustes.

—Todo es contradictorio en él. En principio, él quiere tomarse revancha de una que le hizo mi viejo al padre. Tengo todo hipotecado para hacer frente a su usura, pero se coloca en el lugar del gran benefactor, salvándome las papas del fuego, dándome trabajo.

—Sí. No cierra —asintió. Pensó un momento—: Te dijo que quiere quedarse con tu inmobiliaria.

—Exacto. Según él, mi inmobiliaria ya es suya. Cosa que no entiendo cómo logrará si la está salvando. Y el punto dos es su forma de relacionarse conmigo.

—Lo que más me importa, y disculpame que vaya a los bifés, es que le gustás. El tipo quiere hundirte y te da la guita para que te salves aunque quedes atada a él. Le gustás y hace de todo para

que lo odies. ¿No será bipolar?

—No creo. El tema es qué hago yo. ¿Para qué lado lo corro?

—A vos el tipo te gusta. Te conozco Gabriela. Si no te gustara no te hubiera tocado un pelo y no le hubieras permitido que te alejara de Renzo.

—Él no me alejó de Renzo. Las cosas sucedieron simultáneamente, pero no fue por él.

Pagaron la cuenta. Como la conversación no había terminado, Fátima logró llevarla hacia la disco. En el lugar no había demasiada gente. La música sonaba tranquila. Pidieron unos tragos y continuaron hablando en la barra.

—Tené cuidado, Gabriela. Vos sos demasiado floja con la gente que querés. Con tal de que estén contentos te ponés en un lugar de servilismo del que después se aprovechan. El malote no es joda, si te pesca esa veta cagaste. Si lo que busca es que no puedas soportarlo y renuncies, te dejará peor que en la calle. Creo que tenés que seguir por el mismo camino que estás transitando desde que lo enfrentaste en su oficina —aconsejó—. Mientras te

dé el cuero para bancarte esa frialdad, él terminará cansándose de joderte, bajará la guardia y eso te permitirá entender mejor por qué se maneja así.

—Estos días no me conozco. No suelo ser agresiva. Siempre me manejé con cautela y tratando de ser amable, no servil.

—No voy a volver a discutir con vos sobre tu lado flaco, pero tampoco me jodas —aseguró Fátima jugando con el sorbete de su trago—. Yo era la que estaba con vos cuando tomaste de las solapas al cazador en Tilcara —le recordó—. No me lo podía creer. ¡El tipo tenía un rifle y vos lo amenazabas con tu cámara!

—Ese tipo me sacó de mí.

—¿Cómo es el malote de tu jefe físicamente? —quiso saber.

—Es muy alto, delgado pero con músculo. Se para con las piernas algo separadas, arqueando las rodillas —sonrió por la imagen con que lo asoció—, como un *cowboy*. Castaño, barbita cuidada. Ojos color marrón aceitunados. Mira de una manera inquietante. Jamás sonríe. Huele a

esencias, a madera.

Fátima la escuchaba con atención.

—Camina erguido, elegante. Se pasa la mano por el labio y te entran escalofríos —sin premeditarlo se excitó—. Pero lo mejor es su piel. Tiene una textura, un calor corporal...

—No te des vuelta —advirtió—, pero una descripción así acaba de entrar con una mina tomada de la cintura y otra pareja.

El corazón le dio un brinco:

—No puede ser, cena con un político de la provincia.

—Entonces sí es él. Al político lo conozco. Un libidinoso que intentó transarse a Mónica en La Trochita la semana pasada.

—No me dejes sola, Fátima, te lo ruego. Tomé en la cena y acá; si por estar borracha cometo una locura, mañana querré matarme.

—Tranquila. Ahora... te digo una cosa —comentó—, yo al malote lo dejo que me coma cruda, lo parto al medio, lo hago boquear y lo paso de puta madre viendo cómo me aplasta.

—Ayúdame —rogó.

—Ya te vio —le advirtió Fátima.

—Tenemos que irnos.

Unos brazos rodearon a Gabriela por detrás, en tanto una boca le entregó besos en el cuello.

—¡Bauty! —exclamó reconociéndolo y colgándose del modelo que la hizo girar en andas.

—Mi fotografía preferida —halagó el hombre—. No sabía que te encontraría acá, muñeca. ¿Estás en la campaña?

—No —dijo todavía en sus brazos—, solo hice la de Calvin Klein porque era temática y la armaron junto a la fundación silvestre. Pero mi amiga Fátima sí va a trabajar en esa —comentó señalándola.

Los tres hablaban y bebían muy animados. Bautista acariciaba la nuca de Gabriela. Se habían hecho amigos montando aquella publicidad y se tenían gran afecto.

El político bailaba con su acompañante. Morgado dejó que Karina se sentara en su falda, pero no le quitaba ojo a la escena que transcurría

en la barra. Conocía al modelo, la otra sería la amiga de la heredera. El humor le guio la mano hacia el muslo de la mujer que tenía encima, pero sin dejar de apreciar la vista que ofrecía el de Gabriela. Karina respondió seductora y se encontró besándola.

—Ya vengo —le indicó cortando cualquier posibilidad de entregarse al juego, cuando vio a la fotógrafa dirigirse al servicio.

En el lugar había poca gente y no fue difícil llegar hasta el baño de damas. Abrió sin reparos. Ella estaba refrescando su nuca en el lavabo y giró asustada al verlo.

—Qué bueno que te lavaste —dijo aprisionándola contra la mesada del lavamanos—, no me gusta sentir el perfume de otro.

—Estás en el baño de damas —le advirtió intentando separarlo.

—Entonces no veo qué hacés acá. Vos no sos una dama, sos una gata caliente —dijo dejándose llevar por la envidia que le provocó verla siendo tan amable con el modelo.

—¡No me insultes! —gritó intentando abofetearlo.

Adrián la aprisionó aún más con su pelvis. La tomó de las muñecas sujetándole los brazos por detrás con una mano. La tenía a su disposición. Gabriela sintió la excitación que lo embargaba y el fuego comenzó a quemarla. Él no dejaba de olisquear su cuello, de acariciarle la nuca para que notara la diferencia con las caricias que había recibido de Bautista. Morgado estaba allí y después de él nadie más.

—Tengo una puta erección constante desde el momento en que conocí tu sabor —sinceró—. Tenés que saciarla.

—Voy a denunciarte por acoso —lo amenazó—. Así voy a sacarme tu espada de Damocles de encima con un solo movimiento. Es probable que con la indemnización hasta te pague el préstamo.

Sonrió en su cuello:

—Para cuando termine con vos, no solo estaré satisfecho, te veré arruinada. Mañana empezamos a trabajar temprano. Si no querés que te agarre de

un brazo y te saque de este maldito antro, disculpate con tus amigos y metete en la cama. Desayunamos a las siete y media —dijo soltándola de a poco y dejándola ardiendo en el baño.

A las siete de la mañana, Gabriela salió de la ducha con un tremendo dolor de cabeza. Se vistió y bajó a desayunar, sin terminar de definir cuál era el camino que debía tomar; renunciar a todo y alejarse de Adrián Morgado, o continuar resistiendo sus estocadas y salvar la inmobiliaria. Ni bien entró en el salón, vio a su jefe. Eligió otra mesa, se sirvió café doble, dos tostadas y dulce. Estaba sorbiendo la última gota de la taza cuando una mano se posó en su hombro:

—Es hora de salir. Subí a buscar tus cosas. Nos encontramos en la puerta.

Se montaron en la 4x4 sin dirigirse la palabra. Gabriela ocultó sus ojeras detrás de unos lentes oscuros, él simplemente los llevaba como parte de su atuendo.

Cerró los ojos. Recorrió en su memoria lo

ocurrido la noche anterior. En el cuello aún sentía su calor a pesar de la ducha. En su femineidad el deseo. «Si él fuera distinto —pensó—, si fuera amable. Si se acercara a mí con ternura como la última vez en su oficina... Moriría en él. Me pondría a sus pies con tal de seguir sintiendo lo que me provoca. Le entregaría hasta mi último aliento y sería su esclava, su geisha, sin importarme los reproches de Fátima. Es un hombre ardiente, puedo entender el poder que desplegaría sobre mí. —Sin darse cuenta gimió y continuó analizándolo—: Quiero sentir su aroma más cerca, esconderme en su cuello, en su pecho, oír latir su corazón. Quiero saciarlo y que se deshaga en mí. Que no me odie, que entienda que no soy mi padre. Que me crea y me dé acceso a su alma. Quiero encontrar la fractura en su armazón y una vez allí curarle las heridas con seguridades, con ternura, con cariño. Quiero ser parte suya y que él sea mi todo.»

Conducía por la ruta 71 hacia el lago. La sintió gemir. Giró para verla solo un momento y no

distraerse del camino. Lucía hermosa abstraída en sus pensamientos, con las mejillas arreboladas, los labios formando una “o” casi imperceptible. Endiabladamente hermosa. Sentirla gemir era un afrodisíaco que no precisaba con ella. Mucho menos justo en ese momento que tenía que concentrarse en el camino, mucho menos luego de lo ocurrido la noche anterior cuando la furia lo obligó a proceder sin pensar, sin calcular nada. Golpeó el volante enojado. Ella estaba tan distraída que no lo notó. Tal vez se hubiera quedado dormida y estaba soñando. ¿Con quién soñaría? ¿Qué hacía con ese modelito de figurín? Miles de preguntas lo acosaban, y lo peor es que estaba seguro de que tenía que odiarla. Debía odiarla para poder llevar adelante su plan.

«¿Por qué mierda tiene que ser justamente ella? —se preguntó otra vez— ¿Por qué me seduce? ¿Qué tiene de distinto?»

Preguntas conocidas por la cantidad de veces que ya se las había formulado.

Buscó una pequeña planicie y estacionó la

camioneta. La tocó algo hosco en el hombro, por si dormía. Gabriela miró por la ventanilla. La belleza de la vista hacia el lago con los cerros nevados de fondo, la cautivaron.

—No arruines esto, te lo ruego. No nos prives de algo tan maravilloso armando un complejo artificial.

—No voy a arruinarlo. Estamos acá para que me entregues todas las imágenes posibles —explicó—. Quiero que busques no solo lo que cualquier mortal puede ver. —Se quitó los lentes de sol colgándolos del escote del suéter. Le quitó a ella los suyos repitiendo el gesto. La tomó de la barbilla para que dejara de mirar hacia el lago y lo mirara a él—: Necesito lo que tu alma percibe cuando mira este lugar. Dámelo todo, Gabriela. Dame cada sensación, cada susurro de los árboles, cada sonido del lago. Dame las aves volando. Demostrame lo que pisan tus pies, lo que huele tu nariz, lo que ve tu corazón.

Extasiada en él, en su voz, en sus palabras, abrió la boca con intención de besarlo. Morgado

la soltó, volvió a calzarse los lentes y salió para sentarse en el capó de la 4x4 con los brazos cruzados, esperando que ella cumpliera con el mandato. Frustrada tomó el bolso con su cámara y los objetivos, seleccionando los que utilizaría.

«Le hizo la oferta a papá para terminar de hundirlo y quedarse con todo lo suyo como pago. Cuando él murió —elucubró— modificó la propuesta para acortar los tiempos y obtener su propósito más rápido sin tener que lidiar conmigo. Sin embargo me conoció y me contrató. Me dio trabajo. ¿Por qué me contrató? ¿Lo hizo para sanear sus culpas? Cuando me contrató no sabía cuán profesional soy. Y lo sorprendí porque soy buena en lo mío. Sabe qué quiere y que yo puedo dárselo. Por eso me trae acá. Por eso supo transmitirme tan bien qué pretende de estas tomas. No me trajo para seducirme, me trajo para utilizarme, y yo soy una tarada que me dejo arrastrar por sentimentalismos.»

La energía de la naturaleza la atrapó. Sus pensamientos se fueron perdiendo absorbidos por

ese don maravilloso que poseía cuando se encontraba detrás de una lente. Se abstraído, se encerró en ella, se unificó con la cámara y las imágenes. Se olvidó que él estaba allí.

Adrián la escrutó. Sentado en el capó de la camioneta, la vio moverse con gracia. Adoptaba posturas increíbles manteniendo equilibrio y firmeza. Todo lo observaba a través de su Cannon. Era ella quien podía entregarle aquello que precisaba para concluir el proyecto del complejo. Solo ella podía traerle en bandeja de plata la magia del lugar. Y solo él podía construir en aquel paraíso una obra de tamaño envergadura sin destruirlo. Parecía frágil, pero tenía garras, solo había que saber provocarla para que las mostrara. Gabriela pudo haberlo rescatado de su aprensión si no fuera la hija de Arredondo. Afortunadamente lo era y eso evitaba que él cayera en la tentación. Ninguna mujer era de fiar. Ninguna era fiel. A ninguna se le podía mostrar el alma. Todas se presentaban buscando una tajada. Todas, incluida Jésica, que escudada en la amistad, buscaba sexo

del bueno y sin ataduras. Cinthia, que quería cazarlo para asegurarse, a costa de él, un lugar económicamente cómodo. Arredondo tampoco era merecedora de nada. Era la hija de ese hombre y eso ya le entregaba una carta de presentación con demasiadas manchas. De frente jugaba a la nenita indefensa mientras dejaba caer gotas de su veneno por la espalda. La más peligrosa de todas, pensó apretando la mandíbula y el ceño. La peor, porque lo encendía a un grado que no había sentido antes. Porque maltratarla haciéndole entender que no era nadie por momentos lo ofuscaba, y quería ser tierno y protegerla, cariñoso y sentirla. Un macho cabrío que la hiciera hembra, que la hiciera suya. Pero las mujeres no eran de nadie más que de sí mismas y de sus interesados caprichos.

Hicieron un alto en el trabajo para comer la vianda que habían llevado desde la hostería. Adrián quiso que pusiera la memoria en la notebook para ver las tomas y las repasaron.

—Vamos a bordear el lago para ir haciendo más —dijo encantado con el trabajo de ella.

La vio apenada, casi hecha un ovillo en el asiento.

—¿Tenés frío? —intentó averiguar.

—No.

—¿Entonces por qué parecés un pollo desplumado?

Gabriela elevó la mirada.

—Vas a destruir todo esto. Vas a montar lo que te pidan y yo te estoy ayudando. ¿Por qué me obligaste a venir?

Molesto, le recordó:

—Ya te lo dije. Quiero que me entregues el alma del lugar. Quiero que captes para mí toda la magia que encierra.

—¿Por qué sos tan oscuro? ¿Por qué no tenés ni un trocito de corazón?

—Te gusta sacar conclusiones demasiado rápido —advirtió.

—Haciéndome parte de tu mierda me estás hiriendo. Dedico mi vida a cuidar la naturaleza y estoy ayudándote a destruirla. Me usás como un ladrillo más de tu ambición.

Encendió la camioneta sin responderle. Siguieron por la ruta bordeando el lago, tomaron un camino alternativo. Cuando consideró que habían llegado a otro punto panorámico, apagó el motor. Gabriela comprendió que su trabajo continuaba y sin emitir palabra se dedicó a hacerlo, en tanto él ocupó su tiempo en revisar planillas de cálculo en su computadora portátil.

—Tengo suficientes —dijo luego de un par de horas, regresando su equipo al bolso. Estaba segura de que sus fotos reflejaban toda la belleza que los rodeaba. Hasta él, al verlas, cambiaría de opinión y sería incapaz de arruinarla.

—Bien. Volvamos a la hostería.

Se montaron en la 4x4, Adrián intentó darle arranque y el vehículo se negó una y otra vez. Golpeó el volante, más que molesto.

—La batería no es —advirtió Gabriela—. ¿Se quedó sin nafta?

—No. Tenía suficiente en el tanque. Es otra cosa —respondió abriendo el capó, intentando averiguar qué ocurría.

—Tal vez sea la bomba de nafta. Si fuera el filtro de aceite nos hubiéramos dado cuenta.

—No me molestes. Las mujeres no tienen idea de autos —aseguró.

—Intento darnos una mano. No solo vos estás varado en medio de la nada. Yo también. Además sí entiendo de autos. Mi papá me enseñó mucho sobre...

Adrián, colérico, la tomó por los codos. Arredondo no podía haberle enseñado nada más que mierda.

—No hables. Mantené tu boquita cerrada.

—Bueno —dijo buscando fuerzas para que no la atemorizara—, pasé de tener una bocota a una boquita. ¿Eso es bueno o es malo?

No le respondió. La soltó y continuó intentando encontrar la solución al problema para poder regresar a su suite, a su soledad, a la cordura que perdía teniéndola tan cerca.

—No puedo arreglarlo —concluyó en voz alta y buscó señal con su celular para pedir ayuda—. Dame el tuyo —ordenó al ver que su móvil estaba

muerto.

—No sirve. Tampoco tengo señal. De haberla tenido —dijo desafiante— ya hubiera llamado al señor que nos vino a buscar al aeropuerto.

Adrián volvió a revisar el desperfecto.

—Seguro es la bomba de nafta. O algo eléctrico. Nosotros no podemos arreglarlo —aseguró ella comenzando a tiritar—. Nos conviene regresar caminando a la ruta y esperar que pase alguien.

—No pienso moverme del auto. La temperatura comenzó a bajar y si empieza a nevar nos congelaremos intentándolo.

—No estoy de acuerdo. Sin calefacción en el auto, también nos vamos a morir de frío. Hay que intentar llegar a la ruta.

Adrián odió a la naturaleza, a la falta de Internet, de señal en sus teléfonos y todo lo que los rodeaba y los obligaba a permanecer juntos más de lo que él deseaba. Solos, en medio de la nada.

—¿Ves? —le espetó—. Si el complejo ya estuviera construido, la señal de Internet y de

móvil llegarían a este puto agujero del mundo.

—Ingeniero, hágame caso. Volvamos a la ruta.

—No. En la hostería sabían que veníamos para acá, mandarán a alguien a recogernos. Además tus amiguitos también te estarán buscando —dijo—. ¿O acaso el modelito se conformó con la noche de ayer?

«¿Celos? —pensó y se desdijo—. Imposible. Este hombre no sabe lo que es querer, mucho menos puede celar.»

Adrián colocó las balizas sobre el techo de la 4x4, aseguró a una larga rama una manta escocesa donde predominaban tonos cálidos y la clavó en un sector despejado cerca del vehículo. Gabriela encendió una fogata asegurándose que el fuego no se expandiera y provocara un incendio en la vegetación.

—Nos van a buscar y verán alguna de nuestras señales —comentó él.

—No tenemos comida, no podemos prender la calefacción del auto. Se viene la noche y me huelo nieve —enumeró Gabriela—. Tendríamos que

haber ido hacia la ruta mientras se veía algo.

—Subí al auto —ordenó—. Nos van a encontrar.

La fogata se había apagado. Ella intentó pasar el tiempo revisando el resto de las fotos hasta que la batería de la computadora se agotó. Adrián caminó hacia uno y otro lado buscando señal inútilmente. Estaba furioso. Abrió la puerta del conductor para meterse en la camioneta y la vio muerta de frío, temblando, con los labios azulados. Con rapidez rodeó el auto, manoteó la manta, abrió la puerta del lado de ella, la tomó en sus brazos, se sentó en su lugar sosteniéndola en la falda. Con vigor la masajeó, intentó incluirla también en su campera y al ver que era imposible, se la quitó y se la vistió a ella.

—¡Gabriela! Tenés que entrar en calor.

Pero la muchacha no paraba de temblar.

—Vivís desabrigada —reprochó acomodando mejor la manta.

—Nun-ca sien-to frío —tartamudeó tiritando.

Adrián trataba de darle calor con sus manos,

con su aliento. La masajeaba, la obligaba a mover las extremidades. También él era acosado por la baja temperatura y por los ojos de ella que lo miraban sin verlo.

—No te duermas —le ordenó—, mantenete despierta. Obligate a estar despierta. Mové tu cuerpo.

Pero ella no lo escuchaba. Cada vez más pálida, los labios violáceos, la mirada perdida hasta que finalmente cerró los ojos.

—No te dejes vencer. Yo voy a darte calor —susurró sintiendo la necesidad de cuidarla.

La abrazó. Intentó abarcarla por completo pero en esa posición no era posible. Incluyó todo lo que pudo el respaldo del asiento hasta dejarlo casi horizontal. La acostó mejor en él y se puso sobre ella. Volvió a abrazarla, a cobijarla.

—Gabriela —volvió a llamarla sin interrumpir los masajes y besando sus frías mejillas— No te rindas, chiquita. Nunca te rindas.

Pasada la medianoche los encontró un móvil del guardaparques. Adrián tomó a Gabriela en brazos

envuelta en la manta. Así la mantuvo dentro del auto y al llegar a la hostería hasta entrar en su suite. La acostó sobre la cama sin escuchar al hombre que los había rescatado y le decía que dejaba los bolsos junto al escritorio. Tampoco le contestó cuando anunció que pediría un médico. Él solo se apuró a elevar la temperatura del cuarto, preparar la bañera con agua caliente y quitarle la ropa a una Gabriela inconsciente. La despojó de todo. Se despojó de todo menos de su bóxer. La levantó en brazos. Con ella se introdujo en la bañera, la recostó sobre su pecho, la abarcó con las piernas.

—Vamos nena, reaccioná —instó—. No hagas esto. Mirame, abrí los ojos. Enojate. Tendríamos que haber ido a la ruta. Vos lo entendiste mejor.

Lo escuchó. Comenzó a temblar otra vez. Supo dónde y con quién estaba, pero no podía emitir palabra, no podía abrir los ojos. Estaba desnuda en sus brazos, pegada a la piel de su verdugo, entumecida y aun así no tuvo miedo, no sintió ningún temor. Él la protegía, él la cuidaba, él la

abrigaba.

La sacó de la bañera, la mantuvo en su falda sentado en el banco de madera frente al lavabo, la envolvió en toallones. Con suavidad la depositó en la cama, la arropó. Terminó de secarse y se enfundó un pantalón de pijama en tanto, por teléfono, el recepcionista le indicaba que el médico estaba en camino.

—Que se apure —gritó enfurecido cuando le dijeron que no demoraría.

Regresó junto a ella, ni siquiera estaba tibia. Levantó las mantas del otro lado de la cama y se introdujo a su lado. La rodeó con todo su cuerpo. Aquella Arredondo dependía de él. Continuaba con los párpados cerrados y se vio rogando porque los abriera, porque volviera a mirarlo con sus ojos ingenuos o destellando furia, con su gesto extasiado cuando él la besaba o desafiante cuando pretendía envalentonarse para alejarlo. La heredera estaba desnuda en sus brazos y él solo quería que volviera en sí. Que le reprochara que no le hiciera caso, siendo ella la más ducha en

temas de supervivencia en la naturaleza. La abrazó con fuerza haciendo a un costado el rencor, permitiéndose sentirla para que lo sintiera.

Gabriela abrió los ojos:

—Pudimos morir congelados.

El aire regresó a sus pulmones con la inspiración amplia y larga que dio al escucharla. Sonrió. El masaje vigorizante que le estaba dando antes de que ella hablara, viró para convertirse en una caricia suave.

—Te creía más resistente, Arredondo.

—Para ser ingeniero no tiene idea de lo que es el criterio, Morgado.

—Tu propuesta sigue pareciéndome inviable. La mía es la que hizo que nos rescataran — contraatacó descubriendo que ella estaba desnuda. Descubriendo que finalmente la tenía en su cama. Reconociendo que comenzaba a excitarse y lo notaría—. ¿Entraste en calor ya?

—Sí.

Movido por un alerta incesante que le advertía de su deseo, se fue desprendiendo de ella y salió

de la cama huyendo de esa intimidad que necesitaba como el aire.

—El médico está demorado, pero llega en cualquier momento.

Se sintió estúpido al decirlo. Gabriela lo interpretaría más como una excusa para no continuar con su intención de atemperarla hasta elevar la temperatura de ambos. Hasta hacerle el amor y borrar con sus gemidos el recuerdo del frío que la había llevado a la inconciencia. «Gemí conmigo, chiquita. Entregate a mí.»

La intimidad se respiraba en el aire. Verlo caminar por el cuarto con el torso desnudo y el pantalón gris oscuro de pijama, haber sentido su piel en el agua y en la cama, recibir algo más que el calor de su cuerpo, recibir el calor de su miedo, de su ternura; la sumió en un estado de estupor del que no quería escapar. Era incapaz de levantarse de ese lecho, incapaz de increparlo con palabras, incapaz de hacer absolutamente nada que la privara de continuar con él. «Incapaz de hacer nada que vuelva a meterlo en la cama», lamentó.

Así, se dejó estar. Observándolo simplemente y entendiendo que él evitaba cruzarse con su mirada.

Un empleado de la hostería golpeó la puerta sosteniendo una bandeja con té, café y leche caliente.

—Sentate, tenés que tomar algo que te llene un poco el estómago y te caliente por dentro — ordenó tomándola con suavidad de las axilas para ayudarla.

Gabriela sostuvo la manta para mantenerse cubierta durante el proceso:

—Vos también tenés que tomar algo caliente — le indicó.

Hasta la llegada del médico no volvieron a cruzar palabra. Al parecer, cuando entre ellos no reinaban los silencios se desataban batallas campales.

El médico la revisó bajo la mirada atenta y preocupada de Adrián. Gabriela no sintió vergüenza por su desnudez ante él. No le prestó atención a nada de lo que el doctor les dijo. Se dedicó a atesorar cada gesto, cada movimiento del

pecho de Morgado, que aflojaba tensiones a medida que la revisión avanzaba. No estuvo interesado en seducirla, no se aprovechó de la situación, lo que aquel hombre sentía era una profunda preocupación, temor, culpa. Un verdugo rogando perdón.

—Ya lo escuchaste —remarcó Adrián al despedir al médico—, calor, comida, descanso. En ese orden.

—Necesito volver a mi cuarto. Esta es su cama —comentó sin tutearlo para apaciguar la intimidad del momento. Para solidarizarse con él, evitando que se sintiera vulnerable.

—No te muevas de donde estás. No pienso gastar mi energía volviendo a calentarte otras sábanas.

—¿Dónde va a dormir?

—En mi cama. No creerás que te la vaya a ceder. —Se acercó a ella, a su boca. La tomó por la barbilla— Pero no te hagas ilusiones, *Susie*. No sos mi tipo. Ya te vi desnuda y tenés poco y nada para ofrecer. Me voy a acostar a tu lado y mañana,

cuando estés recompuesta, te vas.

Gabriela cerró los ojos. Los párpados le pesaban. El cansancio le impedía moverse. Antes de caer dormida, pudo entender: «Dos discursos. El que me dice y el que realmente siente. Me cuidó con ternura, no puede odiarme».

A la mañana abrió los ojos dándose cuenta de que permanecía desnuda y pegada a él. Adrián dormía boca arriba, ella estaba prendida de su brazo, acurrucada a su cuerpo. Sintió calor, un sofocante calor, pero no se movió ni un centímetro. Quería levantar la cabeza para verlo dormir. Para observar con detalle cada poro de su piel. Recorrer con la yema de los dedos las marcas en su frente, el lugar donde se le dibujaban los hoyuelos cuando sonreía. Descubrió que jamás lo vio reír pero conocía el sabor de su boca, intuía la potencia de su virilidad. Sin proponérselo se excitó y se ruborizó deseando que sus pezones no la delataran. Era tarde, demasiado tarde. El cuerpo de Morgado estaba preparado para detectar aquellos estímulos.

Lo supo en ese mismo instante. Gabriela lo deseaba tanto como él a ella y no quiso posponer nada más. Tenía que sentirla, tenía que estar dentro de ella y conocer su expresión cuando el placer la embargaba, cuando un hombre como él la hacía suya. Posó la mano de cuyo brazo ella se sostenía, sobre la rodilla de Gabriela, las yemas dibujaron círculos ascendentes. Su virilidad palpitó.

Amparada en la penumbra del cuarto, lo dejó hacer. Sumisa, obediente. Quedaron de costado, frente a frente. Se acomodó en su pecho cuando él la rodeó con los brazos. Adrián le recorrió con presencia la columna vertebral, Gabriela gimió.

Ese sonido lo obligó a dejarle suaves besos en la frente, bañar con ellos su nariz, sus mejillas. Al llegar al oído lo caminó con la lengua, encerró entre los dientes el lóbulo. Ella volvió a gemir y él entró en acción abarcando sus glúteos.

No hablaron, solo se entregaron a sentir. Morgado clausuró su mente fría, Gabriela sus miedos.

Enredó en su mano el cabello de la muchacha y

tiró con cuidado hacia atrás para tener acceso a su boca, posó los labios sobre los de ella. Estuvo a punto de decirle lo dulce que le sabían, pero se contuvo, prefirió delimitarlos con la lengua, volver a atraparlos, instarla a abrirlos. Recordaba esa tersura, la había estado añorando. No esperó más, unió las lenguas recorriendo todo el interior de aquella mujer, para conocer verdades que acabaran con las dudas. Con descaro lo sorprendió haciéndolo girar y posándose sobre él. No duró un segundo en esa posición. Adrián la tomó de la cintura, la acostó boca arriba. Se quitó el pantalón del pijama dejándole ver que la deseaba. Tomó un preservativo de la mesita de noche, se lo calzó sin dejar de mirarla.

Pero ella no quitaba los ojos de los suyos. La muchacha quería meterse en ellos, llegar a su interior, entender qué le ofrecía, a qué sometería sus sentimientos.

Aturdido por la situación, apoyado en sus manos se tendió sobre Gabriela. Estaban unidos por las caderas, necesitaba ver sus pechos, sentirlos y se

dedicó a saborear para su placer y el de ella. Gabriela se encorvó aferrándose a los brazos tensos de él. Adrián bajó con besos por su estómago. Se sostuvo en una sola mano para poder acariciarla con la otra sin suspender el juego erótico que ejercía con su boca, con su lengua. Se cercioró de que fuera el momento indicado, se acomodó sobre Gabriela, la penetró besándola para sentirse por completo dentro de ella. Para sorber sus fluidos, para hacerla enteramente suya. Marcó los tiempos, el ritmo, las caricias, en tanto ella, entregada, le acariciaba la espalda, lo rodeaba con las piernas, escondía los dedos en su pelo.

Sabía dulce, se sentía suave, ardía con ella. Cada embestida era un descubrimiento, cada roce una certeza.

Gabriela tembló más de una vez antes de que su interior lo apresara con una fuerza desmedida. Llegó al orgasmo en un estado de semiinconsciencia. No entendió cómo volvió a sentir lo mismo por segunda vez, cuando Adrián se

vació dentro del condón, en ella.

Giró llevándola con él, la apresó en un abrazo. Gabriela le regaló un dulce beso en el pecho que lo advirtió del peligro:

—Tu ropa está sobre la silla —dijo con voz ronca—. Ya te curé, ya no tenés frío. Vestite y andate. Me quiero dar un baño.

Herida en lo más profundo, se apoyó en los codos, lo miró a los ojos:

—Gracias por los cuidados. Siéntase bien pago. Acabo de subsanar su problema de erección constante frente a mí.

Tomó la ropa del sillón. Se calzó el pantalón y el suéter, el resto se lo colgó al hombro. Salió al pasillo, entró a su cuarto, cerró la puerta. Cayó sentada al suelo, lloró con ganas. Aún lloraba mientras bajo la ducha intentó borrar su huella.

Morgado no lo pasaba mejor. Ni bien la vio irse, saltó de la cama y pateó con furia el somier.

—¡Mierda! ¡Mierda y remierda! —gruñó.

Ella era increíble. Lo había conmovido como nadie antes. Una mujer maldita que lo envenenaba

de a poco. Un terciopelo, una suave seda con la que terminaría ahorcándose. Debía ser fuerte, debía resistirse a sus encantos. Debía seguir con su plan y aniquilarla. ¿Cómo pudo engañarlo así? ¿Qué maldito recurso poseía para hacerlo flaquear de esa manera?

Tomó una ducha. Revisó el correo. Marcelo quería novedades. Prefirió llamarlo:

—Todo se complicó —explicó.

—¿No podemos construir? —preguntó el contador— ¿Problemas con el terreno?

—Problemas con la loca. Problemas con su puta sangre Arredondo —aclaró.

El amigo hizo un silencio. Esperaba más datos para entender mejor, aunque ya suponía de qué estaba hablándole.

—No voy a poder seguir con el plan tal cual lo tracé. Tengo que pensar algunas reformas.

—¿Hablamos del proyecto o de Gabriela? —quiso asegurarse.

—Hablamos de la mosquita muerta. Hablamos de la zorra que tiene adentro —dijo caminando de

un lado a otro de la suite, portando tan solo un toallón a la cintura—. Tengo que hacer justicia y hasta la naturaleza y la mecánica se confabulan en mi contra para arruinármelo todo.

—Tranquilízate. Tal vez sea una señal para que dejes las cosas como están. Ya la jodiste con la inmobiliaria, olvídate de ella.

—No seas ridículo. No creo en esa boludez de las señales.

—Olvídate de ella. Déjala que siga con su vida.

—¡No!

—Te vas a hundir en tu propia venganza.

—No entendés una mierda. Es justicia, no venganza. Además... no puedo. Ya no.

¿A qué se refería? ¿No podía continuar con el plan o lo que no podía era alejarse de la hija de Arredondo?

—¿Te acostaste con ella?

—Pasame por mail el resto de las novedades. Voy a apurar lo que nos falte de acá, para ver si podemos regresar antes— comentó y dio por concluida la conversación.

Desde la mesa donde desayunaba vio a Morgado hablar con el conserje. Supo que la empresa de alquiler de autos recogió a orillas del lago la 4x4 con la bomba de nafta descompuesta, y ya tenían otro vehículo disponible en la puerta del alojamiento. Adrián se acercó a ella, pero se sentó en la mesa contigua con un café y medialunas. Terminó de desayunar como si él no estuviera a un metro de distancia. Miró por la ventana, degustó su porción de torta. Parecía tranquila, pero su interior era un volcán a punto de erupción. Mentalmente intentaba desentrañar lo ocurrido. Iba y venía entre las palabras que le había dicho creyéndola inconsciente y después al echarla. No la había violado, no se había aprovechado de ella. Le había hecho el amor con ternura, dulzura y potencia. Toda la potencia que ella sabía que tendría. Toda la que jamás le habían hecho sentir. Morgado despertaba los sentidos y los saciaba con maestría. Siempre había gozado con Renzo, aun cuando fuera ella quien comenzara el juego, aun cuando estuviera en sus manos despertarle la libido. Pero

el ingeniero era otra cosa. Era otro nivel de contacto. Entablaba con los cuerpos una comunión tierna y fogosa. Despertaba pasión, la enloquecía con caricias, la obligaba a entregarse, a ser sumisa y dedicarse solo a gozar. Él otorgaba placer. Un placer extremo. Abrió grande los ojos, temió que descubriera sus pensamientos. Era imposible, le estaba dando la espalda y él jamás podría leer nada viendo su nuca.

—Despertá de tu fantasía —dijo parado junto a ella—. Hora de ir a trabajar.

Inquieta, le hizo caso. Subió al cuarto por su equipo, regresó para encontrarlo en la puerta del establecimiento, sentado en un nuevo vehículo, con la ventanilla baja, el codo apoyado en la puerta, los lentes de sol puestos y su conocido gesto frío y distante.

Adrián encendió el auto sin preguntarle por su estado. Comenzó a guiar nuevamente por la ruta.

—Este auto tiene un radio. Si hoy ocurriera algo, tenemos cómo comunicarnos.

—Gracias por informarme —respondió

fríamente Gabriela, entregándole la misma distancia que él se empeñaba en resaltar.

—Solo nos llevará la mañana. La tarde la tenés libre por si querés juntarte con tus amiguitos o comprar algún recuerdo.

—Gracias otra vez.

Ya le había explicado lo que pretendía de su trabajo. De manera que simplemente estacionó en cada punto donde debía hacerlo y ella, sin preguntar nada, se limitó a cumplir. Impuso tanta distancia como le fue posible. Antes de volver a la normalidad, era imperioso dejar en claro que lo ocurrido entre ellos la noche anterior no había sido más que otro revolcón. Uno más entre tantos. Uno que lo había colmado, pero que venía de la mano de esa *Susie* que gustaba de jugar el papel de la nenita desvalida.

Almorzó solo en la hostería. Ella lo hizo en un restaurante luego de comprar algunos regalos para su madre, su abuela y la gente de la inmobiliaria.

Esperó a Fátima en una coqueta casita de té galesa. Su amiga estaba eufórica. Había

conseguido muy buenas imágenes de huemules que dejarían más que satisfecha a la gente de la Fundación Vida Silvestre. El fin de semana tendría tras su lente a Bautista Sachi y se babearía de lo lindo imaginándolo en miles de posturas... sobre ella, debajo de ella... De pronto entendió que Gabriela no hablaba. Que estaba en silencio y distante:

—¿Qué pasa, Gaby? ¿El verdugo te hizo una de las suyas?

—El verdugo ya no me tiene en el cadalso. Dejó caer la afilada cuchilla y me guillotínó.

—No me asustes —le dijo preocupada.

—Ayer fuimos a recorrer las tierras donde va a construir un complejo turístico. Quería fotos de las vistas, del terreno, de todo.

—¿Dónde hará eso?

—Sobre el lago Futalaufquen.

—Ya hay suficiente mierda ahí. No se precisa más.

—Lo sé. Se lo dije. Me sentí traicionando mis principios, pero hice lo que me pidió. Cuando

estoy frente a él, me cuesta imponer mi voluntad —confesó—. Lo intento pero termino cediendo.

—¿En qué otra cosa cediste?

No le contestó, continuó con el relato:

—El auto se rompió, no teníamos señal para pedir ayuda. Se hizo de noche, empezó a nevar y me descompuse por el frío.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! —exclamó estremeciéndose al entender lo que pudo haberles pasado—; ¿estás bien?

—Sí. Casi me congeló, no podía entrar en calor. Él me cuidó, me dio calor mientras estuvimos ahí varados. Cuando me di cuenta estaba en el jacuzzi, en los brazos de él que intentaba recomponer mi temperatura. Fátima —aclaró—, me desnudó y se desnudó, nos metió en la bañera con agua caliente. Me frotó todo el cuerpo, me metió en su cama, me arropó...

—Ya me calenté —la interrumpió—, no pares, te lo ruego. Decime que después te mejoraste y se puso buena la cosa.

—Yo podía sentirlo, pero era incapaz de hablar

o reaccionar. Se metió conmigo en la cama, me abrazó. Quedamos pegados, piel con piel.

—Estoy llegando, estoy llegando. Decime que te hizo llegar, o la que le va a patear las bolas voy a ser yo.

—Fue tierno mientras creyó que seguía inconsciente. Trataba de transmitirme calor, me frotaba con fuerza para que mi sangre se templara, estaba preocupado. Logré hablar y de inmediato se alejó de mí.

—¡La reputísima madre! —exclamó Fátima frustrada.

—Vino a verme un médico.

—¿Te encontró bien?

—Sí. Normal. Indicó descanso y calor.

—Y malote acató las indicaciones del médico y te quemó, ¿verdad? Decime que sí Gabriela, decime que te quemó en su hoguera.

—Quise irme a mi cuarto, pero me lo impidió.

Fátima golpeó con el puño la mesa, en señal de aprobación. Gabriela continuó con el relato:

—Se metió conmigo en la cama, me dijo que me

durmiera y en la mañana me fuera.

—¡Hijo de puta!

—Nos quedamos dormidos...

—Al final —volvió a interrumpir—, es un pelotudo el malote.

—Me desperté pegada a él. Me excité y se despertó...

El celular de Fátima sonó y lo apagó con fastidio.

—Puede ser importante —le advirtió Gabriela.

—Seguí con el cuento. Puede caerse la Muralla China que no me muevo de acá hasta que me digas que te hizo gozar hasta el desmayo.

—Sí. Hicimos el amor.

—¡Seee! ¡MALOTE VIEJO Y PELUDO NOMÁS!

—Callate loca. Te van a oír.

—Ya me parecía que ayer se escuchaban aullidos. Eran ustedes dos gozando. ¡Grande, Gabriela! Te comiste a la fiera. Le limaste las garras al tigre.

—Me hizo pelota.

—¡Epa! ¿Al final la tenía grande en serio?

Muy a pesar suyo, Gabriela no pudo evitar reírse a carcajadas:

—Esos detalles me los guardo.

—Canuta —acusó.

—Me hizo pelota, Fátima. Caí en la utopía de creer que finalmente se sinceraba, que había aflojado y la guerra fría concluía. Creí que el susto por lo vivido lo había ablandado y que por fin se sinceraba. Pero no fue así.

—Explicate mejor. Estoy lenta. Me quedé imaginando el tamaño y no te pude seguir.

—Todavía convulsionaba inmersa en el placer, cuando me dijo que agarrara mi ropa y me fuera a mi cuarto.

—¡Jodeme!

—Te lo juro.

—Decime una cosa, Gaby. ¿Te hiciste la estrecha? ¿Te resististe?

—Nada de eso. Al lado suyo pierdo todo orgullo. Pegada a él solo quiero entregarme.

—¿Entonces?

—No sé. Yo creí que él lo había disfrutado. No sabés lo que es ese hombre cuando te toca, cuando se entrega a vos. Se apodera de todo, querés darle todo. Es muy extraño, porque al mismo tiempo que te hace sentir su poder, te lo entrega. O no estuve a su altura, o volvemos a caer en el supuesto de que le gusto y eso lo enfurece.

Fátima se levantó de la silla, se apoyó en el respaldo, la miró fijamente.

—Tenés que cambiar la estrategia.

—¿Qué estrategia? No puedo mantenerme parada junto a él, encima pretendés que sostenga una estrategia.

—Mirá, Gaby —aclaró regresando a sentarse, apoyando los codos sobre la mesa y hablándole con claridad—, yo creo que te odia, pero te desea más allá de la razón. Por eso te cuidó con tanta ternura. ¿Entendés? Estaba asustado. Cuando supo que ya estabas bien, el miedo que había pasado le hizo bajar la guardia. Si se entregó es porque te hizo el amor, no se sacó las ganas. ¡Te hizo el amor! —recalcó—; cuando volvió en sí, regresó a

su pose fría.

—No puedo quedarme en que eso es así. Si pienso que me desea, que le despierto sentimientos, y me equivoco, su estocada final no fallará.

—Ok. Tenés razón. Vamos a ir por el mismo camino por el que veníamos. Vos mantenete fría y con la guardia alta. Pero prometeme que si él te propone un *approach*, vas a recibirlo con los brazos abiertos.

—¿Qué habrá ocurrido entre nuestros padres para que me odie tanto?

Adrián confirmó los pasajes de avión para el día siguiente. Apagó su notebook, se paró frente a la ventana mirando hacia afuera. Un WhatsApp ingresó a su celular. Era de Gabriela:

ô

d

¿Cambiar el pasaje? ¿Para qué querría quedarse? Imaginaba que estaría deseosa de

regresar a su casa y tenerlo a él bien lejos.

ô

i

ô

e

d

¿Darle una mano con el modelito? ¿Con el carilindo que la abrazó? ¿El tipo de cuyo cuello se había colgado feliz?

«Zorra —pensó enfurecido—, ¿todavía te quedan ganas? Te las voy a sacar todas juntas.»

ô

p

e

—No me puedo quedar —informó a Fátima—, tenemos que estar mañana en la oficina.

—No seas boluda, Gabriela.

—¿Por qué?

—No te dijo que no a la primera —comentó leyendo toda la conversación—. Te lo dijo cuando le explicaste que te quedabas para verle el culito a Bautista.

—¿Vos decís?

—Nena, más claro, agua. Le revolviste las tripas. Yo que vos esta noche ceno con Bauty, de ser posible en el restaurante del hotel, bien frente a sus narices.

—No voy a utilizar a mi amigo para joderlo a él. Eso en el supuesto caso de que tus elucubraciones sean ciertas.

—Olfato —señaló tocándose la nariz—. Por otro lado, creo que tu amiguito estaría bien contento de que lo uses. Es más —insistió—, se te tira panza arriba feliz para que lo gastes a tu antojo.

ô

p

c

tecleó Gabriela en su celular y pulsó enviar, recibiendo el acalorado aplauso de Fátima.

Lo primero que Adrián hizo, luego de maldecir al leer la respuesta, fue cambiar los pasajes recién confirmados para el primer vuelo de la mañana. Era capaz de contratar una línea privada con tal de sacarla de allí a la hora que le había dicho.

La esperó para cenar. No pensaba invitarla a su mesa, pero sí tenerla en la mira. Gabriela no se presentó. Cerca de la medianoche, decidió salir a caminar. Nevaba suavemente, pero no había viento. Subió el cuello de su campera, deseó que esa noche ella hubiera salido más abrigada de lo que acostumbraba. Imaginarla en sus brazos como la noche anterior era tentador, muy tentador. Pero no quería repetir el miedo que había experimentado creyéndola enferma, ni la debilidad cuando la supo recompuesta. Todo le estaba saliendo mal con ella. Cada día que pasaba, sucumbía más a su influjo. A su piel suave, a la mirada que mentía ingenuidad, a la dulzura de sus besos. A aquel cuerpo que en zapatillas decía una cosa y en la cama de un hombre confirmaba otras. Su armadura se fracturaba. Recordó la canción que escuchó en el iPod de la heredera.

*Mis manos se aprietan
aferrándose a tu alma perdida*

«Estoy perdido, Gabriela. Estoy lleno de mierda de un pasado que ni vos ni yo generamos. Pero no hay salida. Llevás su sangre y yo fui demasiado lejos. Estoy demasiado lejos para creer que querés rescatarme.»

Pulsó el número del celular de Nancy:

—¿Cómo está? ¿Cómo pasó el día?

—Igual, ingeniero. Las pérdidas son progresivas. Hago lo que se me indica, pero no creo que exista retorno —comentó la enfermera.

—Siga intentándolo. No nos daremos por vencidos. Vamos a hacer todo lo que esté a nuestro alcance y más. Mi padre lo merece.

CAPÍTULO 12

*E*l plan de Fátima la tentó. Las dudas había que sacárselas. No regresó a dormir al hotel, se quedó a pasar la noche con su amiga. Apenas si pegaron ojo charlando hasta muy tarde. El sonido del ingreso de un WhatsApp a su celular fue lo que la despertó:

ô

«Primer logro del día», pensó Gabriela satisfecha.

Con cuidado se levantó, se duchó y se vistió tratando de hacer el menor ruido, dejó una nota de despedida para Fátima y regresó a la hostería. Durante todo el camino pensó mil maneras de encarar a su jefe. En la recepción le comunicaron que el señor Morgado la esperaba en el salón desayunador. Pero ella ya lo sabía. Sus miradas se habían cruzado a través del gran ventanal antes de

que ingresara al establecimiento. Morgado en su rol maléfico la había advertido con un gesto reprobador.

Verla llegar caminando por la calle, con la misma ropa de la noche anterior, ojeras y claras muestras de haber dormido poco, terminaron de confirmar sus dudas. La temperatura le subió hasta lo indecible. Había adelantado el viaje para arruinarle el asunto con el modelito, y el tipo la había degustado toda la noche. Arredondo se había metido en la cama de otro después de haber estado con él. Después de que como un estúpido había bajado la guardia y le había demostrado cuánto podía darle.

«Una zorra, una víbora, una araña traicionera.»

Su furia fue mayor cuando Gabriela se paró frente a él con el cabello húmedo.

—Buen día —saludó la heredera—. ¿Terminó de desayunar?

—No —contestó serio—, recién comienzo.

—Ah, buenísimo —exclamó—, voy a buscar algo para mí y lo acompaño. No tuve tiempo de

desayunar y me muero de hambre.

Con rapidez la mente del hombre comenzó a urdir estrategias. Intentó serenarse, enfriarse, cachetear cada pensamiento que le impidiera mantener su postura rígida, distante, despreciativa. En esa tarea se encontraba cuando ella regresó provista de un suculento desayuno.

—Te conviene ingerir algo liviano. En el avión seguro nos darán otro tanto. Además en esta época hay mucha turbulencia y los vuelos son moviditos.

¿Qué hacía? La estaba aconsejando como un padre por evitar quedar en evidencia ante ella. La impulsaba a tomar bríos, cuando en realidad debía humillarla, tratarla como a una cualquiera, que no termina de revolcarse con uno para comenzar con otro.

—No se preocupe por mí, ingeniero. Tengo el estómago resistente —acotó con doble sentido—. Pero me muero de hambre. Una no se da cuenta, pero acá se gastan muchas energías.

Sí, eso había hecho, darle bríos. Entregarle servida la respuesta. Se llevó el dedo pulgar a los

labios en tanto la miraba atento. Alguien podría decir que dibujó una sonrisa. Recogió su celular y la llave de su cuarto, corrió la silla para pararse. Se inclinó hacia ella, la tomó de la barbilla. Con el mismo pulgar con el que se había tocado el labio, recorrió los de Gabriela:

—No te gastes —dijo—, me da igual dónde pasaste la noche o las calorías que gastaste. Apurate, el vuelo no espera y yo menos.

Gabriela aguardó a que desapareciera para zapatear a gusto con los pies debajo de la mesa. Lo había puesto celoso, estaba segura. Fátima era una genia.

El mismo chofer que los había recogido en el aeropuerto volvía a llevarlos:

—Espero que los señores hayan disfrutado su estancia en Esquel —dijo amablemente.

—Todo lo contrario —respondió Adrián—, decidimos separarnos.

El vuelo fue tan movido como le había

anunciado. En ningún momento le preguntó si se sentía bien, si necesitaba algo. Afortunadamente, Gabriela retuvo el alimento. La distancia que le impartía confirmaba a cada segundo todo lo que supuso con su amiga. Morgado gustaba de ella y hasta podía celarla. Se negaba a aceptar que ella le atraía, seguramente producto del odio que sentía antes de conocerla.

En el Aeroparque de Buenos Aires los recogió un remise que los llevó directo a la oficina. Ingresaron al piso decimoctavo, Morgado entregó un seco “buen día” a Regina. Su secretaria respondió con cortesía y estrechó a Gabriela en un abrazo, que él se encargó de interrumpir:

—Regina, pásame las novedades en mi despacho.

Pretendía trabajar e ignorarla. Pero uno de los ventanales le entregaba la vista panorámica al de ella. Concentrarse era demasiado difícil. Sobre todo cuando aún conservaba el roce de su piel, cuando a pesar de haberla tenido, sus ganas de ella no se habían calmado.

Marcelo lo interrumpió palmeándole el hombro para saludarlo. Morgado respondió con frialdad.

—¿Ocurre algo? —se interesó el contador.

—Sí. Ocurre —confirmó—. Decime una cosa, ¿quién es el jefe?

—Vos —respondió relajado, sentándose en la silla frente a Adrián.

—Entonces, ¿por qué mierda vas a babearte con el resto del personal antes de venir a saludarme?

Evidentemente lo había visto recibiendo a Gabriela.

—Porque no soy boludo. El abrazo de ella es más agradable que el tuyo.

—Sos boludo. Acá el que te paga soy yo, no ella. Su oficina no te quedaba de camino a la mía. Tuviste que desviarte bastante.

—Mirá, Adrián, si te quedaste con las ganas atragantadas en el viajecito, yo no tengo la culpa. Gabriela es macanuda, a mí me cae bien.

—Es una víbora —aseguró tratando de convencerse él—, no te dejes engañar. Vos y yo sabemos perfectamente lo que es un Arredondo.

—No, Adrián. No te confundas —corrigió—. Los dos sabemos de sobra lo que era su viejo, pero no es justo que le endilguemos a ella los defectos del padre.

—Es igual al padre.

—Contame qué pasó. Desembuchá y lo analizamos juntos.

El ingeniero se refregó la frente con una mano mientras exhalaba el aire contenido.

—Esa mina —aclaró y se contuvo de señalar hacia el reducto de impresión—, se enfunda en el traje de mosquita muerta. Camina por el mundo con su aire de desvalida para dar lástima, pero es una arpía.

—¿Te calentó la pava y te dejó tomando el mate solo?

—No seas idiota. A mí nadie me deja tomando el mate solo.

—Entonces te la cogiste —confirmó—. Te la cogiste y te gustó.

La desfachatez del amigo terminó por hacerlo sonreír.

«No solo me la cogí, la disfruté completa.»

—Su carita de nena es una máscara, atrás guarda una leona.

—¡Mierda con la Gaby! —exclamó Marcelo.

A Adrián no le gustó el tono. Tratar de desentrañar la verdadera esencia de ella, no podía darle pie a Marcelo para imaginársela:

—Entre nosotros no hay secretos. Juntos nos enteramos de todo, juntos levantamos esta empresa de sus cenizas, juntos deseamos y diagramamos el plan.

—No —lo corrigió—, el plan es una necesidad tuya que yo simplemente apoyé y ayudé a concretar. Pero considero que lo mejor es olvidarnos y seguir la vida sin reparar más en los Arredondo.

—Marcelo —le recordó—, vos escuchaste lo mismo que yo. Vos lo oíste ese día al hijo de puta. Un hombre no puede enterarse de algo así y hacer la vista gorda. Un hombre tiene que cobrársela.

—Pero el tipo está muerto. Antes de que se muriera, ya lo fuiste hundiendo. La hija no está

enterada de nada, no tuvo participación. Es más, estoy seguro de que hasta sufrió por culpa de aquello en su momento.

—¿Qué sufrió ella?

—La separación de sus padres primero. La quiebra después. Estar sometida a vos ahora. Y todo sin comerla ni beberla.

—Lleva su sangre.

—De derecho penal entiendo poco y nada. ¿Existe pena de muerte por consanguinidad?

—En mi código sí existe.

—¿Qué te pasa con ella, amigo? Esto ya dejó de ser una venganza o tu manera de impartir justicia. Con ella te pasa algo.

—Es peligrosa.

—¿Gabriela?

—Las mujeres —aleccionó—, conocen las armas que poseen y eso las deja en evidencia. Las detectamos rápido y podemos devolver el golpe. La mosquita muerta no conoce sus armas, las usa por intuición. Eso la convierte en peligrosa. No podés adivinarla.

—Te pegó fuerte el sur.

—Tenemos mucho trabajo, Marcelo. Ya me di por saludado. Regresá a lo tuyo así yo puedo seguir con lo mío.

El contador se levantó de la silla, se dirigió a la puerta. Antes de abrirla, dijo:

—De acuerdo, acá estamos en el ámbito laboral. Esta noche te espero en casa, voy a pedir un buen sushi. Venite dispuesto a hablar, porque no vas a irte hasta que desembuches todo lo que te pasa.

—Me encantan las fotos que tomaste, Gabriela —comentó Regina fascinada frente a la computadora de la fotógrafa—. Todo se ve tan bonito, tan de ensueño.

—Es un lugar hermoso, mágico. Me parte el alma que quieran destruirlo haciendo un complejo. Yo me dedico a cuidar la naturaleza, a protegerla. Haciendo esto... me siento una traidora.

—Te invito a almorzar —propuso—, son casi

las tres de la tarde y con tanto trabajo no tuvimos tiempo de hacerlo.

—El ingeniero no nos lo va a permitir. Él tampoco salió a comer y me aclaró que le urge que termine todo esto.

—El ingeniero es obsesivo con su trabajo, pero justo con sus empleados. Si llega a darse cuenta que no hemos comido a esta hora, nos despide por tontas. Vamos —la animó, y Gabriela aceptó.

Juntas en un restaurante cercano, decidieron compartir un lomo a la pimienta.

—Creo, Gabriela —comunicó Regina—, que vos no estás muy enterada de cómo trabaja Morgado Construcciones.

—¿Por qué me decís eso?

—La empresa construye proyectos comprometidos con el medio ambiente.

—No me hagas reír. El Parque Nacional Los Alerces es una reserva que merece mantener su esencia. Sus bosques tienen árboles longevos. Es uno de los sitios más bonitos del país. No es justo que lo contamine con cemento y acero.

—El ingeniero te llevó para que tus fotos lo inspiren. Para poder diseñar cuidando todo eso que describís. Estoy segura de que solo aceptará construir allí si logra mantener intactos cada uno de los centímetros que registraste con tu lente.

—Eso es imposible.

—Vos no lo conocés. Cuando él se propone algo siempre lo logra. Por eso sacó la empresa del padre del pozo. Porque se caracteriza por crear sin destruir.

Pero a ella pretendía destruirla. Aun así recalcó:

—Lo admirás.

—Mucho —confirmó segura—. Hace años que trabajo para él. Es un hombre de palabra. Hosco, exigente, lo reconozco, pero también justo y creativo. Un dotado.

—Espero que lo que decís se cumpla. Porque me sentiría muy mal siendo parte de un desastre en la zona que tanto amo.

—¿Cómo te fue con él en Esquel? —preguntó sorprendiéndola.

—Depende —respondió—. Tiene siempre ese tono autoritario y superior. Suena tan arrogante...

—Es muy profesional. Mantiene las distancias. Pero es porque está siempre muy concentrado en lo suyo.

—Sí, puede ser —comentó recordando la poca distancia que habían mantenido.

—Claro que yo siempre lo veo dentro de la oficina. Imagino que en tu caso... que conviviste unos días... allá tan lejos...

—No te creas —la interrumpió—. El reloj de él siempre marca horario laboral. No importa si son las siete de la mañana o las diez de la noche.

—¿Te tuvo trabajando hasta tan tarde?

—No —se rio—, quise decir que siempre mantiene su trato distante.

—Salvo cuando alguno de nosotros está en problemas. Cuando me casé —comentó confidente—, nos fuimos a vivir a casa de mis suegros. Me hacían la vida imposible, la mamá de mi marido es una vieja jodida. Llegaba a trabajar con los ojos rojos de haber llorado por discutir tanto con mi

marido. Un día el ingeniero me llamó a su despacho. Sin preguntarme nada, me dijo que la obra de Almagro estaba terminada, que si mi esposo y yo estábamos de acuerdo, él nos ofrecía un departamento que podíamos pagar en amplísimas cuotas y sin intereses. Es donde vivimos ahora. Nadie hace eso, Gabriela. Nadie. Y él lo hizo. Y sin preguntar nada, sin ponerme en la situación de tener que exponer mis problemas.

—Te debe apreciar mucho.

—Y nosotros a él. Mi marido siempre dice que tengo que mantener mi trabajo por dos motivos. Uno, por las cuotas que todavía nos faltan por pagar del departamento, y otro porque en las noches lo pasamos bárbaro llevando a la práctica los ratones que me despierta mi jefe durante el día.

Gabriela se atragantó con un bocado del lomo ruborizándose por completo. Ese gesto no le pasó desapercibido a Regina.

Compartieron también el postre, pagaron la cuenta a medias, regresaron al piso dieciocho.

Adrián no había interrumpido su trabajo desde

que llegara a la empresa. Como buena asistente, Regina le alcanzó un succulento sándwich.

Marcelo estaba intrigado. En la noche cenaba con Adrián. No era fácil sacarle información de su vida amorosa. Convendría indagar antes el terreno contrario para hacerse de las preguntas precisas. Aquellas de las que él no pudiera escapar. Pero debía ir con cuidado, Gabriela no tenía que sospechar su intención.

—¿Puedo pasar? —preguntó amigable dejando ver la parte superior de su torso y escondiendo el resto tras la puerta.

—Por supuesto —respondió Gabriela con una sonrisa—. Estoy intentando trabajar, pero las fotos del parque me tienen embelesada. Es tan hermoso ese lugar.

—Sí, es lindo... pero un rato. Yo no puedo estar ahí más que un par de días.

—¿Por qué?

—Le falta adrenalina, ruido, esmog, la cancha el domingo.

—Hay cancha en Esquel.

—La Gloriosa Bombonera solo está en Buenos Aires. El resto son potreros.

Gabriela se rio distendiéndose:

—¿Sos de Boca?

—Bostero hasta la médula. Desde la panza de mi madre y los testíc... Perdón —se excusó—, es una muletilla que uso entre amigos. Disculpame.

—No hay problema. Entendí que lo sos desde siempre.

—Como ves, no puedo vivir muy lejos de mi querida ciudad.

—En cambio yo me construiría una cabaña. Chiquita —aclaró—, no necesito mucho espacio dentro, pero sí ese aire, esa tranquilidad, esos colores, esa inmensidad.

—¿Te gusta por las montañas o por el lago?

—Por todo. Me gusta toda la naturaleza. Me fascinan los tonos del norte, ese color tierra que va del rojo al marrón. Los turquesa transparentes del mar y su bravura. Me gusta lo cristalino de la nieve, el poder de la montaña, sus sonidos. ¿Escuchaste alguna vez el rugido de un

ventisquero?

—No tengo idea de lo que es eso.

—En el cerro Tronador podés oírlos. Cuando la avalancha viene bajando su sonido es impresionante. Se te paran los pelos.

—¡Ni a palos me ponés cerca de eso! Yo parezco muy machito, pero el miedo no es zonzo.

—¡JA, JA! No, tranquilo. Se toman precauciones. No te dejan llegar a esos lugares. La Garganta del Diablo, por ejemplo...

—¿Ves? Ya hasta el nombre me da miedo.

—Algún día te voy a llevar conmigo. Y si no salís amando cada rincón, no me llamo Gabriela Arredondo.

El contador recordó por qué estaba allí:

—Veo que, a pesar de que fuiste con el jefe, pudiste disfrutar de algo que te gusta mucho.

Gabriela se quedó pensando. El viaje hubiera sido soñado si no fuera por esa terrible distancia que imponía Morgado por el odio hacia su sangre.

Marcelo observó con cuidado cada gesto, cada movimiento, cada silencio:

—¡No me digas que el mandamás te arruinó tu preciada naturaleza!

—No. Nada puede desvirtuarme eso. Ni siquiera él.

—¡Epaaaaaaaaa! Veo que no te cae bien.

—No entiendo por qué me odia tanto. Lo veo con las otras personas y no es que derroche simpatía con ellas, pero es correcto. En cambio conmigo...

—¿Con vos...?

—Me odia. No tengo idea de por qué me odia. Yo no lo conocía hasta el día que vine a pedirle ayuda, y ya desde ahí me trató peor que mal. Algo le pasó con mi papá, no sé qué. Nada me cierra con el ingeniero Morgado. Absolutamente nada — dijo pensativa.

—Bueno —planteó—, firmaste un contrato. Vas a tener que aprender a bancártelo o rescindirlo.

El orgullo se instaló en la cara de la muchacha:

—De ninguna manera —aseguró parándose, apoyando los puños sobre el escritorio y mirando hacia la oficina del jefe—, dije que intentaría

salvar la inmobiliaria y voy a hacerlo. Le dije que trabajaría tres años para él y voy a cumplir. Si lo que está tratando es hacer que quiebre mi palabra, se va a retorcer con su propio veneno. ¿Me contrató? ¡Muy bien! Ahora que me aguante.

«¡Mierda con la mosquita muerta!», pensó Marcelo. Adrián la tenía difícil. Ella se proponía aguantarlo y no estaba muy seguro de que su amigo pudiera mantener su venganza.

—Te voy a dar un consejo. No es que sea bueno con eso, pero me quedo más tranquilo si lo hago. Adrián es un tipo muy profesional, uno de los mejores. Un poco antipático, no te lo niego. No todo el mundo nace con el don de la simpatía y la elegancia como yo —bromeó Marcelo—, tenés que comprenderlo, ha vivido a mi sombra. Pero jamás exige más allá de nuestras posibilidades. Y te aseguro que conociendo los límites del otro no hay quien lo iguale.

«Cierto —pensó—, no pide más. Lo toma. Arrasa con todo. Vampiriza el caudal del otro. Se apropia, y como una tarada se lo permito.»

—A mí me quiere sacar la empresa. Me dio trabajo y me alejó de lo que me gusta. Me lleva a mi sitio en el mundo, amenazando con destruirlo...

—¿Quién te dijo eso?

—Morgado Construcciones va a hacer un complejo junto al lago. Va a romper su armonía.

—Estás equivocada. Te llevó a vos justamente porque intenta todo lo contrario.

—No te enojés, Marcelo —se disculpó—, pero tengo mucho trabajo y ya quiero irme a mi casa.

Comprendió el mensaje. No supo bien porqué le acarició paternalmente el cabello. Así atado y con su carita aniñada, parecía demasiado indefensa. No terminaba de salir al pasillo, cuando el celular de Gabriela recibió un WhatsApp:

ô

Esa frase provocó que el corazón le diera un brinco. Se refería a trabajo. Eso ya lo tenía claro. Pero hubiera deseado que la dijera con otro significado. Hasta pudo imaginar el contexto. Viajó hacia esa cabaña, le agregó un hogar con leños crujiendo, una manta acolchada en el piso,

sus cuerpos desnudos sobre ella. Sintió el crepitar del fuego, el abrazo cálido. Olió su perfume, escuchó su voz: “Quiero ver qué tenés para mí”.

—No te llevé de paseo —aclaró Morgado junto a ella.

Su sueño se había extendido lo suficiente como para permitirle a él estar junto a ella.

—Estoy trabajando.

—No —aseguró—, estás en la luna de Valencia. Boludeando en horario laboral. No te pago fortunas para eso. Ya te dije que no hago beneficencia.

Gabriela se paró ayudándose con las manos, apoyándolas con fuerza sobre el escritorio, inspirando profundo para cargarse de coraje:

—No tengo la menor idea de cómo crea usted. Yo cierro los ojos —dijo llevando a cabo el gesto—, me sumerjo en las imágenes que vi, me transporto a esos lugares, a sus expresiones y fluyo.

Terminó de hablar y abrió los ojos en el momento justo como para verse en los de él. En el

instante preciso en el que Adrián, amparado en que no lo observaba, se dejó llevar por sus palabras y la frescura de su rostro. Solo un segundo, solo un suspiro de tiempo. Pero el suficiente para detectarlo.

—Flui, chiquita —aconsejó tirando de la gomita y liberando su cabello—, flui, liberate, dejate llevar. —Gabriela no podía ni respirar—. De vos lo quiero todo. Sé que podés darme mucho. Sé que no me equivoqué llevándote. —Las piernas de la mujer flaqueaban. Ya no resistía erguida frente a él. Adrián lo supo, lo tuvo muy claro—: Voy a exigirte el máximo. Voy a exprimir todo lo que tenés para mí. Creá —dijo tomándola de la barbilla, haciendo que levante la mirada nuevamente y acariciándole el labio inferior—, creá como creaste en mi cama. Sentí como sentiste aquella noche. —Ya estaba entregada, ya podía robarle el alma que se la entregaba gustosa—. Y hazlo rápido, porque no me gusta esperar y estoy esperando tu jodida entrega.

—¿Entrega?

—Quiero esas fotos para ayer. Sin eso no puedo avanzar en lo mío.

Hablaba de las imágenes, no de ella.

—Estoy demasiado cansada. Mi horario de trabajo terminó.

—Hacé horas extras. Soy el jefe, y estoy acá porque la fotógrafa que se pasó cuatro días de arriba en el sur no se digna a trabajar.

Así era siempre con él. Un ir y venir de emociones. Reaccionó. Se liberó con un manotón de la mano que la sostenía por la barbilla:

—Pretendés robarme mi empresa, me tenés cautiva en la tuya. Me obligás a ir a mi lugar en el mundo para sumarme a tu plan de destruirlo. Me hacés el amor, me echás de tu cama...

—Silencio —ordenó—. No te robo tu empresa, me corresponde, pagué por ella —Gabriela quiso retrucarle, pero la mirada de Adrián se lo impidió—. No estás cautiva, aceptaste un trato. Rompelo y salís por la puerta, no pienso ir atrás tuyo. No te hice el amor —aseguró—, te cogí muy bien cogida. Y como corresponde con todo revolcón...

en cuanto terminás, te vas.

—¡Sos un pelotudo! —gritó furiosa.

Adrián la arrastró avanzando con su cuerpo. Quedó atrapada entre él y el escritorio. La cadera del hombre le aseguró que no podría moverse.

No le permitió escape. Atrapó la boca de ella con la suya. Transitó por todo su interior. La dejó sin aire.

—Muy pelotudo, chiquita. Las tengo grandes y bien puestas. Vos ya lo sabés.

Se separó. La dejó temblando.

—Quiero ese trabajo para ayer. No hagas que me arrepienta —concluyó saliendo por la puerta.

A punto de un ataque de nervios, sacó la memoria de la Cannon de la computadora para apagarla. Tomó su camperita y la cartera. Pasó junto al escritorio de Regina. La secretaria ya no estaba. Llamó al ascensor, salió a la calle. Recién allí el contraste del frío del exterior le permitió reconocer la tibieza de las lágrimas en las mejillas.

“Te cogí muy bien cogida... En cuanto terminás,

te vas.”

CAPÍTULO 13

Caminó sin proponerse ningún rumbo. En su corazón anidaba la angustia, la impotencia. En su mente solo dudas. Lo había sentido, no era un revolcón más. No podía haberlo sido. Morgado no solo la disfrutó, se fundió en ella. Había notado la inmensa diferencia. Él se había encargado de que fuera así. Renzo la hacía gemir, disfrutar, pero no se entregaba. El jefe era otra cosa. A su lado no solo el cuerpo estallaba. La mente se desquiciaba, el aliento se extinguía, la piel dejaba de pertenecer entregándose, perteneciéndole. Con Adrián se perdía la razón. Su cuerpo se había sentido adorado, los ojos de él le hablaron de lo mucho que la deseaba. No solo gimió, el corazón le latió a mil por segundo. Y todo eso... con ella, había ocurrido con ella. Una comunión de ese tipo solo podía darse cuando los dos se entregaban. No

podía equivocarse tanto. La diferencia la notó con tanta claridad, que no podía ser un error. Aun así, la había echado de su cama. Aun así, le aseguró que fue un revolcón más. Ese que al terminar debe desaparecer.

—Gabriela, hija.

Sorprendida, miró el entorno. No supo cómo había llegado a la puerta de la casa de su madre.

Beatriz se preocupó al verla tan desmejorada:

—¿Te sentís mal? ¿Te enfermaste en el sur?

—¿Puedo estar con vos, mami? —suplicó.

Cada vez más preocupada, Beatriz la tomó por el hombro invitando a su hija a entrar. Pocas veces la había notado tan apenada.

La muchacha se dejó caer en el sillón frente al ventanal del living. Su madre preparó té, sostenía la bandeja ingresando al salón cuando se quedó observándola.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ofreciéndole una taza ya endulzada.

—Estoy arruinada, mamá.

—¡Te lo dije! Y no solo yo te lo dije, Renzo

también te lo advirtió. Te fundías, si aceptabas esa maldita herencia te fundías. ¿Cómo ocurrió tan rápido?

—No estoy hablando de eso.

—Hija, explícate por favor. Estoy muy nerviosa, no es común verte así. ¿Te enfermaste?

—No estoy enferma, mami. Estoy arruinada por dentro. Estoy naufragando en un sinfín de emociones y dudas.

—¿Por Renzo? —preguntó deseando que su hija no se volviera atrás en la decisión tomada. Aquel hombre le hacía mucho daño, no la valoraba, la engañaba, la humillaba.

—No, mamá. Renzo y yo estamos separados. Ya no podría volver con él. No ahora, después de...

—Conociste a otro hombre —aseguró comprendiendo.

—Sí. Otro hombre. Un hombre que me odia. Un hombre que me culpa de todos los males del mundo. Y al mismo tiempo...

—¿Quién es? ¿De qué te acusa? —la interrumpió— ¿Es uno de los acreedores?

Solo entendía parte de las preguntas. Estaba sentada en el living de su madre, pensando en voz alta:

—Es el hombre que me enseñó a sentir. El que me despierta la sangre solo con saber que se aproxima. El que se adueñó de mi alma y no puedo más que dársela. Aunque me ignore, aunque me odie. Le doy todo con tal de volver a estar en sus brazos. Con tal de volver a verme en sus ojos, con tal de sentir su corazón latir furioso junto al mío.

—¡Gabyyyyyyyyyyy! —exclamó la abuela—
¡Encontraste a tu Pepeeeeeee! Ya lo dije yo aquel domingo en casa. Se le notaba por todos lados...

—¿Qué hacés acá, mamá? —preguntó indignada Beatriz—, ¿cuántas veces te dije que toques el timbre antes de entrar? Yo también tengo la llave de tu casa y sin embargo me anuncio antes de visitarte.

—Shhhhhhhhhhh, no interrumpas. ¿No ves que tu hija está sufriendo? Vamos, bonita —dijo acariciándola—, contale a la abuela quién es y qué te hizo. ¿Por qué te odia?

—Es el principal acreedor de la inmobiliaria. Es quien me tiene en sus manos.

—¿Qué acreedor? ¿Le debés dinero a alguien?

Beatriz se agarró la cabeza. Por la tranquilidad de su madre, no le habían contado nada.

—Voy a explicarte, mamá. Al morir Sebastián nos enteramos que la herencia de Gaby era un paquete de deudas. Un constructor le ofreció pagarlas si comercializaban sus obras y Gaby se iba a trabajar con él.

—¿Mi nieta tiene deudas, y en lugar de pedirme la plata a mí se la piden a un extraño? —enfaticó enojadísima Dora.

—Abuela, es mucho dinero. Vos no tenés esa suma.

—Primero vamos a hablar de tu Pepe, después vemos por qué razón no vendimos esta casa enorme, mi departamento, juntábamos los ahorros de las tres —y dirigiéndole una mirada acusatoria a Beatriz, prosiguió— y pagábamos las deudas del mal nacido de mi ex yerno.

Era la primera vez que Gabriela escuchaba

calificar tan negativamente a su padre de labios de la abuela.

—Cuidado mamá —advirtió Beatriz.

—¡Ningún cuidado! Mi nieta ya es grande y está sufriendo. Ahora entiendo la razón por la que cambiaste de trabajo. Es para reunir dinero. ¿No ves lo que hicimos callándonos? La privamos de su pasión.

—¿Qué se callaron abuela?

—Noooooo —afirmó—. Primero quiero saber qué te tiene tan mal además del dinero. Quiero saber qué te hizo tu Pepe. ¿Por qué decís que te odia? Después te prometo que te cuento todo.

Beatriz comenzó a llorar. Años cuidando a su hija de la verdad y había llegado el momento de abrir la caja de Pandora.

—Cuando supe que papá estaba en bancarrota y la gente de la inmobiliaria llevaba meses sin cobrar, escuché la oferta de un hombre. Fue el abogado quien me habló de él, porque ya había estado en tratativas con papi, así que fui a verlo. Acepté. Hipotequé todo a su nombre y además

dejé mi trabajo para ir a trabajar con él por un sueldo mucho mayor al que tenía.

—De manera que mi nieta se hunde más en el fango, por la sencilla razón que nadie me dijo que estaba en problemas —Dora estaba cada vez más enojada con su hija.

—Pensé que le haría caso a Renzo —se excusó Beatriz— y desistiría de la deuda rechazando heredar tamaño problema.

—Eso ya no importa, abuela. Voy a pagar todo, no te preocupes, no le tengo miedo al trabajo ni al esfuerzo. Mi problema ya no es la plata, mi problema es ese hombre.

—Pepe —volvió a bautizar.

—Se llama Adrián Morgado. Es el dueño de la constructora donde estoy trabajando. Me odia. Pude averiguar que es por culpa de algo que papá le hizo al padre.

—¿No sabe separar ese tipo? ¿Qué tenés que ver vos con las cagadas de tu padre?

—Él considera que por ser una Arredondo me merezco todo el mal.

—Alejate de él, hija —aconsejó Beatriz.

—No puedo. Ya no puedo. Me trata mal, intenta humillarme, pero le atraigo tanto como él a mí. Estuvimos juntos en Esquel. Jamás me había sentido así con un hombre.

—¡Un Pepe!

—¿Querés terminarla, mamá? Ya bastante vergonzoso es escucharte todo el tiempo refregándome en la cara lo bien que lo pasabas con papá, como para que también se lo hagas a mi hija.

—Vos, Beatriz —comentó—, en lugar de oír mis consejos, de escuchar mi experiencia con tu padre y tratar de llevarla a la práctica, te dedicaste a escandalizarte. Una mujer es de su hombre tanto como el hombre de su mujer. Amar es desearle lo mejor al otro —y agregó—, también en la cama. ¡Sobre todo en la cama! Para que se sienta bien a gustito, para que quiera correr de regreso a casa y tenerte en sus brazos. Ser mojigata no los calienta, los arroja en brazos de otra.

—¡Eso es lo que me reprochás! —gritó Beatriz

—. Eso es lo que siempre me tirás en cara. No fui mojigata con Sebastián. Fui yo misma. Lo amaba con el alma pero no podía evitar sentir vergüenza de algunas cosas. No fue por eso que se fue. No lo empujé a los brazos de otra. Simplemente no me amaba como yo a él.

—Lo sabías de entrada. De entrada supiste que Sebastián no había olvidado a aquella mujer pero igual te casaste. ¿Qué pensabas? ¿Qué la olvidaría en tus brazos?

—Sí —aseguró elevando el tono otra vez—. Yo lo amaba por los dos.

—Se ama por uno mismo. No se ama por el otro.

—¿De quién estaba enamorado? —preguntó Gabriela.

Había llegado la hora. No se le podía seguir ocultando la verdad. Por culpa de tratar de mantenerla al margen, la había convertido en un ser frágil:

—Antes de conocerme, tu padre estuvo muy enamorado de una mujer —explicó—. El día que

se decidió a declararle sus sentimientos, supo que otro hombre la había embarazado y que se casaría con él. La pena lo agobiaba, la seguía a escondidas viendo como el tesoro de otro crecía en ella. Así lo conocí, muriendo por otra.

—¿Volvió con ella? ¿Por eso se separaron?

—No —aseguró Dora—. Tu madre pensó que era por culpa de ella. Que la habría encontrado y se iría con ella. Pero Sebastián le aclaró que había muerto al nacer aquel hijo que esperaba. Él se enteró de eso mucho tiempo después.

—¿Por qué se separaron entonces? Yo jamás me di cuenta que papá no te quisiera.

—Me quería. En alguna medida estar a mi lado le devolvió las ganas de vivir. No logré que la olvide. Me quería, pero no me amaba.

—Cuando Sebastián se enteró que había muerto, comenzó a beber y todo fue en picada.

—No es cierto, abuela —aseguró Gabriela—, papá no tomaba.

—Gaby —afirmó Dora acariciándole la mejilla—, tu madre hacía malabares para que no te dieras

cuenta. Me llamaba y yo te pasaba a buscar para llevarte a dormir a mi casa. ¿Te acordás de aquellas noches de juerga-sorpresa? ¿Te acordás que así las llamábamos?

—Al principio me trataba con respeto y cariño —recordó Beatriz—. Cuando vos naciste pensé que comenzaba una nueva vida para nosotros tres y que me amaría tanto como yo a él. Tu padre te adoraba. Pero cuando se enteró de la muerte de ella, se volvió loco. No hacía otra cosa que buscar pelea. Aun así hubiera seguido a su lado. Cada vez que peleábamos, se iba de casa amenazando con no regresar más. Acordate hija que preguntabas por papá y yo te decía que estaba de viaje. Yo hubiera seguido así siempre. Lo amaba con locura.

—No puedo creerte mamá. Es muy triste vivir de esa manera —recalcó dándose cuenta a lo que se exponía si continuaba al lado de Morgado.

—Por eso intenté por todos los medios que te alejaras de Renzo. Se veía a la legua que no te amaba. Eras vos quien mantenía esa relación.

—Renzo es historia —aseguró para que no

volviera a nombrarlo—. ¿Qué hizo papá para que se separaran?

—No fue él —aseguró Dora—, fue la turra de su amante.

—¿Tenía una amante?

—Tuvo varias —declaró la abuela—, pero Bernarda era una hija de puta, una descarada. Se presentó en el departamento donde vivían ustedes, la encaró a tu madre y le dijo que o lo dejaba libre o te contaría a vos toda la verdad de su relación con Sebastián.

Beatriz lloraba inconsolablemente. Gabriela era incapaz de abrazarla o consolarla. Dora solo tenía ojos para las reacciones de su nieta. Se había pasado años recibiendo en el hombro las lágrimas de su hija.

—Mamá —dijo luego de un largo silencio—, siento mucho que por mí terminaras tomando esa decisión.

—¡Pero qué decís! Es lo mejor que pudo haber hecho. Vivía rogándole cariño a un hombre que jamás supo dárselo. Temerosa de que te dieras

cuenta. ¡Gracias a Dios que finalmente lo hizo!
¡Gracias a Dios que pudo ver que sin él estaba mejor!

—Si tu jefe es como tu padre —dijo Beatriz entre sollozos—, alejate de él. Si sentís que solo vos lo querés, hui ahora mismo de sus garras. Hagamos como dijo la abuela y vendamos todo. Paguémosle y volvé a tu naturaleza, a tus campañas. Con Renzo fuiste una muñequita que hacía y deshacía según el humor de él. Un perrito faldero sin voluntad propia, igual que yo con Sebastián. Me muero si terminás siendo como yo. Alejate de él.

—No —susurró Dora—, el Pepe de Gaby no es como Sebastián.

—Es igual, mamá. No lo conocemos, pero mirá cómo la tiene. Mirá lo que hizo con mi hija.

—Le regaló vida a los ojos de tu hija —confirmó—. ¿Es que no lo ves? Ese Morgado le explicó lo que pueden hacer dos cuerpos cuando se anhelan. Le enseñó a estallar explotando en ella.

—Mamá, por favor cuidá lo que decís. No la ilusiones, no quiero que sufra lo que yo sufrí.

—A vos no te amaban, hija —aseguró entregándole por fin una mirada afectuosa en medio de la verdad—. Cuando un hombre se siente atado a una mujer, no puede hacerla feliz nunca. Pero cuando la ama, podrá maldecir, podrá reprocharse el quererla, pero no podrá dejarla. Porque siempre estará deseando sentirla, hacerla gritar en sus brazos. Gaby —aconsejó tomando la mano de su nieta—, ese hombre plantó en vos su deseo, ese hombre ya clavó su agujón y lo recibiste gustosa. Lo aceptaste y se enteró. Si para él fueras solo una más, tus ojos no hablarían de lo mucho que te dio.

—También puede ser que él sea muy buen amante y...

—Soy quien más experiencia tiene. Haceme caso.

—Abuela, a su lado soy insignificante. No sé qué hacer cuando me mira. Mucho menos cuando se acerca. Soy incapaz de negarle nada. Me usará

y me dejará como a un trapo viejo. Me odia. Eso lo sé. Vieras la furia con la que se me acerca cuando no puede olvidar que soy la hija de papá.

—Fortalecete. Lo que se puede ver en tus ojos lo hizo él. Si lo hizo es porque, más allá de ser un buen amante, vos se lo despertaste. No te menosprecies, no te rebajes. No sos la culpable de lo que le hicieron. Tendrás que hacérselo saber. Tendrás que encontrar la manera de que salga de su error.

—Él es imponente. No tengo cómo enfrentarlo. Me intimida.

—En el juego de la seducción ambos contrincantes tienen garras. Hasta la inocencia más aguda puede ser un arma letal. Y tenés el arma en tus manos, cariño. Él lo sabe. Cualquier intento que haga por alejarte, se debe al miedo que le generarás.

Llegó a casa de Marcelo con la tristeza y la impotencia instaladas en el cuerpo. Cada día que

pasaba, su padre se perdía más en ese mundo interior tan distinto al que pertenecía antes. Era muy injusto que un hombre tan racional estuviera perdiendo la cordura luego de haber perdido también la movilidad. Era demasiado injusto que se encontrara en tal nivel de indefensión por culpa de aquella hija de puta y la mierda de Arredondo.

Atacó, más que tocó el timbre. El amigo supo del humor que traía aquella noche con solo escuchar su llamado.

Le entregó tiempo para que se desahogara. Escuchó cada palabra referida al padre y todo el odio hacia el de Gabriela. Escuchó, como lo hacía siempre. Esperó, como lo hacía siempre. Sabedor de cada punto, de cada coma, solo hizo preguntas con intención de que Adrián comprendiera que su padre no tenía retorno. Que se había perdido en su enfermedad y ya no regresaría. Comieron embebidos en la triste charla. Adrián precisaba una oreja y otra mente que lo ayudara a mantenerse en sus cabales. Tras el café vinieron los tragos. Un relax de amigos y alcohol. Era viernes, no había

hecho planes amorosos. Esa noche era la destinada a su amigo. Le sirvió otro whisky.

—El proyecto del sur también te tiene preocupado, ¿verdad?

—Sí. Para cumplir con todos los requerimientos sin alterar el lugar, voy a tenerla jodida. Los costos se irán a las nubes y los inversores no querrán pagarlos.

—Gabriela está muy preocupada por eso —intercaló en la conversación con intención de ver la reacción de él cuando se la nombraba.

El ingeniero aspiró hondo:

—Esa mosquita muerta es otra de las cosas que me está jodiendo. Y mucho —agregó.

—Te invité a cenar para que pongamos los puntos claros —confesó—. No te movés de acá hasta que los dos sepamos exactamente qué mierda te pasa con ella.

—Es una víbora —aseguró.

—Eso ya lo escuché de tus labios, papito —comentó burlón y haciendo gesto de no creerle.

—Te lo aseguro. Una víbora constrictora. La

peor.

—¡Dale, Adrián! No me jodas. Sé que la odiás, pero estuve indagándola. Me acerco a ella, le charlo, la estudio...

—¿Qué mierda tenés que estudiarla vos? — planteó enojado.

—Somos amigos. Si bien sos el hijo de la víctima y no puedo sentir en el mismo grado tu odio, estoy con vos en esto desde hace muchos años —comentó serio para que no lo malentendiera—. Sabés que te apoyé y te apoyo. Pero me parece que a Gabriela hay que dejarla afuera de la bolsa.

—De ninguna manera —aseguró levantándose del sofá—. Ella es peor que el padre. Te muestra esa carita inocente con el pelito atado para que creas que es una colegiala. Tenías que ver cómo se movía en la cama —confesó un poco aturdido por el odio y el alcohol.

—¿Te la moviste?

—Se estaba muriendo —comentó sentándose nuevamente.

—¿Qué?!

—El auto se descompuso en medio de la puta nada, casi se congela. La rescaté, me la llevé a la cama para que entrara en calor...

—No me jodas.

—Pensá lo que quieras. Me pegué el susto de mi vida. Lo único que me faltaba era que me acusara de intentar matarla.

—Pero la mataste. La mataste entre tus sábanas.

—La asesina fue ella. La muy hija de puta se entregó, bajó la guardia, me hizo bajar la mía y me clavó un puñal.

—Hoy que sea sin metáforas. Si vamos a seguir adelante con el plan, necesito saber todos y cada uno de los pormenores bien claritos.

—Sexo. Tuvimos sexo.

—Por el resultado no parece una sesión de sexo común y corriente. Descarto que se deba a posturas nuevas, vos te las conocés todas. Te pegó. Te pegó donde duele.

—Hay algo en ella, en su embrujo, no sé...

—Algo que...

—Algo que hace que mi coraza tambalee. Algo que me empuja a tenerla cerca, a cuidarla.

—¿A cuidarla o a cogerla? Porque no es la misma cosa.

—A las dos cosas —confirmó—. Cuando la creía desmayada por el frío, necesité desde las entrañas revivirla. Era más fuerte que yo, que mi razón. Necesité su aliento. Necesité ver sus ojos otra vez con vida, con expresión. Realmente solo quería que volviera a ser ella. Pero cuando me miró, cuando la sentí desnuda junto a mí... No pude parar. La quise mía. La quise sumisa, entregada.

—Y se dejó.

—No. No se dejó. Se entregó entera. Hasta pretendió tomar la posta. —Hizo un silencio antes de continuar—: La doblegué, Marcelo. La hice tan mía como jamás sentí propia a una mujer. La tuve ahí, para mí, y la tomé.

—¿Y ahora?

—Ahora, nada —comentó pasándose la mano por la nuca—. Ahora a pelear con más ganas.

Ahora no solo tengo que hacerla mierda, tengo que evitar que me arrastre en su caída.

—O cambiar el plan —propuso.

—O modificar el plan —corrigió.

—¿Ya pensaste en algo?

—Sí.

—Compartí tu lamparita encendida. No te pongas en misterioso justo ahora.

—Tengo que pensar primero los pro y los contra.

—Los pensamos juntos —ofreció Marcelo muy intrigado.

—A ella la tengo comiendo de mi mano. Eso me gusta. Me gusta mucho.

—Para ser la hija de Arredondo, es todo un mérito.

—Es la hija de esa mierda, vos lo dijiste. Si fuera otra mina, la cosa sería distinta.

—Si fuera otra mina —planteó hipotéticamente — ¿te enamorarías de ella?

—No creo en las mujeres. El amor no es una alternativa válida para mí. Ya lo sabés —le

recordó—. Pero si no fuera la hija de él, la haría mi amante. Seguiría disfrutando de ella, de su cuerpo, de su compañía. La disfrutaría hasta cansarme o hasta que otra mina me gustara más.

—Que sea la hija de él no te impide llevar a cabo eso.

—Por ser la hija de él es que tengo que modificar el plan.

—De una buena vez, desembuchá y explicame las modificaciones.

—Voy a casarme con ella.

Marcelo abrió exageradamente los ojos. ¿De qué hablaba?

—No es mi rubro, no me estás presentando números para analizar. Sé más claro.

—Pago las deudas a cuentagotas para no darle respiro a su empresa y que finalmente termine siendo más fácil entregármela que seguir intentando recuperarla. La primera parte del plan es fácil de lograr. Despojar a los Arredondo de sus pertenencias.

—No estás yendo a la parte que me interesa.

Ese punto ya lo conozco, te ayudé a trazarlo.

—La idea era con Arredondo a la cabeza, pero ese mierda se muere y me deja de clavo a la hija.

—Dale, Adrián, andá a lo importante.

—Le di trabajo porque soy un blando. Me rompiste las pelotas con que no era la culpable, que solo llevaba su sangre, que con su suelducho y la posición en la que le dejamos la inmobiliaria no iba a poder ni comer. Al final la turra me sorprendió con su arte. Sabe hacer su trabajo, tiene un puto don para plasmar en fotos lo que solo se percibe con los sentidos.

—Sí, es muy buena en lo suyo. Seguí —instó impaciente.

—Y además, es una arpía. Una bruja embaucadora. La peor en su género. Si alguna vez estuve convencido de que las minas son un error, ella es el ejemplar que mejor lo confirma.

—A mí me cae bien.

—Te atrapó en su red. —Se acercó al amigo para informarle—: Teje, como las arañas. Te engaña, y cuando te tiene encerrado te clava el

aguijón, te descuartiza, te chupa hasta la última gota de sangre.

—¿Todo eso hace una simple araña?

Ignoró el comentario.

—Pero la vi venir. La detecté de entrada. Esta araña no va a comerse al macho. Soy el escorpión que la hará retorcerse hasta agonizar.

—Me das miedo. Creo que llegó el momento de ponerte un freno. Hay cosas con las que no se jode. La idea era dar vuelta el plan de Arredondo y que le cayera todo en su contra. Cuando estábamos a punto de ver los resultados, se murió. Pudimos parar, pero ya todo estaba en marcha. Aparece la hija a complicarnos la vida, y seguimos. Pero de ahí a hacerla mierda, es otra cosa.

—Es peor que el padre.

—¿Y te pensás casar con ella? No entiendo.

Adrián se paró. Tomó su chaqueta.

—Voy a hacer que no pueda respirar sin mi aliento. Voy a enamorarla hasta el punto en que no quiera otra cosa que no sea cumplir mis deseos.

—Todo ventaja para vos. Ella es preciosa, en la

cama te cerró...

—Y cuando la tenga en mi terreno, cuando se sienta segura y se olvide de defenderse —remató—, voy a quedarme con sus armas y Arredondo desde la tumba va a ver a su hija abandonada, de la misma manera en que él vio a mi padre despreciado por esa puta bajo su influjo.

—Asegurate primero de que Gabriela se lo merezca. Porque si te equivocás, si la hija no es igual al padre, vos serás mil veces más miserable que él.

CAPÍTULO 14

Se levantó temprano. El sábado era frío, pero con sol. Decidió aprovecharlo. Al bajar encontró al encargado limpiando la vereda. Moro saltó contento al descubrirlo.

—Buen día —saludó.

—Buen día, ingeniero. ¿Se va para el campo?

—Sí.

Moro movió la cola y le entregó un ladrido.

—Me lo llevo —comunicó. El perro y él solían escaparse juntos algún que otro fin de semana.

—Anda alzado —le advirtió—. Si no quiere aumentar la familia, trate de que no se le escape.

—Vamos Moro —ordenó entrando al garaje.

El bicho corría y saltaba alrededor de él. Le abrió la puerta trasera de la camioneta que utilizaba para los terrenos agrestes, y entró como rayo. Salió del edificio, se detuvo en el semáforo.

—Así que andás alzado —dijo acariciándolo detrás de la oreja. Disfrutá vos que no te ponés a pensar en otra cosa más que en meterla.

Llegaron a San Pedro en poco más de una hora. Como de costumbre, en cuanto Adrián abrió la tranquera de acceso, Moro saltó del vehículo para correr hacia la casona y saludar a Pancho, el casero y encargado del campo. Adrián estacionó, bajó su bolso, tendió la mano al hombre.

—Como no estés más atento, cualquier día te tira al suelo.

—Este perro tiene más energía que un pingo —comentó sonriendo—. Pase, patrón. Lo estábamos esperando. Adela le preparó un desayuno para que se chupe los dedos.

Adela era la hermana de Pancho. Una mujer soltera, gran cocinera y madraza de cuanto crío se le acercara. Ambos habían nacido en la chacra y fueron siendo heredados por los distintos dueños hasta llegar a Adrián, que la compró para alejar a su padre de todo. Para aislarlo del dolor, para evitar que tuviera que ver al traidor de Arredondo

a la cara como lo hizo durante tanto tiempo hasta que Adrián y Marcelo se enteraron. Hasta que en su arrogancia de hijo herido en su orgullo, le develó la verdad al verlo sufrir desconsolado sobre el féretro de Bernarda. Era justo que lo supiera, justo que dejara de llorar por quien no lo merecía. Pero conocer la traición lo arrojó en brazos de aquella enfermedad que lo consumía. El padre del ingeniero estuvo instalado en la chacra un tiempo, pero a medida que su salud empeoraba fue necesario trasladarlo a la ciudad donde pudieran brindársele cuidados inmediatos y de avanzada.

Para Adrián, “La Serena” y su gente eran un remanso. Un alto en el tiempo. Adela cocinaba en su horno de barro y en la cocina a leña. Cuando él pretendió agregarle un microondas, casi lo saca a escobazos.

“A las cosas raras las carga Mandinga”, le había asegurado, y Adrián desistió de convencerla. Por suerte también era una amante de lo natural, de manera que la instalación de energía solar y

reciclado de aguas servidas habían sido bien aceptadas por ella. Se alegró incluso de no tener que calefaccionar la casa con salamandras, gracias al sistema de circulación de agua que se calentaba en las serpentinas del fondo. A pedido de su padre, solo dejó el hogar del gran living. Era una construcción en madera rústica y mármol italiano que hasta a él le dio pena inutilizar.

Después de desayunar, decidió dar un paseo con el perro. Los canes de la chacra cumplían sus tareas en los naranjales con los peones.

Recorrió gran parte de la plantación, dialogó con los empleados, escuchó que otra vez habría sequía y era imperioso que se pusiera en práctica aquel sistema de riego del que les había hablado en la anterior visita. Buscó un claro alejado de todo, se tiró sobre el pasto. Moro lo imitó y Adrián le acarició el lomo.

—La voy a tener todo el tiempo conmigo —le contó—. Voy a poder meterme en ella, dejar que me tome, tomarla. Voy a ver sus ojos rogándome y se me hará muy difícil desprenderme de Gabriela.

Lo sé. Después de eso me va a costar un triunfo abandonarla.

El perro aulló, de la misma manera penosa que utilizan los lobos para comunicarse.

—Sé que no tiene nada que ver con lo que hizo el padre. Pero lleva su sangre y se le nota. Se le notó cuando quiso cabalgarme. Se le nota cuando quiere enfrentarme. Tiene sangre de guerrera y esconde puñales.

Cerró los ojos. Regresó a aquella maldita tarde en ese bar. Volvió a sentir la voz de Bernarda hablando con Arredondo. Volvió a sentir la misma furia. El mismo odio.

—Levantate, Moro. Volvemos a capital.

Las tres pernoctaron en casa de Beatriz, hablando hasta bien entrada la noche. La abuela les preparó *filloas* y las untaron con dulce de leche, al mejor estilo panqueques.

Se despertó temprano, más calmada. Había llegado inmersa en una gran angustia, y a pesar de

todo lo que se enteró algo en su interior le infundía fuerzas. Tal vez fuera que finalmente las tres mujeres se habían sincerado unas con otras y podían abrirse sin esconder miedos, sin ocultar sentimientos ni debilidades. La verdad había sido expuesta, ya no había secretos, ya no quedaban silencios incómodos. Tres mujeres con errores y aciertos, pero unidas finalmente. Eso otorgaba la verdad, seguridades.

Besó en la frente a su abuela y a su madre que permanecían dormidas. Salió de la casa rumbo a su departamento.

De camino compró víveres. Invirtió largo rato dentro de su bañera. Comenzó a cocinar las cenas que ingeriría durante toda la semana. Fraccionó, guardó en el freezer. Era pleno invierno, una torta de chocolate sería muy bien recibida cuando en la noche se tirara a ver una película antes de irse a dormir. No terminó de introducir el molde en el horno que un WhatsApp sonó en su celular:

ô

«¿Quiénes no transmiten, Morgado?»

Decidió no contestarle. Era sábado, no estaba en la oficina. No tenía derecho a joderla.

Adrián insistió:

ô

n

—Ni pienso —dijo en voz alta—. No tenés idea si te leo o no. Estoy cocinando una torta y no tengo ganas de que me arruines ni el olor.

ô

Apagó el móvil. De lo contrario no podría resistirse a responderle.

En la noche, sentada frente a su televisor con una porción de torta, puso en el DVD *Orgullo y Prejuicio*. Nadie como *Lizzy* para levantar el ánimo. Nadie como *Darcy* para que el estómago se llenara de mariposas.

El timbre sonó en el mismo momento en que el trueno retumbaba luego de la primera declaración del protagonista. Atendió el portero eléctrico con temor. Recién volvió a respirar aliviada cuando Macarena le dijo que era ella.

—Vestite ya —le ordenó—, nos vamos a bailar.

—Mirame cómo estoy, Maca —indicó señalándose—. Tengo un programón. Pijama, *Darcy* y torta de chocolate.

—Miro, mamita —se burló tomándola del hombro—. Programón de vieja solterona. Te falta el gatito en la falda.

—No. En serio. Me quiero quedar y disfrutar de un poco de tranquilidad. Regresé de viaje ayer y necesito aclimatarme.

—¡Ya, nena! Ya. Vestite a tono. Nos vamos de joda.

Estacionó a pocos metros del edificio de Gabriela. Estaba por apagar su Camaro cuando la vio salir junto a otra chica. Llevaba el cabello suelto. Tomaban un taxi. Las siguió hasta la Costanera, entraron en Caix.

Gabriela y Macarena dieron un vistazo a la gente. Saludaron a un grupo muy animado, pero prefirieron acercarse a la barra para pedir unos tragos a solas.

La fotógrafa era más tímida, la otra se movía muy divertida al compás del ritmo que sonaba. La amiga la hizo dejar las copas, la tomó de la mano y la guio a la pista bailando libre e instándola a imitarla. Gabriela cerró los ojos y se dejó llevar. No advirtió que su compañera encontraba pareja y la dejaba sola. Su cabello se movió hacia el lado opuesto de sus caderas. El ajustado y corto vestido, mostraba con orgullo las curvas de su dueña.

—Tendría que ser rojo, como el del restaurante —dijo Adrián tomándola de la cintura por detrás—, pero voy a hacer la vista gorda por esta vez.

No abrió los ojos a pesar de la emoción. Lo sorprendió pegando su espalda al pecho de él, acercó su trasero a la entrepierna del hombre, lo rodeó con los brazos por la nuca y se movió sensual.

—Estás caliente, chiquita. Necesitás otro revolcón.

Giró rozándolo con su cuerpo, abrió los ojos para enfrentarlo.

Morgado sintió la turgencia de sus pechos, la erección de los pezones y respondió de inmediato.

—No podés vivir sin mí, Morgado. No resistís tenerme lejos.

La araña tejía su red. Adrián estaba muy seguro de eso. No podía perder de vista sus intenciones, no debía permitir que lo embaucara.

—Estás aprendiendo las leyes del juego —comentó asiéndola con fuerza por la cintura para acercarla mucho a él—. Es mejor cuando no te resistís. Cuando sos auténtica. Porque así puedo mostrarte mis cartas.

—¿Cuáles son tus cartas? Hasta ahora solo te conozco bien en la cama. ¿Tenés más cosas para mostrarme?

—Decí qué puerta querés abrir.

—Todas.

Su confesión no hizo más que confirmarle las dos caras de Arredondo.

—Vas a abrirlas. No pienso ponerte obstáculos. Pero después —advirtió— no podrás volverte atrás. No me van las arrepentidas. Decidite... ¿Las

abris o vas a salir corriendo como una cobarde?

—¿Con cuál querés que empiece? —lo desafió.

—Por la de complacerme —dijo llevando la mano de ella a su erección.

—Acepto. Pero no acá —indicó para luego acercarse a su boca e informarle—: No voy a salir corriendo, no te preocupes por eso. Mejor preocupate por lo que te voy a hacer sentir. Porque aunque creas que tengo poco para ofrecer, soy justo lo que te colma.

La aferró de la muñeca arrastrándola hacia la salida. La amiga ni se enteró de que se iba. La metió en el auto y condujo en silencio hasta su departamento. Contuvo las ganas de besarla aun cuando ya la tenía en su living. Aun mientras caminaban hacia su cuarto.

Gabriela lo siguió. No pensaba amilanarse. Estaba decidida. Si él pretendía acercarse a ella de esa manera, contaba con la fuerza para enseñarle que ya no le tenía miedo.

—Quitate la ropa —ordenó en tanto se desabrochaba la camisa.

La muchacha se sentó en la cama, cruzó las piernas, acarició la manta. Sin mirarlo contrarrestó:

—No, Morgado. Si querés que pase por tu puerta, vas a tener que invitarme.

—Te estoy invitando a que te quites la ropa.

Gabriela se paró con sensualidad. Apoyó la palma de la mano en el pecho desnudo de él acariciándolo a medida que caminaba a su alrededor. Detrás de él lo abarcó con sus brazos, le desabrochó la hebilla del cinturón:

—Te voy a enseñar cómo se invita a pasar a alguien —y arrastró despacio el cinto tirando de él por un extremo para que se desplazara con lentitud por las presillas—. Invitar es proponer, pero con elegancia, con suavidad, para que el otro acepte gustoso, intrigado. Si empujás —aclaró abarcando por sobre la bragueta la erección prominente de Adrián—, puede que la invitada se tropiece y desista. ¿Querés que desista, ingeniero?

—Terminaste por intrigarme, *Susie*. Ahora vas a llegar hasta el final. Tenés la puerta abierta.

Quiero ver cómo entrás.

Sonrió y le entregó un dulce beso en la espalda. Suavizó la presión. Bajó el cierre. Con ambas manos abiertas, fue acompañando el pantalón hacia los talones agachándose con las rodillas juntas y realizando un camino de besos a medida que bajaba.

Disfrutaba de cada caricia. Se obligaba a no perder de vista que estaba con ella y cada vez la tarea le resultaba más complicada.

Primero le quitó un zapato, luego el otro:

—No me gustan los hombres en bóxer y medias. Así que... —comentó quitándose las antes de despojarlo del pantalón. Volvió a pararse repitiendo el mismo mimo anterior pero hacia arriba. Le acarició los hombros. Con suavidad besó de uno a otro lado de su espalda, notando como el vello de él se erizaba—. Veo que te gusta como entro por tus puertas.

Adrián, amparado en que no le veía la cara, dibujó su sonrisa de lado formando el hoyuelo en la mejilla.

Ella introdujo cada índice entre la cintura del bóxer y la piel de él. La contorneó despacio de un lado a otro antes de ir desplazando la prenda hacia abajo.

Su verdugo estaba completamente desnudo, de espaldas ante ella. Todo aquel cuerpo a su merced. Quería besarlo, acariciarlo, curarlo. Se llamó a cordura antes de colocarse cara a cara.

—Así invito yo a un hombre a entrar por mi puerta.

—Demasiado protocolo —indicó tomándola por la nuca y acercándola a su boca—. Mi turno. No la besó. Deslizó el cierre de la espalda del vestido, enredó en sus dedos las tiritas y lo bajó de un tirón dejando que cayera al suelo. Gabriela lleva medias hasta los muslos y conjunto interior negro de encaje:

—Lo sabía. Sabía que encontraría a *Susie*.

Con habilidad desprendió el corpiño arrojándolo hacia atrás. Aferró las tiras del tanga destruyéndolas.

—Mis gustos difieren de los tuyos. Prefiero las

mujeres que como única prenda llevan tacones y medias.

—Y el pelo suelto —acotó Gabriela.

—Finalmente lo aprendiste —la felicitó antes de prenderse a su boca. Antes de caer sobre ella en la cama.

Adrián se alimentaba de su aliento. Gabriela abarcaba con las manos su cara, introducía los dedos en su pelo, subía y bajaba con los pies por las piernas de él.

—Elegiste la puerta caliente.

—Siempre tengo suerte en eso.

La era Renzo estaba completamente sepultada. Eran otros tiempos, corrían otros aires. Morgado iniciaba una nueva época. Irían a la gloria o se quemarían en el infierno. Pero juntos.

Así como las palabras de él transmitían rechazo, su cuerpo infundía calor, ternura, deseo. Adrián la indagaba con la boca, con las manos. Excitado como estaba, continuaba encendiéndola y postergando la unión.

El hambre por él aumentaba con cada caricia,

con cada contacto.

—Quiero cogerte sin barreras —confesó en su entrada.

Gabriela no respondió. También quería sentir su piel sin que mediara un condón.

—Pero no voy a hacerlo. No sos de confianza —estaqueó.

No supo si dudaba de su estado de salud o si temía que pretendía embarazarse.

—Sin protección, mis puertas se cierran —dijo contra sus deseos.

La araña había salido airosa de la prueba.

—Perfecto. Me gusta que coincidamos en eso —comentó separándose, parándose junto a la cama y frente a la mesa de noche. Mostrándole toda su masculinidad, toda la potencia con la que la enfrentaría. Abrió el cajoncito, tomó un condón:

—Ponémelo, chiquita.

Supo que era un desafío. Se mordió el orgullo, dejó salir sus dotes femeninas. Tomó el sobre y lo rompió con los dientes mirándolo a los ojos. Cumplió la orden lentamente. Tomándose todo el

tiempo que le permitiera ver cómo él se contenía. Disfrutando de cada milímetro en el que los ojos de Morgado le indicaban que se diera prisa. Cuando consideró que era tiempo, estaba tan excitada como él. Incluso al borde del orgasmo. Apoyó la palma de su mano completamente abierta en el pubis del hombre que sin tocarla observaba cada gesto.

—¿Qué otra puerta quieres que abra, ingeniero?

Con la misma lentitud, se tendió en la cama de espaldas tomando de la cintura a la mujer que pasó una pierna por sobre él para quedar arrodillada. La bajó sobre su cuerpo ingresando en ella en el primer intento.

—Vas bien —le dijo.

—Siempre —contestó ella.

La mantuvo allí sin permitirle que se moviera. Saciando todo su hambre por ella, disfrutando de su calor, su tersura, su humedad, su necesidad de seguir. Privándola del alivio, obligándola a reconocer que era él quien la tomaba aunque ella estuviera montándolo.

El interior de Gabriela bramaba por más. Pero no le rogaría. Lo obligaría a dárselo. Inclino su cuerpo hacia adelante. Con la yema de los dedos le surco los labios, la barbilla, la nuez de Adán. Bajó por los marcados pectorales masculinos, respiró hondo, gimió entrecerrando los ojos. Adrián latió dentro de ella, la elevó y volvió a calzarla frenando nuevamente el movimiento.

—Mi cama, mi puerta, mi revolcón —la aleccionó.

—Tu deseo es mío. Tus ganas las despierto yo, Morgado. Manejá tu tiempo. Cuanto más lo postergues, más va a gustarme.

Sonrió nuevamente de lado. Movi6 las caderas en círculos. Consideró que era tiempo de ganar la batalla. La empujó contra su pecho. Se arqueó un poco, la tomó por los muslos haciendo que se moviera hacia arriba y hacia abajo. Saboreó sus senos. Gabriela respiraba de manera agitada pero no cerró los ojos. La mirada de Adrián estaba tan clavada en ella como su hombría.

Sintió como lo apresaba una vez tras otra hasta

quedar laxa. La sometió a un par de empujones más antes de estallar. No pudo evitar sentarse completamente y abrazarla.

Gabriela escondió la cara en el cuello de él. Casi lo besa, pero recordó que aquel gesto poscoital no era del agrado de Adrián. Se limitó a absorber su perfume, imposibilitada de contar los latidos frenéticos de él y los propios. Recordó lo que seguía a un buen revolcón. Con suavidad pero también firmeza, posó las manos en el pecho del hombre, instándolo a separarse. Se fue de él, salió de la cama.

Adrián abrió los ojos:

—Te quedan puertas por abrir —le indicó desconcertado.

—No será hoy —contestó segura.

—¿Asustada?

Se acercó a él con la ropa colgando del brazo. Lo tomó por la barbilla, le regaló el beso que había querido darle. Con dulzura, con calor.

—No, ingeniero. Si estoy acá es justamente porque no le temo al lobo feroz.

Él sonrió contento por su respuesta.

—Pédite un taxi.

Sorprendida por el gesto, terminó de subirse el cierre del vestido:

—Soy mayor. Sé irme de la cama de un hombre en la madrugada.

Dio mil vueltas en el lecho hasta que terminó por levantarse y servirse un trago. Quería saber si habría llegado bien a su casa, pero no podía demostrar tal debilidad frente a ella.

Sintió el celular y se apresuró a mirarlo.

ô

u

Había llegado bien. Saberlo le permitió respirar aliviado.

ô

m

CAPÍTULO 15

Y le pertenecía. Ahora sí era completamente suya. Por mucho que sus dientes mordieran, sus ojos lo acariciaban. Era suya y a él nadie le arrebatada nada.

«Esto es una completa mierda», pensó sintiéndose vulnerable.

Pisó algo tirado en el piso. Descubrió que eran los restos del tanga de Gabriela. Lo recuperó, jugó con él entre los dedos.

«Tan suave como ella», pensó y lo guardó en el armario del vestidor.

Pasó el resto del día en el club. Casi todo el tiempo lo dedicó a aporrear la pelota de básquet contra el piso de la cancha y contra el aro. Al salir a la calle, sintió la diferencia de temperatura, sonrió: «Abriste las puertas, chiquita. Hacete cargo».

Rechazó la invitación de la abuela para almorzar ese domingo. Se inventó una salida con compañeros de la fundación. Necesitaba pensar sola sin la intromisión de nadie.

Un hombre no podía odiar y al mismo tiempo entregar tanto. Él no la odiaba, odiaba a Sebastián Arredondo, odiaba de dónde venía y por esa razón no se permitía demostrarle cuánto la anhelaba. Estaba convencida de que la anhelaba, y mucho. Se lo dijo no solo con el cuerpo, se lo confesó con cada mirada. La abuela tenía razón, había que demostrarle que no era la culpable de lo que le hubiera hecho su padre en su estado de locura o embriaguez.

¿Quién podría saber la verdad? ¿Quién podría saber cuál era la culpa que le había originado ese odio?

«¿Marcelo? —se preguntó— ¿Bernarda?»

Precisó de mucha valentía para entrar en la constructora ese lunes. La tranquilidad regresó

cuando escuchó que él pasaría la mañana en la obra del barrio de Varela. Se concentró en su trabajo. En tanto almorzaba en un restaurante cercano envió mensajes a Fátima y Macarena. La primera habría culminado la campaña de D&G y seguramente ya estaría otra vez en medio del bosque sin señal. La segunda contestó de inmediato:

ô

Sonrió. Evidentemente Macarena la había visto irse con Adrián el sábado. No tenía idea de nada y su pregunta era más que acertada.

Al abrirse las puertas del ascensor en el piso dieciocho, Adrián se introdujo en él y pulsó planta baja obstruyéndole el paso.

—Ya almorcé —comunicó—, estoy regresando a cumplir mi trabajo.

El ingeniero la miró desde su altura superior, metió las manos en los bolsillos del traje, se recostó contra una de las paredes del receptáculo:

—Trabajás conmigo en la tarde.

—No traje la cámara...

—No la necesitamos —dijo y se acercó a ella algo inclinado, con las manos todavía encerradas—. No siempre me gusta que me tomen fotos.

—No pensaba ocupar memoria con fotos tuyas.

—No, chiquita. Decí mejor que no te doy tiempo para hacerlas.

—Hoy no tengo ganas de revolcones —le advirtió—, estoy en horario de trabajo.

—No te ilusiones, *Susie*. Vamos a la obra de Varela, quiero tu opinión sobre algo.

Nuevamente estaba con él dentro de un auto. Recordó la ternura con que la había cuidado aquella noche en el lago. Giró para observarlo. Manejaba concentrado en sus pensamientos, escudado detrás de los lentes de sol. Tan bello, tan masculino, tan distante. Insistía en pasarse el dedo pulgar por el labio inferior, con el codo apoyado en la puerta.

—¿Puede poner música? —preguntó cuando supo que la descubrió mirándolo.

Morgado accionó la radio. La voz de Axl Rose confesaba:

*I've searched the universe
(He buscado por el universo)
and found myself
(y me encontré)
within ' her eyes
(dentro de sus ojos).*

No era el tema indicado, no quería escucharlo, cambió el dial. Gabriela comprendió sus motivos y el corazón le brincó en el pecho.

El ingeniero identificó el llamado de Nancy en su celular y accionó el Bluetooth:

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Venga de inmediato, ingeniero —dijo la enfermera—. Creo que tendremos que internarlo.

Frenó y giró el volante haciendo chillar las ruedas del Camaro. Se acomodó en la butaca irguiéndose. Con el codo descargó bronca contra la puerta. Gabriela se aferró al asiento.

Lo vio enojarse, maldecir, lo vio ignorarla asustado y simplemente lo siguió bajándose del auto cuando estacionó en la puerta de un edificio,

cuando se introdujo en el ascensor, cuando entró en un departamento. Lo siguió por el pasillo casi corriendo para no agrandar la distancia ante sus zancadas.

—No podemos seguir atendiéndolo aquí — indicó el médico en cuanto lo vio entrar—. Necesita cuidados intensivos.

—Traiga todo lo que necesiten acá —ordenó Adrián con una mano en la cintura y la otra en la nuca.

—No se puede. Ya lo retuvimos todo lo posible. Hay que llevarlo, la ambulancia está en camino.

—¡Afuera todo el mundo! —gritó desencajado.

Cuando la puerta se cerró y quedó a solas con su padre, se arrodilló al costado de la cama, le tomó una mano, le acarició la frente:

—Acá, viejo. No lo alargues, despedite acá — le rogó.

Roberto Morgado ya no pestañeaba para comunicarse. Su respiración sonaba lejana debajo de la máscara de oxígeno.

No sintió a Gabriela entrar y pararse junto a él.

La descubrió cuando le apoyó la mano en la cabeza, se agachó a su lado y lo abrazó por la espalda.

—No le pidas eso —aconsejó con las lágrimas impidiéndole ver con claridad, con la pena que supo sentía ese hombre junto a la cama de su padre moribundo—, no depende de él. No lo hagas sufrir, no tiene fuerzas.

Alimentado por su odio. Envuelto en impotencia, miedo, dolor, se soltó de ella con violencia, giró con rapidez parándose, tomándola de los codos, elevándola en el aire:

—¡Víbora! —gritó acusándola, sin verla, sin reconocerla—; tu puta sangre lo llevó a esto. ¡Vos y tu maldito padre!

La soltó casi arrojándola, Gabriela pudo mantener el equilibrio para no caer al suelo.

—Salí de este cuarto —amenazó señalándole la puerta—. Salí antes de que me olvide que soy un hombre y te arranque centímetro a centímetro tu piel mutante. ¡Salí! —volvió a gritar—. No te voy a dar el gusto de verlo morir.

El ingeniero no regresó por la empresa esa semana. Gabriela rogaba por verlo, por saber cómo estaba. El odio con el que la miró frente al lecho del padre, le indicó toda la lucha interna que venía enfrentando cada vez que se le acercaba, cada vez que se veía atraído por ella. Marcelo acompañaba a su amigo y tampoco aparecía para contarle cualquier novedad. Todos sabían lo que ocurría. Morgado padre se moría en un sanatorio y su hijo no se despegaba de su lado. Pasó repetidas veces por el escritorio de Regina. No sabía cómo preguntar más allá del acostumbrado “¿Alguna novedad?”, a lo que la secretaria respondía “Todo igual”.

Un miércoles por la noche, el padre lo abandonó. Adrián reconoció el momento exacto.

No permitió que lo velara nadie, ni que Marcelo lo ayudara con los trámites, solo admitió que lo acompañara, y terminado el ritual se encerró en La Serena.

Gabriela necesitaba estar con él. Se conformaba solo con verlo, con sentir que recobraba su aplomo, su postura. Lo imaginaba deshecho y envuelto en su terca hosquedad, que le impedía buscar consuelo. Morgado era un león herido, demasiado herido. Ella quería curar sus heridas.

Esperó saber de él, día tras día. El lunes imaginó que lo encontraría en su despacho. Pensó que se reincorporaría, pero esa semana tampoco tuvo noticias de Adrián.

El viernes, antes de terminar su día de trabajo, entró angustiadísima en la oficina de Marcelo.

—No tengo idea de lo que mi padre le hizo. Sé que es por culpa de él que me odia. Sé por lo que está pasando, también perdí al mío. Pero no quiero que esté solo.

Un irreconocible Marcelo, le clavó la mirada:

—Tu padre llevó al suyo al lugar donde lo viste. Fue tu padre quien le robó las ganas de vivir a Roberto.

—Quiero estar con Adrián —remarcó.

—¿Para qué? ¿Para regodearte en tu triunfo?

—¿De qué me acusás? —le enrostró empujando una silla contra el escritorio— No sabía nada. No sé nada. No soy mi padre. No busqué a Adrián, él vino a mí. Él vino a buscarme para terminar su venganza. Y acá estoy —dijo señalándose—. No me fui. Doy la cara. ¿Quiere descargarse conmigo? ¿Creen que si me destruye se sentirá mejor?

Marcelo agachó la cabeza. Ella no era Sebastián Arredondo. Ella era inocente.

—¿Dónde está? Dejame que vaya con él.

—No —susurró.

—Está solo y sufriendo. Perdió a su padre.

—Yo voy a ir a acompañarlo.

—Decile —rogó sin medir, sin calcular—, que si me necesita yo estoy para él. Decile que no puedo devolverle la vida de su padre, pero puedo darle la mía. Decile que acá estoy, que venga. Que se descargue conmigo, que se saque toda la bronca.

—Estás loca. No tenés ni idea...

—Marcelo, yo sé que después de eso voy a poder curarlo. Yo sé que puedo darle toda la

ternura, todo el calor que necesita. ¡Está solo!

—Tenés un pasaje en el escritorio de Regina. El lunes a primera hora volvés a Esquel.

—¡NO!

—Son órdenes de tu jefe. Con los pasajes te dejó las indicaciones.

Sentada en el piso de su cuarto, recorrió una y otra vez con la yema de los dedos, las letras de aquel papel escrito de puño y letra por Adrián:

“Volvé a Esquel. Quiero fotos de atardeceres y amaneceres. Necesito que verifiques cómo refleja la nieve en el lado este del lago. Hacerlo durante quince días. Fotos de todas esas situaciones por quince días corridos. Ya hice que arreglaran todo para tu estadía. Te alquilaron una 4x4.”

No se despedía, ni siquiera la firmaba.

Le envió un WhatsApp:

ô

Morgado no lo respondió.

ô

Tampoco contestó.

Lo llamó, pero no recogió la llamada. No quería hablar con ella. Sabía perfectamente lo que él sentía y sentirlo en soledad era la peor elección. Cuando su padre murió, ella había estado acompañada de muchos afectos. ¿Quién recogía las lágrimas de Adrián? ¿A quién le permitía hacerlo?

Asolado por la pena, Adrián se refugió en la chacra. Adela respetó sus silencios, se limitó a alimentarlo y arroparlo cuando se quedaba dormido frente al hogar del living. Marcelo estuvo con él los fines de semana, pero era imposible conseguir tan solo un monosílabo como respuesta. El padre de Adrián se había muerto antes de que él pudiera cumplir su venganza y presentársela en bandeja de plata.

En los días que estuvo allí recluido, el agobio por la pena de su pérdida se mezcló con la culpa por querer que Gabriela estuviera a su lado

acompañándolo. Intentó nublarse con alcohol para evitar estar lúcido y desearla. Su amigo lo ayudó a recobrar la razón recordándole que debía regresar a la empresa antes de perderla también. Pero no podía hacerlo si ella estaba allí, y la alejó. Intentó sacarla de su mente en tanto su piel la reclamaba.

Regresó solo después de que ella se hubo ido al sur. Solo cuando estuvo seguro que no se la cruzaría. Necesitaba tiempo para volver a tenerla frente a él y no dejarse llevar por la furia. Debía recobrar la razón y enfriar el dolor en la sangre. Todavía podía vengarlo. Debía enamorarla.

Aceptó el refugio de los brazos de Jéssica. Desoyó todos los consejos de Marcelo. Durante el día se dedicó a trabajar encerrado en su despacho. Por las noches se mareó en pubs con mujeres insulsas. Ojeroso, mal dormido, mal alimentado. Dejó sus sesiones con Salgado por más que el entrenador lo instó a que se ejercitara.

El contador estaba demasiado preocupado. Se arrepentía de no haber llevado a Gabriela hasta La Serena mientras Adrián estuvo allí. Creyó que su

amigo era omnipotente, que podría con la situación y se había equivocado. Hubiera podido afrontar la muerte del padre, incluso el no haber concluido la venganza antes de que este lo dejara, si tal vez lo hubiera enfrentado con ella y el orgullo lo llevara a no desmoronarse. Lo que no podía Adrián era soportar desear tanto a la hija del hombre que era el causante de todos sus pesares.

Buscaba la manera de obligarlo a viajar a Esquel o de traer de regreso a Gabriela, cuando escuchó a un hombre gritar en la recepción, reclamándola.

Casi todo el personal se agolpó a averiguar qué ocurría.

—¡Llamala! ¡Llamala ya! —gritaba Renzo ebrio—. Sé que trabaja acá. Decile que su hombre vino a buscarla.

Desesperado, Marcelo corrió hacia el borracho. Si Adrián se enfrentaba con él en ese estado, lo iba a matar. Llegó tarde. El dueño de la empresa tomó a Renzo por las solapas, lo arrastró hasta la pared, bajó la mirada para tenerlo a tiro:

—¿Qué hombre? Hijo de puta. ¿Qué hombre viene a buscar a Gabriela?

—¡Te la cogiste! Te la cogiste y no me la querés devolver.

—Callate o te mato —advirtió metiéndolo en el ascensor sin soltarlo y ante el estupor de todos.

—Es mía —le aseguró—, me la cojo desde chiquita. Soy el que la hizo mujer.

Adrián no podía contenerse. Odiaba que fuera cierto. No quería imaginar las manos de ese tipo sobre Gabriela. Entregó un rodillazo en el medio de las piernas de Renzo para cobrarse cada vez que hubiera estado en ella. El hombre se dobló en dos exhalando el aire de sus pulmones.

—No la hiciste mujer. Estaría a tu lado si fuera cierto. La abandonaste cuando más te necesitaba.

—¿Quién sos vos? Volví a buscarla y la quiero. Devolvémela. Imposible. No existía retorno. Lo supo. Estuvo seguro.

—No está disponible. Tu tiempo expiró.

—Gabriela es mía —aseguró ayudado por el alcohol y la poca valentía que le quedaba.

—Gabriela tiene dueño. Y no sos vos —aseveró empujándolo hacia la calle.

Marcelo se introdujo en un taxi con el hombre ebrio. Adrián recogió el celular que aquel tipo había perdido. Revisó cada uno de los mensajes que le había enviado a Gabriela y cada una de las respuestas. Él rogaba y ofrecía, ella desistía. El último contacto fue el que lo movilizó:

ô

ô

p

Lo leyó mil veces y cada vez que lo hacía el aire llegaba más hondo a sus pulmones.

Sebastián Arredondo había sido una fría hiena que urdió un plan contra su padre y lo llevó a cabo sin recapacitar ni una sola vez durante los muchos años que se encargó de aniquilarlo. Tampoco él había flaqueado planeando y realizando el suyo... hasta ella. Hasta que conoció a la hija y toda su seguridad, todo su frío razonamiento, se resquebrajó. Sin permitirse ni una duda, la condenó haciéndola merecedora de su odio.

Continuó con su plan como si frente a él estuviera Arredondo padre. No era cierto. Gabriela llevaba el apellido pero no era su padre.

CAPÍTULO 16

Tomó el primer vuelo de la tarde. No podía respirar, la necesitaba. Llegó a la hostería sintiendo que por fin podría abrazarla y confirmar lo que le había dicho a Renzo. Gabriela era suya. Él era su dueño. Tenía que comprobarlo. Terminó por convencerse que sintiéndola se cansaría de ella y lograría acabar con los dos problemas que ocupaban su mente. Una bala, dos pájaros muertos.

—La señorita Arredondo no está parando acá —comunicó el recepcionista.

—¿Cómo que no?! —preguntó contrariado.

—La señorita solo viene a bañarse y llevarse la vianda para comer en el lago.

—Pero... ¿duerme acá?

—No.

«Maldita.»

—Duerme en la carpa —agregó.

Completamente loca. Dormía en una carpa en pleno septiembre para registrar amaneceres y atardeceres. Su exigencia no había sido tan alta cuando le encomendó el trabajo. Pero aun así, averiguó:

—¿Sola?

—Eso no lo sé —contestó el empleado incómodo.

Dejó su bolso en la suite. Pidió un medio de transporte. Fue a buscarla.

Recorría el lago cuando divisó la 4x4 que le dijeron que ella usaba. Respiró aliviado, acercó el auto. Gabriela dormía sentada en la hierba, con los brazos rodeando las rodillas, la cabeza inclinada sobre las mismas. Hacía demasiado frío, el fuego de la fogata solo emitía humo. Se agachó a su lado, la abarcó con su cuerpo.

La muchacha se soltó asustada y cayó de bruces hacia adelante. Giró en el piso para reconocer al supuesto atacante, mostrando un cuchillo en la mano derecha.

—Te estabas congelando —dijo a manera de saludo.

No podía creer lo que veían sus ojos. La sangre se le agolpó en la garganta, el cuchillo cayó en la hierba. Vio la pena, vio el sufrimiento por el que había pasado. Quiso colgarse de su cuello, besarlo, amarlo, hacerle olvidar que era hija de Arredondo y pagarle cada gota de dolor con su amor.

—¿Qué hacés acá? —preguntó sin embargo.

—Vine a ver si hacías bien lo que te ordené —contestó tendiéndole la mano para que se incorporara.

Gabriela se levantó sin su ayuda. Él seguía en pie de guerra y su razón le decía que debía ir despacio. Adrián guardó las manos en los bolsillos del pantalón.

—Me parece un poco exagerado de tu parte instalarte con una carpa en medio de la nada con este frío.

—Estoy acostumbrada —respondió sacudiéndose la tierra en el pantalón y sin mirarlo.

—No parece, viendo tu cara. El fuego se te apagó. Si yo no aparecía, seguro que te congelabas o te comían los bichos.

La fotografía no soportaba estar en la misma hostería donde había sido suya, donde la había cuidado. Prefería pasar casi todo el tiempo sola en la carpa, recordándolo, imaginando cómo hacer para llegar a él. Pensando en Adrián, pero lejos de las imágenes que hacían tan concreta su impronta. Ese hombre necesitaba calor. Como el que le había entregado cuando ella se descompuso por el frío. Estaba lleno de barreras, demasiadas barreras y la más difícil de fracturar era la que la acusaba de ser una Arredondo. Una Arredondo que lo enfrentaba y que cuando intentó brindarle ternura él leyó compasión. O lo que podía ser peor, victoria.

—Estaba esperando a que anocheciera —informó buscando entender si estaba frente al ingeniero y sus demonios, o frente al Adrián protector.

—Ya veo. Dormida.

—No me hubiera pasado nada. Siempre me vienen a buscar para ir a cenar —comentó con intención de que no se sintiera culpable.

El efecto no fue el deseado.

¿Quién la llevaba a cenar? ¿Con quién dormía en esa carpa? Adrián giró para calcular el tamaño de la misma. Allí no podrían caber dos personas. La pasaban a buscar y dormía en otra parte. ¡Qué ingenuo había sido! Imaginar que una Arredondo podría dormir en el medio de la nada, solo porque él le había ordenado hacer determinadas tomas.

—Espero que te hayan traído de vuelta todos los días a tiempo para que registraras los amaneceres.

—Yo siempre hago mi trabajo —contestó.

—Hoy vas a hacer horas extras.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

—Subite a mi auto —ordenó como era su costumbre.

La llevó a la hostería. Quien quiera que fuera el que iría a buscarla, se devanaría los sesos tratando de saber qué era de ella.

Se mantuvieron en silencio. Pidieron sus llaves.

Adrián la acompañó hasta el cuarto. Esperó a que abriera y se introdujo con ella.

—Necesito ducharme, cambiarme y si quiere después le muestro el trabajo —propuso.

Conocía lo difícil que era para Adrián estar frente a ella. Culpaba al padre de la enfermedad y muerte del suyo. Para él, desearla era una tortura. Sin embargo estaba allí y ella quería consolarlo. Pero no era el momento. Todavía estaba demasiado alterado y ella conmovida hasta el alma por verlo.

El ingeniero no estaba interesado en las fotos. No era esa la idea con la que fue a su encuentro.

—Tu novio vino a buscarte a la empresa —comunicó para ver su reacción.

Gabriela empalideció.

—No tengo novio —dijo.

—Vas a tener que explicárselo a él, parece que se considera tu dueño —aclaró dando dos zancadas para pegarse a su cuerpo—: ¿Quién es tu dueño, Gabriela Arredondo?

Vio la furia, pero también las carencias. Vio los

días de dolor en los que se había recluido lejos de todo para llorar a su padre. Vio la necesidad que tenía de ella. Quiso gritarle que él era su dueño, abrir los brazos para recibirlo, para que se sintiera seguro.

—Mi dueño es el hombre que supo cuidarme.

Adrián no quería oírla. La había dejado sola demasiados días envuelto en su pena y alguien la había cobijado en su nido. Algo dejó entrever con su mirada para que Gabriela reuniera bríos y continuara:

—Soy su tortura y él es la culpa que me corroe el alma.

¿Hablabas de él? Por si no era así, indagó:

—Veo que te conoce. Estar con vos debe ser una tortura.

Sacaba las garras, lo había hecho dudar. Tenía que volver a traerlo a la realidad de sus sentimientos. A esos que se podían ver dentro de sus ojos castaño aceitinado.

—Lo sé, por eso lo comprendo y lo espero —explicó—. Entiendo su lucha, comprendo sus

temores. Sufro su dolor. Aquí estaré siempre, para cuando necesite calor.

—De eso también puedo dar fe —trató con intención de insultarla—, sos una gata caliente.

Gabriela no se lo tuvo en cuenta:

—Él me enseñó cuánto necesitamos del abrigo del otro.

Se había cansado. Estaba harto de escucharla hablar sin que terminara de definir a quién se refería. Más allá de su venganza, la quería para él. Tal vez la araña estaba tejiendo la red, tal vez intentaba alejarlo para siempre, no lo sabía. Pero lo comprobaría. De una vez por todas le exigiría un nombre:

—¿Quién es tu dueño? —repitió a milímetros de su boca, con los cuerpos pegados, con su mano sosteniéndola con fuerza por la cintura, con su corazón rogando por una respuesta.

—Vos —confesó finalmente mirándolo y arriesgándose a que se aprovechara de eso—. Vos sos mi dueño.

—Me saliste muy barata —atacó para no

tentarse con todo lo que esos ojos le ofrecían. Para no dejarle ver el alivio que sentía—. No sé si quiera conservarte.

—Yo puedo suavizar tus heridas, calmar tu dolor —respondió conteniendo las lágrimas—. ¿Qué buscás hoy, Adrián?

No quería creerle. Era la hija de Sebastián. La que lo enfrentó, la que pretendió enseñarle a abrir puertas. La que él fue a buscar a miles de kilómetros antes de que cualquier idiota pretendiera quitársela. La que se decía suya y esperaba a otro en el medio de la nada y junto a una carpa.

Gabriela entendió su duda:

—No puedo remediar el daño que te causaron. Así como pagaré el dinero que se te debe, también pagaré por el dolor que te provocaron.

—No —dijo apoyando la cabeza en la de ella—. No necesito tu compasión —aseguró antes de dar media vuelta, salir por la puerta, subirse a la 4x4 y poner rumbo a La Hoya.

Gabriela quedó desolada. No sabía curarlo. No

sabía consolarlo.

Se duchó y bajó al salón restaurante esperando encontrarlo allí. El conserje le dijo que Morgado había salido en la camioneta al poquito rato de llegar con ella. Lo esperó en la calle. La ansiedad le impedía continuar adentro y desconocía hacia dónde habría ido. Era un león herido que insistía en recurrir a su acostumbrado y frío raciocinio. Gabriela no era una domadora. Era el sol que deseaba templarlo, el lago que le entregaría la calma, la brisa que se llevaría su dolor. Defenderse de sus estocadas solo había servido para intrigarlo, tal vez para seducirlo, pero en ese momento él había ido a buscarla a miles de kilómetros envuelto en una lucha interna entre el deber que creía le debía al padre y lo que sentía por ella. Si la quería o no, no podía saberlo en ese momento. Solo tenía claro que él sufría y que ella quería consolarlo. Seguramente había ido a su encuentro para terminar de entender qué le ocurría

con ella. Si solo quisiera continuar hostigándola, hubiera sido suficiente con ordenarle regresar a Buenos Aires.

Llegó cerca de las diez de la noche. La divisó antes de estacionar. Otra vez hecha un bollo, otra vez muerta de frío.

—¿Estás intentando pescarte una pulmonía?

—¿Me volverías a cuidar si así fuera?

Morgado se agachó junto a ella, la abrazó con todo el cuerpo, posó en los fríos labios de la muchacha los suyos:

—Jamás dejo a un animal sin un techo.

—No lo hagas hoy tampoco —propuso.

—Sos una Arredondo —le indicó, tal y como se lo repitió mil veces a sí mismo desde que huyó de su lado al escucharla decir que él era su dueño.

—Pero la Arredondo que pagará las deudas.

Su frase le golpeó en la entrepierna y en el corazón.

—Sos un revolcón más, *Susie* —dijo tratando

de convencerse.

—No —aseguró—. Soy quien cancelará con amor las culpas de otros.

Se separó de ella con brusquedad. No soportó escuchar esa confesión:

—No hables de amor.

—No podés impedírmelo. Lo que yo sienta es de mi propiedad —sostuvo todavía sentada—. Ni todos tus contratos pueden quitármelo.

—Danos el justo nombre. Somos un revolcón. Una calentura que los dos queremos quitarnos.

—Tu odio te impide ver lo que realmente sentís.

—Te ponés vanidosa en el sur —se burló. Tenía que frenarla, debía parar a esa mujer que insistía en asegurar con palabras lo que le gritaba con los ojos.

—Estás herido y tu dolor me duele —confesó irguiéndose—. Estamos enfrentados negándonos a vivir lo que sentimos, cuando lo único que necesitás es mi ternura y lo único que quiero es dártela.

—No le creo a las mujeres —confesó volviendo

a pegarse a ella—, y menos a vos.

—Lo sé —dijo acariciándole las marcas en la frente, las ojeras de tantas noches de pena, los labios que sabía la anhelaban—, pero yo sí te creo. Yo creo cuando tus ojos me dicen todo lo contrario que tus palabras. Creo cuando tus manos me tocan esperando que las cobije. Creo cuando tu corazón late frenético a mi lado. Yo creo en cada caricia que querés darme.

Abrazándola la llevó hasta la suite. Con suavidad la despojó de la ropa. La razón le decía que la tomara y no la dejara hablar. Que enfriara cualquier sentimentalismo que le impidiera llevar a cabo su plan. Hacerla suya, enamorarla, despojarla de todo y abandonarla. Se quitó la campera y el resto de la ropa. Gabriela no lo ayudó, lo esperó quieta.

—Acostate en la cama —ordenó.

—No —dijo segura—. No es sexo lo que viniste a buscar. No es eso lo que necesitás.

—Lo que vine a buscar y lo que quiero, solo yo lo sé.

—¿Qué quieres, Adrián?

—Que cierres la boca —indicó clavándole la mirada—, que no te pongas a hablar de lo que no tenés ni idea.

—Algo de eso es cierto. No tengo idea de por qué me endilgás a mí lo que te hicieron. No tengo idea de por qué te negás a aceptar la tabla de salvación a la que morís por aferrarte.

—Callate —solicitó acariciándole la mejilla—. Solo... cerrá la boca.

Gabriela sintió esas palabras como un grito desesperado de auxilio. Morgado en su omnipotencia, flaqueaba. Se mostraba incapacitado de odiarla. Vulnerable ante ella. El león herido necesitaba cuidados aunque siguiera rugiendo. Posó la palma de la mano sobre el corazón de Adrián buscando llegar a él.

—¿Dónde terminan tus demonios? ¿Dónde estás vos realmente?

—No quiero tu amor —explicó arrastrándola con él al lecho, tirándose sobre ella, encendiéndola con sus manos, con su boca.

Amparándose en su aliento para sostenerse.

La hizo suya otra vez. Quiso quedarse con su alma pero solo confirmó cuánto la necesitaba. Rugió sobre ella al saciarse. La muchacha lo rodeó con los brazos y las piernas. Apenas podía moverse por el peso del cuerpo de él y aun así lo acunó.

—Estoy acá, Adrián. Ya descargaste la furia, ahora descansa. Ya llegará la calma.

Despertó recostada en su pecho, otra vez enlazada en su brazo. Quiso averiguar qué era la herida que apenas había podido vislumbrar en el hombro izquierdo de Adrián. Se aseguró de que estaba dormido. Con mucho cuidado para no despertarlo, llevó los dedos hacia allí y palpó. Parecía un relieve en la piel. Volvió a apoyar la mano sobre el corazón del hombre para sentirlo latir. Le dio uno, dos, tres suaves besos. Volvió a quedarse dormida.

Adrián no alteró su respiración cuando ella

indagó la escarificación que se hiciera en el brazo. Un siete y un cero hecho a tajos en la piel para no olvidar, para recordar siempre que siete fueron los años que Bernarda los engañó a todos mientras era la amante de Arredondo y cumplía sus órdenes. Siete años en los que ese hombre entraba en la empresa como el comercializador de las obras, en tanto se acostaba con la mujer del dueño. Siete años en los que ese hijo de puta la había usado hasta el día en que Bernarda murió en brazos de Roberto callando su verdad, ocultando su traición. Cero las veces que ese mierda había ido a visitarla, cero las veces que había confesado, mientras miraba a la cara a Roberto Morgado, que le había presentado a su amante para que lo enamorara, para que se convirtiera en su esposa, para que lo dejara sin nada, en tanto se revolcaba con ella frente a sus narices. Cero era el número que Adrián pensaba dejarle en su cuenta bancaria, en su recuento patrimonial, en los afectos a su alrededor. Cero, la nada misma. El día que descubrió el engaño en aquel maldito bar junto a

Marcelo, decidió ocultárselo a su padre. Pero le revolvía las tripas ver a Roberto llorar su pérdida junto al traidor y terminó contándoselo. Maldito el día, maldita la hora en que su putísimo orgullo no se mordió la lengua. Allí comenzó la debacle, allí empezó a perder a su padre. La verdad provocó el infarto y el no poder gritar su bronca, lo privó del habla.

Adrián llevaba demasiado tiempo fingiendo ante Arredondo que no sabía de la traición, que no conocía sus dos caras. Años guardándose las ganas de arrancarle las tripas. Adrián había pasado demasiado tiempo urdiendo su plan, trabajando duro para llevarlo a cabo. Tiempo tentando a Arredondo para que invirtiera en el mercado de valores, pasándole data de negocios que a corto plazo le reeditaban y metiéndolo en el vicio del dinero fácil, para en determinado momento dejarlo solo y a su suerte. Una trama bien armada por Marcelo, y Arredondo en su arrogancia creyó no necesitarlos. Adrián esperó hasta que el hombre, acorralado, le pidió ayuda.

Por fin había llegado el tiempo de cosechar, el tiempo de regodearse. Y el hijo de puta se moría antes de que él pudiera llegar al final enrostrándole su verdad, su odio. Se murió y desde la tumba volvía a sacar su cara traicionera. Volvía a ponerlo en jaque. Sobre la mesa y al final, había tirado su as de triunfo, Gabriela. La mujer que ahora estaba en sus brazos recorriendo intrigada esos números, desconociendo todo, ignorando las razones. Una mujer que llevaba en la sangre la marca del dolor que se les había causado, el recuerdo de que no había podido culminar su venganza, de que no había hecho justicia. Una carta de triunfo que ni Arredondo sabía que poseía pero le estaba dando resultado. Allí estaba él, que con años de odiarlo se sensibilizaba por la piel de la hija de aquel hombre, por sus ojos limpios, por su deseo de curarlo, de borrarle la furia. Era imposible. Nada podía quitarle el veneno acumulado en tanto tiempo. Nada podría hacerle creer en las caricias de una mujer, en sus palabras, en sus promesas.

Pero la necesitaba. Necesitaba ese cuerpo tibio. Se había propuesto concretar en ella lo que no había culminado con el padre. Se había propuesto bailar sobre la tumba de Arredondo llevándole el corazón herido y abandonado de la hija. Se había engañado a él mismo. Había llegado el momento de sincerarse. No podría hacerlo. La hora de tomar la decisión final era impostergable. No tendría el valor para destruirla, tampoco para olvidarse de todo y entregarse a amarla.

—No sé por qué te hiciste esto —dijo Gabriela adormilada, acariciando nuevamente la escarificación—, pero voy a revertir su significado.

—No podés revertir lo que desconocés —comentó molesto por no haber detectado que estaba despierta—. No divagues. Somos dos personas que se atraieron, se dejaron llevar por el momento, tuvieron sexo y mañana cada una seguirá con su vida.

—No —lo enfrentó—. Somos dos almas heridas que se encontraron en la batalla y se están

preguntando para quién pelean.

—¿Para quién peleás, Gabriela? —preguntó muy serio y distante.

—Para mí.

—Yo también —aseguró.

—Por primera vez, peleo para mí —agregó.

—¿Cuál es tu meta?

—Ser feliz.

Adrián se rio con ganas, se desprendió de ella, salió de la cama. Gabriela lo siguió con la mirada. ¿Por qué le había entregado su primera risa justo en ese momento?

—Conmigo no podés ser feliz. Te miro —dijo envuelto en su propia tortura— y veo a tu padre.

—¿Qué te hizo mi padre?

Regresó para inclinarse hacia ella, la miró a los ojos con ambas manos apoyadas en la cama y a la altura de las caderas femeninas:

—Me robó al mío.

—Eso es lo que siente tu corazón. Es el dolor que te embarga —explicó—, pero llegados a este punto, es justo que me expliques cómo lo hizo.

—Llegados a este punto, tenés dos caminos, seguir disfrutando que hoy te tengo ganas, o irte.

Herida, Gabriela clavó la mirada en el brazo que le impedía levantarse, Morgado lo retiró. Se levantó de la cama, se vistió en silencio en tanto Adrián no quitaba ojo de las sábanas vacías.

Antes de abrir la puerta le dijo:

—Pretendía que comprendieras que puedo suavizar tu pena. Que puedo poner cariño ahí donde te lo negaron. Regalarte las sonrisas que te borrarán las lágrimas. Pero el orgullo no te permite ver que no soy mi padre, que no te robé nada; y mi estupidez no me deja entender que podré pagar las deudas del dinero, pero no del alma.

No la miró mientras se lo decía. No la miró cuando salió de la suite. Gabriela regresó a su cuarto. Adrián maldijo al destino que una y otra vez se ensañaba con él.

Tenía que volver a atraerla. Tenía que retenerla a su lado con algo más que un contrato. La manera en que Gabriela abandonó la suite, era más una

renuncia que una promesa. Estaba cerrando las puertas que pretendía que ella abriera. Viajó kilómetros sintiendo en su interior que era inocente y al llegar otra vez se instaló la duda.

ô

o

m

ô

m

, así evitaría verlo en la mañana.

No dio resultado.

ô

l

s

«Cretino.»

No eran las ocho de la mañana y su jefe ya estaba sentado en una mesa. No la había esperado. Frente a sí tenía la taza de café, las tostadas y el queso.

—Buen día —lo saludó poniendo frente a él la memoria de la Cannon, acercándose a la barra para servirse el desayuno.

Adrián no respondió, ella no le dio tiempo. Introdujo la memoria en la notebook. No podía quitar los ojos de esa melena aprisionada con la gomita, de esa espalda torneada, de ese trasero adorable. Observó el cuerpo de Gabriela con apetito, desde el pelo hasta las botas de montaña. Disimuló cuando la muchacha se dio la vuelta portando una bandeja y se sentó frente a él. La ignoró aun mientras aspiraba su perfume fresco.

—Veremos si tenemos todo lo que necesitamos o deberás regresar por más. Hice traer tu campamento y la camioneta que te alquilamos.

—Un error —mencionó ella—, si tengo que seguir tomando fotos, voy a necesitarlos.

Estaba por responderle, cuando vio a Bautista abrazándola por detrás, dándole besos en el cuello otra vez y ella no se movió. No se alteró. Las caricias le eran familiares. Era el hombre que seguramente la recogía para llevarla a cenar a diario.

El modelo elevó el dedo pulgar guiñándole un ojo a Adrián. Tomó una silla, se sentó en ella

cabalgándola, apoyó los brazos cruzados sobre el respaldo y dejó caer sobre los mismos su barbilla:

—Te necesito, muñequita.

Adrián pudo haberse cortado la palma de la mano por la presión que ejerció con el cuchillo de untar sobre la tostada. Pero su cara no reflejó ninguna emoción.

—Fátima anda sin señal —comentó— y quiero unas fotos en La Hoya para sumar al *book*.

—Hoy tengo trabajo —dijo apenada.

Bautista acercó su mano a la mejilla de Gabriela, la acarició, caminó con ella hasta la gomita que le sujetaba el cabello, se la quitó y la colocó en su muñeca como si fuera un trofeo.

Gabriela sonrió. Adrián se comió su propio hígado: «Devolvésela ya mismo. Su pelo suelto es para mí. Solo yo la libero».

—Dámela Bauty —rogó haciendo pucherito—, tengo que ir a la montaña y con el viento el pelo me tapa la lente.

—Solo si me prometés que me vas a hacer esas fotos.

—Te digo que tengo trabajo.

—¿Con él? —preguntó mirando a Morgado y tomando un sorbo de la taza de ella con total familiaridad.

—Sí. Conmigo —respondió muy serio—. La contraté y no terminó su trabajo.

—¿Y cuándo estará libre? —preguntó con desfachatez y sin saber ante quién estaba.

—Nos vamos en cuanto termine de desayunar.

—Bueno —propuso Bautista ignorando a Adrián y mirando a los ojos a Gabriela, muy cerca de su cara—, para la nohecita seguro estarás libre. No creo que el señor te explote. Te paso a buscar, vamos a mi hotel, me sacás algunas en ropa interior en mi suite y después vamos a la montaña...

—Tendrán que alquilar un equipo de iluminación —recomendó el ingeniero—. En la montaña no tienen luz suficiente en la noche.

—Vos no te preocupes por eso —desestimó Bautista—. Mi muñeca sabe qué necesito y ella siempre viene preparada, ¿verdad, Gaby?

Quería matarlo, descuartizarlo miembro a miembro, destruir esa sonrisa pedante y ganadora. Pero si dejaba aflorar lo que sentía, Gabriela se sabría vencedora. Jamás le daría ese placer. No ese.

—Muy bien —comentó levantándose y cerrando la notebook—, era una sugerencia para que te ocupes vos de conseguir el equipo, ella llegará tarde. Nos vamos.

Imaginó que dejaría a su amigo de inmediato y correría a su cuarto a prepararse para partir a trabajar con él. No fue así. Gabriela se incorporó junto con Bautista, el hombre la rodeó por la cintura, juntos salieron a la calle lejos de la mirada inquisidora del jefe.

—Así que ese es al que tu amiga Fátima llama “el malote”.

Gabriela sonrió:

—El mismo que viste y calza.

—Debe calzar muy bien, no tenés cara de decepcionada.

—No imagines lo que no es, Bauty. El tipo tiene

un carácter de perros y...

—Y te tiene más ganas que las que yo tengo por posicionarme en el Top.

—Algo así, pero...

—Y vos no te quedás atrás. Conmigo no finjas. Te vino de primera mi visita. Sin pensarlo nos salió redondito. Tuve suerte de que no me llenara la cara de dedos.

—Sí —aceptó riéndose—, tuviste mucha suerte.

—Imaginate cómo rebuznará esta noche pensando que voy a estar a solas con vos en mi suite y en bóxer.

—No vamos a estar solos. Entre el iluminador, la maquilladora...

—Pero él no tiene idea de eso, muñequita.

Ni una sola palabra, ninguna mención al desayuno. Juntos en la camioneta y el único sonido era el que esta provocaba. Era posible que Morgado no respirara siquiera, escondido detrás de sus lentes de sol.

Al llegar a un claro, estacionó.

—Bajate.

La muchacha cumplió la orden. Él señaló hacia el lado opuesto del lago:

—Ahí voy a construir —explicó.

Gabriela no ocultó su cara de disgusto.

—No lo voy a arruinar —advirtió antes de comenzar a contarle.

—Mi padre fundó la empresa. Era una constructora chica, pero sólida. La armó a pulmón. Después... se enfermó y comenzaron los problemas —aseguró, pero no dio detalles—. Ya no podía ocuparse, yo lo ayudaba pero recién me había recibido y... —sacudió la cabeza. Claramente hacía baches en la entrega de la información—. Lo cierto es que para cuando pude hacerme cargo, me enfrasqué en llevar a la práctica construcciones sustentables. A eso me dedico —explicó mirándola—. Soy pronaturaleza y en eso basé mi éxito. Te ordené este trabajo porque necesitaba tener muy en claro el movimiento del sol. Pero lo quería reflejado en el

justo lugar donde voy a construir.

—No lo sabía.

—No, chiquita. Hay miles de cosas que vos no sabés, pero te gusta sacar conclusiones rápidas. Ya te lo dije.

—Si me lo hubiera explicado en lugar de dejar que continuara equivocada...

—Estoy entregándote gratis una gran explicación —remarcó—. Antes de sacar conclusiones, antes de emitir opiniones —le advirtió arrinconándola contra el tronco de un alerce— pensá bien si tenés toda la data que consolide tus aseveraciones.

—¿Te referís a mi opinión de vos como ingeniero, o a lo que siento?

—Se aplica en todos los órdenes de la vida —afirmó Adrián.

—Todo sería más fácil si me sacás del error en el momento. Si me das la información correcta. Si no te ponés en intricante...

—Ahí está el punto. No tenés que emitir opinión hasta no estar segura de tener la data correcta. No

me gusta repetir las cosas. Prestá más atención.

—¿Sabés a lo que le presto atención? Voy a decírtelo. Le presto atención a tus ojos, a tu cuerpo. Le presto atención a tu respiración, a los latidos de tu corazón. Decime, ingeniero, ¿quién me tira la data equivocada? ¿Ellos o tus palabras?

Adrián la tomó por el cuello y la cintura, se hizo de esa boca que no dejaba de hablar. Se metió en ella hambriento y desesperado. Le hizo sentir la urgencia de su virilidad, la potencia de sus caderas. Gabriela gimió cuando le entregó un leve respiro.

—No tengo la data equivocada, ingeniero. Es usted quien se niega a reconocerla.

—Me tuteás y me tratás de usted, según tu conveniencia.

—Me acariciás y me apedreás, según la tuya.

—¿Te gusta el modelo? —preguntó sacándola del tema.

—¿Celoso? —retrucó.

Adrián le desabrochó el pantalón de jean, introdujo la mano entre ella y la ropa interior.

—No puedo estar celoso de nadie, cuando compruebo lo que te provooco con solo besarte.

—Puede que yo tenga respuestas rápidas a distintos estímulos —atacó sin alejarlo.

—Hoy —le advirtió excitándola—, cuando estés con él, fijate si lo sentís como me sentís a mí.

—Hoy —contestó—, cuando esté con Bautista, voy a poner toda mi energía en olvidarte.

Dio por concluido el estímulo. La dejó bramando por él en silencio.

La muchacha recompuso su ropa con más rapidez que su gesto y dijo tratando de justificar su situación:

—Cuando no se lo alimenta, el amor muere de inanición. Y no es bueno dejarse morir, ni de amor ni de hambre.

Adrián la miró recostado en un árbol. Con una mano en el bolsillo del pantalón y con el dedo pulgar de la otra acariciándose el labio inferior, sonriendo de lado, mirando por debajo de las cejas:

—Seguís sumando errores, *Susie*. No hay amor,

no existe eso.

—Te negás a verlo.

—Lo que existe es calentura. Sexo. Buen sexo. Solo eso. La mujer que logre hacerme cambiar de idea —acotó para desafiarla y llevarla a su terreno, el de la venganza—, jamás lo conseguiría paseando frente a mis narices con sus amantes.

—Ahí están tus problemas, Morgado. No te gusta ver la realidad. Te duele, te jode —aseguró acortando la distancia—. No querés reconocer lo que sentís por mí porque no soportás que te lo provoque una Arredondo. Preferís mentirte y que te mientan. Te creaste un mundo paralelo donde vos decidís cuál es la verdad.

—La verdad es una sola. Sos una Arredondo y en la noche estarás con tu amante.

—Y voy a dejarme llevar por sus caricias —aseguró viendo cómo apretaba los dientes—, voy a devolverle cada dulzura que me entregue. Porque soy joven, tengo necesidades de mujer y estoy frente a un necio que calienta la pava para que tome mate con otro.

Adrián se dejó caer recostado en el árbol hasta sentarse en el piso, llevando ambas manos a su entrepierna, riéndose a carcajadas, achicando los ojos, hinchándosele la vena en la frente. El efecto que causó en Gabriela fue de un profundo estupor. Quedó hechizada en la imagen de su risa, en su sonido. Embelesada, conmovida:

—Es hermoso verte reír —dijo con sinceridad.

—Hacé este tipo de bromas seguido y me vas a ver reír con ganas. Se arrodilló a su lado:

—¡Qué distinto podría ser todo!

Morgado tomó la cara de ella entre sus manos.

—Sos muy graciosa, chiquita. Muy divertida y sexy. Me entretenés. Hasta me están dando ganas de terminar lo que empecé hace un rato.

El orgullo de Gabriela la despertó de la ensoñación:

—Pero existe un obstáculo.

—Tu sangre.

—No —dijo con coraje—, vos. El gran obstáculo sos vos y tu gusto por perder el tiempo —se levantó, caminó dos pasos hacia atrás—. Me

enfrié. Pude pensar y decidí.

—¿Qué decidiste? —preguntó mirándola de lado.

—Que mi cita de esta noche maneja mejor el ritmo. Mejor espero hasta entonces.

—Te propongo una cosa —dijo sin levantarse —, mañana en el desayuno compartimos experiencias. Te voy a dar permiso para que hables con la mujer con la que me revuelque esta noche —se irguió, pasó cerca de ella y mientras abría la puerta de la 4x4 culminó—: Eso si le queda aliento para contarte.

—Eso —contestó mordiéndose la rabia y entrando a la camioneta— si no desayuno con Bauty en su cuarto.

CAPÍTULO 17

*L*a retuvo todo lo que le fue posible en su suite. La obligó a mostrarle una y mil fotos del lago. Criticó todo aquello de lo que pudo agarrarse. Gabriela mostró su fastidio bufando más de una vez, mirando con impaciencia el reloj. Se iría, se iría con el modelo y no encontraba cómo evitarlo. Tenía que dejarla ir sin exponerse:

—Me estás demorando, chiquita. Tengo que ducharme.

—Lo siento, ingeniero —masculló—. Espero que el material sirva porque según tengo entendido, el trabajo acá terminó.

Adrián abrió la puerta de la suite para que se fuera. Gabriela recogió su equipo. Cuando pasaba junto a él le obstruyó la salida:

—Estoy tentado de que me bañes, de dejar que te empaches con el cuerpo de un hombre.

—Será en otra oportunidad —respondió—. Mi contrato no incluye esa cláusula.

Morgado sonrió y la dejó pasar. Gabriela recorrió el pasillo hasta su cuarto maldiciéndolo.

La arrojó en brazos de otro por no dar el brazo a torcer. Por no decirle que deseaba que se quedara. Por no pedirle que lo ayudara a olvidar, terminó enseñándole el camino para que otro intentara borrarlo de la vida de Gabriela.

«No puedo seguir así —reconoció—; tengo que decidirme.»

Era imperioso determinar qué rumbo tomar. O basaba su venganza en humillarla constantemente o postergaba la humillación enamorándola primero. En ambos casos no tenía que descuidarse, ella sabía abordarlo.

Quería estar con ella, quería tenerla bajo su dominio y sentir a esa mujer enamorada, entregada por completo, sin la guardia en alto, sumisa. Se molestó cuando, al pensarlo, no solo su virilidad acusó recibo, algo desde su pecho pujó por salir. Respiró hondo, visualizó su meta: «Sumisa,

chiquita. Bebiendo de mi mano. Rogando por mis caricias. Así te quiero y así te voy a tener».

Había elegido centrar su carrera en fotografiar la naturaleza, pero tuvo que reconocer que las fotos publicitarias eran más entretenidas, sobre todo cuando el modelo era Bautista. Las risas eran continuas, la maquilladora hacía malabares para que se estuviera quieto y le permitiera hacer su trabajo. La vestuarista buscaba excusas para acomodarle la ropa y él le guiñaba el ojo a Gabriela para que registrara esos momentos. Relajado, simpático, agradable. Sabedor de sus encantos y generoso con las féminas. Tomaron las fotos del hotel y se dirigieron hacia La Hoya, cargando con ellos todo el equipo en una Traffic.

Regresaron cerca de medianoche; no habían cenado y se apresuraron a bajar del vehículo. Gabriela trastabilló perdiendo el equilibrio por culpa de la risa que le provocó una broma de Bautista. Al levantar la cabeza lo vio. Morgado,

apoyado en el capó de la camioneta, la miraba serio. Enmudeció, la risa desapareció de su cara, el cuerpo se le paralizó. Su amigo, ayudando a bajar el equipo, no se dio cuenta de la situación y no fue a socorrerla.

Adrián le tendió la mano y la sostuvo en alto esperando respuesta. Caminó dubitativa los diez pasos que los separaban, pero mantuvo la distancia cuando aceptó su mano.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Sí.

—Escucho.

Tiró de ella hasta quedar unidos por las caderas, la encerró en un abrazo:

—Quiero que me expliques la realidad que vos ves.

—No entiendo.

—Dijiste que veo solo lo que quiero. Mostrame qué ves vos.

—No.

—¿Te acobardaste? ¿O era otra artimaña?

—Ninguna de las dos cosas. El jueguito de

montaña rusa que te gusta jugar a mi costa, se acabó. Me bajé del carrito, Morgado. No soy masoquista y estar a tu lado es convertirse en eso. Si querés saber, empezá por aclarar. Empezá por decirme de qué acusás a mi padre.

—No estás preparada para saber la verdad — dijo acariciándole la espalda con la mano, entre la campera de abrigo y el suéter.

—Entonces no acepto. Y te ruego que me sueltes. No cené y me están esperando.

La besó con pasión. La aferró a él.

—Empecemos por ahí. Alimentando. Dijiste que era necesario.

No esperó respuesta, no le entregó chances. La introdujo en la camioneta, arrancó, la llevó hacia la hostería frente a la mirada de Bautista y sus compañeros de trabajo.

Su amigo le envió un WhatsApp:

ô

—Apagá el celular —ordenó.

—Mi contrato no incluye obedecerlo en eso, ingeniero.

—Me está cansando que no hagas lo que te digo.

—Écheme —lo instó—, si no cumplo puede hacerlo.

—Vas a cumplir, Gabriela. Vas a aprender a tomar las decisiones correctas.

Se sentaron en una mesa en el restaurante de la hostería. El personal maldijo al ver que pensaban cenar a esa hora y les propusieron una simple minuta para sacárselos de encima pronto. El menú era lo de menos y aceptaron.

—Estoy esperando que me abra los ojos con su verdad —lo apuró.

—¿Amabas a tu padre, Gabriela?

—Por supuesto. A pesar de lo que pienses de él, siempre estuvo a mi lado. Siempre me brindó cariño.

—¿Creías en él?

—Sí, Morgado. Era mi padre. Como hija siempre lo vi como mi galán, como el hombre soñado.

—Entonces no puedo decirte la verdad.

—Si no lo hace, volveré con mis amigos, cenaré con ellos y usted perderá la única oportunidad que le brindo.

La observó recostándose en el respaldo de la silla estirando algo las piernas. Buscando las palabras, calculando sus reacciones. Gabriela le sostuvo la mirada. Estaba decidida. Había que sortear ese trago para saber si amar a ese hombre era un imposible o si existía una salida.

—Conocí a tu padre cuando comercializó algunas obras del mío —empezó a decir—. Se hicieron amigos, venía a cenar a mi casa. Yo era un estudiante de ingeniería pero pasaba mucho tiempo junto a mi padre —se incorporó en la silla, puso los codos sobre la mesa—, nada como aprender *in situ*.

El camarero entregó el pedido, ninguno de los dos tomó un bocado. Se mantenían las miradas. Morgado por estar pendiente de cada reacción, Gabriela por la ansiedad que le provocaba saber finalmente el motivo de sus acusaciones.

—Mi mamá murió cuando nací. Papá volvió a casarse mucho tiempo después —tenía que traer a Bernarda a la conversación y no tenía ganas de recordarla—. Era feliz, amó con locura a mi madre, estuvo solo demasiado tiempo hasta que la conoció a ella y volvió a sentirse un hombre completo.

Gabriela enterneció la mirada.

«Sigue sacando conclusiones apresuradas», se dijo antes de continuar:

—Esa mujer no le respondió de la misma manera. Lo utilizó para subir en su ambición, lo usó y escondió tras sus caricias la traición más grande que puede hacersele a un hombre. Se sentó a la mesa de su esposo con su amante.

—¿Qué me querés decir? —preguntó colérica.

—No sos tonta, Gabriela. Me entendiste muy bien —confirmó—. Tu padre le presentó su amante al mío, la aleccionó para que lo conquistara, y se seguía acostando con ella en sus narices. Con una mano le mostraba amistad y con la otra se cogía a mi madrastra.

—No puede ser. Mi padre...

—Tu padre, era un traidor. De los más viles.

—¡No! —gritó parándose y mirándolo con furia.

—¿Conociste a Bernarda?

El nombre de esa mujer hizo que cayera sentada otra vez en la silla.

—Veo que sabés de quién te hablo. La mujer de mi padre era Bernarda. ¿Y querés saber por qué tu padre se la cogía?

—No hables así, te lo ruego. No puedo soportar que lo digas de esa manera.

—Se la cogía —repitió—, porque mi padre primero había cometido el pecado de casarse con la mujer que Arredondo amó toda la vida.

El golpe en el corazón le nubló la vista. Perdió la noción de lugar y tiempo. Adrián era el bebé que el amor de Sebastián llevaba en su vientre cuando estaba por decirle que la amaba.

—Tenés que estar equivocado. Alguien te envenenó con esa mentira.

—Sí. Ellos me envenenaron, pero nadie me mintió.

—¿Cómo podés estar tan seguro?

—Porque lo oí de sus propios labios.

Gabriela abrió los ojos y los clavó en él investigando, hurgando con la única intención de encontrar un resquicio que le indicara que todo era una mentira. Un plan armado por Morgado para destruirla.

—Comía con Marcelo en un restaurante. Estábamos sentados en un box, escuché la voz de Bernarda. Estuve a punto de pararme para saludarla, cuando también escuché la de tu padre. Un mal presentimiento me clavó el culo al asiento y la oreja al respaldo.

—Debe haber un malentendido.

Ignoró su comentario y continuó:

—Bernarda lloraba, le suplicaba que dejara a tu madre, que ella había cumplido su parte. Él se mantenía firme, le explicaba que eso te haría mucho daño, que debían continuar como lo hacían hasta ese momento. Lo amenazó con decir toda la verdad, Arredondo golpeó la mesa con furia y le espetó en la cara que ella solo había sido un mal

necesario. Que Roberto Morgado se había casado con la única mujer que él había amado en su vida, que estaba muerta y que jamás podría recuperarla. Que desató su furia contra él y ella no era más que el móvil para lograr sus objetivos. Que gozaba viendo cómo mi padre le servía vino en tanto ella por debajo de la mesa le acariciaba la bragueta.

A Gabriela la atacaron arcadas incontrolables. Morgado solo le entregó unos minutos de pausa en el relato alcanzándole una copa de agua. Continuó:

—Bernarda lo insultó, le aseguró que le arruinaría la vida. Tu padre le explicó que quien más perdería era ella. Si sacaba a relucir la verdad, mi padre la dejaría en la calle por adúltera. Poca tajada podría obtener de un hombre cuyo patrimonio se había forjado antes de conocerla.

—Bernarda sí le dijo la verdad a mi madre.

Morgado se mostró sorprendido. La chica se explayó:

—Me enteré luego de conocerte. Jamás me habían dicho la razón de su separación. Fue mi

abuela quien obligó a mamá a decirme la verdad. Que mi padre amaba a una mujer, que había muerto, que jamás la había querido de la misma manera a ella y que toda mi vida no era más que un cúmulo de mentiras y tapaderas para que no me enterara que bebía y que vivía de amante en amante. Que se separaron cuando Bernarda fue a verla y amenazó con ponerme al tanto de su aventura con papá.

—Tu padre odiaba al mío. Pero papá jamás supo que él había conocido a mi madre.

—Yo conocí a otro Arredondo. Conocí a un Sebastián que me leía cuando yo no sabía hacerlo. Me llevaba orgulloso de su brazo. Creí que mis padres eran un matrimonio como cualquier otro. La separación de ellos me rompió el corazón. Jamás lo vi con otra mujer. Ni con Bernarda ni con ninguna otra. Después de la separación... se comportaba como siempre. Nos veíamos, salíamos de vacaciones juntos, cenábamos. Jamás en su departamento encontré nada que me indicara la existencia de otra mujer. Y juro que, como única

hija celosa de su padre, las busqué siempre.

—Decime, Gabriela. ¿Qué heridas me querés curar?

No pudo contestarle.

Él insistió:

—¿Qué amor puede ofrecerle la hija de un envidioso traidor al hijo de su víctima?

—El que te entrega mi inocencia —susurró.

—No tuviste que ver en su traición —aseguró—, pero llevás su sangre.

—Ahora —dijo dejando que las lágrimas le rodaran libres—, no es solo tu odio el que nos separa. Ahora nos separa el que a pesar de conocer tus motivos, a pesar del tremendo dolor que me provoca entender la verdad, soy su hija y no puedo odiarlo.

Gabriela cavaba su tumba al sincerarse.

—Lo amé y lo amo. Con todas sus mierdas y también con todo el cariño que sembró en mi corazón. Lo amo, Adrián. Y ahora no solo están tus corazas, ahora sumamos las mías. Pensé que te habría herido, estaba segura de que tenías motivos,

jamás imaginé que fueran estos. ¿Cómo hago para que creas en mi amor por vos, cuando sabés que jamás dejaré de quererlo y considerarlo mi padre? ¿Cómo hago para creer que tu amor por mí es tan grande que aceptarías convivir con él en mi corazón?

—No hablé de amor.

—No hace falta. Un hombre como vos no estaría ventilando toda esta mierda ante mí si no me amara. —La duda se le prendió en el alma—: ¿Tuviste que ver en su caída económica?

—Sí —aceptó.

—Finalmente estoy sumida en un contrato para pagar lo que vos generaste.

—Sí.

—Voy a cumplirlo, Morgado. No dudes eso.

—Lo sé. Así como sé que para que la deuda esté completamente saldada, tenés que curarme el alma —confesó.

Gabriela lo miró por detrás de las lágrimas. Adrián la levantó de su asiento. En los platos la comida se encontraba intacta, firmó el cargo a su

cuenta. La tomó de la mano, la llevó hasta la suite. Dejó el bolso con el equipo de ella sobre el piso, le quitó la campera. Besó las lágrimas que continuaban brotando de la muchacha.

—Tenés que borrarne con ternura cada noche que pasé junto a tu padre. Con entrega, cada palabra que escuché de su boca. Con tu sonrisa, cada golpe que di a la pared para descargar la furia. Tenés que liberarme de mis demonios para borrar cada minuto que pasé hundiéndolo.

—Vos no me creés. No creés cada beso que te doy. No creés cada gemido que te entrego.

—Es tu decisión, Gabriela. Te expuse los dos caminos que existen. Las dos opciones.

—Sos mi hombre, mi Pepe —dijo sin que Adrián la comprendiera—. Si elijo desistir perderé mi oportunidad de estar junto a quien amo. Pero si acepto, puedo convertirme en mi madre y eso me destruirá mucho más que tu aclaración de hoy.

—No conozco a tu madre, pero estoy seguro que no sos como ella.

Gabriela se recostó contra la puerta de la suite. Cerró los ojos. Tenía el corazón dividido. Las imágenes de toda su vida le pasaron por la mente. Aquellas imágenes que solía archivar en la memoria para guardar momentos, sensaciones. Las de Morgado estallaban con fuerza posicionándose una y otra vez en primer plano.

—No seguiré intentando ser como *Susie*. Pero ya no soy la “chiquita”. A tu lado me convertí en una mujer diferente que pelea por lo que quiere, no solo por sus ideales. Vas a destruirme. Estoy segura de eso. Porque jamás me verás a mí, siempre me taparás con la sombra de mi padre.

—No te tenés fe.

—Sí, Adrián, confío en mí. Confío en que lo que siento por vos es verdadero —aseguró—. Sé que si los dos pudiéramos olvidar y escaparnos de nuestros demonios, seríamos el uno del otro.

—No hay que escaparse. Hay que enfrentar.

—Para eso tendríamos que estar convencidos los dos de querer hacerlo, confiar en el otro y armarnos contra ellos.

Morgado volvió a tenderle la mano, muy serio. Gabriela la observó. Una fuerza la impulsaba a asirse de ella y otra la retenía advirtiéndole del peligro.

¿Cuál dolor sería mayor? ¿Cuál podría soportar? En la vida solo hay un Pepe. Dejó de mirar hacia la mano de él que continuaba extendida, se aferró a los ojos marrón aceitunados pero dudó de ellos. Puso la palma de la mano sobre el corazón de Adrián y lo sintió sufrir, suplicar.

—Elijo el camino que me lleve a curarte —dijo temblando—. Dios me perdone si no sé transitarlo.

Adrián respiró aliviado. La atrajo hacia él, la besó en la frente:

—Yo voy a cuidarte, Gabriela. Voy a liberarte de tus miedos y vas a enseñarme a confiar. No somos los culpables de nuestros demonios. Pero vamos a la batalla conociéndolos.

La unión de dos heridas. El clamor de dos corazones. La duda, el rencor, el deseo. La necesidad de ser salvados.

La acercó hasta el *chaise longue*, se recostó en él, abrazando a una Gabriela temblorosa que se refugió en su pecho.

—No hubiera aceptado si no me contabas la verdad.

—Lo sé. También sé que no es fácil aceptarla —comentó acariciándole el cabello sin recordar que era Bautista quien tenía la gomita con el que solía sujetarlo.

—¿Por qué tu mamá no le contó a tu papá del mío?

—Seguramente para no celarlo.

—¿Nadie te contó? ¿Una abuela, una tía?

—Nadie me contó nada. Mis abuelos paternos no lo sabrían. Por parte de mamá solo tenía a mi abuelo y era demasiado conservador, no teníamos mucho diálogo.

—¿Tu papá llegó a enterarse de la traición?

—Sí. Después de que murió Bernarda —comentó. Su cuerpo se puso rígido. Gabriela le acarició el pecho sobre la camisa buscando calmarlo.

—¿Por eso se enfermó?

—Son demasiadas confesiones para una sola noche —decretó.

Faltaban datos. A Gabriela le faltaba información pero era evidente que para él había sido duro hablar de todo aquello y no siguió indagando.

CAPÍTULO 18

Cerró los ojos, dejó que continuara mimándola en tanto se adormecía bajo el sonido de su corazón. Un palpar que recobraba el ritmo, que se tornaba sereno. Sonrió en silencio. Sí podría. Sí podría espantar esos demonios. Solo debía ser cauta y sincera. Tomar la mano que le tendió y guiarlo por el camino hacia la luz, hacia esa meta que los convertiría en uno. También tenía reproches para Sebastián Arredondo. Acusaciones que, a pesar de ser graves, no mitigaban el cariño que continuaba sintiendo como hija, pero desdibujaban su imagen. No se sentía traidora por estar junto a Adrián, pero entendía que él se ubicara en esa situación por amarla a ella.

El estómago de Gabriela rugió hambriento. Adrián sonrió. Estaba gozando del momento. No existía en ellos ningún apremio sexual. Se habían

entregado a indagar al ritmo de la respiración del otro, a relajarse, y el trueno Arredondo lo arruinaba todo:

—Tenés hambre —dijo tomándola de la barbilla para mirarla a los ojos.

Roja de vergüenza por haber sido tan inoportuna, grana, al descubrir cuánto la excitaba ese hombre con solo sonreírle, quiso confirmar sus dichos y en cambio se aferró a aquella mano que le sostenía la barbilla. Acarició cada dedo, se los llevó a los labios, los besó uno por uno:

—Ni mi estómago me alejaría de aquí.

Apretándola con fuerza contra él, acariciándole la espalda con suavidad cuando en ese instante solo quería hacerle el amor, decidió que primero acallaría los ruidos.

—Vamos, intentemos que el restaurante nos prepare aunque sea un sándwich, o el “alien” en tu panza nos va a comer a los dos.

«¡Hace chistes cuando está distendido!», pensó, y se le ocurrió:

—Te propongo otra cosa.

El pantalón de Adrián respondió antes que él:

—La idea es ingerir calorías, chiquita.

—Ingeniero, usted tiene una mente muy sucia —acotó—. Te propongo ir a comer bajo la luz de las estrellas.

—¿En qué restaurante?

—Confía en mí, pero abrigate —dijo levantándose del sillón, entregándole un beso en el pecho y acomodándose la bufanda.

Siguió las instrucciones de la muchacha. Por un camino rural se adentraron en un asentamiento mapuche. La gente saludó a Gabriela con cariño. Ella fue presentando a Adrián. Una mujer muy entrada en años la abrazó emocionada, la fotografía le comentó algo al oído, la anciana asintió, le tomó las manos y le pidió que la esperara un momento.

—¿Vamos a comer *charquican*?—preguntó el ingeniero poniendo mala cara.

—Lo importante es que vamos a comer. Y esta cena la recordaremos durante muchos años.

Se sentaron sobre la hierba cerca de la pequeña cascada. Cada uno con un tazón de barro entre las

manos. Gabriela devoró su comida. Adrián no perdió detalle de su femineidad a pesar de estar vestida hasta el cuello, de su cabello debajo del gorro, de sus manos asiendo con fuerza el tazón para calentarse. No perdió detalle de esos ojos que una y otra vez se elevaban hacia el cielo para atesorar las estrellas. ¿Por qué la encontraba tan hermosa? ¿Qué hechizo había ejercido en él? Envuelto en sus dudas, esos verdosos ojos lo miraron con ternura. ¿Qué estarían reflejando los suyos para que ella le regalara tan amplia sonrisa?

Gabriela depositó el tazón en el piso, sin levantarse se incorporó lo suficiente para besarlo suavemente. Adrián no tuvo cuidado con su vasija, la arrojó a un costado, tomó a la muchacha por la cintura, se dejó caer hacia atrás llevándola con él.

—No se mira así a un hombre y se le da un beso, sin esperar las consecuencias.

—¿A qué consecuencias me someto ahora, Morgado?

—A todas —aclaró metiendo la mano por debajo de la campera de ella, levantando un tanto

el suéter y la remera, buscando su piel.

—“*El cielo será testigo*” —advirtió, parafraseando aquel conocido título para indicarle que no estaban solos.

—No me frenan los testigos cuando quiero disfrutar de tu suavidad. El que no quiera ver, que se dé la vuelta.

La muchacha intentó levantarse, Adrián se lo impidió.

—Confía en mí —lo instó y él decidió concedérselo.

Lo acercó a la orilla, caminaron cerca del arroyo, llegaron a un sitio tranquilo.

—Quiero hacer el amor por primera vez con vos.

—Nosotros ya pasamos por eso, chiquita. Y sabemos que se nos da muy bien.

—No, Adrián, no quiero sexo, quiero hacer el amor. Quiero enseñarte todo lo que podés sentir si bajás un momento las barreras.

Morgado elevó sus escudos poniéndose alerta.

—Sentate —le indicó ella.

Obedeció sonriendo de lado, recogiendo las rodillas, apoyando en ellas sus codos. Desde allí la miró con la cabeza ladeada y su media sonrisa. Gabriela se arrodilló detrás de él, lo abrazó. Lo encerró dentro de una muralla de ternura, le besó la coronilla, el cuello con aroma a maderas y esencias:

—Todo nuestro entorno influirá en contra. Nuestras historias de vida nos dirán mil veces que esto no es cierto. Sentime, Adrián. Sentime y recordá este instante. Guardalo en tu memoria y en tu corazón. Esto es cierto, esto existe. Somos vos y yo.

Morgado no podía creer la sensación que le recorrió el cuerpo. Una impronta distinta, un calor diferente.

—No quiero hacerte el amor acá, Gabriela. Quiero tenerte y que nos saciemos el uno del otro. Quiero disfrutar de esta noche por completo, pero en mi cama.

Agradecieron y se despidieron de las personas que los habían cobijado. Subieron a la camioneta.

Adrián condujo con una mano. La otra la ocupó en quitarle el gorro, disfrutar de su cabello. Acariciar a aquella mujer que, entregada, se dejaba estar apacible con la cabeza apoyada en su regazo.

La sostuvo por la cintura hasta llegar a la suite. Le acarició la mejilla, achicó apenas y en un gesto rápido los ojos como no creyendo lo que le pasaba ante su presencia.

—Ya sé que no va a ser fácil —comentó ella—. Tus murallas son demasiado resistentes. Llevás años construyéndolas. Pero si un hombre desarmado pudo frenar un tanque chino, yo podré con tus barreras.

—Los dos conocemos el final de esa historia —indicó.

—Eso es un punto a nuestro favor. Estamos advertidos y reforzaremos la guardia.

Tenía que enfriar esas promesas. Tenía que obligarla a cerrar la boca para poder recordar que estaba enfrascado en una venganza:

—Ya no hables —dijo quitándole la campera y dejándola caer sobre una silla.

Gabriela introdujo las manos por debajo de la ropa de él, las apoyó en su pecho.

—Yo sí quiero oírte. Quiero oír tu voz todo el tiempo, quiero asociar tus palabras a tus caricias. Necesito entender que vas a luchar por nosotros desde todos tus frentes. Se paró en puntas de pie, se hundió en su cuello—. Quiero tener todo archivado. Tus besos, tu aroma, tus palabras. Quiero contar con eso cada vez que no estés a mi lado, para que sea más fácil esperarte.

—Estoy acá —dijo haciendo un gran esfuerzo por mantenerse incólume, quitándole el suéter para romper el contacto tan cálido de esos dedos. Para acabar con la ternura del momento. La melena de Gabriela cayó en cascada cuando la despojó de la prenda.

Presurosa volvió a repetir el gesto para recorrer con las manos sus pectorales, llegar a los hombros, hacer que se despoje del abrigo dejándolo caer al piso. Volvió a subir con sus palmas por los brazos de él. Adrián, cada vez más incómodo, fijó la mirada en los pechos que se

adivinaban bajo la remera de algodón. Su mente debía conectarse con la entropierna. No le podía permitir que ingresara en él.

—Todavía no estás acá, Adrián —aseguró incomodándolo más.

Si no podía esconderle sus intenciones, menos podría concluir su venganza. Decidió dejarse llevar. Entrar en su juego. Ella no podría con él. La acercó a su cuerpo, Gabriela lo abrazó con dulzura y entregó mil besos en el triángulo de piel que dejaba a su alcance la camisa.

—Me gusta tu perfume fresco, tu sabor —confesó el hombre. Era verdad, pero también serviría a sus fines.

—En cambio a mí me gusta el malote completo.

—¿Cómo me llamaste? —preguntó separándola para mirarla a los ojos.

—Te llamé malote —confirmó sonriendo—. Porque jugás el papel de ogro, pero yo sé que adentro tuyo —aseguró señalándolo para volver a tener contacto con su piel— está mi refugio.

—Hablás demasiado —reclamó pensando que

pretendía enredarlo con palabras vacías—, y ya no quiero hablar. Hoy abusamos demasiado del lenguaje, quiero pasar al corporal. Quiero sentirte, saber cómo sos cuando no te enfrento.

—Igual —aseguró—. Lamento desilusionarte. Cada vez que me tuviste en tus brazos, he sido yo. Las únicas veces que fuiste realmente Adrián, han sido las que te tuve en mí.

Se puso serio bruscamente. Sus dichos guardaban la grave sospecha que lo asechaba. Se habían terminado las contemplaciones. La urgencia por concluir la situación y sus propios deseos, lo obligaron a arrancarle la remera rompiéndola desde el escote. Gabriela no llevaba su sensual corpiño de encajes, pero igual respondió ante aquella mujer como si le expusiera el más costoso y refinado ajuar. Volvió a mirarla a los ojos mientras se lo desprendía. Supo que había sido un error al leer en ellos toda la confianza que le entregaban.

—Voy a despertarme con esta imagen mañana —dijo su boca traicionando su razón.

—No, Adrián. Vas a despertarte conmigo cada mañana hasta el final de nuestros días. Porque después de esta noche, vas a dejarme abrir tus puertas. Porque estoy decidida a tirarlas abajo —aseguró desprendiendo los botones de la camisa—. Porque finalmente estoy acá, con la verdad de ambos arrojada sobre la mesa. Tomé mi parte, tomá la tuya y empecemos a derrotar demonios.

Quiso decirle cuánto deseaba que fuera cierto. Quiso olvidarse de todo. Quiso ser el hombre que la cubriera con una burbuja de acero para sacarla del mundo real. Para llevarla a una fantasía donde solo existieran ellos. Caminó con Gabriela hacia el lecho. Ella se sentó desprendiéndole el cinturón, el primer botón del jean. Adrián se quitó los zapatos con los pies, en tanto le besaba la boca con mimo, con besos suaves.

Gabriela se paró, quedó junto a él, que con rapidez la liberó del cierre del pantalón. Vislumbrar su bombacha color crema lo erizó.

—¿Qué tenés? —preguntó tratando de averiguar cuál era el poder de esa mujer.

—Hambre de vos —respondió.

Fue el detonador que estalló en la mente de Adrián. La fuerza que despertó al león sediento. En ese momento no importaba ni la venganza, ni los artilugios de él o de ella. En aquel instante solo quería devorarla, introducirse en Gabriela, sentir su calor. Poco demoró en terminar de desnudarla, menos en quitarse su ropa. La mirada de Adrián delataba que estaba frente a su presa. La de Gabriela, que estaba frente al hombre que amaba.

Quitó el edredón para caer con ella sobre las sábanas, para apropiarse de su boca primero con furia, luego con ansias. Aquel aliento fresco que se mezclaba con su perfume, aquellos labios suaves y tiernos. Esa piel sedosa que lo invitaba a más, que reclamaba de él como un niño reclama a su madre. Pero era un león hambriento en pos de su festín. Reconoció la voracidad con la que la enfrentaba, supo que no era conveniente delatarse de esa manera. La mente de Adrián no lo abandonaba, en tanto su cuerpo lo traicionaba a repetición. Las

manos la acariciaban, la piel la adoraba, su boca bebía de ella con pasión.

Gabriela respondía envuelta en las mismas necesidades, pero su contacto era suave, tierno. Le arremolinaba el cabello, le besaba la nuez de Adán, olía su aroma, gemía en su pecho.

Supo que no era dueño de sí cuando estuvo a punto de penetrarla sin protección. Reparó el descuido a tiempo antes de ingresar en ella.

«¿Y si fuera cierto? —se preguntó extasiado al sentirla otra vez— ¿Si realmente ella es así como me muestra?»

La duda lo llevó a embestirla con fuerza. Gabriela abrió los ojos. El tiempo que estuvieron unidos en aquella mirada fue la perdición de Adrián. Ya no podría, ya no quería seguir.

La amó con todo su cuerpo. La amó con cada gota de sudor que derramó en su piel. Con cada rugido que emitió. La amó al escucharla gemir, al sentirla temblar. Volvió a amarla al verla sonreír. Cuando se unieron en la satisfacción, él también sonrió. Se abrazaron con fuerza, rodaron por la

cama, cayeron al piso.

—¿Quién se imaginaría, chiquita, que tenías tanta garra?

—Pude habértelo dicho, si me hubieras preguntado —respondió.

—No. Soy ingeniero, necesito comprobar todo por mis propios medios.

—Me encanta cuando bromeás.

—Y a mí verte reír.

La muchacha quedó absorta mirándolo. Adrián se despegó de ella, le entregó un beso en la punta de la nariz y entró en el baño cerrando tras de sí la puerta. Arrojó el preservativo al cesto, abrió el grifo y levantó la mirada. No reconoció al hombre que sonreía en el espejo. Quiso lanzarle un puñetazo al reflejo. Gabriela preguntó:

—¿Puedo pasar?

Se lo permitió. Continuaba desnuda, las mejillas arreboladas, la mirada limpia y alegre. Y la destruiría. Llegaría el día en que debería destruirla. Le dio la espalda con la excusa de lavarse las manos y refrescarse la cara.

Gabriela se acercó al jacuzzi. No tomaba un baño de ese tipo desde que pasara las vacaciones con su padre. Se negó a esos pensamientos, no eran oportunos estando junto a Morgado. Accionó los comandos.

Él la observaba a través del espejo. Sus movimientos eran gráciles, femeninos, desprovistos de segundas intenciones. Estaba allí, tenía que enredarlo en su telaraña y sin embargo no se pavoneaba. Giró para verla en directo. Apoyó el trasero contra la mesada de mármol del lavamanos, cruzó los brazos sobre el pecho, se llevó el dedo pulgar a los labios:

—¿Qué hacés?

Su voz sonó un tanto hosca y ella pensó que lo había incomodado:

—Tenía ganas de un baño. Pero si querés bañarte primero... puedo esperar.

La risa de Adrián retumbó en el baño:

—¿Y que te pierdas de enjabonarme la espalda?
Gabriela sonrió.

—¿Qué pasa, chiquita? ¿Tu primer baño con un

hombre?

—No te agrandes, ingeniero. Ya me enjabonaron la espalda —acotó—. Pero vos sos muy raro. Por la forma en que lo preguntaste pensé que querías intimidad.

—Quiero intimidad —aclaró acercándose a Gabriela. Introduciéndose en el jacuzzi, entregándole su mano para ayudarla a ingresar.

—Quiero toda la intimidad que puedas darme. Decime, ¿cuánto más podés darme?

Parada junto a él, tomada de su mano, preguntó:

—¿Cuánto más querés?

—Todo —indicó recostándose, haciendo que se sentara entre sus piernas y apoyara la espalda en su pecho. La contuvo en un abrazo, le besó la cabeza, el cuello. Gabriela se erizó—. Siempre quiero todo. Y vas a darme todo.

—¿Cuál será mi recompensa?

—Yo.

Se agarró de los brazos que la rodeaban, giró un poco la cabeza para mirarlo:

—El día que seas mío, desearás haberlo sido

siempre.

—Insisto, chiquita, el sur te pone vanidosa.

Se dio la vuelta ayudada por el agua, quedó frente a él, apoyó su pecho sobre el de Morgado, le retuvo la cara entre sus manos, recorrió centímetro a centímetro el dibujo de la misma. Atesoró la imagen en su banco de recuerdos. Adrián respondió excitándose. Gabriela sonrió:

—Al parecer en la facultad de ingeniería enseñan cómo recomponerse en el menor tiempo posible.

—Los ingenieros sabemos manejar los mecanismos.

—Toda acción tiene su reacción —informó antes de besarlo.

Dio por concluida la charla. Paseó las manos por la espalda de la muchacha, se detuvo en sus glúteos para aferrarlos con fuerza intentando comprobar su firmeza y acariciarlos luego para atesorar su tersura. Ella movió las caderas insinuante, Adrián elevó las suyas y ya ninguno quiso contenerse. Gabriela se enredó en su cuello,

Adrián perdió el juicio en su boca. Se incorporó un poco llevándola con él. Gabriela flexionó las piernas. La embistió manejando el ritmo sosteniéndola por las nalgas, besándole el cuello, la clavícula, los senos. Tomando de la mujer todo lo que podía y enseñándole a ponerse bajo su mando. Una mujer fogosa que disfrutaba y lo hacía disfrutar como ninguna. Una mujer que no ponía reparos y entregaba en igual medida. Sintió su temblor, su abrazo interno, creyó estallar de placer al verla gozar.

Quedaron abrazados un largo rato. Gabriela parecía querer fundirse en él por la manera en que se aferraba. Él la sostenía con fuerza, con temor a que se la arrebataran.

—Todavía no me enjabonaste.

—Por la forma en que insistís con eso, creo que no sabés hacerlo solo —respondió sonriendo.

—Volvamos a la cama. Tenemos un vuelo que tomar mañana temprano.

Cuando quedó sola, se secó el cabello con el secador y canturreó una canción. El corazón se le

encogió al reconocer que era la misma que escuchaba en el iPod en el avión:

Podemos luchar contra ellos.

Juntos podemos luchar contra ellos.

Dime que no te has ido demasiado lejos.

Ingresó al cuarto con algo de frío, buscó la remera de algodón para ponérsela.

—¿Qué hacés? —preguntó él desde la cama.

—Tengo frío —respondió.

—No me insultes, chiquita. Acostate y vas a pedirme que prenda el aire acondicionado.

Sonrió ante su fanfarronería, pero la miraba serio y decidió hacerle caso. Se acostó junto a él que la rodeó con su brazo. Quedó dormida de inmediato.

Adrián clavó la mirada en la puerta de la suite al descubrir que estaba haciéndole mimos al brazo de Gabriela. La dualidad nuevamente lo acechó. Debería salir por esa puerta y dejarla allí. Debería hacerle sentir el peso de un Morgado. Pero quería

quedarse con ella junto al calor que emanaba.

«Sos increíble, Arredondo —pensó nombrándola por el apellido para frenar sus sentimientos—. Quiero tenerte así. Quiero meterme en vos todo el tiempo. No es tu cuerpo, no es tu sensualidad. Es tu calor el que me quema. Son tus ojos los que me llaman.»

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos. Su plan era otro. Su meta estaba cerca. Solo un poco más. Solo unos días más y la tendría comiendo de su mano para luego abandonarla a su suerte hambrienta de él.

«Abandonarte, ¿quién pudiera? Si estoy hambriento de vos», supo entregándole un beso en la frente, antes de dormirse.

Un suave rayo de sol se incrustó en su ojo despertándolo. Estiró el brazo, ella no estaba. Se sentó presuroso en la cama, miró hacia la silla buscando la ropa de Gabriela. Pegó un puñetazo contra las sábanas.

«No lo hizo —se dijo—. No pudo haberlo hecho.»

La puerta del baño se abrió brindándole alivio.

—¿Ya te despertaste? Qué bueno. Me gustaría desayunar y después...

Con el ceño fruncido, la mirada enardecida, los labios apretados, le señaló la cama indicándole que se acercara. Intrigada por saber qué lo había enojado tanto, cumplió la orden.

Tomándola de la muñeca, Morgado tiró de ella haciendo que cayera arriba suyo, le corrió el mechón de cabello alterado por el envión, le palpó los labios. Sujetándola por la nuca la besó demostrando presencia y propiedad. Reflejando pasión pero también recordándole autoridad:

—Ahora que aprendí modales, no los olvides vos.

Gabriela lo miró incrédula.

—Buenos días —le aclaró.

—Buenos días, ingeniero —respondió con la sonrisa brotándole desde los ojos, haciendo que el hombre se excitara y comenzara a desnudarla.

—No —lo interrumpió—, tenemos muchas cosas que hacer antes de que salga el vuelo.

—Por eso mismo —aceptó sin frenarse.

—Adrián, tenemos que armar los bolsos, desayunar, despedirnos de los amigos.

De haber sido una bomba, el estruendo se habría escuchado del otro lado de la cordillera de Los Andes. La ayudó a incorporarse, salió de la cama. Camino al baño le advirtió:

—Terminá con todo lo tuyo. Yo haré lo mismo.

Furioso se dio una ducha, recogió sus pertenencias, se vistió y bajó al desayunador. Arredondo, sentada muy tranquila, lo estaba esperando. Se paró frente a ella con el mismo gesto que le había entregado aquel día cuando la conoció y la caratuló de loca en su empresa.

Gabriela se levantó mostrándole nuevamente su sonrisa.

—Ya recogí mis cosas y dejé libre el cuarto. Te estaba esperando. ¿Desayunamos?

No le contestó, le dio la espalda, se sirvió el desayuno, se sentó frente a ella muy serio.

—¿Ocurre algo? —preguntó inquieta inclinándose un tanto sobre la mesa.

—No me gustan las preguntas en la mañana. Primero desayuno, después me despierto.

—¿El humor de los mil demonios recién cambia en la noche?

No la entendía. ¿Quería dejarlo en evidencia demostrando que lo había irritado? ¡De ninguna manera! Se lo dejaría bien claro:

—Mis demonios me acompañan siempre.

—No —aseguró acariciándole la mano—, ayer te dejaron libre un momento. Te liberaron para mí.

—Hay algo que no entendiste bien, chiquita. Te estás asegurando triunfos cuando todavía no libraste una batalla.

Los ojos de Gabriela se nublaron conmoviéndolo. Dejó de mirarla, se concentró en su café.

—¿Por qué estás enojado?

—No estoy enojado —mintió.

—Parecés enojado y no te entiendo...

La paciencia lo abandonó. No podía mostrarse celoso pero debía sacar la furia que sentía. Buscó un pretexto:

—¿Quién te dijo que podías irte de mi cama?
¿Quién carajo te autorizó a moverte de ahí?

—No sabía que tenía que pedir permiso —
contestó ofendida.

—Acordate para la próxima. Ya sabés, no me gusta repetir las cosas.

—No te creo. Apuesto que hay cosas que te gustaría mucho repetir —bromeó al darse cuenta que él hubiera querido despertarse a su lado.

—Gabriela...

—¡Bien! —lo interrumpió—; otra vez soy Gabriela.

Adrián se recostó en la silla inclinando la cabeza, estirando las piernas.

—De mi cama no se mueve nadie sin que yo lo diga.

—Entonces no te quedes dormido cuando tenemos que recoger todas nuestras cosas,

desayunar y tomar un vuelo. Pero está bien, ya conozco algo más que te molesta —dijo llevando los ojos al techo—, voy a tomar nota, ingeniero.

Bebió de un solo sorbo el resto del café. Dejó la servilleta sobre la mesa, recogió su bolso, se acercó a Adrián, le entregó un suave beso en los labios:

—Voy a despedirme de mis amigos. Regreso a tiempo, no te preocupes.

—Te llevo —indicó.

—No, Adrián. Ya sé que no te cae bien Bautista, mejor te ahorro el mal trago.

No tenía una daga cerca y el cuchillo de untar no podría llegar al objetivo que tenía en mente en ese momento luego de escucharla. Mal trago y una mierda, no iría sola. Punto. La acompañaría para... para investigar cómo se comportaba frente a otro hombre:

—No fue una invitación. Dije que te acompaño —sentenció llevándola hacia la salida.

En el camino intentó ser cariñosa. Morgado caminaba rápido sosteniéndola de la mano y con el

entrecejo fruncido. Agradeció llevar puestas sus Converse y el pantalón de gimnasia. Al parecer la había invitado a una carrera. Al llegar al hotel del modelo, Gabriela se acercó a la recepcionista. No necesitó anunciarse, la conocían y le indicaron que subiera al cuarto. Agradeció y comenzó a caminar hacia la escalera.

—¿A dónde creés que vas?

—Vamos —aclaró—, vamos al cuarto de Bauty.

—Te despedís acá. NOS despedimos acá.

—Adrián, Fátima volvió y están fotografiando a Bauty. Seguro que no está presentable.

Morgado tiró de ella hacia la salida.

—¿Qué te pasa? Quiero despedirme.

—Si no está presentable, mandale un WhatsApp —ordenó y no admitió que se lo contradijera.

«¿Será celoso? —pensó y concluyó—: Finalmente el témpano tiene fisuras.»

—Que te quede claro —advirtió en el camino —, si vamos a intentar estar juntos, al único tipo que ves en bolas es a mí.

—Pero yo soy fotógrafa...

—De la naturaleza.

—Bauty es muy natural —aclaró para hacerlo sonreír. Pero al parecer, el humor de Morgado era otro.

Entró, tirando de ella, en una casa de té galés. La llevó hasta el baño de mujeres. A manera de cerrojo la apoyó contra la puerta aprisionándola contra esta. Clavó sus caderas a las de Gabriela, mordió, besó, lamió su cuello. Sin moverse de allí le dijo:

—No lo olvides, chiquita. Ya sabés que no repito las cosas.

—Ingeniero, si tu forma de repetir es esta, yo voy a querer muchas repeticiones.

Adrián sonrió en su cuello, Gabriela se erizó excitada a más no poder.

—No te confundas. No soy tonto —agregó con movimientos circulares que intensificaban la presión bajo la cintura de ambos.

—Prometo explicarte detalles de mi profesión, pero en otro momento. Ahora necesito muchas lecciones. Quiero saber dónde están los puntos en

conflicto, para después...

No la dejó continuar. Le tapó la boca con sus labios, le bajó el pantalón hasta los tobillos. Tomándola de los glúteos la elevó. Gabriela no podía sostenerse de él con las piernas para ayudarlo. La mantuvo con un brazo para liberar su erección con la otra mano, embestirla y retomar la postura. Fuerte, seguro, viril. Adrián se regocijó en ella con vigor contra la puerta. Gabriela no lograba aspirar todo el aire que necesitaba y con cada arremetida perdía lo poco que podía albergar en sus pulmones.

Morgado era cada uno de sus sueños eróticos hechos realidad. Cada fantasía, cada deseo diagramado en su imaginación. Su aroma, su presencia, su manera de abordarla y llevarla al clímax, superaba cualquier sueño.

Extasiada, echó hacia atrás la cabeza en un suspiro. Adrián besó su clavícula con el último empujón. Lo abrazó emocionada a punto de llorar de placer.

—Sos mi hombre. Mi Pepe. Sos más de lo que

pude desear alguna vez.

—Veo que entendiste —comentó—. Salgamos, tenemos que tomar el vuelo.

El conductor del vehículo que los llevaba hacia el aeropuerto, era el mismo que los había transportado en el viaje anterior. Contento, al verlos juntos nuevamente, hizo gala de su simpatía:

—¡Qué alegría que se hayan reconciliado!

—No nos reconciamos —respondió Gabriela ante la mirada atenta de Adrián que elevó una ceja.

—Ah. Perdón —se excusó incómodo—. Como los veo juntos otra vez...

—Nos gusta pelearnos a los gritos y el eco de acá es estupendo —acotó Adrián llevando su mano al muslo de ella y acercándose a su sexo. Importándole poco lo que el otro hombre pudiera ver, escuchar o imaginar.

Gabriela lo miró avergonzada, él presionó más robándole un suspiro. Cerca de su oído, la boca de Adrián desplegó un sinfín de caricias antes de

advertirle:

—En el avión te voy a dejar tranquila. Quiero que aproveches para revisar ahí tu trabajo, porque del aeropuerto te llevo a mi casa.

Excitada, ilusionada y casi prendida fuego, aun así encontró un dejo de cordura para negarse:

—Tengo que ir a la mía. Fueron muchos días lejos, mamá y la abuela...

—Silencio —ordenó mordiéndole el lóbulo y apretándola con fuerza por el hombro—. Estás en horario laboral.

Invadido por el rencor, ese hombre era frío, hosco, desagradable. Entregado al deseo, un leño ardiente, un volcán en erupción. Potente, viril, autoritario. Cada palabra de él era un disparador en la sexualidad de ella, cada roce le provocaba el éxtasis. Conocía cuánto la hacía gozar, esperar el próximo encuentro la mantenía expectante, ansiosa, en un estado de deseo constante.

Ya en el vuelo, miró por la ventanilla queriendo volver a vivir cada día que le restara, lo mismo que había vivido en Esquel. Abrió su notebook,

introdujo la memoria para revisar las fotos.

—Tengo que chequear unos presupuestos que me envió Marcelo —comentó él encendiendo también su portátil.

A la hora de trabajar, lo hacía muy concentrado. Apoyaba el codo en el apoyabrazos, se pasaba el dedo pulgar por los labios. Gabriela se ruborizó al entender lo que la presencia de ese hombre le provocaba con solo mirarlo.

—Concentrate en lo tuyo —indicó sin levantar la vista de su pantalla—. Después no vas a tener tiempo.

Si antes estaba roja, ahora seguramente sería un fuego. Puso su mente en blanco para salir de la situación. Comenzó a recorrer el archivo. Una foto que había tomado en el lago la emocionó. Detectó que era del preciso lugar donde él la había ido a buscar y la encontrara dormida junto a la carpa.

—Mirá esta foto, Adrián —solicitó—. Cuando estemos en Buenos Aires en la oficina, no me gustaría que la gente se enterara que estamos juntos.

Morgado la miró extrañado. ¿A cuento de qué le salía con eso? ¿A quién quería ocultarle la relación?

Gabriela comprendió que no la había entendido: —Te debo dinero y soy tu empleada. Conjeturarán incorrectamente. Es mejor que no lo sepan, que en la constructora nos manejen distantes.

Servía a sus fines. Hacerla desear durante el día y tenerla en su cama en la noche. Le cerraba, le parecía bien y sin embargo estaba molesto.

—Pero... como sé que no me voy a aguantar sin decirte a cada rato que te quiero —continuó—, voy a imprimir esta foto y la voy a pegar en la ventana de mi oficina que se ve desde tu despacho.

—No entiendo —comentó.

—Cada vez que la veas, quiero que sepas que te estoy diciendo que te quiero, que te extraño y que te lleno de besos.

Tal vez era un ardid. Uno de esos que a las mujeres les gusta tramar para embaucar tontos.

«Si es así, ¿por qué me gusta tanto que se te

haya ocurrido? —se preguntó—; tendría que destruirte, chiquita, y si lo hago voy a extrañarte demasiado.»

—¿No te gustó la idea?

—Sí —contestó besándole la nariz—. Está bien.

—No sos muy romántico, ¿verdad?

Exhaló con ganas. El romance era la tontería más grande que pudiera ocurrírsele al hombre. Mostrarse débil frente a una mujer. Adorarla como si fuera un ser superior. ¿Por qué razón? Él y ella eran sexo del bueno, una conexión increíble. Tenían piel, cogían como los dioses. El romance era una tontería que sobraba en cualquier relación. Una mujer inteligente debía de saberlo.

—No.

—Sin embargo es lindo ser romántico. Que te traigan un ramo de flores, que prendan velas para vos. Que te lleven a un lugar bonito...

—¿Defendés la naturaleza y querés ramos de flores? —enumeró—; yo no preciso velas para hacerte gozar. Cualquier lugar es bueno para que dos personas conecten.

—Definitivamente no sos romántico.

—Y vos no sos coherente —concluyó para regresar a su planilla de cálculos.

«Voy a imprimir la foto igual —pensó—, y voy a pegarla con cinta transparente cada vez que quiera decirte lo que siento por vos. Voy a endulzarte los días. A templarte el alma.»

El llamado de Regina al celular del ingeniero frustró los planes que tenía de ir directo a su casa, llevarla con él, hacer que se sintiera cómoda, relajada, segura. Temas urgentes lo requerían en la constructora, de manera que un remise llevó a Gabriela a su casa y otro al ingeniero hasta su despacho.

CAPÍTULO 19

—No quiero desprenderme de mi casa, mamá —insistió Beatriz—. Mucho menos por las cagadas que se mandó Sebastián.

—Lo que no entendés es que ahora es tu hija quien paga las cagadas de él.

—Vos deberías ayudarme —suplicó—, tenemos que convencerla de que desista de esta tontería, venda todo y se olvide de ese hombre.

—Ese hombre es el que la hace sentir viva.

—Mamá, vos la escuchaste el otro día en el teléfono, está triste. Que le deje la inmobiliaria, el departamento y se venga a vivir conmigo.

—Necesita más dinero que ese. Vendamos tu casa, nuestros departamentos y vayamos a alquilar algo chiquito las tres juntas —insistió Dora.

—Esta casa es el pago por todo lo que sufrí con él. No quiero venderla.

La llegada de Gabriela interrumpió la charla entre Beatriz y su madre. La muchacha estaba rozagante, feliz. Sus ojos transmitían la emoción interior. La abrazaron desconcertadas.

—¿Cuándo llegaste? —le preguntaron.

—Hace un rato. Solo pasé por casa a dejar mis cosas.

La madre y la abuela se miraron. Gabriela sonrió.

—Ya sé que el otro día cuando hablé con ustedes estaba muy triste. Pero él vino a buscarme —adelantó—, y me contó sus verdades, expuso sus demonios. Sufrió mucho por culpa de papá.

—¡Otra vez ese hombre! —exclamó la abuela cansada de escuchar a su hija llorar por su culpa y confirmando que aun muerto seguía arruinándoles la vida.

—No les comentaré los porqués —aseguró convencida de que no era necesario desenterrar antiguos rencores—, pero tiene razones para odiar a papá, y yo a pesar de quererlo como lo quise, tendré que vivir conociéndolas e intentando que

ambos se acepten en mi corazón.

—¿Sebastián era el culpable finalmente? — preguntó su madre.

—Sí —afirmó—, y agradezco que Adrián confiara en mí y me dijera toda la verdad. Es duro, es difícil de digerir, pero nuestro amor podrá contra eso.

—Si tu padre lo hirió, no será fácil para él amarte.

—Es su gran demonio. La frontera que debo traspasar para que podamos ser felices.

—Un amor que nace entre odios y barreras trae demasiados sinsabores, hija.

—Pero Gabriela es inocente —aseguró Dora—. Está llena de ternura y lo ama.

—Abuela —dijo arrodillándose frente a ella—, es más que amor. Él es lo que busqué toda mi vida. Estar a su lado es olvidarme de todo. Quiero que se ría a carcajadas, que sea feliz, que me ame como yo lo amo.

—¿Te ama? —preguntó su madre—; ¿te dijo que te ama?

—No —confesó apenada—, no lo hizo. Pero yo siento que me ama.

—No, hija —aconsejó—, no cometas mis errores. El amor no puede evitarse. Pero te aseguro que si la única que entrega ese sentimiento entre los dos sos vos, vas a sufrir más con él que dejándolo.

—Voy a intentarlo, mamá. No voy a vivir tu vida, pero voy a poner todo de mí para que Adrián se permita amarme. Sé qué es lo que siente. Sé la lucha interna que lo acosa. Voy a demostrarle que a mi lado cada dolor puede transformarse en alegría. Cada lágrima en placer. Voy a entregarme entera, porque es la única manera de amarlo como él se merece. Porque es la única manera en que me aceptará y se dará permiso para entregarse también. Dora decidió que la discusión entre madre e hija no llegaría a buen puerto. Ambas estaban muy asentadas en sus aseveraciones. Beatriz por el recuerdo del dolor vivido, Gabriela por la ilusión del gran amor que sentía.

—Tu madre tiene que contarte una novedad —

dijo para cambiar el tema.

Gabriela miró a Beatriz aguardando.

—Renzo vino a casa y al departamento de la abuela.

—¿Renzo?

—Sí. Jura que te quiere, que no puede vivir sin vos.

—También fue a buscarme a la constructora. Le dijo a Adrián que era mi dueño.

Dora abrió grandes los ojos.

—¿Por eso Pepe te fue a buscar al sur?

—Puede que fuera el detonante, no lo sé. Antes de irme, su padre murió y creo que todo eso terminó movilizándolo.

—Gabriela —comentó Beatriz retomando el tema—, Renzo no está bien. Lo vimos sacado, tengo miedo de que te haga daño si lo rechazás.

—Lo conozco, puedo con él —aseguró.

—Tratá que cuando lo hagas —aconsejó Dora—, tu amor esté al tanto. No hay nada peor que la astilla de una duda en la cabeza de un hombre.

ô —preguntó él por WhatsApp.

ô

—respondió.

ô

No hizo falta nada más. Comenzó a caminar rauda hacia la salida, vio su reflejo en el espejo, lamentó no estar mejor vestida.

La abuela lo comprendió de inmediato:

—Beatriz —ordenó a su hija—, buscá en la boutique ropa para que Gabriela vaya a encontrarse con su hombre. —Dirigiéndose a su nieta continuó—: Bañate, robale a tu madre su perfume caro y apurate, él te espera.

Se despidió de las mujeres, e ilusionada fue a su encuentro. Para esa noche se había vestido.

El taxi recorría un trayecto que a ella le resultó interminable. La sangre le bullía ansiosa. En el momento en que le abrió la puerta, Gabriela sintió la adrenalina corriendo una maratón por todo su cuerpo.

—Invíteme a entrar, ingeniero —dijo recostándose contra la pared del palier.

Adrián dio un paso hasta ella. Se hizo de su perfume fresco. La miró a los ojos.

—¿Cenaste?

—No.

—Me dijiste que eso es lo primero.

—¿Cocinó para mí?

—Compré comida para los dos. No pretendas tanto cambio.

—Me tentaste —comentó sonriendo.

Él le permitió el paso.

—Bueno —dijo Gabriela ingresando al departamento—, se ve que aprendiste la lección. Ahora tendré que enseñarte otra.

El hombre frunció el ceño mientras giraba la llave para trabar la puerta esperando su explicación.

—Cuando un hombre recibe en su casa a una mujer y espera tener con ella una velada agradable, se muestra interesado desde el minuto cero.

—¿No me digas? —sonrió dejándose caer sobre el sillón con las manos en los bolsillos.

—Aunque no lo puedas creer, es una regla fundamental —aseguró dejando el abrigo y la cartera en el suelo, desabotonándose con sensualidad la blusa, bajándose el cierre del pantalón. Entregándole la sensual vista del conjunto de ropa interior colorado de seda—. Cuando lo hace... ella se muestra agradecida, mimosa y retribuye en igual medida. Así los dos se sienten deseados.

—Sé que me deseás, chiquita —fanfarroneó con su sonrisa seductora.

—¿Qué vamos a cenar?

—Ostras —informó.

—¿Dónde pensás que podríamos degustarlas mejor? —preguntó elevándose el cabello con las manos— ¿Sentados a la mesa, o en tu cama y usando nuestra piel como platos?

«¡Sí, bebé! —agradeció tomándola por la muñeca con una mano y la fuente en la otra, guiándola hacia su cuarto—; sensual, caliente, imaginativa. Así te quiero para mí.»

Dejó las ostras sobre la mesa de noche, los

hielos se chocaron unos contra otros. Gabriela lo abrazó por la espalda, comenzó a desabotonarle la camisa. Tomó la prenda por el cuello, la deslizó con suavidad por los brazos de él para arrimar su pecho a aquella espalda que había soportado tantos años de dolor.

—No te muevas —ordenó él disfrutando del contacto—, dame el calor que derrite murallas.

Ella obedeció feliz, pagándose más a él, llenándolo de caricias.

Adrián rotó. Gabriela lo detuvo para quedar frente a la escarificación que señalaba la traición. Con la yema de los dedos, la circundó. Con los labios intentó borrarla.

—Cada día que estemos juntos —le dijo—, te daré siete besos aquí. Para que el cero tenga sentido, para que se cumpla.

—¿Qué creés que es el cero, Gabriela?

—Cero penas, cero dolor, cero dudas, cero noches de soledad, cero traiciones, cero venganzas, cero odios.

—Siete razones —señaló.

—Siete motivos para desterrar demonios. Siete besos que derrumben las murallas.

Terminó de desvestirse frente a la mirada de ella. Posó las manos sobre los hombros de Gabriela. Con la cabeza ladeada le admiró la boca.

—Las ostras nos esperan —le advirtió deslizando los dedos por la espalda hasta desprenderle el corpiño—. Una barrera menos entre tu piel y la mía.

Continuó el recorrido hacia los glúteos femeninos, se introdujo bajo la suave tela del tanga. No quería romper el contacto y la deshizo con sus dedos.

—Voy a pedirle a mi jefe que me aumente el sueldo. Estoy con un señor que vive destrozando mi lencería.

—Te espero mañana en mi despacho para que me justifiques el reclamo.

Gabriela dejó salir una risa amplia y fresca. La erección de Adrián aumentó ante aquel sonido. Se tendió en la cama, llevándola con él.

—Tengo hambre —dijo la muchacha—. Ya sé desde dónde quiero servirme la cena.

—Hoy te doy permiso para improvisar —aceptó recogiendo los brazos tras la nuca y dejándole ver el hoyuelo en su mejilla.

—El problema es que no puedo decidirme con qué sitio comenzar —comentó posando su dedo índice sobre el hueco de la clavícula de él, en el hoyuelo que por momentos le mostraba, en la separación de sus músculos abdominales, en el ombligo.

El estímulo había sido extremo. La tomó por las axilas, la depositó boca abajo sobre las sábanas:

—Las dudas son trabas. Tenés que ser más decidida. —Tomó de la fuente una valva, la maceró con limón. Quitó el manjar de su prisión, lo depositó sobre la espalda de la mujer en el lugar exacto en que la depresión daba inicio a la montaña. Con la lengua le recorrió toda la columna vertebral, circundó el alimento. Finalmente lo absorbió.

Los gemidos de ella aumentaron sus deseos.

—Shhhhhhhhhh —la silenció—, calladita. No te muevas.

—Me pedís un imposible.

—Vos podés, chiquita. Vos vas a poder.

—Yo también quiero comer —reclamó Gabriela.

Adrián volvió a tomar otra valva, se puso a horcajadas sobre la muchacha permitiendo que sintiera su excitación. Se acercó a su nuca. Ella liberó su rostro inclinándose para verlo. Él acercó su boca interponiendo entre ambos el alimento.

—Ganátelo —desafió—. Veamos quién se queda con esta.

Gabriela separó los labios y sacó la lengua para arrebatarse la comida. Adrián retiró la ostra y entregó su boca a cambio. Se reunieron en un beso apasionado, fogoso, duradero. Un beso que los obligó a cambiar de posición para quedar enfrentados, abrazados de costado sobre la cama.

—Hiciste trampa —acusó.

—Tenés que estar más atenta —aconsejó comiendo su premio.

—Mi turno —reclamó pasando medio cuerpo por sobre el de él, para acercarse a la mesita, obligándolo a girar hasta dejarlo de espaldas sobre la cama—. Vos comiste dos seguidas, así que... me toca —le advirtió cubriendo con el molusco el hueco que se le formaba entre el labio y la barbilla masculina, para luego abarcar la superficie con su boca y hacer desaparecer cualquier rastro.

Adrián la devoró. Se hizo de su sabor. No quería comer ostras, quería comérsela a ella.

—¡Alto! Yo sigo en desventaja.

—No estoy seguro de eso —confesó tomando un condón del cajón, abriéndole las piernas para que quedara sentada sobre su abdomen y le entregara espacio para calzárselo.

—Si después considerás que estás en desventaja, vemos. —Y agregó—: Pero lo dudo. Cada encuentro, un nuevo disfrute; cada roce, una sensación incomparable.

Tembló convulsionando sobre él. Adrián respiraba agitado. Se abrazaron ligándose el uno

al otro. Gabriela todavía lo apresaba, él no deseaba liberarse.

—Siete vidas necesitaría para olvidar esta noche —aseveró—, y no estoy segura de que me alcancen.

—Terminemos de comer, chiquita —propuso, sabiendo que él ni con siete millones podría lograrlo.

La intimidad que disfrutaban les iluminaba los ojos. El duro, hosco y frío ingeniero sonrió más de una vez ante la frescura de la fotografía.

Gabriela, sentada en la cama, dejó sobre la fuente la última valva vacía.

—No sé si vas a creerme, pero es la primera vez que como ostras sobre el cuerpo de un hombre.

Se negó a desmembrar la frase.

—No es bueno buscar en la memoria esas cosas. Hay que vivir la vida como si cada día fuera único.

Recordó el consejo que le diera su abuela. Impedir que una astilla de duda se clavara en el hombre. Renzo la estaba buscando, en cualquier

momento la encontraría. Se angustió.

Adrián leyó la tensión en el lenguaje corporal de ella.

—¿Qué se disparó en tu cabecita alocada?

—No quiero ocultarte nada —comenzó explicándose—, tengo miedo a lo que pueda ocurrir si lo hago, y aunque lamento arruinar este momento, prefiero decirlo.

—Habla —ordenó.

—Renzo fue a buscarme a la constructora.

—Lo atendí yo —le recordó.

—También fue a lo de mamá..

¿Qué mierda quería ese hombre?

—No tiene nada que buscarte. Ya le dije que él era historia.

—Adrián, Renzo y yo fuimos pareja muchos años —comentó y Morgado se revolvió sobre las sábanas—. Nos separamos en medio de una pelea llena de acusaciones y ninguna explicación.

—No querés estar más con él. Punto. No se precisa ninguna explicación para eso.

—Sí —lo contradijo—, tengo que darle

explicaciones para que me entienda y no regrese. Para que siga su vida y se olvide de mí.

Irritado se levantó de la cama. Camino al baño pretendió dar por concluida la charla:

—El lunes le explico. El lunes le pongo todos los puntos claros. Vos mantenete al margen.

—No —retrucó impidiendo que cerrara la puerta y entrando con él al baño—. Cada uno tiene que hacerse cargo de sus problemas. Renzo es un problema mío.

—No vas a ir a verlo sola. No quiero que hables con él. Cuando vino a la oficina estaba borracho. Puede agredirte. Estoy tratando que entiendas —explicó abriendo la ducha—, que puedo hacerme cargo perfectamente de ese tema.

—El inconveniente es... que el que no entiende sos vos. ¿Qué pensarías si una mujer te manda a su nueva pareja para que te deje clarito que ya no te quiere?

—Chiquita —dijo sonriendo e introduciéndose en la bañera—, yo no recibo ese tipo de explicaciones de nadie. A nadie le doy los humos

como para que se crean que las necesito.

El golpe pegó con fuerza sobre el corazón de Gabriela.

—A nadie — susurró ella.

Adrián reconoció que había hablado sin pensar. A sus fines, servía. El problema era saber por qué razón quiso regresar el tiempo atrás y reformular esa respuesta.

—Tengo que hacerlo — insistió.

—Le vas a enviar un WhatsApp citándolo para mañana en la inmobiliaria. Yo me voy a encargar de que Sergio esté allí. Cualquier movimiento extraño, lo llamas.

—Gracias.

Le tendió la mano para que aceptara bañarse con él. Sumisa, accedió con la pena instalada en el rostro.

—Me cuesta aclimatarme a los cambios — ofreció como disculpa.

—Sé que cada barrera que apalee, me responderá defendiéndose. Tu mente es clara, racional. Intentá que tu boca solo exprese lo que

sentís realmente.

«Lo que siento realmente —pensó—. Ahí está el grave problema, bebé. En lo que siento y no debo.»

Les costó levantarse esa mañana. Adrián le recordó que él era el jefe y le entregaba permiso para llegar tarde, pero Gabriela insistió en que no quería demorarse. Tenía que pasar por su casa para vestirse antes de ir a la constructora. Solicitó un taxi y se despidió de él antes de desayunar.

El ingeniero se tomó todo el tiempo del mundo para relajarse y pensar luego de la partida de ella. Cada poro de su piel la reclamaba como propia, con cada respiración la extrañaba. No quería dejarla, no quería privarse de ella. Se había metido dentro de él derribando mucho más que el pasado, mucho más que la sed de venganza. Lo había tomado todo. Le había arrebatado el pasado, el dolor, la furia. Había transformado con dulzura, la sólida construcción de su voluntad.

CAPÍTULO 20

Al llegar a su despacho, supo que ella ya estaba trabajando. La foto que le prometió pegaría en el ventanal, se encontraba en su sitio.

«También quiero besarte», envió mentalmente como respuesta.

Cada vez que se hizo de un momento libre que podría aprovechar para acudir a su encuentro, alguien lo interrumpió ya fuera en persona o por teléfono. Cerca del mediodía, su humor era peor que el de una jauría de perros furiosos y hambrientos. Volvió a mirar por la ventana. Gabriela le mostraba distintas impresiones al diseñador. Llevaba el cabello atado.

ô

p

Ella giró para verlo a través del cristal. Le sonrió antes de contestar su WhatsApp:

ô

Dos toques en la puerta fueron suficientes para obligarlo a respirar hondo antes de verla aparecer y confirmar que su sonrisa arrasaba cualquier agobio. Aun así, la esperó sentado en su sillón detrás del escritorio, con la mirada desafiante y reprobatoria.

La muchacha se fue quitando la gomita del pelo a medida que se acercaba a él. Se detuvo manteniendo la distancia que entregaba el mueble.

—Recordaste la norma tarde —la retó.

—Ingeniero, habíamos hecho un trato. Dentro de la oficina intentaríamos ser prudentes.

—Estoy sentado en mi lugar, todavía no hice volar el escritorio de una patada. Así que no me recuerdes ningún trato.

—Pasé toda la mañana evitando mirar hacia tu despacho y más de una vez caí rendida ante la tentación. Te vi hablar por teléfono, reunirte con varias personas, llevarte la mano al cabello intentando concentrarte ante tu computadora. Y en cada uno de esos momentos quise hundirme en tus

brazos. Toda la mañana conteniéndome, Adrián, y me enviás un mensaje y corro a verte.

—No estoy de acuerdo con esta estupidez. Estás conmigo, no hay que ocultarlo.

Marcelo llamó a la puerta, entró al despacho al escuchar que se lo permitían. Vio a Gabriela ruborizada, a Adrián con el ceño fruncido:

—Perdón. Acabo de aceptar el presupuesto del corralón para Varela.

—Bien —consintió Morgado sin mirarlo.

—Los dejo trabajar tranquilos —se excusó Gabriela caminando hacia la puerta.

—Señorita Arredondo —bramó obligándola a petrificarse en el lugar.

Caminó hacia ella, ante los ojos del contador de la empresa la tomó por la nuca haciéndola girar, con un brazo la adosó a él por la cintura, se adueñó de su boca en un beso apasionado, caliente, íntimo:

—Ya puede retirarse.

A punto estuvo de caer de bruces mientras salía del despacho camino a su lugar de trabajo.

Marcelo se rascó la cabeza e interrogó:

—¿Me podés pasar en limpio la orden que acabás de darle a la fotógrafa?

Adrián se rio.

—No tuvimos tiempo de hablar. El sur provoca cambios.

—Me voy dando cuenta. Almorcemos juntos y me ponés al día.

—No. Tengo una reunión fuera de la constructora. Pero es simple —resumió—, te dije que me casaría con ella y es lo que voy a hacer. Puede que hasta me la quede.

—¿Qué decís? Acabo de ver cómo la besabas. Quizás te pareció que la derretida era ella, pero el ansioso eras vos.

—Me gusta —confirmó.

—Amigo —dijo poniendo una mano en el hombro de Adrián—, creo que es más que eso.

—No te apresures.

—No te niegues la verdad.

Esperó a Renzo en la que fuera la oficina de su padre. Se mostró fría y distante con Mario y Maite. Estaba segura que conocían la verdad y se la ocultaron. Si la hubiera sabido antes, tal vez no se hubiese sentido tan a la deriva. Escuchó la voz de su ex preguntando por ella, se paró de la silla para recibirlo erguida. Cuando la puerta se abrió, la imagen de él se estrelló como una bofetada en su cara. Deslucido, ojeroso, más delgado.

—Princesa —dijo de entrada acercándose—, te extrañé tanto..

Solo le permitió un leve beso en la mejilla.

—Sentate Renzo, tenemos que hablar.

—Quiero que sepas que tenías razón —intentó atropellando las palabras—. Fui un necio, un egoísta. Pensé en mí, creí que de esa manera nos protegía a los dos. La presión en el trabajo me volvió loco y me impidió ver lo que realmente es importante.

—No sigas, por favor. Lo hecho, hecho está, ya no podemos revertirlo.

—Sí podemos, Gaby —aseguró y sonó a ruego

— Vos y yo lo podemos todo. No volverá a pasar, no volveré a caer en el mismo agujero.

Los ojos del hombre lucían avergonzados, las manos le temblaban. Sintió pena por él.

—Al principio fuimos una pareja con ilusiones en común, nos respetábamos. Con el tiempo todo cambio...

—Y puede volver a cambiar —aseveró levantándose y caminando hacia ella.

Gabriela se paró, interpuso la silla en su camino:

—No por mí, Renzo. No para mí. Nos fuimos abandonando, separando de apoco.

—No. No me pidas que te deje ir. No voy a hacerlo. Vos y yo teníamos una meta común. Vos y yo planeábamos casarnos.

—Postergaste cada fecha que pusimos. Con la muerte de papá llegué a creer que jamás volveríamos a hablar de ese tema.

—No pude ver la realidad, sé que no te di el lugar que merecés, pero ahora quiero corregirme, quiero que vuelvas a mi lado...

—Ya te dije antes que estoy enamorada de otro hombre.

—¡No! —gritó golpeando con el puño la pared, apartando la silla y abalanzándose sobre ella—. Vos sos mía. Mi Gaby, mi princesa. La que me mantiene la cama caliente.

—¡Soltame! —clamó intentando separarlo y bajando la cabeza para evitar que la besara.

La puerta de la oficina se estrelló contra la pared. Las manos de Adrián tomaron a Renzo por los hombros arrojándolo contra el piso. La sangre de la nariz del agredido comenzó a brotar enrojeciendo la alfombra. Morgado se agachó hacia él, lo hizo girar para que lo viera a los ojos:

—Es la última vez que te acercás a mi mujer. Si me provocás, no solo vas a quedarte sin hocico. ¿Me entendiste bien? —preguntó elevando la voz, agarrándolo por las axilas, levantándolo casi en andas, dejándolo en la calle y cerrándole la puerta en la cara.

Morgado regresó a la oficina de Arredondo, pasando por delante de las miradas de los

empleados que lo observaban con la boca abierta:

—Fuera todos. El espectáculo terminó. Gabriela y yo cerramos al salir.

Quedó parado frente a ella, la escrutó de arriba abajo para cerciorarse que se encontraba bien. La gomita del pelo no cumplía correctamente su cometido y la hacía lucir desprolija y aniñada. Lo miraba desconcertada, respiraba agitada.

—¿Estás bien?

—Sí —susurró.

—¿Te lastimó?

—No.

—¿Qué esperás entonces para venir a besarme?

—Le dijiste... —se interrumpió, tal vez lo había imaginado.

—Le dije que no volviera a acercarse a vos.

—No. Le dijiste algo más.

Adrián sabía a qué se refería. No le había mentido. Aquella que tenía enfrente, era su mujer. Suya. Tan suya como su piel, tan suya como los latidos que le golpeaban el pecho. Corrió un tanto la chaqueta para poner las manos en los bolsillos,

caminó hacia ella, la rodeó, sopló las ondas que el otro hombre había despeinado, le besó el cuello. El simple contacto de sus labios sobre la piel de Gabriela, fue suficiente para excitarlos a los dos.

—Le dije solo verdades —aseguró.

—Le dijiste que...

—Que sos mi mujer —confirmó abrazándola.

Gabriela se dejó llevar, recostó la espalda sobre el pecho firme del hombre que amaba y la reclamaba como propia.

—Creo que voy a morir en este instante —dijo emocionada. .

La hizo rotar, la tomó de la barbilla.

—No, chiquita. No te vas a morir —comentó en tanto tiraba al suelo con el antebrazo, todo lo que sostenía el tablero del escritorio—, porque voy a arrancarte la ropa y recorrer mi propiedad como auténtico dueño, hasta que no vuelvas a dudar de lo que digo.

—Adrián —suspiró.

—Adrián Morgado, tu dueño —recalcó terminando de despojarla de cualquier prenda.

Abriéndose el cierre del pantalón para liberar su erección. Entrando en ella con bríos para sellar sus palabras con hechos. Para borrar sus propias dudas, para disfrutar de sentirse libre en Gabriela. Para convencerse a sí mismo que esa Arredondo era la que quería, la que necesitaba, la que le daría la luz después de tantos años de penumbra.

Lo recibió sobre el escritorio de su padre. Se dejó llevar en andas hasta quedar atrapada entre Adrián y la pared. Hasta caer juntos en el sillón repleto de papeles que terminaron desparramados en el piso.

—Mi mujer —repitió.

—El día que seas mío...

—Acá estoy —dijo—, te reclamé como propia. Sos mi exclusividad y te aseguro que mientras lo recuerdes te voy a retribuir con la misma moneda. No rompas la regla —le advirtió— y yo voy a mantenerla.

—No me engañes, Adrián. Hoy me diste la vida, si me mentís...

—Shhhhhhhhh —la calló besándola—.

Asegurate también de aceptar los consejos que te doy. Te dije que el tipo no razonaba.

—Si de entrada hubiera sabido que todo terminaría como terminó, volvería a desoír tus consejos una y mil veces.

Adrián sonrió antes de comentarle:

—Tenemos un problema, chiquita. No quedó una sola prenda con la que puedas vestirme.

—Te propongo una cosa —dijo divertida—, me cubro solo con mi abrigo, me llevás a casa en tu auto y en cuanto estemos allí, te grito ¡Sorpresa!

CAPÍTULO 21

No quería abrir los ojos. Estaba en sus brazos, Adrián respiraba suave y rítmicamente. Hacía diez minutos que se mantenía quietecita disfrutando de escuchar latir ese corazón que había querido enfrentarla, y ahora la defendía y reclamaba como propia. Pensó en prepararle un desayuno de reyes y de inmediato recordó su consejo. No debía moverse de la cama sin su permiso. Sonrió al recordar el incidente y sin querer lo despertó.

—No ronco, así que de eso no te reías — aseguró sin darle los buenos días.

Gabriela se movió mimosa y comenzó a entregarle los siete besos prometidos en la marca del brazo. Para cuando terminó, volvió a recordarle buenos modales:

—Buen día.

Aunque él aseguró que se despertaba después de

desayunar, Gabriela pudo comprobar que su libido era menos remolona cuando la encerró con su cuerpo para besarla.

—Cambio los siete besos por siete revolcones matutinos.

La muchacha estalló en una risa amplia y ruidosa. Adrián frunció el ceño:

—Veo, chiquita, que vos también necesitás de pruebas para creerte las cosas.

—Naaaaaaaaaaaaada me gustaría más, ingeniero —comentó burlona—, pero hay algo que se llama “recuperación y reposición de energías”. ¿Rindió esa materia usted?

—No me vengas con boludeces —desestimó lamiendo el nacimiento de sus pechos—. Ya te dije que hay que vivir el momento.

—De acuerdo —aceptó—, pero no se puede construir una pared con ladrillos y sin el cemento. Y para ser sincera, me está haciendo falta el cemento para seguirte el ritmo.

—Floja —sentenció rodando y colocándola sobre él—. Hoy te la dejo pasar por una sola

razón. Conozco el ruido que arma tu “alien” y no hay nada menos motivante que eso.

Juntos fueron hacia la cocina e investigaron dentro de la heladera. Recogieron los elementos con los que prepararían el desayuno. Se chocaron más de una vez con la única intención de rozarse. Gabriela solo llevaba puesta una remera de Adrián que le bailaba por todos los costados, él un pantalón de pijama azul marino. Se sentaron a la mesa a degustar la creación de ambos. Adrián prendió su notebook.

—Voy a mostrarte lo que tengo en mente —comentó buscando el archivo del complejo en Esquel—. Es solo el boceto, pero me imagino que podrás entender la idea.

Ansiosa, acercó la silla para acceder mejor a las imágenes. Adrián manejaba su portátil con una mano en tanto le rodeaba la cintura con la otra.

—Quiero que el complejo quede incrustado en la montaña. Que todo se desarrolle hacia el lago —describió—. Quiero perderlo entre la naturaleza. Quien lo observe de frente lo

considerará parte de la misma. Pero desde el interior se tendrá acceso a toda la vista.

La muchacha admiró atónita las imágenes que el ingeniero había bocetado.

—Es increíble, pasará desapercibido, y sin embargo, para los turistas que se alojen allí, será la gloria.

—Eso es lo que quiero lograr.

—Ya lo hiciste. ¿Qué te lo impide?

—Los que van a poner la plata. Este proyecto es mucho más caro que el que ellos pensaban construir.

—Pero es insuperable..

Adrián sonrió, tenía a la ambientalista de su lado.

—Habrá que convencerlos —dijo preocupado.

—Bueno, me imagino que no les permitirán hacer algo distinto a esto. El lago Futralaufquen forma parte de una reserva, la zona del parque está protegida...

—No seas ingenua —interrumpió acariciándole al descuido el trasero—. Dos mangos con

cincuenta en el bolsillo indicado y podés construir Disneylandia en el medio del Aconcagua.

—No. No es así. Yo soy activista y sé de todas las luchas que hemos ganado.

—Vos sos ingenua —repitió—. Te entretienen con la que no les importa, te dejan ganar tu batallita y mientras tanto ellos destruyen en otro lado. Siempre es igual, te distraen para aprobar la que les interesa entre gallos y medianoche.

En tanto hablaban, Adrián acariciaba el muslo de Gabriela. Ella lo miró con ternura. Se sentía tan cómoda, tan segura, tan mimada en medio de aquella intimidad que les entregaba el desayuno compartido en la casa de él.

—¿Qué? —preguntó algo conmovido, levantándole la barbilla con la punta de los dedos. Buscando la respuesta en esos ojos que eran más fuertes que el odio o el rencor.

—Pensaba que estoy tan a gusto acá sentada a tu lado, hablando, embebiéndome de tus ideas... como cuando hacemos el amor.

Quedó mirándola un momento. Trató de buscar

segundas intenciones, alguna insinuación. Pero no podía encontrarlas. Había sido sincera y él tenía que reconocer que opinaba igual. Gabriela era una mujer inteligente, sensible, con la que podía compartir algo más que el trabajo, los ideales y el sexo. Jésica era su amiga, pero gustaba de lo trivial. El resto de la lista no hacía más que confirmar la teoría que con algunas el intelecto y con otras el cuerpo. Pero Gabriela reunía demasiadas cualidades. Le gustaba pelearla, acorralarla, seducirla y también disfrutarla en el resto de los sentidos. Lo mantenía ágil, alerta y al mismo tiempo era un páramo. Sus ojos eran un remanso dulce, suave, tranquilo.

«Si llegás a ser tan hábil como para engañarme, si llegás a ser como todas —pensó—, solo espero resistir lo suficiente como para ahorcarte con mis propias manos y ver tus ojos mentirosos apagarse lentamente bajo mi opresión.»

La muchacha detectó el cambio en la mirada, la duda en los ojos de él. Observó la escarificación y repitió el ritual de los besos:

—La pena, el dolor —enumeró a medida que besaba la zona con dulzura—, la duda, la soledad, las traiciones, la venganza, el odio.

La sentó sobre su falda. Llevando las manos al cuello de ella retiró los mechones desordenados para despejarle el escote. Atormentado dentro de su lucha por creerle y olvidarse de Arredondo, dejó caer la frente en el pecho de Gabriela.

Comprendiéndolo, escondió los dedos en el corto cabello de él. Entregó besos en su coronilla, lo contuvo en un abrazo desesperado. Rogó buscando ser para él tan transparente que no le restaran preguntas por hacer y conociera todas las respuestas que le aseguraran que era suya, que explotaba de felicidad por estar allí, deseando vivir cada segundo que le restara de existencia junto a su amado verdugo.

—¿Qué necesito decir o hacer para convencerte de que te amo? No sé explicártelo mejor, Adrián. Soy lo que ves —confesó tomándole la cara con las manos y elevándosela para que la mirara a los ojos—. No voy a hacerte daño, yo no vine a

vengarme. Me enamoré de vos y toda mi vida anterior pierde sentido. Lo único que no puedo entregarte, es el renegar de mi padre. Lo quise y lo seguiré queriendo a pesar de que haya herido lo que más amo hoy. Todo lo demás es tuyo. Todo lo que queda de mí, ya lo tenés. No hay más. Soy esto que está frente a tus ojos y que intuye tu corazón.

Supo que la abrazaba desde la esencia misma de su ser. Desde su hombría, sus dudas y sus deseos. Era suya porque estaba en él. Era suya porque se entregaba sin objeciones, sin miedos..., cuando debería temerle.

—Vas a casarte conmigo —exteriorizó cuando su intención era solo pensarlo. Pero ya era tarde y ella lo había escuchado.

No respiró. Por unos segundos su mente no supo enviar esa orden al resto de su cuerpo. Lo miró confusa, esperando una explicación en tanto él aguardaba su respuesta.

Morgado se rio de lado. Se recostó en el respaldo resbalándose un poco por la silla. Gabriela estuvo a punto de caer deslizándose por

las piernas de él que la retuvo a tiempo sujetándola por el trasero.

—¿Qué pasó, chiquita? ¿Te acabo de dar el susto de tu vida?

Gabriela continuaba sin poder emitir palabra. La situación terminó por resultarle graciosa y fiel a su estilo, se aprovechó de la misma:

—Me gusta cogerte y ese es un punto fundamental si un hombre planea ponerse la soga al cuello —bromeó intentando que reaccionara—. No roncás en la noche. Otro punto importantísimo, porque tengo el sueño liviano.

Ella seguía mirándolo sin responder.

—A ver, chiquita —dijo incorporándose sin olvidar asegurarse que no se le cayera al piso—, ni te consulté ni te di opciones. Dije que sos mía, no lo negaste, punto. Tomo lo que es mío y me aseguro que le quede claro al resto del mundo. En el caso de un bien inmueble firmo una escritura, en tu caso una libreta. Fin del cuentito. Ahora vamos a la cama que quiero disfrutar de esa parte que tanto me gusta, con vos.

—Adrián —finalmente pudo decir—, sos hosco, huraño, vengativo, machista y muy desagradable en la mañana. Lo más antirromántico que conocí en mi vida —tomó aire antes de continuar, lo que le permitió detectar el ceño fruncido y la vena hinchada en la frente del hombre que expectante escuchaba cada calificativo—. Tenés mil demonios que te gritan que te miento, pero frente a todos tus errores, todos tus defectos y todos tus miedos estoy yo, una activista a la que le encanta inmolarse en pos de una causa.

—Acabás de intentar enredarme en tu palabrerío, pero no lo lograste. Te guste o no te guste, vas a convertirte en Gabriela Morgado.

Sonaba mucho mejor dicho de sus labios. Incluso teniendo en cuenta la mala leche con que lo había expresado. Terminó por reír a carcajadas divertida e impregnada de alegría.

Su risa que solía excitarlo, en ese instante lo enfureció más:

—A vos hay que explicarte las cosas de otra manera —aseguró, colgándose del hombro y

caminando con ella hacia el cuarto—. Última vez que pierdo tiempo entregándote detalles. Con vos hay que ir directo al grano.

Debían pasar por el departamento de Gabriela para buscar algo de ropa. La de la muchacha había sido destruida por él en la inmobiliaria. Después de divertirse juntos un largo rato tratando de encontrar dentro del vestidor de Adrián alguna prenda que Gabriela no perdiera por el camino, producto de la diferencia de tamaño, decidieron volver a recurrir al tapado y bajaron al garaje, mientras la muchacha imaginaba ser una delincuente que huía de miradas acusatorias.

El espacio de ella no lo sorprendió. Era pequeño, pero alegre. Evitó detenerse en los portarretratos que le enrostraran el maldito origen del que por años juró vengarse. Aun así, cayó rendido ante una foto de los rostros de padre e hija mirándose, donde solo podía leerse el amor de aquel hombre hacia ella y la admiración de la

pequeña hacia su padre. Una Gabriela cegada por el respeto y el cariño, un Arredondo despojado de astucia y maldad. Aquel hombre la había amado y a ella no le generaba dudas esa verdad. ¿Cómo podría vivir con ella sin privarla de esa imagen? ¿Cómo soportaría él pasar frente a ese retrato a diario? La escuchó maldecir y fue hacia su cuarto para enterarse que el armario era víctima de una pérdida de agua del piso superior, y gran parte de la ropa olía fatal después de que no se hubiera detectado a tiempo por hallarse en Esquel durante quince días.

Morgado apoyado contra el marco de la puerta, un brazo recogido sobre el pecho y su dedo pulgar paseándose por el labio inferior para contener la risa, la irritó aún más:

—Tengo por delante un fin de semana de ensueño junto al hombre que amo —explicó enfrentándolo con los brazos en jarra—, y resulta que la única ropa de la que dispongo es la que todavía no saqué del bolso.

—No sos friolenta —le recordó paseando la

vista por el cuerpo vestido solo con lencería—, yo no me quejo de tu look.

—Voy a ir a tu casa con una manguera, inundaré tu precioso vestidor de madera de wengue y me voy a sentar a admirar la tranquilidad con que te lo bancás.

El ingeniero abrió el bolso, quitó de él un par de prendas:

—Ponete eso y vamos a solucionar tu tragedia.

Recorrieron boutiques donde Gabriela lució para él un sinfín de variados modelos. Un jean, un suéter, un par de remeras y un trajecito para presentarse el lunes en la constructora fue lo único que aceptó, cuando el hombre le clavó una mirada reprobatoria con la que le impidió pagar por ellos. Con eso se arreglaría hasta ir reponiendo de a poco su vestuario, sin el dinero de él.

Caminaron por Palermo Soho admirando el reciclado de las antiguas construcciones edilicias y almorzaron en la zona, para luego regresar al departamento de Adrián.

Al entrar en su casa, todo se veía diferente. El

aire que se respiraba en los ambientes había cambiado y comprendió que, si algún día Gabriela salía de su vida, no podría volver a pisar ese lugar.

—Estoy exhausta —dijo regresando del cuarto donde había dejado los paquetes con su ropa nueva y permitiéndose caer en el sillón.

—Tengo trabajo, Gabriela —comunicó necesitado de tomar un poco de distancia.

—De acuerdo, jefe —dijo sin descubrir las verdaderas razones, motivada por el entusiasmo que la embargaba—, vos ponete a trabajar, yo te preparo un cafecito y me quedo en el sillón descansando mientras te hago compañía.

Como una pareja asentada, como si fuera lo más natural del mundo, Gabriela le sirvió el café en el escritorio donde él pretendió concentrarse, y se recostó en el Le Corbusier de cuero negro. Se quedó dormida al poco rato. Adrián, con los codos sobre el tablero y la barbilla apoyada en los puños, la observó amparado en que el profundo sueño de ella no lo delataría.

El cabello le caía despeinado ocultando parte de su carita aniñada. Las largas pestañas le otorgaban ese toque sensual que ella desconocía que poseía. Sus labios rosados y generosos, que aseguraba le borrarían siete demonios, se encontraban relajados. Un rostro armónico y dulce, dormido a poco más de un metro, terminó por provocarle la ternura que jamás había sentido por nadie.

El celular de Gabriela lo advirtió de mensajes que ingresaban. Sin sentir que la invadía, lo tomó de la cartera de ella. Fue muy fácil recorrer su privacidad al detectar que no había instalado ninguna contraseña. Adrián ocupó el tiempo que ella estuvo dormida en conocer cada rincón de su vida. Así se enteró que el número del ex se encontraba bloqueado. Que Fátima quería detalles del tamaño de “malote”. Que su abuela la esperaba a almorzar junto a su madre al día siguiente. Que la Fundación le reclamaba con insistencia que regresara a trabajar para ellos. Que Bautista estaba dispuesto a rescatarla de las garras del

verdugo cuando ella se lo solicitara.

Quiso más. El intercambio de mensajes guardados no le entregó toda la información, y quería más. Necesitaba constatar que Gabriela era la mujer que estaba dentro suyo, o la víbora que lo había envenenado. Pero ella había olvidado el portátil. No contaba con nada a su alcance para continuar indagándola. Hasta que la oyó dormida. Gabriela hablaba dormida.

—Sos mi Pepe.

Susurró inmersa en el sueño y él recordó que se lo había dicho antes.

Con el pecho henchido de una emoción que lo relajó, la tomó en sus brazos con cuidado de no despertarla, la llevó a su cama y se tendió allí con ella, conteniéndola abrazada para que ni el aire la rozara.

—No me mientas, bebé —dijo besándole la coronilla y cerrando también los ojos intentando introducirse en su sueño y gozar de la misma paz que sintió la embargaba.

CAPÍTULO 22

Aquel fin de semana fue decisivo. Tenerla en sus dominios completamente entregada, le otorgó seguridades. Era imposible que alguien como ella pudiera engañar las veinticuatro horas del día a un hombre tan sagaz como él. Lo amaba, no cabían dudas. De la misma manera también comprendió que ella despertaba sentimientos que desconocía fuera capaz de sentir. A las mujeres les había entregado sexo, a algunas incluso llegó a reconocerles inteligencia. Disfrutó con ellas el tiempo suficiente antes de aburrirse o permitir que cayeran en el error de considerarse más íntimas de lo que realmente eran. Adrián quería intimidad con Gabriela, tanta como existiera, tanta como fuera posible conseguir. Aquel fin de semana, todo había sucedido naturalmente. Ella era dulce, sensible, imaginativa. Su fogosidad en el lecho estaba a la

altura de sus pretensiones. Una mujer que podría llevar con orgullo de su brazo si no fuera por el maldito detalle de que era una Arredondo. Pero la haría Morgado, pondría su sello en ella hasta borrarle de la sangre cualquier gen del malnacido. Gabriela merecía ser Morgado y él la convertiría en eso. Convencido, entró a la constructora ese lunes tomándola de la cintura, mostrando su autoridad sobre ella y el resto de los presentes. Anoticiando con el gesto su decisión.

«No más fotito en la ventana. ¡Mía! Y al que no le guste que no mire.»

Nadie hizo un solo comentario, nadie se atrevió a interrogarlo. Era el jefe y confiaban en sus decisiones. Tampoco pusieron en duda la integridad de la fotógrafa. Su comportamiento en el tiempo que formaba parte del personal, avalaba su integridad.

La rutina se tornó más relajada para ellos sin tener que ocultar ante todos las miradas cariñosas de Gabriela, ni la puerta trabada en la oficina del ingeniero Morgado cuando mantenían sus

reuniones privadas.

La muchacha continuó pegando cada mañana la foto en la ventana para que cada vez que él estuviera trabajando y mirara hacia allí, se encontrara con la certeza de que lo amaba.

ô —indicó por WhatsApp.

Entró al despacho de él sonriendo:

—¿Quién podría negarse a tan dulce pedido?

Adrián la miró desafiante:

—Los modales no son mi fuerte, ya lo sabés. Tenemos que armar una estrategia.

Gabriela rodeó el escritorio, se inclinó un poco para poder ver lo que él le mostraba en su computadora. Como de costumbre ante esas cercanías, la mano de él se perdió en la pierna de ella por debajo de la falda.

—Los inversores solo ven lo que el bolsillo les enseña. Están tirándose para atrás con mi proyecto, porque tienen otro menos costoso en cartera. Tenemos que convencerlos de que nuestra opción les redituará muchos más dividendos que la mierda que le proponen los otros idiotas.

—Contá conmigo —ofreció.

—Siempre, chiquita. Siempre cuento con vos —
aseguró sentándola en su falda.

—Tenemos que intentar separar nuestra vida íntima del trabajo —propuso ella acariciándole los brazos por encima de las mangas de la camisa.

—No.

—Sí, Adrián. Fijate, estamos con un problema y tenemos que solucionarlo por varios motivos; uno, el tiempo que invertiste armando todo el proyecto, y el otro, por el bien de la naturaleza. Si nos distraemos, les damos ventaja.

—No me conocés —dijo levantándole la falda hasta la cintura, sentándola a horcajadas sobre él e introduciéndose en su ropa íntima—. No me estoy distrayendo. Estoy buscando justificativos para demostrarles que la naturaleza vale la pena.

Y lo había dicho tan serio que por un instante Gabriela hasta dudó que hubiera existido el doble sentido en su frase.

Se levantó tomándola con un brazo por la cintura. Con ella en andas fue hasta la puerta del

despacho para trabarla, accionó el intercomunicador que lo conectaba con Regina y le advirtió que estaba en reunión y no quería ser molestado. Sin soltarla, corrió las cortinas de los dos ventanales.

—Ahora sí. Concentrémonos.

—Adrián, no deberíamos...

—Shhhhhhhhhh. Calladita. No entiendo por qué te gusta contradecirme —planteó corriendo la notebook y las carpetas de su escritorio y dejando a Gabriela al mismo tiempo sobre el piso.

Con besos la fue convenciendo, con caricias la colocó frente al escritorio logrando que quedara recostada sobre el mismo. Recogió el cabello hacia un lado para acceder a su nuca en tanto volvía a subirle la pollera y recorría con la palma abierta el muslo de la joven.

—Espero que tengas otro tanga de repuesto.

—Tengo un montón en mi *locker*. De lo contrario viviría pasando vergüenza en el trabajo.

—Esa es mi chica —la felicitó rompiendo las tiras de la prenda y dejando a su alcance el

objetivo principal.

La excitación ya era la esperada, pero aun así continuó un momento más disfrutando de encenderla y encenderse. Se calzó el preservativo y la embistió tomándola de las caderas. Gabriela apoyó las manos sobre el escritorio para amortiguar los empujones, bajó la cabeza y la totalidad de su cabellera dejó al descubierto nuevamente su nuca.

Adrián la acarició primero, luego bajó con la yema de los dedos trazando el camino de la columna de ella con una mano y con la otra continuó asiéndola por la cintura.

—Estoy perdida —dijo—, mi voluntad se acaba cuando te veo.

Se recostó un tanto sobre la espalda de ella, besó un omóplato y luego el otro, giró en círculos dentro de Gabriela y la muchacha contuvo el gemido sobre el antebrazo.

—Así, chiquita. Así. Disfrutá, soltá tu sexualidad. Vivila conmigo.

—Imposible no hacerlo —confesó jadeante.

—Me gusta cuando entendés.

Fue por Adrián que Gabriela cambió el almuerzo del domingo con su madre en casa de su abuela, por una cena entre medio de la semana. También por él las reuniones con amigas se limitaron a un *after hours* una o dos veces por semana. Morgado la quería para él, la reclamaba en el trabajo y también en las horas libres. La muchacha se sentía valorada, querida, deseada. Por ese motivo aceptó cada una de las imposiciones. Lo quería riendo, disfrutando, sintiéndose querido a cada segundo.

Dora y Beatriz le advirtieron cuán inconveniente podría resultar dar el brazo a torcer en tantos aspectos, ante un hombre que por el momento se negaba a conocerlas.

Macarena, desconociendo el trasfondo de la particular relación con él, le solicitó más de una vez que la acompañara a bailar, argumentando que un poco de celos no le hacen mal a nadie.

Fátima se limitó a escuchar. Por primera vez en la vida Gabriela transmitía entusiasmo, confianza en sí misma y en el hombre que se había adueñado no solo de su voluntad, sino también de su corazón. Gabriela Arredondo era un ser sensible, solidario, sincero, pero frágil. A su lado debía existir un hombre. Un hombre sólido que la contuviera y amparara, pero no se olvidara de valorarla e impulsarla para que surgiera todo el potencial creativo y amoroso de ella. Un hombre que le entregara ternura sin ser débil, que fuese tan frontal y claro como para que ni una duda le rondara la mente. Viril, potente, porque Gabriela era un ser ardiente que se permitía entregarse a su pareja sin pudores. Y Morgado parecía ser ese hombre tan seguro de sí mismo como para convertirse en el ideal. No la había hecho cambiar de costumbres motivado por los celos, quería que se sintiera necesaria para él y era su forma de demostrarlo. Renzo jamás la había valorado, Morgado la hacía participar en reuniones con empresarios; le entregaba a ella el poder ante

aqueellos para exponer, desde su mirada, los proyectos de la constructora. Se encerraba con ella en el campo para que disfrutara de la naturaleza y se distendiera. Pagaba las deudas de la inmobiliaria adelantándose a más de un vencimiento. Fátima consideró cada punto y estuvo segura, Adrián era el hombre que merecía estar junto a Gabriela, y se recostó en la tranquilidad de su convencimiento.

Escuchó la llave accionando la cerradura de su departamento. Adrián, con cara de pocos amigos, ingresó y colocándose las manos en las caderas preguntó:

—¿Intentado esconderte de mí?

—Hola —respondió inclinando la cabeza, sonriente ante la vista de ese hombre en traje oscuro y camisa clara que la deslumbraba día a día, sin percatarse del pobre aspecto que brindaba ella en musculosa sudada y short de algodón—. Ya terminaron los arreglos del departamento y quise

venir a limpiar el desastre que dejaron los obreros. Pero no creo que acabe hoy.

—Pudimos contratar una empresa de limpieza después de la mudanza.

Gabriela no lo comprendió:

—No exageres, no llevé tantas cosas a tu casa. Si me das una mano, en dos viajes en auto traemos todo de regreso acá.

—Tenés un error en el destino, chiquita. No “traemos”, terminamos de llevar.

—¿Me estás invitando a quedarme en tu casa definitivamente? —preguntó girando en redondo con sensualidad para que apreciara todo lo que se llevaría con él.

—Acortemos el trámite que ya tengo ganas de arrancarte esa ropita mojada. ¿Lo necesitás por escrito y firmado?

Adoraba cuando hacía bromas para ocultar una respuesta tan simple y sentimental como esa.

—Bueno... un ingeniero me explicó que cuentas claras conservan la amistad, que me conviene leer detenidamente antes de firmar y...

—El contrato es archiconocido, no hacen uno especial para cada pareja. El acta de matrimonio es igual para todos.

Los grandes y dulces ojos verdes de Gabriela se abrieron en extremo, sus signos vitales desaparecieron. Adrián se acercó a ella sigilosamente como un felino a su presa, elevó la comisura del labio esbozando su media sonrisa, se la comió con los ojos. Puso el dedo índice sobre la nariz de ella y en tanto lo deslizaba por la boca, el cuello y la separación de los pechos, solicitó:

—Respirá, chiquita, hacé que el oxígeno llegue hasta aquí —demarkó bordeándole el ombligo.

—Me propusiste casamiento.

—Error —corrigió—, vos querés el acuerdo firmado, yo simplemente acepté los fueros.

Saltó para colgarse del cuello de Adrián y sujetarlo con las piernas por la cintura. Inundó de besos todo el rostro del hombre en tanto repetía una y otra vez:

—Te quiero..., te quiero..., te quiero.

Para cuando terminó de decirlo, ya estaba

acostada sobre el piso, con Adrián sobre ella y despojándola de la ropa.

—Es ridículo que sigas limpiando. La mudanza estropeará tu trabajo.

—Te quiero.

—Eso ya lo dijiste.

—Dejá que me bañe, estoy hecha un asco.

Como única respuesta, Adrián lamió el cuello de Gabriela y sus senos:

—Te voy a tener haciendo gimnasia día y noche para hacerme del sabor de tu piel sudada... siempre.

—¿Cómo que te casás? ¿Cuándo te casás? Ni siquiera lo conocemos, vos ni siquiera lo conocés —reclamó Beatriz sin tomar aire—. Ese hombre odiaba a tu padre. ¿Cómo sabés que te ama? ¿Te dijo que te ama?

No se lo había dicho. Aceptaba casarse con alguien que jamás le había declarado abiertamente su amor, pero no lo consideró necesario. Adrián

Morgado no recurría al lenguaje oral para expresarse, recurría a los hechos.

—Me ama —confirmó.

—¿Te lo dijo?

—¿Qué puede cambiar que me lo diga? Me lo demuestra y es suficiente, se va a casar conmigo y eso me sobra.

—No te atreviste a preguntárselo. Otra vez caés en el error de guiarte por lo que vos sentís. No te preocupes hija, yo se lo voy a preguntar. Yo quiero verlo a los ojos cuando me entregue esa respuesta.

—Lo amo.

—Ya lo sé. Y cuando vos te entregás, no medís las consecuencias, no reclamás del otro. Te das por completo suponiendo que la otra parte hace lo mismo. No es así, Gabriela. Casarse es involucrarse y yo quiero ver cuán dispuesto a comprometerse con vos está él. Quiero ver que realmente te merezca. No solo que sea “tu Pepe”.

Llegó a la casa de Adrián, preocupada. Estaba segura del amor de él, y su madre lo expondría a un interrogatorio que las pocas pulgas del

ingeniero harían que todo terminara en conflicto. Al llegar al piso, lo encontró conversando en el escritorio con Marcelo. No se percataron de su presencia.

—Seguramente Gabriela querrá que su madre sea la madrina —informaba su pareja al amigo—, por esa razón el padrino lo pongo yo.

—¿Quién cuenta con ese privilegio?

—Vos.

—Me catapultás al rol de padrino pelado —contestó abrazándolo a manera de aceptación.

—Tenemos que adelantar trabajo en la constructora. Le propuse a Gabriela fines de noviembre, principios de diciembre como fecha, así que los tiempos nos corren.

El corazón no entraba en el pecho de la muchacha, los hizo saber que estaba allí, rodeando en un abrazo por la espalda a su novio y lanzando un beso al aire para Marcelo.

—Felicitaciones —dijo el futuro padrino sirviendo tres copas para brindar antes de irse y concederles la intimidad que entendió pretendían.

—En La Serena —respondió ante la pregunta de ella de dónde le gustaría hacer la fiesta— y solo para íntimos.

—Me encanta —aceptó acurrucada en su pecho y sintiendo los besos que le entregaba en la cabeza.

—Lo sé —aseguró—, sos pronaturaleza hasta para casarte.

Estaba entregada a la imagen que visualizó del día que se aproximaba. El sol brillando en el cielo, su blanco y lánguido vestido con puntillas de algodón, el cabello suelto y con una coronita de flores silvestres. Adrián, su amor, su león con las heridas que ella curó, esperándola junto a un sencillo altar en el prado.

—La gloria —dijo girando y tirando de él para quedar acostada sobre su cuerpo.

Se encontraba muy nerviosa, los inversores estaban por llegar y su pie se negaba a dejar de taconear repetidamente sobre el piso.

Regina le avisó que la esperaban en la sala de reuniones para la presentación. Al entrar recorrió con timidez las siluetas de los empresarios hasta llegar a la de su novio, que la miraba sereno. Prestó atención a los planteos de ellos y a las sólidas respuestas de Morgado. El corazón se le subió a la garganta cuando escuchó:

—La señorita Arredondo les enseñará los beneficios de nuestro proyecto, con imágenes.

Respiró hondo, solicitó que se bajaran las luces, dio comienzo a la presentación. Al principio necesitó de la mirada de él para infundirse fuerza, pero al poco rato se adueñó de la atención de todos. Al finalizar, las piernas le temblaban y sentía un cansancio que no se condecía con la actividad física que había hecho durante el día.

Adrián regresó a la sala de reuniones luego de despedirlos. Trabó la puerta.

—Subite a la mesa, chiquita.

—¿Cómo? —preguntó desorientada.

—Ahora. Subite a la mesa.

Sin entender su propósito, le hizo caso con

dificultad. El ceñido vestido no le entregaba suficiente movilidad para llevar a cabo la orden y él continuaba con la espalda pegada a la puerta, esperando. Finalmente lo logró.

Llevando el pulgar hasta su labio, fue caminando sigiloso hacia ella. Apoyó una mano en el empeine de la muchacha, subió por su pierna, se introdujo por debajo de la pollera.

—Adrián —suspiró.

—Shhhhh. Ya hablaste demasiado esta tarde. Ahora quiero que gimas.

CAPÍTULO 23

Cambió de planes, y en lugar de ir directamente al departamento de él, se dirigió a la constructora. Apenas pasaban de las cinco, sabía lo atareado que estaba Adrián con el trabajo, chequeó con la seguridad en planta baja que él no se hubiera retirado del edificio.

Al llegar al piso dieciocho, escuchó la discusión entre una mujer y Adrián.

—Andate o va a ser la primera vez que tome a una mujer por el cuello y la arrastre hasta la salida —sintió que amenazaba él.

—¿Y qué ganarías? —gritó la mujer—. No voy a dejar que te cases con ella solamente para terminar tu venganza.

—¡Callate! —ordenó Adrián elevando también la voz.

—Terminá de despojarla de todo y dejala en la

calle. No es necesario que te cases para arruinarla.

—No te lo vuelvo a repetir, Jésica. Andate antes de que se me acabe la paciencia que te estoy teniendo.

—Tu plan era contra su padre, entendí que te calentaras con ella y te la tirarás un par de veces, pero de ahí a casarse hay un abismo. No voy a permitirlo.

—Nadie me dice lo que tengo o no tengo que hacer —remarcó furioso.

—Soy tu amiga, me preocupo por vos. Si la querías arruinar, ¿para qué te casás con ella? Por ese camino el que más pierde sos vos, y vas a terminar dejándole parte de lo tuyo. ¡Es una Arredondo! —le recordó.

—Sé quién es. Tengo perfectamente claro que viene de esa mierda. No necesito que me recuerdes la calaña que la engendró.

—Una calaña que destruyó a tu padre y te cerró las puertas para volver a confiar en el amor. Una calaña que comía en tu casa mientras se volteaba a tu madrastra frente a los ojos de tu padre. Una

alimaña rastrera que te empeñaste en destrozar y que se murió antes de que lo lograras. Un tipo que te encerró el corazón en un cofre impenetrable, impidiendo que nos escuches a Marcelo y a mí, cada una de las veces en que te dijimos que te olvidarás de todo. ¿Y ahora pretendés casarte con la hija de él? Tu venganza no puede ir tan lejos. No la extiendas más. Desengaña la de a poco y abrite. El padre ya murió, el patrimonio de ella ya está en tus manos. Sacala de tu vida y olvidate.

Una venganza. Adrián seguía vengándose de los Arredondo, entendió sentada en el piso del ascensor, rogando por que llegara rápido a planta baja y alejarse del edificio y de él, cuanto antes.

Tomó un taxi, le solicitó prisa al conductor. Recogió de casa del ingeniero solo lo imprescindible de sus pertenencias. Alquiló un cuarto en un hotel mediocre. Llamó a Pérez Gil para concertar una entrevista.

La discusión con Jéssica lo mantenía alterado y

su humor empeoró al llegar a casa y no encontrarla. Le envió un WhatsApp para preguntarle si estaba demorada en la modista. Gabriela respondió afirmativamente y le comunicó que su madre estaba deprimida y se quedaría a pasar la noche con ella. Nada podía empeorar lo que restaba del día. Solicitó comida con entrega a domicilio, se duchó antes de cenar solo. Revisó algunos papeles que trajera de la oficina y se durmió molesto porque esa noche no sentiría la piel de ella contra la suya.

El día siguiente se convirtió un caos de mensajes, llamadas al celular y mails, donde las respuestas no existieron. Desesperado, fue a ver a Beatriz. Se enfrentó a una mujer que lo culpaba por desconocer el paradero de su hija desde la noche anterior. Descreyó de las aseveraciones de ella, exigió la dirección de Dora, los teléfonos de las amigas, incluso el de Bautista.

Nada, Gabriela no aparecía. Todos negaban tener noticias de ella. Suponiendo que hubiera ocurrido lo peor, hizo la denuncia ante la policía.

Se necesitaban veinticuatro horas antes de comenzar una investigación. Alterado, recorrió los hospitales, las organizaciones donde sabía que la conocían, las calles. Se comunicó con la Gobernación de Esquel, habló con las personas influyentes del lugar para que iniciaran la búsqueda; tal vez Gabriela estuviera con la comunidad mapuche. Cada respuesta aumentaba su angustia. Gabriela había desaparecido, y con ella se había llevado su alma.

—¿Qué cambió? ¿Qué pudo hacer que se la tragara la tierra?

—indagó Marcelo viendo a su amigo desesperado buscándola.

—Nada. Nada pasó. Nos vimos en el almuerzo, dijo que iría a la modista y nos encontrábamos en casa. Me mintió diciendo que seguía allí demorada. Y no supe nada más de ella.

Marcelo no quería decírselo, prefería morderse la lengua antes de expresar la duda que lo rondó. Pero no le resultó fácil ocultárselo.

—¿Qué creés? ¿En qué estás pensando?

El contador no respondió, escondió su mirada dentro del vaso de whisky.

—¡Ahora! —ordenó Morgado.

—¿Y si la que nos engañó a todos fue ella?

—¿Qué querés decir? —increpó dándole un manotazo al vaso del amigo que terminó estrellado en el piso.

Marcelo se paró, lo tomó del hombro intentando exponer su duda y al mismo tiempo contenerlo:

—Es la hija de Arredondo. Tal vez Jéssica tuviera razón.

—Imposible.

—Ya no sé qué es mejor, Adrián. Que Gabriela haya heredado las dotes para engañar que tenía su padre, o que haya desaparecido.

«Una Arredondo —repitió su mente—. Tal vez la mejor de todos los de su sangre.»

Comenzó a convencerse de aquello peleando con su interior que le gritaba a viva voz que siguiera buscándola, que no se había equivocado, que había una explicación. Quitó con ira la foto que Gabriela olvidara pegada de la ventana de la

sala de impresión.

—El doctor Pérez Gil solicita reunirse con usted con urgencia —comunicó Regina entrando a su despacho.

—¿Para qué? ¿Pretende que siga adelantándoles plata?

—No, Morgado —respondió el letrado ingresando sin que le otorgaran permiso.

Adrián elevó la mirada para clavarla en el hombre que había sido el culpable de que Gabriela irrumpiera en su vida.

—¿Qué mierda quiere entonces?

—Que el viernes se presente en la escribanía del doctor Giménez Ponce, para hacer efectivo el traspaso del conjunto de los bienes de la señorita Gabriela Arredondo a nombre suyo.

—¿Cómo dice? —rugió levantándose de su sillón de presidente de Morgado Construcciones y clavando en el tablero del escritorio ambos puños.

—La señorita me dejó orden expresa de implementar su voluntad. Todas sus pertenencias, excepto su ropa y elementos relativos a su

profesión, deben ser asentadas a nombre de Adrián Morgado. Cuento con los documentos que me avalan para dar curso a su solicitud. El doctor Giménez Ponce tiene el trámite iniciado. Es imperioso que usted asiente en ellos su firma y yo lo haré por parte de la señorita, que me ha entregado un amplio poder para realizarlo en su nombre.

—¡Me niego! —gritó fuera de sí.

—Le dejaré a su secretaria las indicaciones — aclaró antes de estirar la mano para entregarle un sobre—. Se me indicó que le diera esta carta. Lo espero en el despacho del escribano. Buenas tardes.

No respondió al saludo. El sobre con claridad provenía de Gabriela. Lo rompió al abrirlo, sin tomar su abrecartas.

“Le pedí a mi abogado que te entregara esta carta el día que fuera a decir que ya estaba todo listo para que termines de hacerte de todas las posesiones de mi padre. Sumé mi departamento, porque en definitiva me lo compró él y era parte del

trato que firmé con vos. Sé que aun así te seguiré debiendo dinero, prometo ir haciéndote llegar lo que vaya ganando. Podría felicitarte por lo efectiva de tu venganza. Lograste tu objetivo con creces. Querías destruir a mi padre y a su descendencia y lo hiciste. Pero no puedo felicitarte, porque si hubieras creído en mí, sé que te habría hecho muy feliz. Sé que te hubiera curado cada una de las heridas que él te hizo. Sé que habría hecho prevalecer tu cero por sobre su siete. No me dejaste, no me lo permitiste, tu odio fue más fuerte que mi amor. Te quedaste con todo lo que para mí es importante: el amor que te tengo. Aun así, te juro que deseo que encuentres la mujer que sepa hacerte bien. Aquella que te llene los días de luz y te haga olvidar que los Arredondo alguna vez existimos.

Gabriela”

—Si seguís así —confirmó Fátima— vas a quedar piel y huesos. Hace un mes que dormís mal y comés peor.

—Da igual —simplemente respondió con la dejadez que la caracterizaba últimamente.

—De ninguna manera. Un hombre no es más

importante que nuestra vida —aseguró poniéndose frente a los ojos de ella para confirmar que la estuviera entendiendo.

—No es un hombre, es el amor de mi vida y el peor de mis errores.

—Tu madre, que es mil veces más débil que vos, pudo salir de su desengaño; vos también podés.

—La diferencia es que yo no quiero salir. Yo quiero terminar de morirme. Dejar de sufrir y que él deje de vengarse para abrir su corazón de una vez por todas a otra mujer y que pueda ser feliz.

—¡Me sacás! —gritó indignada—, ¡me volvés loca! ¡Despertá de una vez! No podés seguir así.

—¿Para qué? ¿Para seguir llorando el resto de mi vida? ¿Para convertirme en una amargada o rencorosa que busque desquitarse con el primer ingenuo? ¡No! Él es mi único amor, solo quiero estar con él, solo a su lado sé que puedo respirar y que mis pulmones se llenan de aire.

—¡Mierda, mierda y remierda! Es un hijo de puta que nos engañó a todos. Un miserable que se

regodeó torturándose con la excusa de su putísima venganza. Dejé de justificarlo.

—No puedo, Fátima. Mi padre le hizo demasiado daño. La culpa es mía que no supe curarlo.

—Al final, la que te va a matar soy yo si seguís diciendo una boludez tras otra. Vos no sos culpable de nada. Vos le creíste, te enamoraste y estás dejando tu preciosa vida porque no entendés que él es tan basura como lo fue Sebastián.

Gabriela simplemente negó con la cabeza.

La *machi* se acercó a las muchachas con un tazón que despedía vapor:

—Comé, *Kürefwunn*—propuso entregándole la comida—. No hay que ir contra la madre naturaleza, el mandato es cuidarla. Vos lo sabés bien.

—Yo ya estoy muerta, *machi*. Lo que ves es solo tu deseo. Dejé que yo sea el alimento de la tierra. No vayas contra el destino que está escrito.

—*Mapu* no quiere tu sangre. Quiere verte envejecer en ella —anunció dejando el tazón

frente a Gabriela y regresando a su choza.

—¿Te llamó “Viento del amanecer”?

—Dice que soy el viento de la mañana que quita la oscuridad que tapa al sol durante la noche.

—Alegórica la india.

—No es india. Es una *machi* mapuche. Una aborigen de esta tierra bendecida por Dios.

—Ponele. Me da igual, vos me entendiste. Bautista quiere verte —anunció.

—No.

—Ahora está en Madrid en una campaña, pero cuando regrese lo vas a tener acá. Y Morgado no tardará en encontrarte tampoco.

—El *lonko* le pidió a su gente que lo tenga al tanto de la llegada de personas foráneas. Si llegaste hasta mí, es porque yo lo permití cuando me lo consultaron. Adrián no pensará jamás en este lugar, me buscará con la comunidad de Esquel, jamás en la de Lanín.

—Pensá en tu vieja, en tu abuela, deben estar desesperadas por verte.

—A mamá le expliqué que necesitaba tomarme

un tiempo para hacer el duelo. No solo el de Adrián, el de papá también. Cuando él murió, tuve que salir al ruedo de inmediato y me quedó el nudo en medio del pecho —comunicó—. Le dije que si él me encontraba, no podría volver a alejarme y terminaría siendo la víctima de su venganza. Está tan aterrada de que pase eso, que estoy segura de que no va a moverse de Buenos Aires por miedo a que él la haga seguir. Mamá sabrá contener a la abuela. Desde el pueblo les envió fotos viejas que les hagan creer que estoy bien.

—Tu abuela no es tonta. Morgado también fue a hablar con ella.

—Y la abuela casi se lo come crudo. Lo sé.

—También habló conmigo.

Gabriela no hizo preguntas. No quería saber cómo estaba. Lo mejor era que se fuera olvidando de ella y de la venganza. Ya le había entregado todo. No había nada que buscar.

Irrumpió en las oficinas de Pérez Gil, colérico.

Se saltó a la secretaria y entró directo y sin llamar en el despacho del abogado.

—Exijo el paradero de su patrocinada.

—No estoy autorizado para entregárselo.

Morgado pasó por arriba del escritorio, tomó de las solapas al abogado, lo incrustó contra el ventanal con vista al lateral del Palacio de Tribunales:

—Me cago en las autorizaciones. Decime dónde está Gabriela.

—¡Seguridad! —llamó a los gritos el hombre.

—¿Dónde está? —insistió—; ¡es mía!

Un uniformado entró presuroso, trató de desprender a su jefe de las garras del agresor.

—Ella no quiere verlo —repitió Pérez Gil—. Usted no la ama, usted odió a su padre y ahora pretende terminar de vengarse con ella.

—Me importa una mierda todo —continuó Adrián sosteniendo al abogado y resistiendo los tirones del hombre de seguridad—. Que explote todo a mi alrededor. No quiero vengarme, la amo.

—Morgado, ella no...

—Más allá de lo que quise a mi padre y odié al suyo. Más allá de mí —volvió a asegurar sin liberarlo.

—Suélteme y sentémonos a dialogar civilizadamente.

Adrián miró por sobre el hombro al uniformado. Pérez Gil dio la indicación de que no continuara forcejeando con el hombre que, abatido, reclamaba se lo escuchara.

Se sentaron en la mesa de reuniones del estudio jurídico.

—Gabriela escuchó una conversación entre usted y una mujer.

—Esa no puede ser la causa por la que desapareció y me dejó todo.

—Decían que usted la había enamorado —continuó con el relato— para luego abandonarla y culminar su venganza.

Adrián recordó su discusión con Jélica.

—Eso pretendía hacer cuando la conocí —confesó—. Pero Gabriela dio vuelta todo.

—Usted no lo dijo. Usted se limitó a intentar

que aquella mujer no continuara hablando.

—Porque me avergoncé de mi primer propósito. Estaba organizando mi casamiento con Gabriela porque es mía. No quiero perderla. No voy a perderla —aseguró apretando los dientes.

—Me pone en una situación complicada. No sé si le creo, pero estoy seguro de que usted no creerá que yo desconozco el paradero de la señorita Arredondo. No se lo ha dicho a nadie. Ni su madre sabe dónde está.

—Imposible que me trague esa mentira. La están escondiendo de mí —golpeó con el puño sobre el apoyabrazos del sillón—; llevo un mes buscándola para sacarla de su error. Solo yo sé lo que está sufriendo, convencida de que no la quiero.

—No le mentimos. Ella se encargó de explicarnos que no quería ningún contacto, que necesitaba realizar el duelo con tranquilidad. Se comunica con la madre una vez por semana y la señora Beatriz me llama para ver si usted ya firmó los papeles. Seguramente ese tema preocupa a la señorita Arredondo.

—No los voy a firmar nunca. Todo es de ella.

Adrián se quedó en silencio un momento, luego indicó:

—Coméntele a la madre que la documentación está incompleta.

—Eso no es cierto. Supervisé con el escribano Giménez Ponce en detalle y lo que usted asegura es una falacia.

Adrián se levantó de la silla. Camino a la salida agregó:

—La documentación está incompleta. Avísenle a Gabriela que se olvidó de traspasarme una propiedad.

—¿Cuál? —quiso saber el abogado muy molesto.

—Yo.

De la oficina del abogado fue a la casa de Beatriz. Al llegar, Dora le abrió la puerta. Por la expresión de la otra mujer que hablaba por teléfono, supo que su mensaje ya había sido

transmitido. La madre de Gabriela, al verlo, intentó cortar la comunicación con rapidez.

—Si habla con Gabriela pásemela —indicó.

—No era ella. Hablaba con el doctor Pérez Gil —aseguró.

—Entonces ya están al tanto de las novedades.

—Estamos al tanto de la nueva artimaña que tramó para seguir embaucando a mi hija.

—No se equivoque —advirtió.

Dora los observó en silencio. Beatriz hablaba desde el dolor de madre y el recuerdo de haber sido una mujer despreciada. Morgado expandía furia, pero en sus ojos no había odio sino desesperación. Continuó indagándolo, amparada en que su hija moría por atacarlo.

—No se atreva a intentar gobernar mi entendimiento. Usted odió a mi marido y a toda su descendencia. Usted —continuó señalándolo con todo el valor que jamás había tenido—, le arruinó la vida a Gabriela.

—Su marido fue una rata que se merecía todo lo que tramé contra él. Con Gabriela es distinto.

—¿Qué es distinto? Su plan fue enamorarla, hacerla comer de su mano para luego despojarla de todo y abandonarla.

—Ese fue el plan, lo admito —asintió con el ceño fruncido, la vena de su frente a punto de explotar y las piernas separadas en guardia.

—¡Hijo de puta! —gritó abofeteándolo.

Adrián le permitió la descarga. También él quería abofetarse. Desde que Gabriela había salido de su vida, el gimnasio por la mañana con Salgado y las noches corriendo con Moro por Palermo no eran suficientes para agotar su energía y llegar a la cama tan cansado que no pudiera recordar, que no pudiera sentir. Agotado aún pensaba en ella y el dolor lo desgarraba a niveles jamás vividos.

—No conoce a su hija, señora. Gabriela tiene el don de domar a las fieras. Su ternura puede contra cualquier demonio. Estaba enfermo de odio y de rencor. No dude que con cualquier otra persona hubiera cumplido mi objetivo. Pero ella eliminó la gravedad y nos sostuvo flotando en su universo

donde todo es posible. La amo y me importa una mierda quién fue su padre y el daño que nos hizo. La amo —repitió— y ella me ama.

Dora se interpuso entre ambos, miró al hombre a los ojos:

—Gabriela también decía amar a su ex —atizó para ver su reacción.

—Ese pelele no le rozó ni la piel —aseguró—. Gabriela creció junto a una madre que jamás se hizo valorar ante su marido. Se sumió en la naturaleza porque fue lo único que consideró verdadero, real, lo único que no le provocó inseguridad. Ustedes, con sus pujas, se encargaron de desorientarla lo suficiente como para que ella fantaseara idealizando al primer hombre que se le acercó.

—No le permito que me insulte —refutó Beatriz desde atrás de su madre.

—Es hora de sacarnos todas las caretas y hablar con la verdad. Expongo mi verdad ante ustedes. Lo que empezó como venganza se convirtió en sentimiento —confirmó, para luego aseverar—: El

único que puede hacerla feliz soy yo.

—¿Por qué? —preguntó Dora.

Adrián clavó sus ojos en la abuela de Gabriela. Daría explicaciones por una simple razón, eran parte de ella y las necesitaba para encontrarla:

—Porque ella corre por mis venas. Le dio un nuevo sentido a mi vida. Me hace reír cuando se ríe. Sabe llegar a mí y solo conmigo su espíritu vuela libre. No me completa, no la completo, somos una unidad.

—Quisiera arrancarle el corazón —aseguró Beatriz—, para sacarlo de la vida de mi hija.

—Ni siquiera muerto podrá lograrlo —aseguró siseando y con los dientes apretados—. Lo que su hija y yo sentimos el uno por el otro es más fuerte que la vida.

—Pepe —susurró Dora en un suspiro.

Volvía a escuchar ese mote. Esta vez era la abuela quien lo nombraba al dichoso Pepe. Asombrado, la miró.

—Adrián Morgado —se presentó como si hiciera falta—, el que va a encontrarla con o sin la

ayuda de ustedes. El que hará que vuelva a creer en mí y se pasará la eternidad viéndola feliz. Hagan lo que quieran —advirtió, señalando a una y a otra—. Ocúltenla, acompáñenla en su error. Pero la voy a encontrar, y el día que eso ocurra, van a enterarse cómo es ella cuando realmente es dichosa.

Se fue de la casa sin saludar. Madre e hija se miraron. Todavía temblaban ante lo vivido frente a él.

—Le creo —aseguró Dora.

—Yo también —confirmó Beatriz.

—¿Qué vamos a hacer?

—Esperar a que Gabriela llame. Decirle que estuvo acá, contarle lo que nos dijo y esperar su reacción.

Debía ir al pueblo para hacer el riguroso llamado de todas las semanas a su madre, pero no tenía fuerzas. Le rogó al *lonko* que enviara a alguien para hacerlo en su nombre y dijera que

había conseguido un trabajo que la mantenía inmersa en el bosque, que un miembro de la comunidad había llegado con noticias de ella, que estaba bien.

El mensajero regresó con novedades:

—Que dicen que vuelva —transmitió con timidez—, que el hombre la busca. Que está desesperado.

—Solo decime si te creyeron que estoy bien —preguntó cerrando sus oídos al resto.

—No me dejaban ni hablar —comentó—, se hablaron todo ellas. Dicen que creen que el hombre la quiere.

«Es fácil para Adrián convencer a las mujeres», pensó sin una sola pizca de duda. Ella era el reflejo fiel de las dotes de él.

—Yo la llevo al pueblo —propuso. El tono en el que le habían hablado las mujeres en el teléfono lo colmó de responsabilidad y preocupación—. Hable usted con ellas y entérese.

—No. No hace falta —desestimó.

Los días pasaron. Fátima regresó a verla. La *machi* le advirtió antes de llevarla hacia la choza:

—Busca apagarse. Lo poco que come lo vomita.

—¿No estará embarazada?

—No es vida lo que lleva, es la muerte la que la acecha.

—Voy a llevármela de acá. Ayúdenme a acercarla al pueblo para internarla en el hospital.

—No entiende. No es un médico *huinca* lo que necesita. Necesita el aliento en el alma y eso no puede dárselo un hospital.

—Me importa un carajo lo que pienses, *machi*. No voy a dejar a mi amiga bajo las creencias de una tribu que vive en chozas y se niega a civilizarse. Con la ayuda de ustedes o sin ella, me la voy a llevar.

—En lugar de dudar de nosotros —propuso la *machi* en su sabiduría— ¿por qué no va para el norte? ¿Por qué no averigua qué siente ese león herido? Lo que ella necesita es la verdad. Es la duda lo que la está consumiendo.

Fátima finalmente se unió a Gabriela en el

arroyo. La encontró sentada sobre la hierba con la cabeza apoyada en las rodillas.

—Vas de mal en peor —comentó a manera de saludo.

—No quise ir al pueblo a hablar con mamá —comentó sin moverse de su posición, sin mirarla—, mandaron al nieto del jefe en mi nombre.

—¿Y?

—Dice que mamá le aseguró que Adrián me ama.

—¿Qué creés?

—Que supo engañarla.

—¿Y si no fuera así? ¿Si de verdad te ama?

—Ya es tarde —aseguró—. No tengo nada para entregar. El dolor me secó. Si me ama, lo mejor será que me olvide y encuentre una mujer que le regale vida.

—¡No estás muerta! —gritó con los ojos llenos de lágrimas—. Vamos —ordenó—, te llevo al hospital. Das miedo, te estás consumiendo.

—No.

Fátima se agachó frente a ella, la abrazó con

fuerza:

—Voy a hacer que este sufrimiento termine. Te lo juro amiga. Voy a devolverte la sonrisa. Voy a recuperarte para no volver a perderte.

CAPÍTULO 24

*L*a sala de reuniones de Morgado Construcciones era un búnker, donde se concentraba cada punta de ovillo que los ayudara a dar con el paradero de Gabriela.

Adrián recorría mapas con las rutas alternativas por donde una mujer pudiera camuflarse y desaparecer. Sobornó gente, contrató investigadores. Morgado en persona había concurrido a hablar con los aborígenes de Esquel, incluso los había amenazado. Pero todo su dinero, todos sus contactos, estaban impedidos de localizar a una simple fotógrafa de veintitantos años.

—Una señorita asegura ser amiga de Gabriela —anunció Regina y Morgado pasó como un huracán junto a ella, para ir al encuentro de Fátima.

—¿Dónde está? —inquirió tomándola por los codos.

Fátima quería asegurarse primero de la verdadera razón por la que él la buscaba:

—¿Por qué la quieres ver? ¿Por qué no la dejás en paz?

—Es mi prometida —aclaró con los labios apretados.

—Vos pretendiste engañarla.

—La quiero —aseguró.

—Eso le hiciste creer, que la querías. Cuando tu verdadera intención era vengarte del padre en ella. La destruiste Morgado.

—¿Dónde está? ¿Cómo está?

—Mal.

Adrián se llevó las manos a la cabeza peinando mechones de cabello hacia la nuca. Giró sobre sus pies, clavó los puños sobre el escritorio de Regina.

—Ella está equivocada. Escuchó solo una parte de una conversación. Sí quería destruir a cada Arredondo que pisara la tierra —levantó la

mirada, volvió a pararse frente a Fátima—; pero ella aniquiló los rencores. Dondequiera que se esté ocultando, me lleva con ella. Somos uno, Fátima. Y Gabriela lo sabe; en su interior lo sabe.

—Se está dejando morir.

La daga terminó de clavarse en el corazón de Adrián.

—Llévame con ella.

—No puedo traicionar la confianza de mi amiga.

—Nada de lo que piensa es cierto. Si le ocurriera algo —hizo una pausa negándose a aceptar que Gabriela pudiera estar en peligro—, me llevará con ella.

—Está con la comunidad de Lanín —confesó.

El tiempo era insuficiente para llegar a ella. Contrató un avión privado hasta el aeropuerto “Carlos Campos”. Allí los esperó una 4x4 en la que subió a Fátima casi a los empujones.

—No tienen que verte. Los mapuches la están

ayudando, le avisan de cada persona nueva que se acerca a la comunidad.

—Que intenten frenarme —respondió.

Al llegar, la *machi* los estaba aguardando.

—Él es el león, *machi* —se lo presentó Fátima.

—Lo sé —aseguró para luego notificarlos— La persona que buscan se fue.

—Deje de esconderla de mí —dijo Adrián—, no vengo a hacerle daño, vengo a llevármela.

La mujer extendió la mano entregándole una carta de Gabriela a su amiga.

“Fátima, cuando te fuiste, supe que irías a buscar ayuda. No sé si para curarte el cuerpo o el corazón. Cualquiera haya sido tu decisión, podés ver que no la comparto. No me encontrarás con los mapuches, tampoco en las reservas que transitamos juntas. Tu intento por ayudarte me obliga a buscar otro refugio.

Adrián, por si viniste con ella, dejo estas líneas para vos. Sé que me entenderás si te digo que ahora puedo comprender lo que viviste a mi lado cada vez que hicimos el amor. Entiendo la tortura profunda que genera el mirar a los ojos al otro y no saber si

miente o dice la verdad. Comprendo tu lucha deseando no creer en mi amor; hoy quien la padece soy yo. Crecí con padres que vivieron una pareja enferma y jamás me di cuenta de eso. Pensé que amaba a un hombre cuyo ego hizo que no me considerara digna de él. En tus brazos fui yo, Gabriela Arredondo y daba mi vida por ser también Morgado. Me llevó tiempo comprender que se nace solo y se muere de la misma manera. Las utopías no existen. El amor ideal solo figura en las novelas. La gente tiene piel con alguien, recorre la vida al lado de ese ser, pero jamás se terminan unificando. Cada uno es un individuo diferente, enlazado al otro por necesidad de compañía.

Intentando vengarte de mí, me enseñaste a defenderte. Me costó aprender, todavía me cuesta. Pero voy a pelear por mi vida, voy a pelear por mí. Si puedo dejarte atrás o no, el tiempo lo dirá. Me fijé una meta y voy por ella.

Gabriela”

Cayó de rodillas sobre el pedregullo del camino, con la carta de Gabriela entre las manos. Fátima la había leído pegada a él y comenzó a llorar.

—No nos dijo a dónde fue —aseguró la *machi*.

—Hizo bien —aseguró Adrián—. Su decisión es la acertada.

—¿Qué decís? —gritó más que preguntó Fátima.

—Estoy lleno de mierda. Demasiado contaminado para alguien como Gabriela.

—Ustedes se quieren —le recordó.

—Ella va a olvidarme, tiene que olvidarme —continuó diciendo, con los ojos fijos en el turquesa del lago.

—No puede olvidarte. Todo lo que escribió es una sarta de mentiras para alejarte. Se estaba dejando morir, yo la vi, yo te lo aseguro. Conozco a mi amiga como la palma de mi mano.

—Conociste a la Gabriela antes de su verdugo. Conociste a la chiquita fácil de engañar porque no podía ver maldad en el otro. Pero me conoció a mí, me padeció. Ahora es una mujer y toda la garra que vi en ella es la que va a salvarla.

Adrián se levantó con dificultad, el peso de la carga, el dolor de la pérdida, lo empujaban a dejarse estar en aquel lugar que habían pisado los

pies de ella, a quedarse en el murmullo del lago que le habría infundido fuerzas. Giró y se encaminó a la 4x4. Fátima le reclamó a la *machi* la verdad. Le rogó por un dato que los orientara. Ella no se rendiría, no hasta verla.

—Si algún día se comunica nuevamente con ustedes —planteó Adrián acercándose a la camioneta—, si regresa, dígame que es libre para hacer su vida. No voy a seguir buscándola. No me quiere a su lado... y hace bien.

—Usted debió confesar toda su verdad antes de que se enterara por otros —reprochó la *machi*, casi reteniéndolo.

—Mi verdad —dijo parándose con todos los músculos en tensión frente a la pequeña mujer—, es la que debió entender Gabriela sin precisar de palabras. De la misma manera en que yo supe la suya solo con mirarla a los ojos. Espero que la verdad no la escuche de la parte mía que se lleva con ella, para que así pueda ser feliz y olvidarme.

Fátima recorrió el camino hacia la puerta que Adrián le ofrecía abierta. Caminó con el paso

pesado, agobiada por el dolor de haber traicionado a su amiga sin lograr el objetivo esperado. Jamás sería feliz si seguía dudando de él. Jamás podría olvidarlo por mucho que lo intentara.

Adrián cerró la puerta, se llevó una mano a la nuca en tanto abría la del conductor.

—Adrián.

La escuchó y toda la sangre volvió a fluir por sus venas. Giró buscándola. Una silueta delgada empapada en lágrimas, con las manitos unidas sobre el corazón, lo miraba anhelante asomándose entre los arbustos.

Con pasos largos acortó la distancia pareciéndole demasiado el tiempo que le llevó hacerlo.

—Acá estoy —confirmó con temor a que fuera una ilusión. La vio tan frágil, tan etérea, tan pálida.

—Nuestra historia nos va a separar siempre. Tu lucha es muy grande. No puedo borrar el pasado, ni tus dudas.

—No tengo dudas. Tengo certezas. Alguna vez

te dije que no hay que esconderse de los problemas sino enfrentarlos. —Quería sentir su piel que le hacía tanta falta. Escudarla dentro de un abrazo que le garantizara lo que sentía por ella. Estaba allí después de buscarla por cielo y tierra. Finalmente Gabriela le entregaba la oportunidad de ser sinceros sin esconder absolutamente nada. Era el momento indicado, había que dejar atrás cualquier resquicio de duda—: Me amás y te amo. Somos uno. Solo podemos vencer los demonios estando juntos.

—Es la primera vez... que decís que me amás.

—Si no te hubieras ido, me habrías oído diciéndolo cada uno de estos segundos que pasamos alejados.

—El amor no lastima, ingeniero. El amor cura, protege, da vida.

—Cuando lo entendí decidí hacerte mi esposa. Estaba tan seguro de vos, que jamás pensé que te irías sin enfrentarme, sin exigirme una explicación —le reprochó, antes de aclarar—; en mi rencor tramé un plan contra tu padre y no pensaba

detenerme ante vos. Luché para no enamorarme, pero tenés tanta garra que te empeñaste en curar mis heridas y terminaste lográndolo. Sepulté la mierda, pero su olor hediondo terminó aflorando.

—Soy la hija de Arredondo.

—Lo sé.

—Soy parte de toda esa mierda que quisiste sepultar y que vos mismo decís que termina aflorando.

—Somos parte de todo eso.

—¿Para qué me buscaste entonces? Me alejé para que te olvides de mí y de todo lo que te hace daño. ¿Por qué te empeñaste en no respetar mi voluntad?

—Porque soy egoísta. Necesito mi corazón para seguir viviendo.

—Es irónico que pretendas hacerme creer que me amás con palabras que no son tuyas. No sos romántico, vos me lo aseguraste. Cada sonido que sale de tu boca, no te pertenece.

—Lo que dice mi boca no es más que la verdad. Sos tan mía como mi piel. Y soy tan tuyo como el

maldito apellido que llevás. Ahora que todo está claro, sí voy a respetar tu decisión. Te dije que antes de tomarlas hay que contar con todos los datos. Ya tenés todos los datos, Gabriela. No voy a intentar que la cambies.

—Por orgullo.

—No, por respeto —dijo mirándola a los ojos, tratando de conservar esa imagen para lo que le restara de vida. Sería la última vez que la tendría tan cerca, la última vez que escucharía su voz.

No podría mentir así una mirada. No podía su corazón engañarla tanto.

—Esa mujer dijo que tu plan era enamorarme.

—Mi plan era destruir a tu padre, a él y a toda su descendencia. Cuando te conocí, me indigné al entender que me atraías. Cambié mi estrategia, te iba a despojar de todo, enamorar y dejarte.

—Es lo que ella dijo.

—Pero la hija de mi mayor enemigo se empeñó en patear cada escudo de defensa. No rompiste murallas, no pasaste fronteras, te quedaste con todo. Cambiaste el significado de la marca que me

hice para recordar que mi objetivo era aniquilarte. Ahora, lo que llevo en el brazo es el recuerdo de que no serás mía por culpa de mi tozudez. Te busqué para evitarlo.

—¿Por qué debería volver a creerte?

—No, Gabriela, no tenés que creerme. Tenés que sentirme como yo te sentí a vos cuando borraste todas mis dudas. Solo así se eliminan. Las creencias son la determinación de aceptar con los ojos cerrados, sin preguntar, sin exigir respuestas. Para entregarse al otro se precisa del convencimiento.

—Vos y tu mente racional.

—Yo. Adrián Morgado, un hombre seguro, convencido, no un místico entregado a supuestos.

—Devolveme mi carta —solicitó extendiendo la mano para recibirla.

—No.

—Es mía —se justificó.

—Error, la escribiste para mí, el cartero llegó, ahora es mía.

—¿Para qué la querés?

—Porque ahí dice que dabas tu vida por ser mía.

—Dámela, quiero romperla.

—Ni loco.

—¿Cómo puedo subirme a tu camioneta si seguís aferrándote a conservar mi despedida?

—¿Qué decís?

Gabriela sonrió por primera vez en mucho tiempo:

—¿Qué le pasa ingeniero? ¿Está lento hoy?

El impulso con el que la encerró en sus brazos tomándola por la cintura, haciéndola girar en el aire como si fuera una pluma, el beso desgarrador con el que le hizo entender que la había comprendido, provocó que el cuerpo de Gabriela temblara de punta a punta.

—No vuelvas a irte.

—No vuelvas a ocultarme nada.

CAPÍTULO 25

*D*ejaron la reserva escondida dentro del Parque Nacional Lanín junto al lago Curruhué, para tomar la ruta hacia Junín de los Andes. Adrián llevaba a Gabriela adosada a su cuerpo. Fátima rogaba porque se diera prisa y la transportara hasta la civilización más cercana, para dejarlos disfrutar de su reencuentro con toda la intimidad que necesitaban.

Finalmente arribaron a la ciudad. Tomaron dos cuartos en un hotel junto al río.

—Bueno... me voy a dormir —se despidió sin disimulo Fátima—. Mañana me pienso levantar temprano a ver si aprovecho el viaje sacándoles fotos a las truchas y salmones.

Gabriela no podía desprenderse de él. Tomada con ambos brazos de su cintura, temiendo que si un solo centímetro de Adrián quedaba sin abarcar, el

sueño se esfumaría y regresaría a su soledad.

Sintiendo lo mismo que ella, él la sujetaba por el hombro con fuerza.

Así entraron al cuarto. Los grandes ventanales con vista al río les impidieron ver cómo el sol se ocultaba detrás de ellos.

—El sur es nuestro lugar —aseguró Morgado.

—Mi lugar está acá —confirmó señalando el corazón de él—. Cada vez que me alejo de su golpeteo me olvido de respirar.

—Quería hundirte y a medida que lo intentaba, más mía te sentía —confesó sentándose sobre la cama con Gabriela en su falda.

—No fue fácil para vos, pero tampoco para mí. Me atrajiste tanto que quedé imposibilitada de reaccionar. Quise pertenecerte, quise curarte. No te pretendí mío, me supe tuya.

—Teníamos todo en contra. El pasado, mi furia, tu inseguridad. Pero nos reconocimos, nos entregamos y no hay fuerza más potente que esa.

—Si lo dice un ingeniero, deberé creerle.

—Te lo aseguro, bebé. Te lo confirma cada gota

de mi sangre. Me importa una mierda todo lo anterior, quiero que nos rescatemos.

—Es muy raro escucharte hablar así.

Adrián estalló en una sonora carcajada:

—Aprovechame hoy, dudo que mañana vuelva a repetir estas palabras.

—No voy a necesitar volver a oírlas. Vas a decírmelo con miradas y con caricias.

—Voy a llenarte de seguridades, bebé. No vas a dudar de mí nunca más.

—Vos tampoco.

—Hace un siglo que no dudo de vos. El día que te dije que ibas a ser mi esposa, ya no formabas parte del plan, ya te había separado de mi odio. Sos mi mujer.

Gabriela tironeó de la campera de él. Quería confirmar con hechos cada palabra.

—No vamos a hacer el amor —aseguró sorprendiéndola—, voy a curar cada herida que te hice, igual que vos curaste las que me hicieron otros. Esta noche vas a comer y descansar abrazada a mí, hasta que salga el sol.

—Menudo fiasco —comentó contrariada.

—¡Silencio, chiquita! —solicitó riéndose—, no seas tan descarada. Gozá del conjunto, no solo del cuerpo.

—Todo, ahora lo quiero todo. Al hosco, al huraño, al malhumorado y al ardiente amante que dice pertenecerme.

—De a poco. Las sobredosis son letales.

Tomaron la cena en el cuarto, hablando de cada minuto que estuvieron separados. De cada angustia vivida. La debilidad física de Gabriela, luego de días sin dormir ni alimentarse correctamente, expusieron su falta de energía y el sueño se hizo evidente.

Adrián la llevó con él a la bañera; con cuidado, como quien asea a un recién nacido, se ocupó de relajarla antes de introducirse con ella en el lecho.

—Dormí, bebé. Quiero que en la mañana me despierte tu “alien”.

Sonriendo, cayó rendida. Adrián la cobijó en su

cuerpo, inundó de besos su frente, en tanto la espalda de la muchacha recibía las tiernas caricias.

La dejó dormir hasta tarde. Estaba desesperado porque despertara, por hacerle el amor, por volver a sentirse dentro de ella. Gabriela estaba sumida en el descanso placentero que entrega la tranquilidad y aleja el dolor relajando el alma.

Para cuando abrió los ojos, el ceño fruncido y los labios apretados, le indicaron que algo estaba mal:

—¿Pesadillas?

—Impaciencia. Decime, chiquita, ¿hasta cuándo pensabas dormir?

—¿Hasta este momento?

—Ya era hora —confirmó haciéndole cosquillas para que terminara de despabilarse.

—No te aproveches —solicitó entre risas, tratando de evitar que continuara.

—Voy a aprovecharte toda —aseguró, tomando

impulso para quedar sobre ella con las rodillas clavadas a las sábanas a cada lado del cuerpo de la muchacha y sujetándola por las muñecas—. Y cuando termine —advirtió quemándole el cuello con su aliento—, voy a volver a empezar.

—¿Hasta cuándo? —preguntó retorciéndose debajo suyo.

—No hay límite.

—Algún día tendrás que parar para ir a trabajar. No pensarás que podremos vivir del aire.

—Interesada explotadora. No te preocupes, cuando tenga que hacerlo —comentó regodeándose en los pechos de ella—, te llevo conmigo. Para crear grandes proyectos, hay que saber relajarse entre idea e idea.

—Ingeniero, vos de relax entendés mucho.

—Soy un experto.

Pasado el mediodía, salieron del cuarto. Preguntaron por Fátima para llevarla a almorzar. La mujer se había retirado temprano en la mañana.

En el mensaje que dejó para ellos con el recepcionista, les deseaba felicidad.

Gabriela no quiso quedarse más tiempo en Junín de los Andes. Quería enfrentarse con la realidad. Regresar a casa de Adrián, ver a su madre y a su abuela. Intentar recuperar la rutina que tenían antes de aquella discusión que no debió escuchar. A regañadientes, él aceptó.

De a poco, e imponiéndoselo, Gabriela se fue alimentando día a día hasta recuperar no solo su peso, sino también el color en la piel y el brillo en los ojos. No volvieron a hablar de casamiento, como si la sola idea los retrotrajera a los días que desembocaron en la angustia más grande que ambos hubieran vivido.

En la constructora, las reuniones en privado, dentro del despacho del ingeniero, se sucedían con mayor asiduidad.

Adrián se negó a firmar como propios los bienes Arredondo. Gabriela quería desprenderse de ellos y acordaron poner todo a nombre de Beatriz y Dora. No fue una buena idea. Las

opiniones de una contrastaban con las de la otra y sumaron más motivos para pelear abiertamente frente a todo el personal. La primera medida que tomó Beatriz, como jefa y en la que estuvieron de acuerdo, fue desvincular de la empresa a Maite y a Mario. Dora solo exigió que al simpático de Sergio no se lo tocaran.

El verano llegó y con él la firma del contrato por la obra de Esquel. Para festejarlo, Adrián le propuso regresar a la hostería donde la tuvo por primera vez íntimamente.

—No es conveniente.

—¿Por qué no? —quiso saber intrigado dejando la tostada en el plato y recostándose en la silla.

Gabriela se levantó de la suya. Solo llevaba su bata roja de seda y conocía el poder que poseía con ella. Caminó hacia la alacena con la excusa de tomar un vaso. Abrió la heladera inclinándose solo un poco, para servirse agua antes de responderle:

—Porque las comparaciones son odiosas, Adrián. La última vez que estuvimos ahí, eras un león salvaje, un semental hambriento que casi

acaba conmigo. Ahora... yo no sé si...

No pudo terminar la broma. Su hombre la tomó por la espalda, de la cintura, la alejó de la heladera, cerró la puerta con el pie. La recostó sobre la mesa levantándole la falda de la bata hasta dejarle expuestos los muslos y con su torso la aplastó contra el mantel. Controló el estado de excitación de ella y sonrió al comprobar que era igual al de él.

—No hay comparación que valga, chiquita. Cada día a mi lado es una experiencia nueva y sorprendente.

—Andás vanidoso, Morgado.

—A vos te gusta que te repitan las cosas —dijo susurrándole al oído, para luego besarle la nuca mientras la penetraba—. Y yo soy el maestro que está obligado a reiterártelas.

—¡Ay, sí! —pretendió burlarse pero el placer la traicionó—. Pobre y abnegado maestro.

En Esquel, el trabajo les consumía gran parte

del día. A la semana de estar instalados, Marcelo se unió a ellos. Y en menos de dos días, el hotel tenía todos sus cuartos ocupados por Beatriz, Dora, Fátima, Macarena y su reciente pareja, y un dato que infiltró un estómago resfriado confirmó que Bautista estaba al llegar.

—¿Podés explicarme qué significa esto? —preguntó, imposibilitada de elaborar cualquier hipótesis.

—Vas a tener que darme más datos si querés que entienda tu pregunta —dijo indiferente, acostándose en la cama, flexionando una pierna y dejándole ver su hoyuelo en la mejilla derecha.

—No te hagas el tonto. Vinimos a trabajar y de pronto medio mundo está alojado en la hostería.

—No exageres.

La pose desafiante y seductora de él envuelto en su aroma a maderas que tanto la atraía, casi la hace rendirse y postergar la espera de la respuesta. Debió llamarse a cordura con energía, para vencer tanta tentación y con las manos en la cintura reclamó:

—Ingeniero, quiero que me aclare qué está pasando acá.

—Son nuestros invitados.

—Yo no invité a nadie.

—Pero yo solucioné tu falta de modales. Parece mentira que sea yo quien te esté sacando las papas del fuego en esto —comentó tendiéndole la mano para que lo acompañara en el lecho.

Gabriela se resistió, cada vez entendía menos.

—Gracias. ¿Sería tan amable de explicarme en qué infligí mis acostumbrados buenos modales?

—No siendo vos quien los invitara.

—¿A qué tenía que invitarlos?

—A nuestra boda —respondió con las manos tras la nuca y un pie cruzado sobre el otro, en una pose divertida.

Quedó muda como tantas veces ante sus respuestas. No había una boda programada. ¿De qué estaba hablando?

Adrián consideró que ya la había intrigado lo suficiente, su entropierna quería festejar con ella y él también:

—Simple, sencillo. Querías un casamiento en La Serena, pero la obra de acá nos impide movilizarnos hasta allá. Te quiero con el Morgado sellado y firmado en una libreta. No pienso esperar un día más. Mañana en la mañana tenemos el civil y a las ocho de la noche te casás conmigo en la Parroquia Sagrado Corazón de Jesús.

—¿Y eso porque lo dice quién?

Elevando la comisura del labio, dejando la cama para ir hasta ella, elevándola en sus brazos y llevándola al lugar donde quería tenerla, se acostó sobre ella, la besó con pasión sin dejar de degustar cada milímetro de su interior, en tanto con una mano en el cuello la obligaba a levantar la barbilla y con la otra le aferraba ambas muñecas por encima de la cabeza. Gabriela olvidó de lo que hablaban cuando la necesidad de él se hizo carne y alzó las caderas en su búsqueda. No la hizo esperar. Le liberó la cara para ayudarse a ingresar en ella.

—Porque lo digo yo —respondió llegando al interior más profundo de la mujer—, porque así lo

queremos.

—No me consultaste.

—No hace falta, bebé. Estás de acuerdo — confirmó muy seguro—. Además, me gusta más detallarte las novedades de esta manera.

—Las cosas no se hacen así.

—Vamos a hacer muchas cosas —advirtió rotando las caderas antes de volver a embestirla con fuerza— y vas a querer repetir todas y cada una.

—El sur te pone vanidoso.

—Vos me ponés caliente. Sos mi mujer nos casemos o no mañana. Tengo todo lo que querés y voy a darte todo Gabriela, no voy a guardarme nada. Solo te falta mi apellido.

—Te amo, mi hosco y adorado ingeniero.

Dora entró en la suite de los novios portando el vestido con el que tantos años atrás Pepe la convirtiera en su esposa.

La emoción de Gabriela le hizo perder

estabilidad y debió sentarse para no caer al piso.

—Adrián me preguntó si todavía lo tenía y si lo podía acondicionar para vos.

—¿Por qué tu vestido?

—Dijo que él era para vos, lo que Pepe fue para mí.

Lloró sin poder evitarlo. No era dueña de las lágrimas que brotaban una tras otra como un río excedido en su caudal.

—Ese hombre te ama, como el mío me amó. Y vos lo amás, como amé a tu abuelo. No supe ayudar a tu madre a ser tan feliz como yo fui, pero estoy segura que vos sí lo serás. Debajo de la melena, tu león ruge por vos, puedo verlo en sus ojos. Y vos morís por él, mi cielo.

—Jamás imaginé que un amor así fuera posible abuela, te lo juro.

—Esto es el amor, Gabriela. Lo que ustedes sienten. No todo el mundo lo encuentra. Muchos ni siquiera lo ven pasar y otros orgullosos lo ignoran. Aliméntenlo, renuévenlo, sosténganlo no solo con respeto, no solo siendo el uno del otro,

sosténganlo en cada suelo que pisen y en cada cama que duerman. Entregate a tu hombre, hazlo gozar, date entera y será tuyo más allá de su existencia.

Beatriz llamó a la puerta, cargada con cajas que apenas si le permitían ver por dónde caminaba.

—Tengo todo —comentó—, las ligas, algo nuevo, algo azul, algo regalado... El vestido es prestado y usado, así que por esas no me preocupo.

—Estuviste en todos los detalles mamá. ¿Cuándo organizaste todo esto?

—Ni bien Adrián nos contó el plan —confesó Dora—, no nos daban las patas para preparar las cosas. Parecíamos quinceañeras, con el entusiasmo que teníamos.

—Gracias a las dos —dijo reuniéndolas en un abrazo—, las quiero mucho. Fueron el sostén que me alejó del dolor cuando era chica y mi gran compañía de ahora.

—Basta de llantos —ordenó Beatriz—, no quiero que mi hija entre a la iglesia con la nariz

colorada y los ojos hinchados.

En la puerta de la hostería la esperaba el auto que la llevaría hasta la iglesia. Marcelo le abrió la puerta y Gabriela se sorprendió al reconocer al chofer que siempre los había transportado desde y hasta el aeropuerto.

—Felicidades, señora.

—¡Qué grata sorpresa! —respondió ella, roja de vergüenza recordando todo lo que aquel hombre sabía—. ¿De manera que también conduce novias al altar?

—Y no solo eso, también soy el monaguillo. Así que ni bien estacione en la puerta, ustedes se bajan, y van a tener que esperar a que yo llegue junto al sacerdote. Soy fundamental, sin mí no se casa nadie.

La esperaba en el altar junto a Beatriz. Tal vez Gabriela fuera la recompensa que Arredondo le entregara para pagar sus culpas. El pago era excesivo. Miró a su futura suegra a los ojos

brindándole tranquilidad. Dora lloraba a moco tendido en la primera fila. El himno para recibir a la novia comenzó a sonar, las puertas se abrieron dejando ingresar toda la luz que alimentaba su corazón desde hacía pocos meses. Le guiñó un ojo cuando estuvo seguro que ella podría notarlo y Gabriela sonrió. Marcelo la llevaba del brazo tan feliz como si fuera él quien se desposaba. Bajó los dos escalones, dio una zancada tendiéndole la mano, ansioso por tocarla. Ya la tenía a su lado y de aquel lugar saldría llevando su apellido. Era suya ante el mundo.

—¿Por qué se presentan ante Dios? —preguntó el sacerdote.

—Para recibir el sagrado sacramento del matrimonio —respondieron a dúo y la ceremonia dio comienzo.

—¿Por qué la elegiste a ella? —interrogó dirigiéndose a Adrián.

El hombre giró para mirarla, posó una mano en la cintura de ella y con la otra le sostuvo las muñecas:

—Gabriela tiene el don que todo lo cura. Su presencia aleja la soledad. Me enseñó a creer y eliminó el odio, saldando cualquier deuda. No son los mejores votos, lo sé, chiquita. Pero son los reales.

Algo confundido, el cura decidió continuar con la ceremonia preguntándole lo mismo a la novia.

—Adrián me entregó la fuerza para pelear por lo que quiero. En cada puerta que me dejó abrir me fui encontrando. En él soy libre y puedo sentir el amor que nos tenemos.

La besó sin pedir permisos, sin consultar si era lo indicado. La besó tomándola de la cintura y elevándola treinta centímetros del suelo. El sacerdote carraspeó, Adrián acató la llamada de atención no sin antes hacerle sentir con la mirada, que era imperioso que se apresurara.

Con el sacramento celebrado, giraron para enfrentar el camino a la puerta de salida. En el momento en que lo hacían, una sombra hizo que mirara hacia la sacristía. Vio la silueta, vio el revólver, se interpuso entre la imagen y Gabriela.

La sangre cubrió de rojo el escote blanco de ella, casi en el mismo momento en que se escuchó el estruendo.

Las mujeres gritaron, los hombres corrieron presurosos a ayudar al monaguillo que había empujado al hombre que portaba el arma, sin haber podido evitar que la bala llegara a Adrián.

Tendida en el piso, Gabriela sostuvo el torso de su hombre aturdido por el impacto. La adrenalina le impidió caer en pánico. Tenía que ayudarlo y eso le concedió las fuerzas para mantener la calma:

—Mirame, Adrián —le exigió en tanto trataba de quitarle la chaqueta—. ¡Mirame! —gritó.

Adrián abrió los ojos y los apretó con fuerza cuando reconoció el dolor en el brazo. Miró hacia la sacristía intentando levantarse, pero Gabriela se lo impidió.

—Ya lo atraparon —lo tranquilizó— ¿Dónde te hirió?

—Creo que en el brazo.

—Dejame que te ayude —le pidió en tanto

miraba amenazadora a todos los que los rodeaban, haciéndoles entender que buscaran un médico—. Es abajo del hombro —le confirmó.

El ruido de la sirena de la ambulancia, el bullicio de los pocos invitados, el grito de los policías y el del agresor, pasaron desapercibidos para ellos. Lo fundamental era llegar al hospital y ver cuánto daño había hecho realmente aquella bala sobre Adrián.

No le permitieron a Gabriela ingresar con él en la Guardia, prefirieron entregarle un calmante que se encargó de estrellar contra la bata del médico:

—No necesito eso —gritó—, necesito estar con él.

—Usted no comprende, las normas del hospital no nos permiten...

—¡Cúrelo! —volvió a gritar empujando al hombre que se interponía y tratando que Beatriz la soltara—; deje de pelear conmigo y vaya a ayudar a sus colegas. Como a mi esposo le pase algo, me

voy a encargarme de romperle a patadas las putas normas de su hospital de mierda.

El doctor que cosía a Adrián lo miró de soslayo. El paciente sonrió de lado. Afuera trataban de retener lo imparable y se los hizo saber:

—Si no quieren que les espante hasta los cóndores, les sugiero que la dejen entrar.

—El hospital tiene normas... —repitió la enfermera y él se limitó a mirar hacia el techo.

Finalmente fue más fácil saltarse el reglamento que mantener a Gabriela lejos de él. La dejaron pasar cuando estaban terminando de coser la herida. La mujer se sentó en la camilla junto al herido, rodeándole la cara con las manos.

—¿Sacaron la bala? —indagó.

—La bala no llegó a ingresar en el músculo, solo cortó la piel. Los de la ambulancia dijeron que continuó el recorrido rompiendo los cristales de un ventanal. Fue un milagro que no matara a alguien.

—Bien —dijo Gabriela sin dejar de mirar las

manos que lo cosían—. ¿Cuánto daño hizo?

—Calculamos que ínfimo, pero lo sabremos a ciencia cierta cuando la herida cure y haga la rehabilitación.

—Perfecto. ¿La sangre que perdió fue considerable? ¿Precisa algún tipo de transfusión? ¿Qué grupo sanguíneo tenés, Adrián? Yo soy A positivo.

El ingeniero la observaba callado, con la sonrisa en los ojos y la comisura del labio algo elevada. Una fiera con garras, esa era la mujer que había elegido para que viviera junto a él. Su esposa abrió los ojos reclamándole una respuesta. No quiso contradecirla, pero la escena terminó por resultarle graciosa y no pudo con su genio:

—No me caben dudas de que sos “positivo”.

Ignoró sus palabras. No se encontraban en situación de jugar ese juego en aquel momento. Miró al doctor y le explicó:

—No debe tener ni idea de su grupo sanguíneo.

—No se preocupe señora, no precisa transfusiones. Terminó de coserlo, lo dejamos

reponerse una horita y si no se marea y se siente en condiciones de irse, puede hacerlo.

—Quiero que me entregue el número de su matrícula profesional y todos sus datos. ¡No puede irse de acá! Acaban de herirlo y...

—Gabriela —la interrumpió Adrián—, acercate que quiero que entiendas algo.

Le hizo caso y se vio atrapada desde el cuello por la mano que Adrián tenía libre y con la boca perdida en la de él.

—¿Te quedó claro, chiquita?

EPÍLOGO

*E*l policía explicó los hechos. El sujeto fue identificado como Renzo Llamas. El arma había sido obtenida en el mercado negro. La justicia de Chubut juzgaría el caso y en breve lo trasladarían a la penitenciaría local.

Salieron de la dependencia policial todavía conmovidos por los acontecimientos ocurridos hacía poco más de dos días. Adrián quiso que olvidara el mal momento:

—Cuando dejemos la obra del lago encaminada —comentó—, vamos a elegir un terreno en las afueras de la capital.

—¿Un terreno para construir qué?

—Nuestra casa.

—¿No querés que vivamos en el departamento?

—Creo que te gustaría tener un jardín.

—Y una huerta —agregó entusiasmada por la

idea.

—Me niego a comer rabanitos —bromeó.

—Y un perro, o dos.

—Uno.

—Y gatos, los gatos son remimosos.

—Dije una casa, chiquita —aclaró—. No un zoológico.

Al llegar al cuarto de la hostería, Gabriela se encargó de curarle la herida y cambiar las vendas, tal y como le indicaran los médicos.

—Renzo arruinó tu escarificación —comentó apenada.

—Ya no es necesaria. Me hizo un favor. Era el único rastro de aquello que superamos.

—Yo voy a seguir dándote mis siete besos de todos los días. Para que la herida sane por completo.

Tiró de ella para besarla.

—Quieto, ingeniero. Tengo una sorpresa para usted.

—¿Una sorpresa?

—Así es. Tuve que solicitar ayuda, pero... ¿qué

no logran dos mangos con cincuenta?

—¿Tenés una sorpresa y sobornaste gente para conseguirla? Bien. Voy sumando, bebé. Pronto terminarás pareciéndote a tu ex jefe.

—¿Me despediste?

—Te ascendí. Ahora sos mi socia.

—Espero que no tengas deudas, porque la última vez que fui dueña de algo, terminé enredada en una constructora donde un ingeniero me vivía rompiendo la ropa interior.

—Denuncialo —dijo riendo a carcajadas e intentando hacerle el amor.

—Si querés ver la sorpresa, primero vas a tener que vestirme con un traje muy elegante —indicó seria—, después vas a ir al salón comedor y me vas a esperar ahí.

—¿Alguna otra orden?

—Eso es todo —dijo tirando de él para que se apresurara.

Gabriela se estaba demorando demasiado. La

ansiedad por conocer su sorpresita lo había llevado a pedirse un whisky que comenzaba a terminarse.

—Señor, lo esperan en el salón de eventos —le advirtió un camarero guiándolo hasta el lugar, abriendo la puerta y dejándole ver a su mujer enfundada en un sensual vestido rojo, gateando mimosa sobre un piano, en tanto un hombre tocaba los acordes de “Makin’ Whoopee”.

Fin

Agradecimientos

Siete motivos para no quererte es una novela que me propuse como desafío.

Deseaba delinear a un hombre que no conquistara por su dulzura, un ser que fuera capaz de planear con frialdad una venganza, pero lo suficientemente íntegro como para reconocer sus errores. Espero que le haya agradado su lectura. Yo disfruté mucho describiendo a quien, al igual que Fátima, denominé “Malote”.

Como siempre, agradezco la compañía de todas las personas que se comunican conmigo a través de las redes sociales. A quienes brindan su tiempo realizando montajes a medida que voy escribiendo. A cada lector que confía en mí y recorre mis páginas.

A Florencia Cambariere, editora de Penguin Random House, por permitirme concretar mis

sueños. A Vanina Barchiesi por llevar mi nombre a la editorial.

A Silvia y Cristina, por leer cada palabra que escribo antes de que salga a la luz.

A la escritora Fabiana Peralta, que me incentiva y me brinda su cariño, permitiéndome ser la madrina de su novela.

Mi especial agradecimiento a Patricia Cortés y su amiga Rebeca Pajon, por ayudarme con los términos mapuches.

A mi familia, sin cuyo sostén yo no podría ser feliz.

Gracias a todos. Será hasta la próxima, si Dios quiere.

MARÍA

Créditos especiales

En esta novela se mencionan:

-*Susie*, personaje femenino de la película *Los fabulosos Baker Boys*, cantando la canción “Makin’ Whoopee”.

-Canciones interpretadas por la cantante Beth Crowley para la película *City of Bones*.

-Canción *This I love* de la banda Guns N’ Roses, interpretada por Axl Rose.

Los personajes y acontecimientos narrados en esta novela forman parte de mi imaginación como autora. No se corresponden con persona alguna, ni detallan situaciones reales. Las citas a obras de terceros o marcas registradas han sido incluidas con el único fin de crear los climas pretendidos en la obra.

Glosario

Berretín: m. coloq. *Arg.* y *Ur.* Capricho, deseo vehemente, ilusión.

Boliche: m. Establecimiento comercial donde se bebe y se baila (España: discoteca).

Boludear: intr. *Arg.* y *Ur.* Perder el tiempo.

Boludo/pelotudo: Tonto.

Calefaccionar: tr. *Arg.*, *Chile* y *Ur.* Templar un ambiente mediante aparatos que generan calor.

Campera: f. *Arg.*, *Bol.*, *Chile*, *Par.* y *Ur.* Chaqueta de uso informal o deportivo.

Cartera: f. *Am.* Bolso de las mujeres.

Celular: m. *Am.* Teléfono móvil.

Colectivo: m. *Arg.*, *Bol.*, *Ec.*, *Par.* y *Perú.* Autobús.

Contador: Contador público. Profesional universitario que maneja e interpreta la contabilidad de una persona o empresa. Encargado de la revisión contable,

administrativa e impositiva ante el fisco.

Guita: f. coloq. Dinero contante.

Huinca: (mapuche) Extranjero.

Kürefwunn: (mapuche) Viento del amanecer.

Lonko: Jefe de comunidad mapuche.

Machi: Curandera mapuche. Autoridad espiritual.

Mandinga: m. rur. *Am.* Diablo.

Mango: m. coloq. *Arg.* Dinero (moneda corriente).

Mapu: (mapuche) Tierra.

Pollera: f. *Am.* Falda.

Potrero: m. *Arg., Bol. y Perú.* Terreno inculto y sin edificar, donde suelen jugar los muchachos.

Quilombo: m. vulg. *Arg., Bol., Hond., Par. y Ur.* Lío, barullo, gresca, desorden.

Remera: f. Prenda sport de vestir, con o sin cuello y con mangas cortas o largas.

Saco de traje: m. Chaqueta elegante que junto al pantalón conforman el traje del varón. (España: americana).

Tranquera: f. *Am.* Especie de puerta rústica en un alambrado, hecha generalmente con trancas.

Cubierta

Portada

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Agradecimientos

Créditos especiales

Glosario

Sobre la autora

Créditos

Border, María
Siete motivos para no
quererte. - 1a ed. -
Buenos Aires : P&J,
2015
(Narrativa femenina)
EBook.

ISBN 978-950-644-
328-3

1. Narrativa Argentina.
I. Título
CDD A863

Edición en formato digital: febrero de 2015
© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial
Humberto I 555, Buenos Aires.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-644-328-3

Diseño de tapa: Juan Pablo Cambariere

Ilustración de tapa: © Cynthia Orensztajn

Conversión a formato digital: Libresque

www.megustaleer.com.ar



MARÍA BORDER

Es argentina, casada y madre de cuatro hijos. Amante de la novela romántica, dio sus primeros pasos como autora independiente en el año 2012 publicando dos novelas cortas de Regencia. A fines de 2013, su sexta publicación obtuvo el primer lugar en el II Premio Pasión por la Novela Romántica como mejor Chick-Lit autopublicado. Con una corta pero prolífera trayectoria, ganó su lugar dentro del género, donde las lectoras rescatan la calidad de sus diálogos, la frescura de

su narración y la facilidad que posee para hacerlas emocionar. Entre su obra podemos destacar *En Peakland*, *Jane Thompson*, *El dueño de mi arte*, *Mía*, *El gato y el ratón*, *Despertando tus sentidos*, *Como perro y gato*, *Mía 2* y *Susurros de blues*. *Siete motivos para no quererte* es el primer libro de la autora publicado por P&J.

mariabordercuentos.blogspot.com.ar

Foto: © Alejandra López